

*La escapatoria
de El Santo*
Leslie Charteris



Lectulandia

El Santo y Patricia se encuentran en Innsbruck con su amigo Monty Hayward: en Inglaterra había más pruebas contra Simón de lo deseable, así que decide apartarse y tomarse unas vacaciones. Pero iba mucho más con él el dejarse arrastrar por las encantadoras intrigas europeas que se encontraban por todas partes...

Todo empezó con un hombrecillo de aspecto inofensivo al que estaban asaltando varios matones. Con buenas intenciones rescatan al hombre y arrojan a los matones al río. Por desgracia, resulta que los matones eran policías, y el hombrecillo está involucrado en un complot que conduce al Santo a una de sus mejores aventuras, arrastrando a Monty en el proceso y recorriendo Austria y Alemania a una velocidad de vértigo.

Lectulandia

Leslie Charteris

La escapatoria de El Santo

El Santo - 9

ePub r1.0

Titivillus 12.06.2019

Título original: *The Saint's Getaway*
Leslie Charteris, 1932
Traducción: Armando Lázaro Ros
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

El inspector jefe Teal, de la Scotland Yard, escribió, hoscamente, bajando la temperatura de sus emociones personales hasta lo que se exigía en un informe oficial:

«El que Simón Templar haya dejado de simular que él no es El Santo, no ha hecho en ningún momento más fácil tratar con él. En casi todos los casos individuales que han llegado a conocimiento mío, o bien se ha asegurado de que su víctima no se atreverá a acusarlo, o se ha provisto de una coartada, que no podemos echar por tierra. Dispone de recursos con los que nuestra organización apenas está preparada para contender. Yo hice todo lo posible, desde el principio mismo de su carrera, para conseguir su detención, pero todas las pruebas que hasta ahora nos fue posible acumular resultaron prácticamente inútiles...».

El informe estaba escrito en tiempo pasado..., pasado y apologético..., aunque a ninguno le costase más que a Teal, reconocerlo. Algunas cosas habían cambiado desde la época a que se refería ese párrafo de introducción. Lo molesto era que no había cambiado en un sentido especialmente aprovechable. El comisario jefe lo había puesto lastimosamente de relieve. Lo realizó con lo que varias personas consideraban una cantidad excesiva de verborrea, adornos y detalles; pero era un hombre irritado al que se podía perdonar. Simón Templar, que tenía un criterio mucho más alegre, se lo planteó a Patricia Holm mucho más sucintamente:

«En alguna parte —escribió El Santo con el alegre movimiento de su mano, y bailándole en los ojos el brillo de la vieja risa Santa—, en alguna parte del gran extenso lío que viene a formar el Desaguadero..., digamos, El Cerebro..., de Scotland Yard, existen algunas pruebas más. Y, al mismo tiempo, en la extensa superficie palpitante, vigilada desde arriba por ese Cerebro..., existe algo menos de El Santo. ¿Quién se preocupa de ello?».

La verdad es que, en realidad, eran muchos los que se preocupaban. Y una gran parte de ellos servíase de esa preocupación. Por eso mencionamos sus

apuros tan solo como cosa de interés pasajero, de la misma forma que El Santo se había referido a ellos sin darles importancia.

El pistolero Perrigo figuró en esa lista..., aunque en ninguna parte parece que sus sentimientos fueron tenidos en cuenta. Languideció en la prisión de Brixton mientras se estudiaba el auto de envío a otro tribunal, y meditó tristemente acerca de la vida; y el tenor de sus meditaciones fue sacar en consecuencia que la vida había puesto en sus manos lo más crudo de los asuntos desapacibles. El pistolero Perrigo podía haber reclamado la mitad del paquete más grande de diamantes de contrabando metidos en Inglaterra, y el inventario de todos los bienes de este mundo que le hicieron en la cárcel arroja exactamente un valor de ocho chelines y cuatro peniques en dinero contante. Aquellos dos eran los hechos cardinales de su existencia; y ningún estadístico del mundo pudo representárselos en una complicada forma de mutaciones y combinaciones más comprensiva de lo que él mismo había elaborado.

Y eso preocupaba a Scotland Yard. Scotland Yard, en cuyo reconocimiento oficial, enraizado representativamente en el pericráneo del inspector jefe Teal, había sido inyectada limpiamente la mosca Santa número no sé cuántas, estaba seriamente molesta..., y no era precisamente por motivos de simpatía con el desamparo del pistolero Perrigo. Y el índice de esa molestia pudo calcularse por los rostros amargos de las tres docenas luminarias de su Brigada Criminal, que se habían distribuido en parejas por los puntos estratégicos de todos los puertos del Reino Unido, en espera de la anticipada escapatoria, a través de una pegajosa semana del mes de abril. Como los huéspedes de Midas, merodearon y merodearon por todas partes, con un aspecto tremendamente impresionante, sin que consiguiesen nada más importante. Uno de ellos pescó un resfriado, que le resultó excesivo.

Y El Santo estaba fuera de Inglaterra..., fuera, a tres mil metros por encima de sus cabezas, en una franja voladora de plata, que runroneaba por entre los apretados pináculos rojos de las nubes de la tarde. Había salido con Patricia Holm y con su libertad, con todos los peniques de los beneficios acumulados en diez años de filibusterismo, que fueron rescatados de un banco, que Teal no había logrado descubrir y cerrarle, con cien mil libras de diamantes de procedencia ilícita en su bolsillo, y el ancho mundo por delante de él.

Más allá del Canal, le esperaban. Los hilos telefónicos intercontinentales de seis departamentos de Policía, de seis distintos países, pusieron en guardia su gente para vigilar, esperándole, en Cherbourg, Havre, Dieppe, Boulogne,

Dunkerque, Ostende, Hook, en Holanda..., y hasta en Riga y Helsingfors, camino del Este. Lo distinguieron por encima de Etaples, y se prepararon para darle caza entre Amiens y París; pero tomó tierra a medianoche en las llanuras vacías de High Fen, detrás de Monschau, y llegó a Aachen en un camión alquilado, antes del alba.

Y allí desaparecía el rastro.

Van Roeper, el pequeño judío de ojos azules, que pagó setecientas mil guilders por los diamantes, se paseó tranquilo por Amsterdam, dedicado a sus negocios, y no vio razones para adelantarse con la pequeña ayuda que habría podido prestar a la persecución. Y no tuvo la más remota idea de que hubiese tratado con El Santo. Ninguno de los guardias fronterizos de Europa supo que El Santo había cruzado por delante de ellos, porque Simón viajaba por sus propias pistas. Pero es solo una cuestión de historia que cierto día, tres semanas más tarde, Simón Templar y Patricia Holm, se metieron hacia el sur desde Lenggries, que está en Baviera, y pasaron por los bosques hasta Achenwald, en Austria, por un camino que El Santo conocía, llegando un buen día a Innsbruck.

Allí lo encontró Monty Hayward; y Monty tiene mucho papel que representar en esta historia. A El Santo le han oído decir que todo el relato es culpa de Monty desde el principio mismo. Porque comieron juntos en el Tirol, y más adelante bebieron cerveza juntos; y aquella noche, bastante más tarde, los tres caminaban cómodamente hacia casa, siguiendo el curso del Rennweg, que corre cerca de Inn. Y lo que no tiene precio en este asunto es que El Santo se había propuesto ser tan perfecto como el oro.

1

DE COMO SIMÓN TEMPLAR CAYO DE LA GRACIA Y STANISLAUS FUE DESDICHADO

I

Todo empezó a ocurrir con una brusquedad tan implacable e irresistible, y tan inexplicablemente como un alud. Fue como la pequeña explosión maligna y exacta que rompe un dique y asola un país. El Santo juró que él hizo todo lo humanamente posible para salirse de debajo..., que comulgó con su alma, y luchó valerosamente contra la tentación. Pero que no tuvo ni una probabilidad.

Encima del puente, apenas a doce metros de distancia, cuatro hombres se inclinaron y pelearon; y El Santo permaneció tranquilo, mirándolos. Tenía una mano sobre el brazo de Monty Hayward, y la otra en el de Patricia Holm, tal como venía caminando, cuando el asombroso principio de la lucha lo detuvo en su marcha, lo mismo que el estallido de una bomba, y se quedó examinando la escena en silencio. Y fue durante este silencio (si se puede creer a El Santo) cuando mantuvo con su alma la conversación de que hemos hablado.

El cambio que tan abruptamente se había presentado en el panorama y la atmósfera general de aquella representación especial de Innsbruck eran sin duda alguna sobresaltadores. Un segundo antes, el pequeño individuo de aspecto pacífico, que ahora era el punto central de aquella emoción, era el único ejemplar humano a la vista. La tranquila calma de Herzog Otto Strasse solo tenía igual en el remanso del Rennweg, que estaba detrás, o en la apacible tranquilidad del Hofgarten, que estaba del lado de babor; y el hombrecito de aspecto pacífico se paseaba inocente a través del puente con su inocua cartera de *attaché* en la mano, por el lado derecho de ellos. Y, de

pronto, sin la más leve advertencia o intervalo para parlamentar, los otros tres combatientes habían salido de las sombras y se habían arrojado sobre él en triángulo de combate. Amplia, sólida, resueltamente, lo arrojaron sobre la balaustrada y procedieron a atacarlo a golpes.

El peso de El Santo se alzó gentilmente sobre las puntas de los dedos de sus pies, y silbó por entre sus dientes una especie de canción suave y vaga. Y entonces Monty Hayward apartó su brazo de la ligera presión de El Santo, y la mirada de los dos hombres se encontró.

—No sé —dijo Monty, probando a El Santo—, pero me parece que no puedo soportar ese espectáculo.

Simón Templar asintió, murmurando:

—También yo tengo mis dudas.

Echó a andar, pensativo, hacia adelante. Ya en el puente, el caótico tumulto de aquellos hombres palpitó, se retorció convulsivamente al acompañamiento sincopado de respiraciones fatigosas y de un irregular martilleo de golpes, que variaban de cuando en cuando con un jadeo gutural de esfuerzo, o con un alarido ahogado de dolor... El Santo tuvo vagamente conciencia de que Patricia le agarraba del brazo:

—Muchacho, escucha..., ¿no dijiste que ibas a ser bueno?

Detuvo sus pasos, y se volvió. Sonrió ensoñador a Patricia. El ruido de la pelea sonaba en sus oídos como música celestial. Estaba perdido. Le contestó vagamente:

—¡Claro!... Sí, querida... Desde luego, voy a ser bueno. Solo quiero arreglar las cosas. Ver que no se lancen a fondo. —La idea tomó en su imaginación forma más decidida. —Podría..., podría razonar con ellos gentilmente, o algo por ese estilo.

Desde luego, sería bueno. Su imaginación estaba tan limpia de todo mal como un bebé recién nacido. Reprenderles gentilmente, pero con firmeza..., eso era lo que se proponía. Hacer un llamamiento a sus más nobles instintos. El toque del ama de leche, negra como el carbón.

Se acercó al zafarrancho, pensativo y circunspecto, lo mismo que un entomólogo que se relacionase con una nueva especie de escorpión. Parecía que Monty Hayward hubiese desaparecido por completo en los intestinos más profundos del popurrí, en el que su intervención iba a poner un compás nuevo y más violento. Resultaba imposible distinguir un partido del otro en aquel zafarrancho asesino; pero Simón se metió en aquella confusión con mano ejecutiva; sintió la nuca de un grueso cuello, y levantó de un tirón a un hombre. Se miraron el uno al otro durante un conmovedor instante, a la pálida

luz, y resultó evidentemente obvio y lamentable, para El Santo, que aquel rostro que él miraba debía de ser, sin excepción, el más depravado y ruin espécimen de su clase de todo el sur de Munich. Por consiguiente, con lo que siempre sostuvo que era la más profunda e irrefragable justificación filosófica del mundo, le golpeó en la nariz, pensativa y experimentalmente.

Es probable que de aquel momento pueda datarse la ruina de sus resoluciones.

Los psicólogos, a quienes ningún secreto se oculta, nos dicen que existen determinados estímulos que pueden poseer asociaciones tan antiguas y tan indarraigables, que las reacciones que ellas despiertan son tan automáticas e inevitables como el ladrido de un pequinés al que se pisa. Suena una trompeta, y el viejo caballo de guerra relincha con ansia. Se hace funcionar un gramófono, y el septuagenario burbujea, hablando vivamente de un viejo amor. Salta un corcho, y las bocas de los sedientos se hacen agua. Así es la vida.

Y eso fue lo que le ocurrió a El Santo.

Después de todo, llevaba mucho tiempo sin hacer nada desesperadamente excitante. Más o menos, veintiún días. El subconsciente suyo hallábase maduro para el contacto acariciador de unos pocos estímulos seductores. Y en aquel momento, cuando su resistencia se encontraba en su punto más bajo, oyó y le dio en la nariz el primer sabroso hundimiento.

El sabor de aquella rica pulpa se metió y calentó las mismas intimidades de su corazón. Le gustó... Removió las cuerdas más profundas de su ser. Y alboreó persuasivamente en él esta verdad: que nada deseaba más en aquel instante sino una inmediata repetición de aquel sentimiento. Y, al ver una vez más aquella nariz, expuesta ante él de manera tan conveniente, volvió a golpearla.

No se había equivocado. El subconsciente suyo conocía su materia prima. Con el sentimiento de aquel segundo golpe, se le metió en la boca del estómago una agradable sensación de calor, y hormigueó eléctricamente fuera, a lo largo de sus miembros, y el resto de sus dudas se disolvió ante el calor que se extendía por todo su cuerpo. Daba de puñetazos en la nariz de un hombre feo, y le estaba gustando. Era todo lo que tenía que ofrecer la vida.

El hombre feo cayó hacia atrás en el puente, con los brazos extendidos. Volvió a levantarse, golpeando con sus brazos, y El Santo lo recibió alegremente con un vivo golpe de medio brazo a las costillas. Cuando se recogió, jadeante, Simón lo levantó con un golpe terrible, para hacerlo caer en montón, flácido.

El Santo enderezó su chaqueta y miró alrededor buscando nueva inspiración. El grupo había empezado a seleccionarse. Monty Hayward estaba aplicando, un par de pasos aparte, al segundo criminal, una paliza completa; y, al lado mismo suyo, el tercer individuo estaba arrodillado sobre el pecho del inofensivo hombrecito, apretándole el gáznate con una mano y registrándole el bolsillo con la otra.

Esto puede ayudar a explicar el por qué el tercer bandido se vio tan completa y devastadoramente sorprendido por las pocas cosas que le ocurrieron a continuación. Desde luego, que su impresión sobre los sucesos que se amontonaron encima de él en los ocho segundos siguientes fue un poco precipitada. Un par de manos musculosas se cerraron juntas debajo de su barbilla, y tuvo conciencia de que una forma alta y delgada se apoyaba afectuosamente encima de él. Y luego se vio lanzado hacia atrás en el aire, con una sacudida que casi le dislocó la espina dorsal. Cayó hacia atrás, mareado y de rodillas, buscando su bolsillo de la cadera; y El Santo se echó a reír. Era el único movimiento que hasta entonces no había sido hecho..., el que Simón había *estado* esperando y deseando con todo el poder concentrado de su virtud desmantelada..., el movimiento que inundó con el único color que faltaba la angelical belleza de la noche.

—¡Corazoncito mío! —exclamó El Santo y saltó sobre él lo mismo que una pantera.

Cuando El Santo le golpeó, se hallaba el individuo medio en pie, y su mano estaba solo a mitad de camino de su bolsillo. El golpe derribó hacia atrás su cabeza, con una fuerza que hizo girar sus vértebras cervicales sobre los huesos en que encajaban, y cayó ciegamente contra la balastrada del puente.

Simón se lanzó devastadoramente encima de él. Tuvo una visión rápida, por encima del hombro del individuo, de las negras aguas del río que se deslizaban golpeando y rompiendo cremosas contra los anchos pilares del puente..., porque el Ins no es uno de esos arroyos dignos y solemnes, pues llega saltando desde los Alpes con un oleaje joven y desbordado..., y la pequeña sonrisa luchadora que había alrededor de los labios de El Santo se ensanchó lentamente, hasta convertirse en una mueca nada santa. Su brazo derecho rodeó amorosamente las piernas del individuo. Después de todo..., ¿por qué no?

—Hermano, la noche del sábado es noche de baño —le dijo El Santo.

Su mano izquierda empujó la cara del individuo hacia abajo, y su mano derecha se levantó hacia arriba. La balastrada llegaba a la parte estrecha de

la espalda de la víctima, y la cosa resultaba fácil. El individuo giró sobre la obra de albañilería con una gracia alada, a la que no había contribuido con ningún esfuerzo, y desapareció de la vista con un débil ruido chapoteante...

El Santo miró beatíficamente durante un par de segundos las burbujas que salían a la superficie del helado torrente, dejando que almibarase su paladar el dulce sabor de un combate, terminado con una zambullida. Estaban lanzados los dados. La última esperanza de salvación que pudiera tener habíase roto en pedazos y se había esparcido a los cuatro vientos. Tuvo la sensación de que le habían quitado del alma un gran peso. Habían vuelto los viejos días. La lucha y la diversión habían vuelto por acuerdo mutuo, con su voluntad de búsqueda, porque eran la porción que le correspondía..., el rescate de los hombres pequeños que estaban en apuros, y el encenagamiento de los malvados en el infierno. Y estaba muy bien que esas cosas fuesen así. Era un pensamiento hermoso y solemne para un hombre que había sido bueno durante tres semanas enteras.

Miró a su alrededor con un pequeño suspiro de felicidad, preguntándose nebulosamente si se le había pasado por alto alguna otra oportunidad de meter más clavos al féretro de su virtud. Pero en el escenario de la lucha reinaba una paz pasajera. El individuo de la cara excepcionalmente ruin no estaba en condiciones de continuar con la discusión. El hombrecito de aspecto inofensivo estaba sentado débilmente en el arroyo con la cabeza entre las manos. Y Monty Hayward, sentado encima de la cabeza del restante hombre peleador, lamíase una serie de nudillos despellejados. Alzó su mirada hacia El Santo con aires de tranquila reflexión, y le dijo:

—¿Sabes que no sé si le vendría bien a este pájaro un baño frío?

El Santo se echó a reír de pronto, y dijo:

—Vamos.

Se inclinó y cogió al individuo por los tobillos. Monty lo levantó por los hombros. El individuo bailó hacia arriba y hacia afuera en el espacio, lo mismo que un pichón de barro de una trampa sorpresa...

Se volvieron nuevamente. El último de los mohicanos estaba poniéndose malévolamente en pie, y también su mano, como la de su predecesor, iba a sacar algo de su bolsillo... Por tercera vez, Simón miró a Monty y Monty miró a El Santo. Sus actitudes eran sobrias y juiciosas; pero ninguno de los dos pudo leer en los ojos del otro la más pequeña sugerencia de dejar sin terminar la buena obra... El Santo asintió, y ambos se pusieron a la tarea como un solo hombre. El tercer pillastre fue llevado hacia la balaustrada. Hubo un salvaje manoteo y pataleo, un gran chapoteo, y un silencio...

Simón Templar se limpió la chaqueta. Y dijo, al cabo de un breve intervalo de rumiar, satisfecho:

—De una manera u otra, parece que hubiéramos liquidado la oposición. Echémosle un vistazo al pequeño Willie.

Caminó hasta él, y puso en pie al causante de todo aquel barullo. Y vio, a la clara luz de uno de los faroles montados sobre la balaustrada, una cara delgada y cetrina, desde la que los dos ojos atontados y morenos le parpadearon asombrados. Simón estudió con curiosidad al hombrecito. Al examinarlo más de cerca, le pareció que el premio que había cosechado de la afortunada zambullida era bastante inadecuado para el gasto de tanta energía y esfuerzo mental; pero El Santo tenía una fe sublime en su buena suerte.

—¿Adónde marchabas, George? —le preguntó afablemente.

El hombrecito hizo un signo negativo con la cabeza.

—*Ich verstehe nicht*^[1].

—*Wobin wollten Sie gehen?*^[2] —repitió El Santo.

Con sorpresa suya, los labios del hombrecito se tensaron, y en sus ojos apareció una mirada sombría. Y casi gruñó su respuesta:

—*Ich will gar nichts sagen*^[3].

Simón frunció el ceño.

Un nuevo ruido agudo vibraba en la quietud de la noche, en alguna parte, y cayó en la cuenta de que Monty y Patricia permanecían a su lado bastante tensos; pero no les prestó atención. Su cerebro registraba las impresiones, como si las recibiese a través de una niebla. En aquel momento no tenía tiempo de pensar en ellos.

Un ligero pulso palpitaba dentro de él, latiendo y agitándose en una fiebre jadeante de suposiciones. Lo había iniciado la firme rigidez de la boca del hombrecito, y la áspera violencia de su voz lo había acelerado rápidamente, llevándolo a un gran tumulto contundente que surgía clamoroso, y que golpeaba las puertas del entendimiento. Era disparatado, absurdo, fantástico; pero era un fatalismo casi jubiloso, que él sabía que era verdad.

Había por algún lado una trampa. La suave sencillez de las cosas, tal como él las había visto hasta aquel instante, era un engaño y una trampa. Un niño de diez años lo habría visto; sin embargo, el engaño había sido tan suave y natural, que el desenmascararlo producía el efecto de un ariete aplicado a un plexo solar. Y todo ello había sido honrado y sin tapujos. Un hombrecito, pequeño e inofensivo, va de prisa hacia casa con sus salarios de la semana en su cartera. Tres criminales se lanzan sobre él y proceden a darle una paliza. Usted interviene, como buen ciudadano. Pega duro a los ladrones malvados y

rescata a Reginald. Entonces, se acerca usted con toda naturalidad a su protegido. Se prepara a consolarlo y restañar sus heridas, momento en que él lo saluda a usted como a su héroe, y envía a llamar a sus procuradores, a fin de revisar su testamento. Usted, en su papel del perfecto samaritano, le pregunta adónde iba, para poder ofrecerle su compañía y protegerlo en parte de su camino..., y, como resultado, él pretende arrancarle su cabeza de un mordisco...

El Santo se echó a reír.

—Sí, sí, hermano, lo sé —le habló como antes, muy gentil y acogedoramente; allá, en los impenetrables misterios de su voz, aquel susurro de risa suave cantaba alegremente, lo mismo que un fuego fatuo—. Usted nos ha sorprendido por completo. *Sie haben uns alles falsch gegolten. Verstehen Sie Esperanto?*^[4]. Aquellos hombres malvados ya no están. Nosotros le hemos salvado la vida. Somos amigos del alma, *Freunde. Kamerad. Gott mit uns*, y todas esas cosas.

El idioma alemán se ha hablado mejor. El Santo mismo, que, cuando él quería, hablábalo como un indígena, habría sido el primero en reconocerlo. Pero él calculaba que se había hecho comprender con suficiente claridad. Por lo menos era intangible para animar a cualquier persona corriente a que investigase las credenciales sin demostrar hostilidad. En definitiva, no había dado justa causa para aquella contestación que había recibido.

Quizá su aventura había hecho que el hombrecito hubiese enviado de un resoplido a los vientos su genio normal. Quizá su cabeza hallábase todavía borracha del doloroso recuerdo de su reciente experiencia. No hay manera de resolver ahora estas cuestiones satisfactoriamente. Lo único seguro es que resultaba increíblemente absurda la actitud del hombrecito.

Con un chillido rencoroso que contorsionó toda su cara, libertó un brazo de la presión de El Santo y miró, con desgarró, a sus ojos lo mismo que un gato montés. Ese movimiento disipó todas las dudas de la cabeza de El Santo, que dijo, arrastrando las palabras:

—No se dé tanta prisa, Stanislaus.

Evitó hábilmente los dedos que buscaban desgarrar y, venciendo la resistencia del hombrecito, lo sujetó contra la balaustrada. Entonces sintió en su hombro la mano de Monty Hayward, que le dijo fríamente:

—Si no te importa que te interrumpa, viejo, ¿es ese individuo amigo tuyo? Simón levantó la vista.

A menos de un centenar de metros de distancia, a lo largo de Rennweg, un individuo vestido con un inconfundible uniforme se dirigía hacia ellos y

tocaba furiosamente el silbato a medida que corría. El Santo aferró el sentido de los presagios que habían estado deslizándose confusos por sus sentidos, mientras estaba ocupado con otras cosas. Captó su significado casi sin hacer una pausa, con todas sus consecuencias fatales y de largo alcance; y, en el segundo Siguió supo, con implacable certidumbre, qué era lo que le aguardaba.

La Policía trataba de lanzarse sobre su grupo ruidosamente. En aquel mismo momento se lanzaba hacia él vociferante, con sus grandes pies planos, armada hasta las orejas con la pomposidad elefantina del sistema que representaba, lanzándose a aplastar la puerta de su banqueteo con su inepta y fastuosa presencia..., tal como lo había hecho con tanta frecuencia en el pasado. Y esta vez, con razones de más fuerza y mejores de las que nunca tuvo para que aquella intrusión pudiera ser permitida. Pudiera ser que aquellas razones no fuesen tan instantáneamente decisivas para el observador casual y sin imaginación; para El Santo, sin embargo, eran tan evidentes como la línea del cielo de Chicago. Y Simón descubrió que no estaba menos loco de lo que siempre estuvo.

El hombre pequeño se hizo a un lado, bajo su presión, lo mismo que una anguila enloquecida, y la cartera de *attaché*, que seguía agarrando desesperadamente en su mano derecha, se lanzó, trazando un círculo homicida, hacia la cabeza de El Santo. Este se retiró perezosamente un par de centímetros fuera del radio del golpe; y perezosamente, casi sin darse cuenta, dio un leve recorte al hombrecito debajo de la mandíbula y lo dejó que cayese por su propio peso...

Luego se volvió y se encaró con los demás, y su mirada fue la cosa menos confusa que ambos vieron. Y dijo:

—Es demasiado pronto para que nuestro picnic se deshaga.

Se agachó, agarró al hombrecito por el cuello, y se lo echó auestas, lo mismo que un saco de carbón. La bolsa de *attaché* se bamboleó desde la muñeca del hombrecito, colgada de una corta cadena; y El Santo la cogió en su mano derecha. El descubrimiento de la cadena no le produjo asombro; la cogió, mientras caminaba, como un detalle que era solo accesorio en el problema general, que podía ser analizado y situado en su lugar exacto en otro momento más oportuno. Sin duda que estaba completamente loco. Pero estaba loco con la magnífica sencillez que dista solo del genio el grosor de un cabello. ¡Tal es el reino de los aventureros!

El Santo sonreíase a medida que corría.

Sabía exactamente lo que había hecho. En dos minutos y treinta y siete segundos, más o menos, había infligido a su aureola última y más frágil una serie de calamidades que habían convertido en cosas de juguete, por comparación, acontecimientos tan poco importantes como la matanza de los Hugonotes, la persecución de los armenios y el terremoto de San Francisco. Esas cosas eran algo así como aperitivos. Y no había modo de volverse atrás. Había valseado irrevocablemente fuera del alambre, tenso y resbaladizo, de la rectitud. Nada más. El Santo sentíase magnífico.

Al final del puente cogió a Patricia por el brazo. Sabía que, a mano derecha, corría junto al río un muro de poca altura con un inseguro borde al final, que proporcionaría una precaria, pero posible, superficie en que asentar el pie. Y se dirigió hacia él.

—Querida, da un saltito de rana.

Ella asintió sin contestar palabra, y saltó como un chico de escuela. La mano de Simón golpeó la espalda de Monty, y murmuró:

—Te veré dentro de diez minutos, compañero.

Se dejó caer ágil, por encima de la pared, con su ligera carga a la espalda, y quedó colgado de los dedos de las manos y de los pies, a diez centímetros por encima de las tumultuosas aguas, en tanto que los pasos de Monty desaparecían en la distancia. Un momento después, las pesadas botas del individuo de patrulla salieron del puente y pasaron sin detenerse por delante del lugar en que El Santo estaba oculto.

II

Los pasos de los zapatones se fueron alejando poco a poco, hasta convertirse en un débil pataleo casi imposible de distinguir; y las intermitentes ráfagas del silbato del patrullero se trocaron en simples voces quejumbrosas de las Antípodas. Una expansiva aura de paz reinó otra vez y se afianzó sobre las primeras horas de la madrugada.

El Santo asomó con precaución un ojo por encima del muro de piedra y pasó revista a la escena. No había señal de que viniesen refuerzos apresurados, pisándole los talones en su celo por contestar a los frenéticos silbidos del patrullero. Simón, que sabía que los habitantes de las poblaciones continentales están dotados de la condición sublime y bendita de preocuparse únicamente de sus asuntos propios, no solo se sintió sorprendido, sino satisfecho. Saltó de nuevo con agilidad por encima del muro, y echó una

mano a Pat. Un segundo después, ella estaba al lado suyo en la carretera. Lo contempló desapasionadamente, y le dijo:

—Siempre supe que habría que encerrarte. Y ahora lo espero.

El Santo le devolvió la mirada abriendo sus ojos azules de Santa inocencia. Y le preguntó:

—¿Por qué?... Alma querida..., ¿por qué? ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Nuestro razonamiento fue puramente elemental. La Policía se había puesto en camino, y nosotros no queríamos encontrarla con ella. Por eso nos apartamos. Stanislaus empezaba a ser interesante: no habíamos acabado con él. Y por esa razón nos lo llevamos con nosotros. ¿Puede haber cosa más sencilla?

Patricia le contestó con dulzura:

—Las personas respetables no hacen esas cosas.

—Pero, nosotros, sí —le contestó El Santo.

Ella se colocó junto a él, llevándole el paso. El Santo chachareó, de acuerdo con la vena extravagante en que tales ocasiones lo llevaban de una manera invariable. Y dijo:

—El hablar del nombre inmortal de Stanislaus me trae a la memoria al célebre doctor Stanislaus Leber Wirst, un individuo con el que algún día hemos de encontrarnos. Consagró sus esfuerzos a los problemas de la ingeniería de marina, partiendo del hasta ahora ignorado principio de la mecánica que sostiene que la atracción y la repulsión son iguales y opuestas. Después de ochenta años de investigación, perfeccionó un barco en el que la fuerza propulsora se derivaba de un rollo enorme de papel secante, que era lanzado al agua mediante un ingenio de relojería desde la proa del barco. El papel secante se tragaba el agua, y esta empujaba el papel secante, y así funcionaba el mecanismo a través del mar. La marina checoslovaca se hizo cargo del proyecto, pero más adelante fue abandonado en favor de equipos dobles de arenques entrenados.

Patricia se echó a reír y le pasó la mano por el brazo.

Estando de un humor como aquel resultaba imposible discutir con El Santo..., imposible arrojar la más pequeña gota de humedad en su exuberante encanto. Si ella no hubiese sabido que era imposible, quizá no hubiese dicho una sola palabra. Pero bailaba en sus ojos la picardía que ella amaba, y se dijo que siempre sería el mismo. Y preguntó tranquilamente:

—¿Adónde vamos ahora?

El Santo le contestó.

—A la vieja taberna. Y allí será donde nos metamos más a fondo en la vida privada de Stanislaus —hizo una mueca de muchacho—. Válgame Dios, Pat..., cuando me pongo a pensar en lo que habría sido la vida si no nos hubiésemos traído a Stanislaus, me hierve la sangre. Es el más brillante rayo de sol que he visto en muchas semanas. No lo perdería ni por un mundo.

La joven se sonrió sin saber qué hacer. Después que ella examinó bien las circunstancias, parecía que era la única cosa que se podía hacer. Cuando se camina descaradamente por las calles de una ciudad extranjera del brazo de un hombre que lleva sobre su espalda el cuerpo, raptado, de una persona totalmente desconocida a la que ha bautizado con el nombre de Stanislaus, a falta de otra información mejor..., un hombre, además, que es incapaz de demostrar ningún síntoma de culpabilidad o de agitación acerca de esta manera de conducirse..., las respetables reacciones que Tía Ethel espera de uno, están expuestas a un ataque de vértigos mudos.

Patricia Holm suspiró.

Se preguntó vagamente si había algún poder sobre la tierra capaz de quebrantar la fe de El Santo en sus ángeles guardianes; pero a El Santo mismo no parecía habersele ocurrido nunca semejante pregunta. En todo el trayecto de aquel caminar atrás, hacia «la vieja taberna»..., en realidad solo le llevó unos minutos que a ella se le antojaron horas... Patricia habría jurado que ni un solo cabello de la morena cabeza de El Santo se movió un milímetro de su sitio por el más ligero temblor de ansiedad. El hombre era feliz. Iba mirando hacia adelante, metido en su aventura. Si hubiese tenido algún pensamiento acerca de los peligros de su marcha hacia la vieja taberna, lo habría hecho con la misma sencillez infantil, asombrosa, que en todas las dificultades le guiaba hacia su estrella protectora. Se llevaba a Stanislaus a casa, y si alguien hubiese puesto dificultades a ese paso..., bueno, la ofrenda floral de Simón Templar habría constituido el núcleo de un solemne funeral...

Pero nadie le hizo tal objeción. Las calles de Innsbruck conservaron su silencio ininterrumpido, y permanecieron benévolamente vacías. Hasta el lejano silbido del pito del patrullero se había callado. Y Simón estaba en pie, a la sombra del muro que había sido su destino inobjetable, examinando fijamente, a un lado y a otro, la calle desierta que aquel bordeaba.

—Este es, sin duda, el premio de la virtud —dijo.

Stanislaus fue aupado a lo alto de la pared con un rápido empujón, y El Santo se inclinó otra vez. Patricia sintió que sus manos le rodeaban las rodillas, y se vio levantada en el aire como si hubiese sido una pluma: apenas se había asentado encima de la pared, cuando El Santo se encontraba ya a su

lado, saltando nuevamente al otro lado lo mismo que un gran gato gris. Lo distinguió vagamente en la oscuridad de debajo, en el instante en que ella pasaba sus piernas por encima, teniendo la visión del blanco de sus dientes; se acordó, sin poder evitarlo, de otra ocasión en que ella se vio cruzar por encima de otra pared, en la primera aventura que había compartido con él..., una mano delgada y fuerte se había alargado hacia ella exactamente como ahora, pero entonces se le tendió con un floreo de alegre adiós..., y la invadió una alegría profunda y permanente en el instante que saltaba, para que él la recogiese en sus brazos. La puso en el suelo con tanta ligereza como si sus pies se asentasen en un paquete de algodón. Oyó la voz de El Santo que le susurraba:

—¿No es esto vivir?

Por encima de ella, a su derecha, alzábase el volumen cúbico, negro, de la vieja taberna..., el hotel Konigshof, el más enorme y palatino de todos los hoteles del Tirol, que El Santo había elegido doce horas antes como cuartel general del grupo. Con la visión estratégica de posibles sucesos de una clase completamente distinta, había elegido en él una serie de habitaciones de la planta baja, con altas ventanas que daban directamente a los jardines ornamentales; y el que fuese la única serie de habitaciones de su clase en el edificio, y el coste de unas cinco libras por minuto, no podía sobrepasar sus ventajas, igualmente únicas.

—Métete derecha dentro, querida —le habló El Santo en un cuchicheo— y yo entraré inmediatamente detrás de ti con Stanislaus.

Ella marchó adelante, tanteando su camino, insegura, entre los macizos de flores confusamente recordados; pero un momento después él estaba de nuevo a su lado, dirigiéndola con instinto seguro, por un prado claro e igual. Las ventanas de su cuarto de estar hallábanse ya abiertas, y él las encontró infaliblemente. Dentro ya de la habitación le oyó que abría una puerta; y en cuanto ella encontró las llaves de la luz y las encendió, vio que la habitación estaba vacía.

Después llegó él por la puerta de comunicación del dormitorio, la cerró tras sí, y miró a la joven con acento de reproche:

—Pat, ¿fue así como yo te eduqué?... ¿Dejar encendidas todas las luces e invitar a que todo el mundo se quede mirándonos con la boca abierta?

Marchó El Santo hacia las ventanas y corrió las cortinas; y luego volvió hacia atrás, y barrió en el aire sus lamentaciones con su alegre risa, diciendo sobriamente:

—A pesar de lo cual, es preferible ser demasiado cuidadoso que excesivamente optimista. Es probable que los resultados sean menos permanentemente dolorosos —se sonrió de nuevo, y deslizó un brazo por sus hombros—. Y ahora, no estaría de más un cigarrillo.

Sacó del bolsillo su pitillera, y se dejó caer cómodamente en un sillón. Patricia se sentó en el brazo de este.

—¿Vas a dejar a Stanislaus en el dormitorio, para que se enfríe?

Simón asintió:

—Él está allí. Puedes entrar y despedirte de él, con un beso, si te apetece... Duerme el sueño del fracaso. Lo amarré a la cama y lo dejé entregado a sus sueños en tanto decidíamos qué hacer con él.

—¿Y qué ocurrirá si él se despierta y se vuelve loco vociferando?

El Santo lanzó un manojito de humo, largo y complacido, y dijo:

—Stanislaus no gritará. Si hay una cosa que Stanislaus no hará cuando despierte será ponerse a gritar. Es posible que lance algunos gritos ahogados como balidos, pero no hará nada que sobrepase a eso en bullicio. Llevo un rato haciendo trabajar mi cerebro a propósito de Stanislaus, y estoy dispuesto a apostarte que el barullo que arme será tan ensordecedor, que podrías emplearlo para el acompañamiento sincronizado de una película ilustradora de un torneo de ajedrez, en un monasterio de trapistas mudos. Toma nota de esto que te digo.

Se oyó un golpe suave dado en la puerta exterior del compartimiento, y El Santo echó un vistazo a su reloj, al mismo tiempo que se apartaba de su sillón, y se lanzaba a través de la habitación. Eran las tres menos cinco..., es decir, que habían pasado treinta y cinco minutos desde que se habían apartado del Breinoss, lanzándose a ventilar sus pulmones antes de volver a casa, en aquel cómodo paseo junto al río, que tenía que guiarlos por tan extraños y peligrosos senderos. La noche no había perdido el tiempo. Y, sin embargo, si Simón Templar hubiese tenido indicios del derrumbe, del jaraneo y canciones que habían de ser vertidas en su joven vida, antes que el trabajo de aquella noche fuese plenamente calculado, incluso él vacilaría. Lo suficiente para peinar sus cabellos y ponerse una camisa limpia.

Pero no lo sabía. Abrió la puerta cinco centímetros, comprobó los rasgos agradablemente familiares que rodeaban el bigote pequeño e higiénico de Monty Hayward, y lo llevó dentro. Luego corrió cautelosamente los cerrojos en sus huecos, y volvió a retirarse al cuarto de estar, con su cigarrillo alegremente levantado hacia arriba entre sus labios. Y murmuró garbosamente:

—¡Hola, gente mía! ¿Cómo nos sentimos todos después de nuestra *culture physique*?

Monty le contestó:

—Me parece que no tengo ganas de hablarte. No eres un conocimiento lo bastante simpático.

Los párpados de El Santo le miraron, torcidos, burlonamente:

—Al Hayward, Cara de Chirlo, nos hablará ahora de su colección de primitiva porcelana Woolworth —dijo arrastrando las palabras—. Nunca quise meterme en política ni en ningún otro negocio sucio, «dice Al, Cara de Chirlo». El arte es la única cosa que para mí tiene importancia... ¿Por qué, muchachos, no me dejáis solo?

Monty se echó a reír, operando con una mano en la caja de cigarrillos de El Santo, y con la otra en el sifón.

—Claro. Sin embargo..., este asunto está muy bien para ti, viejo *sportman*, en vista de que has decidido convertirlo en tarea tuya; pero ¿por qué quieres meterme a mí en él?

—Mi querido compañero, pensé que te haría bien al hígado. Además, tú eres capaz de correr muy rápido, y hay una especie de aspecto virginal en tu elevación posterior...

Monty le tiró un almohadón, y marchó a sentarse en el brazo del sillón en el que se había sentado Patricia. Y le preguntó:

—¿Tú le permites que haga estas cosas, Pat?

—¿A qué cosas te refieres? —le preguntó la joven con blandura.

—¡Cómo!..., seducir a editores respetables para que entren en luchas libres, raptar a la gente, y no sé cuantas cosas más. ¿No has visto lo que ha estado haciendo esta noche? Tira a la gente al río..., echa mano de individuos y se escapa con ellos..., deja que sus compañeros sean perseguidos por toda Europa por hordas de condenados policías, mientras él se esconde..., y se planta aquí tan feliz como un perro con una pulga nueva, y no encuentra nada de que pedir disculpas. ¿Así es como tú le permites que se conduzca?

—Sí —contestó Pat imperturbable.

El Santo echó mano a un vaso y cambió de sitio en la mesa. Tiró un beso a Patricia, y miró pensativo a Monty Hayward, diciéndole:

—Seriamente, viejo, te debemos una buena parte de la iniciativa. Soplaste el fuego como un héroe fulgurante..., como si te hubiesen entrenado desde el jardín de niños. Pero lo siento mucho si tienes la sensación de que has caído en un lugar en el que no debieras estar. No hay nadie con el que yo estaría

más a gusto en un zafarrancho de esta clase, pero si realmente escuchas la llamada del viejo devocionario y del cojín...

Monty tiró la ceniza en la chimenea.

—No es el devocionario ni el cojín, cabeza dura..., es la Consolidated Press. Según te dije comiendo, he hecho en dos días una semana de trabajo, de modo que calculo que me he ganado cinco días de asueto. Pero eso no me va a servir mucho si al cabo de esos cinco días me gano una condena de quince años en alguna de esas malditas cárceles alemanas... A propósito, ¿qué le ha ocurrido a Stanislaus?

Simón apuntó con el pulgar hacia la puerta del dormitorio.

—Lo tiré donde no estorbase. Cuando vuelva en sí nos va a arrojar un montón de luz sobre algunos asuntos oscuros. Estaba esperando que llegases, antes de hacer algo para activar su despertar, de manera que también tú formases parte del interesado auditorio —se puso en pie y aplastó el extremo de su cigarrillo en un cenicero—. Y en circunstancias, Monty, que parecen ser el verdadero tema próximo del programa. Iremos juntos y dejaremos que Stanislaus se vaya de la lengua, y tendremos entonces una idea algo más perfecta de los hechos y de los premios que se pueden ganar en este rodeo.

Monty asintió, y dijo:

—Esa parece ser una idea bastante razonable.

El Santo se adelantó y abrió la puerta de comunicación. Había dado dos pasos en el dormitorio, cuando sintió una clara corriente de aire fresco que abanicaba su cara. Luego sus ojos se hicieron a la oscuridad, y, donde estaba la ventana, vio un rectángulo de luz de estrellas. Se retiró sin pronunciar una palabra, y su mano agarró los dedos de Monty sobre la llave de la luz eléctrica. Y dijo tranquilamente:

—Querido, no te digo que perdones. Esto fue un error que cometió Pat.

Desapareció dentro de la habitación, y al poco rato Monty escuchó un débil ruido metálico y vio siluetearse la figura de El Santo sobre el fondo débil de luz oblonga. Simón estaba cerrando cuidadosamente la ventana..., y Simón sabía perfectamente que aquella ventana estaba cerrada cuando él había dejado caer a Stanislaus en la cama y lo había dejado allí, amarrado. Pero El Santo estaba completamente tranquilo. Corrió las cortinas a través de la ventana y se volvió; y su voz era tranquila saliendo de la oscuridad. Y dijo:

—La idea era muy lógica, Monty, muy lógica. Pero fue un poco tarde. Puedes darle ahora a la luz.

Se produjo la luz, cayendo una súbita oleada brillante desde el panel central del cielo raso y desde los brazos sombreados de alabastro que había en

las paredes. Se mitigó en las profundas cortinas verdes y en la alfombra inapreciable, que formaba juego con las ropas de cama, dignas de una reina, y caía blancamente sobre las immaculadas sábanas de la cama de roble tallado. En el centro de aquella superficie nivea, el hombrecito parecía extrañamente negro y retorcido.

La empuñadura de marfil de un puñal sobresalía oscuramente de la manchada tela de su camisa, y sus ojos, vueltos hacia arriba, estaban anchamente abiertos y miraban con fijeza. Mientras ambos lo miraban, la mano derecha del hombrecito se deslizó a un lado de la cama, y la cartera de *attaché* que se balanceaba en su muñeca fue a dar en el suelo, produciendo un golpe apagado.

2

DE COMO SIMÓN TEMPLAR NO SE ARREPINTIÓ Y LA REUNIÓN SE ANIMÓ CONSIDERABLEMENTE

I

Simón abrió las esposas y se las metió en el bolsillo. Hallábase demasiado acostumbrado al espectáculo de la muerte súbita y violenta, y lo ocurrido no podía perturbarlo de ninguna forma; aun así, un desfile de carámbanos fantasmales le reptaba por la espina dorsal abajo. No se había imaginado encontrarse en la fiesta tan pronto con una muerte que le caía con tanta rapidez y tan sin piedad. Aquello era una amenaza y un desafío sobre los que no cabía equivocarse.

Patricia preguntó, rompiendo el silencio en su sexto segundo:

—¿Cómo ocurrió?

El Santo se sonrió, y dijo:

—De la manera más sencilla posible. Un miembro de esa gentuza nos siguió la pista hasta el hotel y se introdujo aquí mientras nosotros le dábamos a la lengua en el cuarto contiguo. Fuese quien fuese, su forma de conducirse es algo más que el alfa..., porque yo estuve en todo momento con el oído atento y no llegué a oír nada. Pero si me preguntas la razón de que Stanislaus fuese liquidado, eso requerirá pensarlo un poco más.

El óbito físico y real del hombrecito lo dejó impasible. No se habían tratado lo bastante para convertirse en devotos camaradas; y, en todo caso, era dudoso que el hombrecito se hubiese sentido en ningún momento inclinado a permitir que semejante cariño brotase dentro de su pecho. El Santo, cuyo conocimiento de los caracteres era intuitivo e instantáneo, lo juzgó un individuo cuya muerte dejaría al mundo singularmente insensible.

Sin embargo, ese mismo asesinato sin importancia dejó escrita en la historia una sentencia que El Santo sería capaz de leer en cualquier idioma.

Su clara mirada azul se puso, a través de la cama, al nivel de los ojos de Monty Hayward, con un nuevo brillo de burla, y no se había apagado aún en su boca su impasible media sonrisa. Y planteó una pregunta que enlazaba con su última conversación:

—¿Hay alguien que diga que yo no estaba en lo cierto?

—¿Acerca de qué? —le contestó Monty en el acto.

—Acerca de habernos traído a Stanislaus —fue la viva respuesta de El Santo—. Vosotros dos pensasteis que yo estaba loco..., pensasteis que yo me estaba lanzando a sacar conclusiones, y que las sacaba condenadamente lejanas. Pero como no podíais hacer otra cosa, os tragasteis el salto mío. Decidme ahora que no os he planteado bien el problema.

Monty se encogió de hombros y contestó:

—¡Claro que nos lo has planteado bien! Pero ¿qué conclusiones quieres que saquemos?

El Santo le dijo:

—Que sigáis adelante con lo que nos resta de nuestras sólidas ideas. Que sigamos indagando como podamos acerca de Stanislaus..., y luego podremos tener algo más de qué hablar.

Estaba estudiando ya la pequeña cartera de *attaché* del hombrecito. Un primer vistazo le demostró que el cuero había sido medio hendido con violencia, sin duda con algún otro instrumento agudo que el que manipuló el reciente visitante; vio luego lo que había dentro, y comprendió la razón del peso extraordinario de la cartera. La pequeña cartera de *attaché* no era otra cosa que un frágil *camouflage*; el interior era una caja de acero azulado, y la cadena estaba remachada a ella mediante un limpio agujero circular hecho en la cubierta de cuero. Un par de agudos cortes realizados con un cortaplumas arrancaron por completo la cubierta de cuero, poniendo al descubierto la caja de metal..., que era una de las cajas fuertes más compactas, sólidas y portables de cuantas El Santo había visto.

Simón recorrió con ojo pesimista de experto su lisa superficie. La tapa encajaba con tal perfección, que se requería la perspicacia de un lince para descubrir que allí había una tapa. El corte de una navaja de afeitar no podría haber encajado en aquella hendidura extenuada... y mucho menos la garra de la más fina palanqueta hecha jamás. La única y notable ruptura que se presentaba en aquel rombo de caja brillante, endurecida, era a un lado del pequeño panel cuadrado, en el que la cerradura de combinación mostraba

cuatro estrechos fragmentos de sus cuatro ruedas de acero cromado, fresadas y dibujadas con letras..., y aun estas se hallaban equilibradas dentro de su apertura de modo tan irrompible que un bacilo en huelga de hambre se habría encontrado sujeto entre ellas.

—¿Puedes abrirla? —le preguntó Monty, y El Santo hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Con ninguna herramienta de mi equipo. El que hizo esta caja de sardinas conocía bien su oficio.

Abrió una de sus maletas y extrajo de ella una abultada tela con herramientas, que extendió encima de la cama. Sacó una minúscula lima de canto de cuchillo, la probó en su dedo gordo y la dejó de lado. Eligió en su lugar un frasco de goma negra vulcanizada. Depositó con sumo cuidado, valiéndose de un breve rodillo del mismo material, una gota de un líquido de un color pajizo en uno de los eslabones de la cadena, en tanto que Monty le miraba lleno de curiosidad.

El Santo explicó, volviendo a colocar el frasco en su sitio:

—Más tranquilo y más fácil. Ácido hidrofúrico..., el líquido más hambriento que se conoce en la química. Lo come, prácticamente, todo.

Monty dijo, alzando sus párpados:

—¿Sería capaz de comer en la lata de sardinas?

—Ni siquiera en veinte años. Le han tomado la medida a esta salsa allí donde fabrican estas cajas fuertes. Pero la cadena no procede de la misma fábrica. Lo cual es para nosotros lo mismo. No puedo menos de pensar que habría sido condenadamente difícil tener que vivir con una caja fuerte de estas, permanentemente sujeta al sótano de una morgue. No es una cosa higiénica.

Encendió un cigarrillo y se paseó pensativo por la habitación durante unos momentos. En una de sus vueltas, se detuvo para abrir en toda su amplitud la puerta de comunicación, y permaneció escuchando un segundo. Luego siguió diciendo:

—Una o dos cosas se han aclarado. Según yo veo el asunto, la llave de todo este jaleo está dentro de esta caja de sardinas. Los individuos que trataron de levantar a Stanislaus para tirarlo al río querían hacerse con ella, y esa es también una de las tres razones posibles para la actual lechigada de muertos. Stanislaus fue atacado: *a)* o bien porque llevaba encima la caja; *b)* porque hubiera podido hacer ruido; *c)* porque hubiera podido dar el chivatazo... o por una combinación de las tres razones. El hombre que le clavó el puñal trató de apoderarse del contenido de la cartera de *attaché*, y se

vio chasqueado por la caja de sardinas de dentro. No disponiendo de ningún medio para abrirla, o para separarla de Stanislaus, emprendió rápidamente la fuga. Un detalle que podéis apartar de vuestra mente es que el contenido de dicha caja es bastante respetable para ser mencionado en ningún círculo respetuoso de la ley.

Monty expuso con templanza su opinión:

—No es la primera vez que los mensajeros de Bancos han llevado carteras encadenadas a sus muñecas.

Simón se mostró implacable:

—Sí. A las dos y media de la mañana las calles están plagadas de ellos. Y los mensajeros diplomáticos tiene las mismas costumbres. Los reclutan entre la gente enana de la tierra; y una de las cualidades que se les exige es que sean tan cerrados de mollera que no sepan distinguir a un amigo cuando lo encuentran. No dejan escapar un solo grito pidiendo socorro; cuando se ven atacados por una partida de pillos vociferantes... se precipitan por la parte más espesa del barullo, sin tratar en ningún momento de salvarse. ¡Con seguridad que Stanislaus debió de ser embajador! Monty asintió con circunspección:

—Ya sé lo que quieres decir. Debió de ser un pillo.

El Santo se echó a reír y volvió junto a la cama. Después de dirigir una mirada y examinar el eslabón sobre el que había colocado su gota de ácido, torció alrededor la cadena en su mano y la rompió lo mismo que si hubiese sido de bramante.

Teniendo libremente en su mano la caja de acero, se apoyó en una cómoda; y nuevamente miró a Monty, con la media sonrisa burlona en sus labios, y dijo suavemente:

—Por una vez diste en el blanco, viejo. Stanislaus era un pillo. ¿Y quién fue el que lo liquidó? Monty avanzó una suposición:

—Bueno..., es de presumir que fuese uno de los pájaros a quienes tiramos al río. Una pandilla rival.

Simón movió negativamente la cabeza:

—Si lo era, se secó con bastante rapidez. Ni en la cama ni en la alfombra hay un solo espacio húmedo, fuera del cuajaron de sangre de Stanislaus. No... Podemos suprimir tal suposición. Era una cuadrilla rival, perfectamente; pero era un grupo al que no hemos tenido aún el placer de tratar. Su representante estuvo, evidentemente oscurecido, pero los Muchachos del Agua se le anticiparon. Pero ¿quiénes eran los Muchachos del Agua?

—¿Lo sabes tú?

El Santo contestó tranquilamente:

—Sí, creo que lo sé.

Mecánicamente, Patricia Holm echó mano a un cigarrillo de su caja y lo encendió. Ella, que conocía a El Santo mejor que a cualquier otra persona viviente, veía con claridad a través de la engañosa tranquilidad de su voz..., atravesaba hasta la corriente interior de irreprimible alegría que corría por debajo. Ella captó su mirada, y leyó en ella el secreto antes que él hablase.

—Eran policías —dijo El Santo.

Estas palabras cruzaron por la habitación lo mismo que un jopo de luz arrebatadora, dejando la atmósfera embebida de suspense. Monty se levantó, como si sus oídos hubiesen quedado atontados.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Quieres decir...?

—Lo digo —El Santo se reía..., se reía con una oleada de júbilo arrebatado que rompió la expectativa como si fuese dinamita. Extendió sus brazos de manera vibrante—. ¡Así son las cosas, muchachos y muchachas!... ¡Lo digo! ¡No afirmo al buen tuntún! ¡Oh!, amigos, romanos, paisanos..., levantaos y firmad a lo largo de la línea de puntos: ¡La mercancía ha sido enviada contra reembolso!

—Pero ¿estás seguro?

Simón dio un golpe con la caja fuerte en la cómoda:

—¿Qué otra cosa podría ser? Stanislaus no gritó en ningún momento pidiendo socorro, porque sabía que no lo conseguiría. Yo lo tuve por un excéntrico desde el principio, pero uno no puede sostener que una cosa es excéntrica mientras medita sobre sus rasgos. Y luego, cuando Stanislaus me dio la música, supe que estaba en lo cierto. ¿Recordáis lo que dijo? *Ich will gar nichts sagen*^[5]... Así habla desde el principio de los tiempos todo pillo al que se le detiene. Significa en lenguaje corriente: «Yo no he dicho nada». Pero ¡sí que decía con ello!

Monty Hayward parpadeó, y dijo:

—¿Quiere eso decir que durante todo el tiempo en que estuve arriesgando mi cabeza para salvar a alguna almita anémica de que le golpearan tres individuos fornidos, a los que luego ayudé a tirar al río..., quieres decirme que he estado ayudando a impedir que un pillo fuese detenido y ayudándote a ti a que asesinases a tres respetables detectives?

—Así es, Monty, viejo rodaballo —una vez más, El Santo se inclinó débilmente ante la tormenta—. ¡Oh, por los mil malditos quesos Camenberts..., ponte en pie y llena tus orejas con esto!... ¡Y fuiste tú el que lo iniciaste! Tú, el que me metiste en la regata. Tú, el que guiaste a mis

tímidos pies al fangal del pecado. Y aquí estamos, con la Policía persiguiéndonos, los compañeros de Stanislaus persiguiéndonos, los pajarracos que atacaron a Stanislaus para suprimirlo persiguiéndonos, un cadáver auténtico sobre la mesa y un botín no reclamado dentro de una caja fuerte que no hay quien la abra encima de nosotros..., ¡y yo tratando de hacer el bien!

Monty dejó el vaso encima de la mesa y se levantó flemático. Era un hombre en el que El Santo jamás había visto señales serias de confusión, pero que en aquel momento parecía tan próximo como nunca lo había estado a una demostración de esa clase.

—Puestos a razonar, la verdad es que yo no fui nunca un hombre que aspirase a vivir fuera de la ley —dijo—. Simón, la verdad es que odio tu sentido del humor.

El Santo se encogió de hombros. No se arrepentía. Su cerebro se lanzaba ya a un torbellino de suposiciones y dejaba muy atrás aquella explosión involuntaria de alegría.

Había dado a Monty un sumario de todo lo que él conocía o adivinaba..., se lo dio en pocas palabras. Había adivinado perfectamente la situación desde el principio, había confirmado de manera irrevocable la situación en el primer acto y había dado vueltas y vueltas a sus deducciones durante el intervalo hasta que tomaron la coherencia de un conocimiento concreto. Y en su último párrafo había extractado los hechos con una concisión que los encerraba todos, lo mismo que a una manada de cloqueantes escuerzos.

No llegaron, lamentablemente, a deprimirlo. Jamás se lamentaría de su pérdida virtud. Lo que había de ser, sería. Había lanzado su garfio a la aventura, y la pesca había sido abundante. Era evidente que la muerte de Stanislaus complicaba las cosas en no pequeña parte, pero eso daba únicamente la prueba de que allí estaba el auténtico género, tal como había sido anunciado. Cualesquiera que fuesen las cuadrillas contra las que luchaba, le habían dado ya pruebas rápidas y eficaces de que eran dignas de su acero. Su corazón se enfervorizó hacia ellas. Las puntas de sus pies anhelaron alcanzar sus partes posteriores. Eran los muchachos amigos suyos.

Su cerebro caminaba en dirección a su próximo paso. Patricia y Monty le miraban con expectación; El Santo siguió pensando en voz alta, a beneficio suyo, y dijo:

—Si alguien está deseando echarse fuera, este es el momento de separarse. Los pajarracos que acometieron a Stanislaus van a tener infinidad de cosas que decir antes que hayan terminado, y es solo cuestión de horas el

que lo digan. El individuo que lo liquidó marchó a su casa para informar, y lo único que no sabemos es el tiempo que les llevará organizarse para volver contra nosotros. Aun ahora...

Se interrumpió, y permaneció escuchando.

En medio del silencio, el suave tamborileo de la puerta exterior del departamento, que había empezado siendo una vibración casi inaudible, fue elevándose, y pasó por un *crescendo* gradual hasta que todos lo oyeron muy distintamente; las cejas de El Santo formaron sobre sus ojos una oscura línea. Sin embargo, redondeó sus palabras, sin que su expresión le temblase.

—Aun ahora —dijo sin emoción— quizá sea demasiado tarde.

Monty habló:

—¿Es la Policía..., son los compañeros de Stanislaus... o son la gente práctica en el cuchillo?

Simón se sonrió.

—Pronto lo sabremos —dijo.

Brillaba en su mano una pistola..., una pequeña Webley automática, que se ajustaba con comodidad y sin que se la viese en la palma de su mano. Echó hacia atrás la chaqueta, volvió a meter la pistola en el Bolsillo, manteniendo dentro de él la mano, y cruzó la habitación con su paso rápido y oscilante. Cuando llegó a la puerta, cesó el golpear en ella.

El Santo se detuvo también, y las arrugas se hicieron más profundas en su frente. Aquel golpear, desde que se inició, no poseyó ni un momento el timbre que de él habría podido esperarse... ya fuese intimación perentoria, ya fuese inoportunidad subrepticia. Porque había sido, más que un largo tamborileo ejecutado artísticamente, una especie de persistencia laboriosa, que otorgó una extraña cualidad a su abrupto fin. Y El Santo estaba dando vueltas precavido a aquel rompecabezas, cuando le fue lanzada la solución con una finalidad tan evidente, que hizo que su corazón perdiese un latido.

Una voz meliflua le dijo en un inglés perfecto:

—Por favor, no se precipite.

El Santo se volvió en redondo.

En la puerta de comunicación con el cuarto de estar hallábase un individuo esbelto y elegante, en traje de noche, sin más armas que un bastón de ébano con empuñadura de oro, que mantenía con ligereza en sus dedos enguantados de blanco. El Santo se le quedó mirando incrédulo y mareado por espacio de tres segundos de su reloj; y de pronto, ante el asombro de Monty Hayward, se dobló limpiamente contra la pared y rompió en una carcajada:

—¡Por el pie del gran martillo del santo profeta Ezequiel! —dijo El Santo con voz extática—. ¡Es el príncipe heredero Rudolf!

II

El príncipe se acarició su sedoso y diminuto bigote y, detrás de su mano, los rincones de su boca se retorcieron en una sombra de sonrisa.

—¡Mi querido y joven amigo, este es un placer sumamente inesperado! Cuando me lo describieron a usted, apenas pude creer que fuésemos a renovar nuestra amistad.

Simón Templar lo miraba como a través de una especie de neblina. Su memoria corría hacia atrás, saltando un par de años..., saltaba hacia atrás, a los días tensos de combates, asesinato y muerte súbita, cuando aquella figura ligeramente fastidiosa había jugueteado con el destino de Europa, que se hallaba en sus manos delicadas, y la presencia malvada y monstruosa de Rayt Marius, el hacedor de guerras, había surgido horrible por entre un mundo que nada sospechaba; cuando El Santo y sus dos amigos habían combatido en lucha solitaria por la paz, y Norman Kent había entregado su vida para salvar a mucha gente. Y de su segundo encuentro, tres meses después, cuando la hidra había alzado su cabeza con un nuevo disfraz y habían recordado a Norman Kent... Recordó todo ello con una viveza sobresaltadora y enceguedora, recapitulada y cristalizada en el sobrehumano reposo de aquella figura, ligera y dominadora..., en el hombre de acero y terciopelo, que era como El Santo se lo representaría siempre, al petrel tormentoso de los Balcanes, al hombre fuera de la ley de Europa, al más fanático patriota de la época, según su propia manera extraña; maravillosamente bien educado, esbelto como la hoja de una espada, sonriente...

El Santo se dominó, con un esfuerzo consciente. Una cosa se destacaba a cuatro kilómetros de distancia en aquella tormenta de recuerdos. Si el príncipe Rudolf participaba en la francachela, la sopa en que él hubiese metido la cuchara tendría tan escasa cantidad de adormidera que su sabor sería casi imperceptible. En los alrededores de Innsbruck se estaba condimentando una medicina; la teoría de un botín corriente, en una forma u otra, que El Santo había aceptado automáticamente como explicación de aquella elegante y pequeña caja fuerte, debía ser condenada a un aniquilamiento sin gloria. Y los hilos fundamentales de la intriga estaban escondidos detrás de aquella máscara sonriente de hielo pulimentado.

—¡Rudolf..., mi querido y viejo compañero de colegio! —la voz de El Santo surgió alegre y bendita, en una expansiva ovación de bienvenida—. ¡Estamos como en los viejos tiempos!... Monty, permíteme que te presente..., aquí tienes a su Absoluta Altitud, al mismo príncipe heredero Rudolf, que hace unos años estuvo con nosotros en los juegos y la gracia... Rudolf, sírvase conocer a Saint Montague Hayward, presidente de la Comisión Real encargada de investigar las incidencias de la psittacosis entre los dromedarios y director gerente del *The Blunt Instrument*, canonizado en esta misma fecha por el asesinato de un lector que pensó que una pierna negra tenía algo que ver con las venas varicosas... Y ahora, alteza, debe hacernos saber qué podemos hacer por usted.

El príncipe miró con débil disgusto al volumen del bolsillo de El Santo. Serio, firme como una roca, e inconfundible, había estado cubriéndolo con su arma durante toda aquella alegre cascada de tonterías, y ni uno solo de los exagerados movimientos de El Santo había contribuido a desviar la puntería, ni siquiera una milésima parte de un centímetro.

El príncipe dijo:

—Confío sinceramente, mi querido míster Templar, que no calcula usted realizar ningún disparate. Un cadáver es suficiente para que tenga que rendir cuentas cualquier hombre ordinario, y no puedo menos de pensar que incluso un joven emprendedor como usted encontrará algún inconveniente en agregar un cuerpo como el mío a ese muerto.

El Santo le contestó secamente:

—Adivina usted mal, porque los cadáveres son mi especialidad. Los colecciono. Pero, bueno, estamos empezando a saber cosas tuyas. De ese emocionante discurso tuyo saco en consecuencia que perteneces al grupo que me ha ofrecido el primer cadáver. ¿Es así?

El príncipe inclinó su cabeza:

—Me aflige tener que reconocer que el responsable es uno de mis agentes. Esa muerte fue estúpida e innecesaria. Emilio recibió de mí instrucciones de seguir a Weissman y de informarme inmediatamente que hubiese llegado a destino. Cuando Weissman fue primeramente detenido, y luego rescatado y raptado por usted, ese ridículo Emilio perdió la cabeza. Su equivocación es simplemente un ejemplo típico de iniciativa errónea —el príncipe abandonó el tema con solo un movimiento de la mano—. Sin embargo, la equivocación no es, por suerte, fatal, excepto para Weissman... y Emilio no volverá a molestarme. ¿Queda satisfecha vuestra curiosidad?

El Santo contestó, incisivo:

—No creo que lo mires así. Apenas estamos empezando. Nuestra curiosidad no tiene todavía su espita húmeda. ¿Quién era este pajarraco de Weissman?

El príncipe alzó sus cejas, finamente sombreadas:

—Mi querido míster Templar, parece que usted exige muchos datos.

—Yo aspiro los datos como una esponja, corazoncito. Cuéntame más. ¿Dónde está el botín?

—¿Qué decía, por favor?

—Bien. ¿A qué me refiero con esa palabra? Lo sabes. Al gato..., a lo robado..., al montón, al mazuma, al elemento de que se trata y por el que se canta esta canción y se hace este baile. En una palabra: a las sardinas encerradas en esta pequeña caja. ¡Condenación! —dijo El Santo exasperado—. Antes comprenderías el inglés liso y llano... ¿Qué premio nos ha caído en las apuestas? Hemos pagado nuestros billetes. Nos gusta preguntar. Permítenos oírte de qué se trata.

Por la fracción de un segundo, un brillo de expresión pasó por encima de los ojos del príncipe. Luego desapareció, y sus facciones sensibles volvieron una vez más a convertirse en algo tan impenetrables como un mar de Siberia.

—Cualquiera pensaría —dijo suavemente— que olvida usted su posición.

—No diga.

El bastón del príncipe giró graciosamente en las puntas de sus dedos.

—Olvida usted, mi impetuoso y joven amigo, que yo estoy de visita... y que soy el que lleva la voz cantante. Es usted preguntón, pero es posible que no sea usted tan ignorante como quisiera que yo lo crea. La cuestión no tiene realmente importancia. Salvo que, si es usted honradamente ignorante, yo puedo darle la seguridad..., movido únicamente por mi atención personal hacia usted, querido míster Templar..., yo puedo darle la seguridad de que sería para usted mucho más sano seguir en su ignorancia —miró a su reloj—. Creo que hemos perdido bastante tiempo, míster Templar; cuando usted raptó a Weissman, este llevaba una pequeña caja de acero. Veo que usted la ha apartado de él. Esa caja, míster Templar, es propiedad mía y me alegraré de recibirla.

El Santo se apoyó más lánguidamente aún contra la pared.

—Apuesto a que la tomarías, cariño..., alteza.

La voz de Simón era ensoñadora. Pero en el fondo de ese tartajeo ensoñador, su cerebro se chamuscaba con el conocimiento de que, en la entrevista, se había producido por algún lugar una grieta.

La entrevista no había seguido la línea que él había esperado de manera subconsciente que siguiese, y ni una sola de sus descortesías calculadas había conseguido que volviese al camino por el que debiera haber marchado. El Santo sentíase como un comediante de segunda fila que bombea frenético el viejo aceite sobre un auditorio que ha perdido interés, y que siente que las inclementes corrientes de Lapponia pasan por él, silbándole, para dormirse por debajo de su hueso espoleta. La charla insustancial hacíase horriblemente falta de interés. Captó la mirada del príncipe sobre él, y tenía una tranquila vena de humorismo.

—Amigo mío, en unos pocos minutos más creeré que su ignorancia es auténtica. O que, posiblemente, su inteligencia ha sufrido un retroceso. Cosas así, ocurren. Reconozco que, cuando me resolví a hablarle a usted yo mismo, tuve mis dudas acerca de la prudencia de esa manera de proceder. Una curiosidad natural en mí me convenció de que debía correr ese peligro. El peligro está justificado, y me he llevado chasco. Es una lástima. Pero quizá no puede uno conseguirlo todo... El Santo le contestó alegremente:

—Permítame que le diga que estoy haciendo todo lo que me es posible para complacerle. ¿Qué supone, después de todo, entre amigos, un cadáver más o menos? Desde luego, mi puntería no es la que fue en otro tiempo, aunque, dicho sea con verdad, no ha sido nunca buena, y si su alteza se siente tentado a probarlo prácticamente...

El príncipe contestó con calma:

—Rara vez me siento inclinado a correr riesgos... Pero quizá he estado distrayendo su atención.

Hizo un leve gesto con su mano derecha.

Aquel movimiento pareció por un momento no ser sino un gesto sin importancia; y El Santo se engañó. De pronto cayeron las escamas de sus ojos..., un instante demasiado tarde.

Habíanse olvidado del tamborileo en la puerta delantera del compartimiento. Cuando se detuvo, al llegar el príncipe, se había olvidado de él por completo. No lo había tomado por otra cosa que por una astucia elemental, para permitir que el príncipe hiciese su entrada sin que lo advirtiesen, por medio de las ventanas del cuarto de estar. Habíase maldecido en secreto por haberse dejado engañar de manera tan sencilla, y a continuación lo ahuyentó de su mente, que estaba plenamente ocupada con otros problemas...

Ahora cayó en la cuenta de su error.

Había sido literalmente arrojado sobre él..., lo habían apuñalado en su espina dorsal, firme e incontrovertiblemente, y lo habían dejado allí a propósito. Antes de eso, en su vida irregular y energética, había experimentado idéntica sensación. La sensación del caño de una pistola en la espalda de uno le deja una impresión indeleble en la memoria.

Simón permaneció completamente inmóvil, y el príncipe le dijo con voz sedosa:

—A su manera, es una desilusión; pero en muchos aspectos es satisfactoria. Recuerdo otros tiempos en que usted habría dado más trabajo.

Cruzó la habitación sin darse prisa, echó mano a la caja fuerte y El Santo lo miró fríamente. Había en los ojos de El Santo dos chispitas de zafiro al rojo vivo, dos luces de ira concentrada que ardían debajo de una capa de glacial inmovilidad.

El recuerdo de los viejos tiempos se filtraba al través de sus tejidos lo mismo que un elixir de bilis que le quemaba. El príncipe tenía razón. Nunca había costado tan poco trabajo hacerse con Simón Templar.

La boca de El Santo se retorció, convirtiéndose en una línea áspera y tensa. Había desaparecido de él toda suavidad. Tenía la sensación de que acababa de despertar..., de que había maniobrado débilmente por entre una niebla espesa, que esta niebla se había desvanecido y que estaba extendiendo unos grandes músculos flexibles y lanzando grandes bocanadas de aire puro de las montañas. Su cerebro estaba tan transparente como un regato alpino. Una sola idea cabía en él: dar con sus manos en las caras desdeñosas de la pandilla que lo había convertido en un hazmerreír y golpear con fuerza. Golpearlas y seguir pegando...

El príncipe le sonreía.

—Solo puedo, míster Templar, repetirle la seguridad que le he dado de que hay momentos en que la ignorancia es una bendición y en que la curiosidad puede resultar cara. Sobre todo, en una persona cuyas manos han perdido su astucia.

Simón Templar aspiró profundamente.

Y acto continuo, hizo fuego desde su bolsillo.

La pistola, que tenía en la cámara un cartucho con media carga, no produjo sino un leve carraspeo explosivo, que se fusionó con el agudo disparo de la bala que fue a dar en la única llave de lámpara eléctrica que había al lado de la puerta. La habitación quedó sumida en una impenetrable oscuridad.

El Santo se precipitó a un lado. Exactamente detrás de él, oyó el apagado «plop» de una pistola eficazmente silenciada, pero que no lo tocó. Se revolvió

como una anguila, y sus manos barrieron un par de piernas. Oyó en la oscuridad su áspera carcajada. Hubo un jadeo, un grito ahogado y un golpe terrible, que se mezcló con la sacudida de una puerta que se cerraba.

Después de eso, hubo una extraña tranquilidad en la habitación; alguien gruñía de manera horripilante en aquella tranquilidad...

Monty Hayward metió la mano en el bolsillo y encontró dentro de él una caja de cerillas. Encendió una con circunspección, y miró a su alrededor.

Patricia Holm permanecía tranquilamente en pie junto a la cama; en el suelo, el individuo de cara de caballo que había puesto su pistola en la espalda de El Santo daba una vivaz imitación de una estrella de mar agonizando. Pero el príncipe heredero había desaparecido..., lo mismo que Simón Templar.

3

DE COMO SIMÓN TEMPLAR REALIZO UN VIAJE. Y EL PRÍNCIPE RUDOLF HABLÓ DE SU APÉNDICE

I

El Santo atravesó la ventana del cuarto de estar de un salto volador que lo depositó en el prado, lo mismo que a un puma agazapado.

Detúvose allí un momento, con la mirada y el oído despiertos apartando las sombras del movimiento revelador que estaba seguro que se produciría en alguna parte. Y mientras estaba allí sintió que su espíritu se remontaba hacia el firmamento, hasta que su cabeza chocó con las estrellas.

El porrazo al artista de la pistola le había hecho bien..., más aún que el encuentro inicial con los criminales a los que había tirado al río. En total, aquellos tres individuos habían sido únicamente asesinos corrientes, de jardín; mientras que el artista de la pistola le había andado con el cañón de su arma por la espina dorsal, ocasionándole considerable incomodidad, molestia e inconvenientes. Bueno, al artista de la pistola le habían ocurrido cosas que le habrían servido de lección. El Santo lo había levantado por las piernas, lo había lanzado hacia el techo, y lo había dejado que cayese a tierra por su propio impulso.

Después de aquello, la tentación de repetir con el príncipe Rudolf la operación había sido casi abrumadora. Únicamente el triunfo épico del cerebro sobre el músculo, una magnificencia positivamente prodigiosa de la voluntad, El Santo lo creía modestamente, le habían hecho posible resistir a los suculentos atractivos de la idea. Pero el mejor juicio suyo, sostenido por una ola de Santa inspiración, le dijo que no era tiempo aún de jugar a la pelota con Rudolf.

A diez metros de distancia, entre las negras paredes del hotel, un vistazo borroso de blanco le enseñó, en el espacio de un parpadeo, que lo mismo estaba allí y que marchaba, cual pálida barriga de un tiburón que se mete a muchos nudos de profundidad en un remanso de mar a medianoche; y El Santo se sonrió satisfecho. Se deslizó sin ruido en la lobreguez de junto al muro, y caminó adelante con pies que no parecían tocar la hierba.

La figura que marchaba delante no caminaba subrepticamente. Simón oía el suave roce y las pisadas de unos zapatos delgados, caminando de prisa sobre el terreno; en una ocasión captó el seco susurro de hojas, cuando el príncipe cruzó pisando un arbusto de laurel. Estos ruidos tenían para un hombre del oído de El Santo más valor que los arcos del Sol en Hollywood: le decían todo cuanto él quería saber, sin desvelar su propia presencia. Deslizándose tras ellos sin que le oyesen, se fue acercando a su presa, hasta que oyó el firme respirar del príncipe.

Un segundo después, el súbito rechinar de un gozne metálico hizo que El Santo se irguiese. Distinguió en la oscuridad delante de él una abertura arqueada, y la silueta del príncipe se dibujó por un momento en la abertura. Luego, el gozne chirrió nuevamente, protestando por segunda vez, y la silueta desapareció.

Simón frunció el ceño. Podía hacer frente a los arbustos de laurel, y también a las ramitas muertas, lo mismo que a los demás riesgos de la persecución furtiva; pero las puertas chirriantes se hallaban algo por encima de su forma. Y El Santo sabía que, una vez que una puerta está decidida a chirriar, seguirá haciéndolo inevitablemente, aunque la mano que la levante tenga un tacto de gasa.

Dio marcha atrás, pensativo.

A tres metros de distancia, la pared en que el arco estaba cortado terminaba en una línea lisa, de oscuridad más profunda, contra la densa oscuridad del firmamento. Eso parecía ser la única esperanza, y El Santo se dirigió hacia ella dando un salto rápido y elevándose ágilmente sobre los dedos, llegando de este modo a lo alto de la pared, lo mismo que un atlético fantasma. Levantó los pies sin hacer el menor ruido... y se quedó allí, inmóvil.

Debajo mismo de él, había aparcada una gran limusine, con sus luces apagadas y su motor susurrando, apenas visible en la débil luminosidad que se filtraba por la avenida, gracias a la invisible claridad de una luz de calle, colocada al mismo extremo, en algún lugar de la carretera. Un hombre, vestido de librea, cerraba la puerta, y Simón oyó cómo el príncipe daba una

orden breve. El chófer se apresuró a dar una vuelta y trepó, colocándose detrás del volante. Se oyó un clic apagado al soltar los frenos; y los faros delanteros abrieron un ancho canal de luminosidad en la oscuridad del camino.

Sin vacilar un momento, El Santo dio un paso en la oscuridad, y se tendió, silencioso como un pájaro, en el techo del auto.

Se daba cuenta de que estaba cometiendo la mayor de las locuras. Aquel auto, por lo que él sabía, se estaba preparando para trasladarse al otro extremo de Europa. Si era eso lo que el auto iba a hacer, podría fácilmente viajar cuatrocientos kilómetros sin detenerse; y en cada uno de esos kilómetros estaría expuesto a ser lanzado fuera del auto, ocasionándole un daño físico, y quizá la muerte..., con independencia siempre del peligro de ser descubierto. Y allá, en el hotel Konigshof, había dejado a Monty y a Pat para que se las arreglasen con un cadáver y un preso, sin haberles dado una clave que indicase lo que él esperaba que hiciesen.

Pero tendrían que arreglárselas como Dios les diese a entender, lo mismo que haría El Santo. A Patricia la conocía como si fuese su propia mano; y Monty Hayward era una verdadera torre de fortaleza. Encontrarían su propia solución al problema..., aunque esa solución consistiese únicamente en una política de soberana inactividad.

Entre tanto, dedicaba tres cuartas partes de su propio talento a hacer frente a la conservación de su propia situación estratégica actual. En el primer ensayo, el techo del auto había parecido convenientemente proporcionado para permitirle hacer hincapié, con los dedos de sus pies en los ángulos posteriores, y con los dedos de sus manos en los delanteros, estabilizando de ese modo el equilibrio sobre una ancha base; pero, después de los primeros cinco minutos, descubrió que su postura recordaba desgraciadamente a la hora del almuerzo en una cámara de tortura medieval. Si hubiese podido hablar, habría aireado su cordial simpatía con los venerables *sportmans* que habían dejado que su estatura creciese en la máquina de tortura, en tanto que los carceleros marchaban a la taberna de la esquina para alegrarse con una pipa de vino tinto calentado con especias.

El auto esquivó, se coló, y salvó todos los rincones imaginables, marchando en dirección al Este, por la carretera de Salzburgo; y El Santo tenía que poner en tensión toda su energía para evitar ser arrojado fuera, lo mismo que un guisante en un giróscopo. Ni siquiera mejoró su suerte cuando estuvieron fuera de la ciudad, porque la carretera de Inn Valley, por sus propias razones misteriosas, salta en toda oportunidad de un lado al otro por

una serie de puentes, sin contar algunos que solo un genio de la ingeniería pudo haber inventado. Por si esto fuera poco, tenía ahora cinco centímetros de una capa de fino polvo blanco; y, a medida que el coche aumentaba su velocidad, encontrábase El Santo envuelto en una nube remolineante de polvo de roca pulverizada, que se le metía por las narices y transformaba las mucosas de su garganta en un horno de cal..., una forma de tormento que los especialistas medievales no incluían en su sílabus de diversión. El Santo se agarraba como una lapa, respiraba por los oídos, y soñaba anhelante en lechos de plumas y abundante cerveza.

Al cabo de un rato, empezó a sentirse dentro de los requerimientos peculiares de su posición... Es un decir. Por último, se halló lo bastante seguro para tratar de atisbar en el lado que podía verse de la parte de lujo del vehículo. Viendo que se extendía ante ellos una generosa extensión de carretera en línea recta, soltó una mano y se dio vuelta vivamente, para echar una ojeada por la miniatura de claraboya que había bajo la hebilla de su cinturón.

En los cuatro ángulos de los compartimientos de la parte trasera, unos ramilletes de minúsculas bombillas esmeriladas iluminaban el interior. A su luz pudo ver Simón al príncipe, recostado en la sibarítica tapicería, con la caja fuerte portable balanceándose sobre sus rodillas. Manoseaba perezosamente las ruedas de la combinación, y en su cara brillaba una tranquila sonrisa. De pronto, colocó la caja sobre los almohadones, al lado suyo, y descansó la barbilla en la mano, sumido en inexcusable contemplación.

El Santo se afianzó nuevamente, agarrándose, y se aplastó de nuevo, con tiempo para hacer frente a la próxima curva. Y meditó también.

La vista que tuvo del cuadro de debajo de sus nalgas era definitivamente animadora. Meditando en ella, entre esfuerzos desgarradores para sus músculos, elaboró El Santo una confirmación directa de su teoría. Los hechos, tal como los conocía, debían de ligarse de alguna forma, y El Santo tuvo la sensación de que él podía realizar aquella ligazón. Por ese motivo sufría su actual martirio.

Puso concisamente las claves juntas en su mente.

«Emilio seguía la pista de Stanislaus para informar cuándo llegaba a la base de su casa. Al cargar yo con Stanislaus, Emilio no trató de rescatarlo; en cambio, lo apuñaló. Después de lo cual, aparece Rudolf y se larga con la caja de sardinas. La cosa es sencilla».

El gran auto aumentaba su velocidad; el tiempo fue en adelante una débil sucesión de dolores. Cruzaron por un lugar de nombre eufórico llamado Pili,

en Schwaz torcieron a la derecha, y empezaron a trepar por las montañas. Poco después, la llamada carretera de primera clase desapareció, y empezaron a dar tumbos por una especie de camino de mulas, que daba puñetazos a la brújula por el borde de un contorsionado precipicio. El chófer, cuyo sistema nervioso tenía que ser nada más que un aparato elemental equipado con unos pocos carámbanos surtidos y con trozos de cuerda, mantuvo apretado su pie en el acelerador y tomó las estrechas curvas sobre dos ruedas; El Santo ocultó la cara en la manga después del primer kilómetro, y perdió todo interés en la ruta. A cada pocos minutos sentía la rueda del auto como borracha sobre un lado o sobre otro, mientras que los neumáticos resbalaban horriblemente sobre la traicionera superficie suelta; El Santo sentía reptar en la parte posterior de su cuello, y se preguntaba si habría algún artista de la cirugía que fuese capaz de convencer a sus huesos para que volviesen a ajustarse en sus torturadas bases.

Con un golpe terrorífico, que a El Santo le pareció el fin inevitable, el auto se metió por un camino relativamente igual y empezó a disminuir la marcha.

Simón levantó la cabeza con la sensación de un hombre que se está ahogando, que se ve levantar inesperadamente por la cuarta vez, y que trata de absorber los rasgos salientes del paisaje.

Pudo distinguir ante él un gran edificio, negro como la pez, que levantaba sus cresterías fuera de la oscuridad. Los faros delanteros del automóvil derramaron un ancho óvalo de luz sobre la negra entrada de piedra, flanqueada por bastiones semicirculares, y captaron la figura del portero, que estaba dándose prisa en aquel momento para abrir las grandes puertas de hierro forjado. A izquierda y derecha del pasaje abovedado, los formidables muros del castillo extendíanse, enhiestos e ininterrumpidos, hasta las achaparradas torres redondas, que formaban los ángulos a cincuenta metros de distancia.

El auto avanzó nuevamente con lentitud, y El Santo se levantó cautelosamente sobre sus pies y sobre las puntas de los dedos de las manos. El cuidador de la puerta exterior se encontró temporalmente cegado por las luces de los faros; y Simón comprendió que aquella era su única oportunidad. Una vez que el auto hubiese penetrado dentro de las murallas, las probabilidades de que fuese descubierto darían un salto hacia arriba, poniéndose en veinticinco contra uno. Después de haber llegado hasta allí en su viaje, no tenía prisa por jugarse sus esperanzas de éxito en una apuesta como esa.

El punto vulnerable de las fortificaciones era la puerta de entrada, que tenía un patio de albañilería, desnudo, que se levantaba por encima. Cuando el auto cruzaba por debajo, Simón apretó los dientes, tensó sus músculos, y saltó. Se agarró a lo alto del trabajo de piedra, y se encaramó con un esfuerzo, pareciéndole que su fortaleza iba a quebrarse.

Se encontró en una especie de estrecho balcón que llegaba de una a otra parte del arco de entrada, y que desaparecía en las torres que había a uno y otro lado. Vio cómo el automóvil giraba debajo de él en redondo, para detenerse junto a una puerta maciza, sobre la cual colgada una linterna que movía la ligera brisa. El auto se detuvo y el príncipe saltó rápidamente fuera; al hacerlo, la puerta se abrió de par en par y un ancho rayo de luz proyectó, al pie de los escalones, la grotesca forma alargada de un lacayo. El príncipe se metió allí, quitándose los guantes, y la puerta se cerró.

La mirada de Simón vagabundó pensativa por las paredes que daban encima de la puerta. Distinguió más arriba una estrecha faja de luz, que se filtraba por una rendija de las cortinas de una ventana: mientras él miraba, la ventana próxima apareció súbitamente con una iluminación cuadrada y amarilla. El Santo manifestó su opinión:

—Esa parece que será nuestra próxima escala.

Se movió hacia su izquierda a lo largo de la torre, y descubrió un tramo de escalera de piedra, en espiral, que se dirigía hacia arriba y hacia abajo, desde el pequeño descansillo en que se encontraba. Después de pensarlo por segunda vez, se decidió por el tramo de escalera que se dirigía hacia arriba, y salió a un paseo más ancho, que corría alrededor de todo el perímetro de los muros.

Simón le besó mentalmente la mano al arquitecto desconocido de aquella veranda inapreciable, y se apresuró a ir por ella todo lo rápidamente que se atrevió. Llegó en tres minutos a un punto que juzgó que caía vertical sobre las ventanas iluminadas: apoyándose en la crestería, consiguió distinguir confusamente un umbral iluminado. E inmediatamente sintió bajo su mano las raíces, gruesas y retorcidas de una hiedra, que debió de haber estado ahondando en el terreno desde los tiempos de Carlomagno.

Simón, con los lentos principios de una Santa sonrisa en sus labios, dobló sus brazos, agarró con firmeza los más próximos tentáculos, y dejó colgar sus piernas por encima de la baja balaustrada.

Y en ese instante fue cuando oyó el alarido.

Era el alarido más terrible que escuchó nunca. Agudo, vibrante y dolorido, resonaba desde debajo de él, y su gemir retemblaba en el patio vacío, con una

horrible angustia estridente. Era un alarido que glogloteaba desde una garganta atacada de náuseas, que había perdido todo control de sí misma..., era el grito brutal y estremecedor de un hombre martirizado más allá de cuanto podían soportar la carne y la sangre humanas. Resonó el pericráneo de El Santo como una corriente de agujas eléctricas, y le dejó atontado el vientre con náuseas heladas.

II

Esa cadencia obsesionante vibró en el aire durante cuatro o cinco segundos; y luego llegó de nuevo el silencio que envolvía el castillo..., un silencio que palpitaba con el terror que helaba la sangre de aquel espantoso grito.

El Santo se soltó de una mano, y enjugó en su frente el tiznón de sudor pegajoso. Nunca se había tenido por individuo dotado de un juego de nervios demasiado sensibles, pero algo había en aquel alarido que volvía líquido el tuétano de sus huesos. Sabía que una cosa solo podía haberlo producido: la aplicación implacable de un refinamiento endiablado de tortura, que él no habría creído nunca que existiese. Al recordar sus meditaciones petulantes sobre el tema de las juergas medievales de las mazmorras, encontró el tema menos divertido ahora que lo que hacía un cuarto de hora le pareció.

Su corazón latía un poco más apresurado, a medida que se iba abriendo camino pared abajo. Bajó todo lo rápidamente que se atrevió, columpiándose temerario, agarrándose con una mano y a continuación con la otra, orando consecuentemente a medida que bajaba.

Allá abajo, en aquella habitación iluminada, marchaban las cosas a ciento sesenta kilómetros por hora de velocidad, en la puesta boca arriba de las cartas, que él había trabajado laboriosamente por presenciar en persona. Allá abajo se estaba desenredando el enigma de la caja de sardinas, y él deseaba un asiento de primera fila para el momento del clímax. Se imaginaba que se lo tenía ganado. Únicamente teniendo a la vista ese cebo que le ponía los dientes largos, había podido negarse a sí mismo el placer de agarrar por los faldones a Rudolf y enviarlo de un puntapié a mitad de camino de Postdam. Y el pensamiento de que pudiera perderse el menor detalle de la aclaración, lo hizo bajar por el declive a un paso que habría vuelto grises los pelos de un mono.

Quebrose bajo el peso de su cuerpo una rama seca de la enredadera, y durante un instante vertiginoso permaneció ondulando por los dedos de su

mano izquierda sobre las quijadas abiertas de la muerte. Mientras estaba colgado allí, miró hacia el precipicio Estigio, distinguió un luminoso haz de luminescencia debajo de sus pies, y comprendió que estaba únicamente a algunos centímetros de su objetivo. Agarró un nuevo amarre, se retorció valerosamente hacia un lado, y siguió adelante. Un momento después, se sostenía con las puntas de sus pies en el ancho alféizar de la abierta ventana, y curioseaba dentro de la habitación.

El príncipe estaba sentado en un sillón de alto respaldo, de roble de talla, colocado en el centro geométrico de una biblioteca lujosamente amueblada. Una delgada boquilla de jade para cigarrillos se hallaba metida entre sus dientes, y él estaba trazando un intrincado dibujo con un delgado lápiz de oro encima de la mesa. En el extremo opuesto estaba sentado en otro sillón idéntico un hombre grueso, de cuerpo flojamente formado: vestía tan solo pantalones y camisa, y sus muñecas desnudas hallábanse sujetas a los brazos del sillón por brillantes abrazaderas de metal.

Y El Santo vio con un mudo estremecimiento de horror, que su cabeza estaba completamente encerrada en un aparato esférico de acero brillante.

El príncipe hablaba en alemán.

—Debe usted comprender, mi querido Herr Krauss, que nunca permito que una tenacidad mal calculada estropee mis proyectos. Para mí no es usted otra cosa que una herramienta que ha desempeñado su finalidad. Solo tengo para usted una pequeña tarea más: que me abra esa cajita. Ese debe de ser para usted un pequeño servicio que puede hacerme; puede consolarse pensando en que será un servicio valiosísimo el que me hace. Me quitará la molestia y el retraso de tener que hacerla abrir por la fuerza, y con ello se horrorará usted una cantidad inacabable de dolor físico. Con seguridad que comprenderá que es absurdo rehusar.

El llamado Herr Krauss se retorció impotente en su sillón. Le corría por el brazo abajo un reguero de sangre, desde un lugar en que una de las esposas se le había metido en la carne.

—¡Es usted un demonio! ¿Es eso lo que hizo usted a Weissman?

—No hubo necesidad. El egregio Emilio..., ¿se acuerda usted de Emilio?..., fue muy descuidado y lo mató. Weissman había llegado a Innsbruck cuando la Policía le tendió una celada. Fue rescatado, cosa curiosa, por un joven amigo mío..., un inglés, que era, en tiempos, extremadamente inteligente. Por suerte para nosotros, sus facultades están declinando rápidamente, y fue una cosa por demás sencilla para mí hacerme con ese objeto de su propiedad. Le conviene visitar algún día a ese joven amigo mío.

Descubrirá que tienen muchas cosas en común. Cuando un hombre que fue brillante está pasando a su segunda infancia, debe servirle de gran alivio intercambiar sus simpatías con otro que está padeciendo la misma experiencia poco envidiable.

El preso se inclinó hacia delante rígido, y le dijo con hosquedad:

—Día llegará en que yo le haga burlarse con otra cara. Día llegará en que usted aprenda que un viejo zorro puede dominar aún a un joven chacal...

El príncipe Rudolf chasqueó los dedos.

—¡Ese «día llegará», amigo mío! ¡Con cuánta frecuencia he oído profetizar lo que el zorro burlado hará cuando llegue su día! Ese día nunca llega. No, Herr Krauss..., limitémonos al presente, que ofrece menos perspectivas a la especulación. Usted me ha sido muy útil a mí..., sin quererlo, ya lo sé; pero aprecio de todos modos su amabilidad. La aprecio tanto que la más superficial cortesía de parte suya me induciría a permitir que abandonase vivo este castillo..., después que me haya hecho usted ese servicio. Podría incluso perdonarle sus amenazas e insultos, que no me han hecho mucho daño. No abrigo un deseo profundo de perjudicarlo a usted. Su cadáver solo sería un estorbo; e incluso la suave forma de convencimiento que me ha forzado a aplicarle está lejos de divertirme... El barullo que usted arma es acongojante. De manera que dejémonos de mayores demoras. Haga lo que le pido...

—*Du..., du Schweindhund!* —la voz del hombre torturado se elevó hasta convertirse en un plañido lastimero—. Tendrá usted que esperar más...

—Mi querido Herr Krauss, he esperado ya bastante. Hace tres meses que conocía su complot para lograr el contenido de esta caja. Al principio, eso me molestó. Lamento decir que durante algún tiempo llegué incluso a contemplar las ventajas de que tropezase usted con un accidente fatal. Luego tracé este plan infinitamente mejor. Ya que ambos anhelábamos el mismo premio, yo me retiraría graciosamente. Le dejaría el campo libre. Sus propias audacia y astucia renombradas me sacarían las castañas del fuego. Me bastaba a mí con retirarme y con admirar su magnífica artesanía. Entonces, una vez que su organización hubiese conseguido el premio, y que este hubiese sido contrabandeado con éxito a través de Europa, llegando hasta donde usted esperaba recibirlo..., cuando todo el trabajo hubiese sido hecho y todos los peligros hubiesen sido vencidos..., ¡claro! Entonces siempre sería tiempo de que ocurriese cualquier accidente. Ese fue el plan que adopté, y he conseguido que yo fuese premiado como tenía que serlo —el príncipe quitó de su boca la boquilla del cigarrillo, y dio un golpecito con su elegante dedo

índice a la ceniza—. Solo un obstáculo me entretiene ahora: el secreto de la combinación que guarda nuestro premio dentro de esta molesta cajita, y que verdaderamente no me hace falta. Y ese secreto, yo estoy seguro de que no vacilaré en compartirlo conmigo.

—¡Jamás! —jadeó ronco el del sillón opuesto—. Antes me dejaré matar.

El príncipe le dijo calmoso:

—Al contrario, no morirá usted hasta después. Pero esa eventualidad no tiene por qué preocuparnos. Para refrescar su memoria, dejaremos que Fritz le dé otra vuelta al tornillo.

Hizo una señal al hombre que estaba detrás del sillón del otro y se recostó con comodidad, encendiendo otro cigarrillo. Su rostro estaba absolutamente falto de expresión, y sus ojos, que jamás parpadeaban, hallábanse fijos en su cautivo con la implacabilidad tranquila de las ágatas heladas. En el momento en que el llamado Fritz agarró la jaula de acero que aprisionaba la cabeza del preso, el príncipe alzó una mano, y apuntó blandamente:

—O quizá el temible Herr Krauss desearía cambiar de idea.

El aliento del preso salió por entre sus dientes con un agudo silbido. Los nudillos aparecieron en sus manos, blancos y tensos.

—*Nein*.

El príncipe se encogió de hombros.

Simón Templar, que miraba medio hipnotizado por la ventana, vio cómo Krauss se ponía rígido en un sillón, cuando apretaron despacio el tornillo de control del odioso instrumento. Un gemido lento surgió de los labios de aquel hombre, y sus tacones patearon espasmódicamente contra la mesa. El príncipe ni siquiera se movió.

Simón luchó por libertarse de la horrible fascinación que lo mantenía maleficiado. Se metió más todavía en el alféizar, sacando la automática del bolsillo, y sintió palpar sus sienes. Y entonces el príncipe levantó otra vez su mano.

—¿Vuelve usted a recobrar la memoria, mi querido Herr Krauss?

El aludido movió lentamente la cabeza, como si tuviera que poner en tensión todas sus fuerzas para encontrar el vigor necesario para realizar el movimiento:

—*Nein*.

El cuchicheo era tan poco audible, que El Santo apenas si lo percibió. Y el príncipe se sonrió, sin dar señales del menor síntoma de impaciencia. Se inclinó hacia adelante y empujó la caja fuerte. Luego se recostó en su sillón y

volvió a colocar la boquilla de cigarrillos en su boca. Y dijo con benevolencia:

—Encontrará usted la cajita al alcance de su mano así que esté preparado para actuar. No tiene más que decir la palabra de conformidad y Fritz le soltará una de las manos. Yo preferiría que fuese usted quien abriese la caja, por si la cerradura ocultase alguna sorpresa desagradable para el operador sin práctica. E inmediatamente que la caja esté abierta, quedará usted en libertad de marcharse.

Fritz dio una vuelta más al tornillo; y nuevamente estalló aquel espantoso grito de angustia.

El Santo hizo rechinar sus dientes y se sentó bien en el alféizar de la ventana. Comprendía que se empleasen los métodos corrientes de persuasión; eran la parte hosca del juego, y siempre lo serían. Pero su estómago no podía tolerar impasible la implacable presión de aquella máquina infernal. Tensó su dedo sobre el gatillo, y distinguió la cara del príncipe a través de una neblina roja.

Y luego vio cómo el llamado Fritz se apartaba rápidamente del tornillo de control, y cómo la mano de Krauss se agarraba temblorosa a la caja que estaba encima de la mesa. Manejaba frenético las ruedas de la combinación, y su alarido había muerto, transformándose en un espantoso gemido inarticulado. Mientras El Santo vacilaba, la caja se abrió de golpe con un clic. En ese momento saltó él dentro de la habitación.

El llamado Fritz giró en redondo, lanzando un juramento, y caminó hacia él. Con un sentimiento parecido al de una alegría santa, Simón le disparó al estómago, y vio cómo caía, derrumbado, al suelo.

Entonces volvió su cara, y afirmó con voz metálica:

—Rudolf, yo en tu caso me mantendría muy callado. De otra forma seguirás el mismo camino.

El príncipe se había puesto en pie, y permanecía sin mover siquiera una pestaña, mientras El Santo iba bordeando la mesa, hacia Krauss, que había caído flácido y de costado en su sillón; el humo ascendió desde la larga boquilla de jade formando una delgada línea azul, que no se ladeó un instante.

Simón encontró la rueda de control de aquel diabólico mecanismo, y la destornilló, hasta que se salió de su ajuste, cayendo al suelo.

La voz satinada del príncipe dijo:

—Le aseguro, mi querido míster Templar, que el sistema es realmente muy humano. No se inflige con el ningún daño permanente...

—¿De veras? —Simón soltó su respuesta con una boca que parecía una trampa de acero—. Pensé que era un mecanismo interesante. La ocasión de experimentar con él sobre el mismo inventor resulta casi demasiado buena para dejarla, ¿no es cierto?

El príncipe se sonrió.

—¿Era este el objeto de su visita?

—No lo era, Rudolf... como lo sabes. Pero quizá tengas razón. El negocio es el negocio, como la actriz tenía siempre que recordárselo al obispo, y en segundo lugar, puede llegar el placer —volvió a la mirada inclemente de El Santo un rayo de burla despreocupada—. ¡Qué alegre charla podrá tener usted con el camarada Krauss después que yo me haya marchado! Descubrirá que tienen mucho en común. Cuando un hombre que fue brillante está pasando a su segunda infancia, debe de ser para él un gran alivio intercambiar simpatía con otro que está sufriendo la misma inevitable experiencia..., ¿no es cierto?

El príncipe aspiró en silencio el humo de su cigarrillo, y dijo:

—Ignoraba que hablase usted alemán, míster Templar.

El Santo murmuró cariñosamente:

—¡Hay tantas cosas que no conoce uno hasta que es demasiado tarde! Por ejemplo, no te imaginaste que yo estaba escuchando tu pequeña escena dramática, ¿verdad? Sin embargo, ahí estaba yo, colgado fuera de tu ventana con los pajaritos, empapándome de conocimiento por las dos ventanas de la nariz... ¡Bueno, bueno, bueno! Todos nosotros tenemos nuestros altibajos, según observó filosóficamente el obispo, cuando un toro lo zarandó por la parte más delgada de sus pantalones.

El príncipe dijo tranquilamente:

—Creo que debo pedirle disculpas. Calculé sus habilidades por lo bajo... Es un error que ya he cometido antes.

Simón le miró radiante:

—Era comprensible, ¿verdad? Estaba yo con esta condenada cajita, sin tener medios de abrirla. Y te presentaste como el fulano que podía abrirla o que podía hacer que se la abriesen. Eso me fastidió en el primer momento. Lamento tener que decirte que durante tiempo llegué incluso a descubrir las ventajas de que su alteza sufriese algún accidente fatal. Puesto que ambos anhelábamos el mismo premio...

El príncipe dijo, con débil ironía:

—Ahórreme explicaciones. El asunto está ya claro.

El Santo miró caprichosamente a la cajita fuerte, abierta ya. Y su mirada se volvió caballerosamente hacia la cara del príncipe:

—¿Deberé... darte las gracias?

Sus miradas chocaron como espadines. Cada uno de ellos conocía las emociones que requemaban la imaginación del otro, pero ninguno de los dos traicionó la parte más exigua de sus propias ideas y sentimientos. La presa de acero intangible hirvió entre ellos en un intervalo de apretado silencio... Y entonces, el príncipe bajó la vista para mirar la punta encendida de su cigarrillo.

—Míster Templar, sus cartuchos a medio cargar son muy útiles. Pero, imagínese que yo fuera a gritar..., no ganaría usted nada con matarme...

—No lo sé. Lo que no ganaría nada es no matándote. Y presentarías un aspecto bastante divertido si sintieses de pronto que un pedazo de plomo se daba un paseo a través de tu apéndice. Lo que resulta muy desconsolador, Rudolf, es ese elemento de duda.

El príncipe asintió, y dijo en tono natural:

—Siempre me interesó la psicología de estas situaciones.

Había sacado de su boquilla el resto de su cigarrillo, y el movimiento que hizo fue tan suave y natural, tan medido, que hasta el mismo Simón Templar se engañó. El príncipe llegaba lánguidamente al cenicero mientras hablaba y, de pronto, su mano pasó de marca. La tapa de la caja fuerte abierta cayó dando un golpe. Y el príncipe se sonreía.

—A propósito —dijo con frialdad—, mi apéndice está en Budapest.

Debió de saber que su vida pendía de un cabello, pero ni un solo músculo de su cara se movió. Había en los ojos de El Santo muerte súbita, frío asesinato en la tensión del dedo que tenía en el gatillo; pero el príncipe pudiera estar conversando de trivialidades cortesas en una recepción de embajada... Y súbitamente, El Santo se echó a reír. No pudo evitarlo. Aquella exhibición de nervios petrificados era la cosa más reveladora que jamás había presenciado.

—Algún día te sentarás en un iceberg y lo harás hervir —le predijo, inexorable—. Pero no te tomes otra probabilidad como esta durante esta noche, corazón... Ponte de espaldas a esa pared y levanta los brazos.

El príncipe obedeció sin darse prisa. Con la espalda en una biblioteca y la pistola de El Santo apuntándole a la cintura, habló en el mismo tono impasible:

—Mi pequeño invento humano sigue estando a su disposición, míster Templar. Es una lástima que no logre merecer su aprobación...

—Créeme... —dijo El Santo.

Enganchó con su pie un sillón, y acercó a él el teléfono. Apoyando un codo en la mesa y con la caja fuerte puesta al lado, deslizó una mirada al panel de la combinación y mantuvo con el otro ojo al príncipe clavado de costado:

—*Innsbruck achtundzwanzig neun dreizehn*^[6].

Le repitieron el número desde el receptor. Invadía todo su interior una gran corriente de pura felicidad. Hasta Rudolf podía tener a veces sus errores; y le pareció a Simón que el cambio de errores se amontonaba hermosamente del lado de la rectitud y del Código de la educación pública. Por una vez, dejó deliberadamente pasar la ocasión de chacharear.

Le dieron comunicación con su propio compartimiento, en el hotel Konigshof:

—Hola, Pat, angelito. ¿Cómo va el mundo?... ¿Que dónde he estado? Nada, paseando aquí y allá. Austria posee una cantidad fantástica de Alpes. Abundan de tal manera que molestan... Bueno, no me des prisa. Hice turismo en los grandes espacios abiertos, Pat, donde los hombres son hombres y las mujeres llevan franela encima de la carne. Rudolf me ha estado haciendo los honores. Con eso basta. Mándame noticias de casa, querida... ¿Qué?... Bueno, seré abstemio y dejaré que nieve.

Su frente se ponía sinuosa al escuchar, en tanto que el micrófono le salpicaba con un recitado que empezó poniéndole los pelos de punta. Durante cinco minutos completos su granítico silencio veíase únicamente interrumpido por un infrecuente monosílabo, que siseaba dentro del transmisor, lo mismo que una esquirla de cuarzo recalentado.

De pronto, a medida que seguía hablando, se empezó a sonreír. Sus interrupciones vagaban por el aire con un tono de risa interior. Y la sentencia con que cerraban la historia le alcanzó a medio salirse de su silla.

—¿Eso le dijiste?... ¡Oh, Pat, precioso querubín mío!... ¡Pásale el teléfono a ese charlatán con pintas!

Miró a su reloj. Faltaban veinte minutos para las cinco, y apenas una hora para el alba. Entonces le habló otra voz familiar:

—¡Hola, Monty! —la voz de El Santo era relampagueante—. ¿Y tú eras el hombre que quería observar buena conducta, eh?... Bueno, tengo aquí algo para que lo llesves a la clase de Biblia. No pudiste disponer mejor las cosas. Te habla Simón Templar desde un Grado A *schloss*, con pelos en el pecho, y que siente asimismo el apremio de emigrar. Tarea tuya: hacer todo lo posible para echar mano al auto más ligero que puedas conseguir, y sales a encontrarme en la carretera que lleva a Jenbach. Aquí no dispongo más que del segundo peor

auto de Europa. Pero tengo que llegar con él hasta donde pueda. Y ahora, lárgate...

La pistola de El Santo disparó. Un segundo demasiado tarde..., su bala arrancó una gruesa esquirla del ángulo de la biblioteca fingida que se estaba cerrando detrás del príncipe, cuando ya la puerta oculta había vuelto con estrépito a su sitio. Oyó la viva pregunta de Monty, y se echó a reír brevemente.

—Era Rudolf que recobraba la libertad, y yo lo fallé. ¡No importa!... ¡Viajemos!

Metió el teléfono en su gancho, y se puso en pie. La cajita fuerte se ajustaba en su bolsillo mayor. Se lanzó precipitadamente al pasillo vacío, y vio en el otro extremo otra habitación. Desde la ventana de esta alcanzaba el escalón de treinta y cinco centímetros que corría precisamente debajo del descansillo y bajó de dos en dos los escalones, bordeando la muerte viscosa.

4

DE COMO MONTY HAYWARD SALIÓ ADELANTE

I

La apoteosis de Monty Hayward no perturbó en realidad la atención del Ángel Registrador hasta algún tiempo después, cuando El Santo se metió violentamente por las ventanas abiertas y se agitaba buscando espacio para sus propios negocios.

Monty Hayward, que desplegó notable agilidad para un hombre de su inexpugnable sangre fría, se hizo dueño del arma que había caído de la mano inútil del pistolero, agarró por el cuello a su propietario mal gobernado y lo arrastró vigorosamente al interior del cuarto de estar, donde las luces seguían funcionando. Una vez allí, procedió metódicamente a impedir que el guerrero herido se recobrase, arrastrando un macizo sofá Chesterfield y colocándolo gentilmente sobre el pecho del herido. Luego encendió un cigarrillo y miró sombríamente a Patricia, que le había seguido.

Le preguntó malhumorado:

—¿Por qué no gritas o haces algo por el estilo? Así contribuirías a que yo aliviase mis sentimientos.

La joven se echó a reír:

—¿No sería más útil que hiciésemos algo con este Ethelbert?

—¿Cómo? ¿Hacer algo en favor de esta porquería? —Monty miró al pistolero, cuyos gemidos se estaban haciendo menos dolorosos a medida que sus paralizados órganos respiratorios crujían, volviendo a la normalidad—. Bueno, me imagino que algo podríamos hacer... Podríamos meterle unos balazos.

—Podríamos atarlo bien.

—Lo sé. Cortas las cortinas en tiras, y cargas con el gasto.

Patricia contestó con calma:

—En la maleta de Simón hay cantidad bastante de cuerda. Si esperas un momento, te la traeré.

Desapareció en el dormitorio, y regresó a los pocos segundos con un rollo de fuerte cuerda. Monty se la tomó vivamente.

—Me imagino que Simón no viaja nunca sin un artículo como este — comentó con pesimismo—. Si lleváis una horca en el baúl-cabina, puede ahorrarnos una cantidad de porquerías cuando nos eche el guante la Policía.

El pistolero no se encontraba aún en condiciones de ofrecer una resistencia eficaz; Monty trató de adaptar un conocimiento experto sobre nudos, adquirido en alguna práctica de yates durante las vacaciones de fin de semana, a las excentricidades características de la forma humana, y realizó una tarea bastante aceptable. Habiendo reducido a su víctima a un estado de blasfema incapacidad, se quitó el polvo de las rodillas y se volvió de nuevo hacia Pat, diciéndola:

—Creo recordar que el aparato siguiente que hay que ponerle es una mordaza. ¿Sabes algo de mordazas?

La joven le contestó sin rebozo:

—He visto hacerlas. Préstame tu pañuelo... Y ese otro que tienes en el bolsillo delantero de la chaqueta.

Inclinose ella sobre el preso que se retorció, y una irreverencia particularmente vil se convirtió en un glogloteo que lo ahogaba. Monty contemplaba admirado la realización, y dijo:

—¿Sabes que yo no habría podido hacer eso? Y toda mi vida me la he pasado describiendo esa operación. Las novelas no dan nunca los detalles importantes. Se limitan a decir: «Lioner Brazo-fuerte, ató y amordazó a su cautivo»... y la cosa acaba ahí... ¿Dónde aprendiste tú estas operaciones?

Patricia se echó a reír y se limitó a contestar:

—Me las enseñó Simón. Si hay algo que lo pone furioso es la falta de mañana. Te explica una vez una cosa, y espera que tú la hayas aprendido para todo el resto de tu vida. Debes tener el cerebro de puntillas desde que te levantas por la mañana hasta que te acuestas por la noche. Él es así, y todos tiene que ser iguales. Casi me tiró de la mecedora hasta que me acostumbé. Entonces empecé a comprender que había vivido medio dormida, lo mismo que el ochenta por ciento de la gente. Él estaba en lo cierto, desde luego.

Monty se levantó y fue a servirse una bebida. Y murmuró:

—Esta es una nueva línea en la vida particular de un aventurero. ¿Te explicó alguna vez lo que uno tenía que hacer si se encontraba perdido en un hotel con un muerto en la cama y un artista de la pistola debajo del sofá?

La joven contestó con seriedad:

—Se supone que ese es un ejercicio elemental en cuestiones de iniciativa.

Monty hizo una mueca, y reconoció:

—Desde luego, hay que tomar alguna iniciativa. Simón puede estar ausente una semana, y para entonces Stanislaus empezará a oler mal.

Volvió paseando pensativo al dormitorio, y anheló sentirse debidamente deprimido. Dos horas antes, no se habría manifestado deseoso de encontrarse en semejante situación. Sus posibilidades, en cuanto a colorido local, no le habrían inspirado interés. Cuatro años pasados en Francia, guerreando, le dejaron un profundo aprecio de los placeres de la paz. En varias ocasiones le había manifestado a El Santo que siempre encontraba gusto en escuchar o en leer algo sobre hazañas emotivas realizadas en cualquier parte, pero que, por lo que a él se refería personalmente, se contentaba con la violencia necesaria para mantener activas sus glándulas, permaneciendo sentado en un sillón. Y que, si había de ser atraído con señuelo hacia esa clase de asuntos, exigía inequívocamente que fuese en forma gradual. Una tarea sin importancia de desvalijamiento de una tienda, o, si era necesario, una noche pasada con un carterista, habrían dejado satisfecho para mucho tiempo su anhelo de emociones.

Pero, desde el momento en que se encontraba metido hasta el cuello en una especie de picnic de ladrones, en el que se daba por supuesto que el disponer de cadáveres y de pistoleros amordazados era simplemente un ejercicio elemental de iniciativa, tomaba interés en el asunto, aunque trataba de convencerse de que era puramente mórbido. Registró las ropas de Weissmann con una obstinación casi profesional, y regresó al cuarto de estar llevando una selección de documentos, y diciendo:

—Mientras conservas tu iniciativa levantada, podría sernos útil saber algo más acerca de Stanislaus.

Patricia se acercó y miró por encima del hombro de Monty, en tanto que él pasaba en revista la pobre colección de documentos. Había un par de cartas escritas en un papel color rosa fuertemente perfumado, dirigidas a Heinrich Weismann, en el hotel Dome, boulevard du Montparnasse, París, que no descubrían nada interesante para quien quisiera tener la fuerza de diez; una carta de crédito por dos mil marcos, redactada por el Dresdner Bank, de

Colonia. La contrahoja de un billete de *sleeping* desde Zurich a Milán, y el recibo de un hotel en Basilea. Monty dijo:

—Desde luego, hizo todo cuanto pudo por sacudir lejos de sí la alarma. Pero ¿nos dice alguna otra cosa?

Patricia preguntó, dando vuelta a uno de los sobres color rosa:

—¿Y qué me dices de esto?

En la carterilla del sobre había una línea escrita con lápiz que decía: *Zr 12, H Konigshof*.

Monty hizo rápidamente la traducción:

—Habitación doce, hotel Konigshof. Parece que era este el lugar mismo a donde venía.

La joven se mordió el labio:

—Es una coincidencia espantosa...

—No lo sé. Estas marcas hechas como quiera en el ángulo... son precisamente los garabatos que hace un individuo que está hablando por teléfono. Es natural que Stanislaus llevase alguna nota del lugar en que se suponía que habría de entregar el botín. Y no hay razón alguna para que no tuviese que ser aquí. Este es el hotel más conocido en algunos kilómetros a la redonda..., el lugar mismo que un superpillo convertiría en su cuartel general... —Monty se revolvió en su sillón y miró a Patricia expectativamente—. ¿Supongamos que el jefe estaba sentado sobre nuestras cabezas?

Patricia se puso en pie de un salto:

—¡Eso es lo que estará haciendo, si esa dirección es exacta! El cuarto doce está en el primer piso. Cuando llegamos aquí nos ofrecieron el once, pero Simón no lo aceptó. Trató de conseguir el doce, que tiene una puerta de escape para incendios, pero estaba tomado desde ayer...

Monty dijo tratando de calmarla:

—Sea como sea, no es una cuestión para emocionarse. Si eso es cierto, significa tan solo que otro grupo de bandidos puede hacer irrupción aquí, en cualquier momento, para cometer algunos asesinatos más.

—Voy a subir por el escape para casos de incendio y trataré de ver algo.

Monty la miró con expresión de franco asombro. En el primer momento se imaginó que estaba fanfarroneando. Instintivamente había rebajado la descripción lacónica de Patricia, cuando habló del inexorable entrenamiento de El Santo. Pero luego advirtió la implacabilidad de la sonrisa que dividía sus frescos labios, la inquieta vitalidad de su cuerpo esbelto, el brillo despreocupado de sus ojos azules y el desafío audaz que temblaba en la punta

de su lengua cuando no hablaba. Había en aquella mujer una encarnación viviente, que sobresaltaba, de la Santidad. Monty se sonrió e hizo observar con sobriedad:

—Si no le importa, le diré que Simón es un hombre condenadamente afortunado. Y no será usted quien suba por la escalera de escape, porque voy a subir yo.

Salió al prado, localizó la escalera a su izquierda, y subió tanteando por los estrechos escalones de hierro. En el primer piso había solo una ventana que podría responder a la descripción que le había sido dada, y no se distinguía ninguna luz. Se detuvo en la reja cercana, preguntándose qué diablos haría luego. El subir por una especie de escalera difícil, a tales horas de la madrugada, a fin de inspeccionar una habitación, y regresar con el informe de que tenía una ventana de paneles cuadrados de cristal, se le antojó un procedimiento extraordinariamente tonto. Y nada podía ver en el interior desde donde él se encontraba. Parecía existir únicamente otra alternativa, que era la de introducirse subrepticamente en el cuarto.

Por suerte, una de las ventanas estaba entreabierta; la abrió en toda su anchura, y trepó al descansillo con la plegaria silenciosa de poder simular con éxito que estaba borracho.

Cada uno de los movimientos que hizo parecía sacudir al hotel hasta en sus fundamentos. Las monedas sueltas chocaban dentro de sus bolsillos lo mismo que una docena de martinetes que arman un alboroto encima de un yunque rajado, sus ropas parecían un bosque sometido a una galerna, y el ruido de su respiración parecía capaz de despertar a los Siete Durmientes de Éfeso. Las mandíbulas de la cárcel se abrían hacia él por todas partes. Las oía.

Así las cosas, su espinilla dio con algo duro. Palpó alrededor en busca del objeto con que había chocado, descubriendo que era un sillón tumbado. Penetrando intrigado con la vista en la oscuridad, descubrió el blanco perfil de la cama. La miró fijamente durante algunos segundos; entonces, con súbita inspiración, caminó en línea recta por la habitación y encendió la luz...

Tres minutos después estaba de vuelta en el compartimiento inferior, y dijo:

—Confieso que no comprendo nada de lo que ocurre esta noche. El pajarraco de escaleras arriba se ha fugado. Se ha fugado, además, a toda prisa, porque se ha marchado sin la chaqueta ni la corbata.

Patricia se le quedó mirando fijamente.

—Se..., se habrá metido en el cuarto de baño.

—No puede ser, como no se proponga pasar allí la noche. Tenía la puerta cerrada, y la llave estaba encima de la mesita. A eso es a lo que se llama hacer deducciones.

Lo joven se sentó en el brazo del sillón Chesterfield; su frente estaba cruzada por un ceño de perplejidad. Aquello requería ser pensado.

Algo había tan evidente que saltaba a la vista, y Patricia lo parafraseó sin afán de demostrarlo:

—Si permanecemos aquí sentados sin hacer nada, estamos buscando que disparen sobre nosotros.

Monty Hayward, pegándose a la repisa de la chimenea, dijo:

—Mira, Pat, estamos entre diversos fuegos. No olvides que la Policía nos tiene metidos también a nosotros en el lío. Y en un lío como este, una de las cosas esenciales parece ser disponer de puerta de escape abierta para largarnos. Bueno, ¿cuál sería la idea de El Santo en una situación así?

—Diría que lo fundamental es no dejar pruebas acusatorias.

—Perfectamente. La prueba más seria en ese caso es el cadáver de la habitación contigua. Ocurra lo que ocurra, no podemos dejarlo en el lugar en que está. Y, puesto que él sabía adónde iba, y el campo está libre, me imagino que lo mejor que podríamos hacer es ayudarle a rendir viaje.

Patricia le miró pensativa.

—Quieres decir que lo plantemos en la habitación de arriba...

—Exactamente. Y que la cuadrilla a que pertenece se cuide de él. Ya es hora de que tengan algunas molestias también ellos.

—Y ¿qué hacemos con Ethelbert? —indicó al preso, con un movimiento de su cigarrillo.

—Colocar un cuchillo a su lado y dejar que se las entienda lo mejor que pueda. Aunque le echen mano, no creo que él tenga nada que decir. En primer lugar, no parece que Stanislaus haya sido amigo suyo; y, además, si él desease aclarar el misterio, tendría que contar lo que estaba haciendo aquí, cosa que no resultaría para él demasiado fácil.

El razonamiento no parecía tener réplica. La misma Patricia no parecía presentar mejoras a la idea. Monty comprendió que cada momento que pasaba no hacía sino acrecentar el peligro.

Patricia pasó por delante al dormitorio, y sacó una linterna eléctrica para guiar a Monty en su horrible trabajo. Por suerte, el muerto había sangrado relativamente poco al exterior, y la sangre no había manchado las ropas de la cama. Monty levantó en sus brazos el cuerpo rígido, salió sin decir palabra, y Patricia se quedó para estirar las sábanas y la colcha.

Las sensaciones de Monty Hayward cuando trepaba por la escalera de escape eran un tanto desordenadas. Con la base de razonamientos puramente lógicos, se dijo que estaba asustado vivamente; pero la emoción no formó amistosa conexión con otro estrato de su alma inmortal, que estaba disfrutando como nunca. Empezó a preguntarse si no habría perdido algo con sepultarse firmemente en una existencia respetable; en seguida reflexionó en que la perspectiva de ser ahorcado por el cuello era una cosa condenadamente buena para perderla. Se juró solemnemente que la próxima vez que viese a un hombrecito de apariencia inofensiva, atacado por una cuadrilla de maleantes, se quitaría cortésmente el sombrero y pasaría al otro lado; y simultáneamente se sintió bastante complacido consigo mismo por la eficacia con que había puesto fuera de combate a su adversario. Todo ello era muy difícil; se metió él y empujó a su feo equipaje por la ventana del primer piso, con algunas dudas sobre si era él verdaderamente el hombre que dos horas antes había estado bebiendo plácidamente Pilsner en el Breinoss.

Tras un momento de vacilación, depositó artísticamente al hombrecito en el suelo, junto al sillón tumbado, frotó este con la manga para borrar cualquier huella dactilar que pudiese haber, y se echó atrás para examinar su obra de arte. Parecía bastante convincente... Y entonces se estremeció el Ángel Registrador en su trono y derramó el tintero..., porque Monty Hayward contempló su obra de arte y sonrió...

Acto continuo, apagó la luz. Saltó por encima del alféizar de la ventana y bajó por la escalera de escape con una rapidez que era casi juguetona. La gloriosa compañía de los apóstoles retuvo el aliento.

Faltábanle tres escalones para llegar a la base cuando vio moverse en la oscuridad de debajo una sombra, y una voz áspera le gritó:

—*Wer da?*^[7].

El estómago de Monty dio un breve paseo por su interior.

Bajó hasta el suelo, y dijo hipando:

—¡Hola, viejo tipo! ¿No está la noche encantadora? ¿Eres el cuidador del faro? Porque si lo eres...

Fue proyectada sobre su cara una luz, y escuchó una exclamación sobresaltada:

—*Gott in Himmel! Der Engländer, der mich in den Fluss geworfen hat...*
[8].

Monty comprendió, y tragó el aliento.

Y entonces, tal como le había ocurrido antes a Simón Templar, los restos que aún le quedaban de su virtud fueron aniquilados, igual que una paja

delante del fuego. Si estaba destinado a la horca, ¿qué se le iba a hacer? Le habían quemado previamente las botas.

Levantó los brazos y derribó la luz. Cuando esta volaba por los aires tuvo una rápida visión de la cara aporreada del individuo con el que se las había entendido en el puente, que le miraba con su único ojo no dañado y con su boca destrozada abriéndose para lanzar un grito. Puso hasta la última onza de su fortaleza en un gancho de izquierda dirigido a su barbilla saliente, y oyó cómo el individuo caía al suelo, lo mismo que un buey que recibe un hachazo.

Monty le recogió y lo arrastró hasta el cuarto de estar. Entró sonriente. Aquel gancho de izquierda suyo había sido una maravilla.

—Anduvimos con el tiempo justo —dijo—. Este hotel se está poniendo insalubre.

La muchacha lo miró con la boca abierta.

—¿De dónde ha salido este hombre?

—Se encontraba al pie de la escalera de escape, esperándome. Es uno de los individuos a quienes tiramos al río. Me imagino que puedo adivinar lo que ha ocurrido. Si la Policía estaba interesadísima en echar el guante a Stanislaus, debía de estarlo igualmente en hacerse con el individuo de la habitación de arriba. Vinieron hacia aquí volando, así que informaron a su cuartel general, o en cuanto se echaron ropa seca encima... Fíjate en que a este fulano le va demasiado estrecho el uniforme. Los otros dos están probablemente entrevistándose con la gerencia, y disponiéndose a echar abajo la puerta. A este lo situaron en el jardín, a fin de que el hombre al que buscasen no se les escapase por la ventana.

Patricia sacó un cigarrillo de su caja y le prendió fuego con mano firme, diciendo sin emoción:

—Si a este individuo le va estrecho el uniforme, calculo que a ti debe de venirte bien.

Monty levantó un párpado para mirarle.

Después de un momento de silencio, miró al inconsciente policía con ojo calculador. Cuando volvió a levantar los ojos, había en su mirada un centelleo, y preguntó en tono divertido:

—¿Es eso lo que haría El Santo?

Patricia asintió.

—No veo otra manera de que salgamos.

—Si es así, espero que podré arreglarlo.

Se agachó y se puso a despojar al policía de su uniforme y prendas accesorias. Se puso los pantalones por encima de los suyos... Previo posibles

dificultades en el modo de desembarazarse de manera permanente de sus propias ropas... y Patricia le esperó con la guerrera. Cortada para la figura más voluminosa de un gendarme teutónico, quedábale a él a la perfección sobre sus propias ropas. Monty estaba transformado.

Estaba colocándose el molesto cinturón, cuando empezó a sonar el timbre del teléfono, y dijo:

—Si es El Santo, dile que no deseo jamás volver a hablarle.

Patricia se lanzó sobre el aparato:

—¡Hola!... ¿Simón? ¿Dónde has estado?... Muchacho, no hagas el loco. Tenemos que saber rápidamente... Bueno, la Policía está aquí... La Policía..., los individuos que tú y Monty tirasteis al río. Calla, y deja que te cuente.

DE COMO SIMÓN TEMPLAR SE PERSIGUIÓ A SÍ MISMO, Y MONTY HAYWARD REPRESENTÓ SU PAPEL

I

Cuando el auto pasaba fulminante por debajo de él, Simón Templar se dejó caer limpiamente al techo mismo, y se sentó en él para meditar en los aspectos quebrantadores de la carrera.

La situación se le representó como decididamente rica en humorismo. Haber inducido primeramente a un astuto veterano como el príncipe Rudolf a transportarlo personalmente a su secreto cubil, y luego, tras haber irrumpido violentamente en los altibajos de una conversación y haber metido un balazo en el bajo vientre al «caballero» del caballero, después de haber puesto en ridículo a su Elegante Elegancia, después de haber hecho un disparo al aire haciendo blanco dos centímetros por encima de su elevado oído, después de haberle arrebatado una importante caja de botín, y después de hacerse generalmente impopular de otras maneras por el estilo, tomar precisamente camino de vuelta hacia la región de la hierba larga, era una hazaña de la que cualquiera hubiese podido sentirse orgulloso. Y eso era precisamente lo que El Santo estaba haciendo.

Simón se había sentido inspirado mientras escuchaba lo que Patricia le decía por teléfono, y lo había llevado a efecto sin vacilar ni siquiera un segundo. Tendido tenazmente en su inestimable percha, repasó la sorprendente casualidad con que había extendido todo el cebo necesario..., el coche mítico que le había estado esperando y la cita que había dado en la carretera de Jenbach..., y se asombraba de su propia brillantez. Después de hecho todo eso, no importaba absolutamente nada la fuga del príncipe Rudolf.

La verdad era que le ahorraba molestias hasta cierto punto. El Santo había alcanzado apenas su lugar aventajado encima de la arcada del castillo, cuando vio que salía en persecución suya el automóvil del príncipe; un minuto después veíase arrastrado en la más hilarante escapada de su accidentada vida.

Era la primera vez en su tempestuosa carrera que se metía en la cubierta de una limusine enemiga, y que ayudaba con entusiasmo a perseguirse; y la apabullante santidad de la idea privábale de tanta energía, a fuerza de risa, que apenas si podía evitar ser lanzado al panorama que lo rodeaba cuando el auto saltaba encima del borde que lo sostenía, en la carretera de la montaña.

Si el viaje hasta el castillo había sido febril, la jornada de regreso fue la peregrinación más delirante en que El Santo deseó tomar parte nunca. Dejándose guiar tan solo por las leyes naturales, El Santo no podía explicarse cómo se las arreglaba el auto para no salirse de la carretera. La única conclusión a que podía llegar era que el auto había nacido y se había criado en un circo, y que más tarde le habían puesto neumáticos fabricados con una clase hasta entonces desconocida de goma imperecedera. Parecía que la mitad del tiempo se deslizase con dos de sus ruedas sobre la masa de piedra suelta, en tanto que las otras dos giraban en el aire sobre el abismo insondable. No era un consuelo pensar que, si El Santo mismo hubiese conducido el auto, habría ocurrido exactamente lo mismo. La diferencia entre las maniobras propias, dominadoras del volante, y las fantasías del cerebro de liebre de una persona completamente extraña, ningún motorista práctico ha sido nunca capaz de equivocarse. Además de lo cual, un asiento confortable tapizado en el interior de un vehículo, aunque se le guíe como un suicida, no es ni puede ser nunca tan aterrador como el techo liso y resbaladizo en el que tiene que conservar su crucificada postura, principalmente por las cualidades de adherencia de sus párpados. Porque hubo para Simón Templar un intervalo de quince o veinte minutos en que no tuvo oportunidad de disfrutar la madurez de Gorgonzola de aquella broma.

El único mérito que fue capaz de ver en la velocidad desesperada fue que aproximadamente dividía por dos la duración de la angustia. Y gracias a algún despeñadero empezó a igualarse en el descenso hacia Schwartz.

Con un gesto de triunfo, El Santo humedeció sus resacos labios y suavizó la tensión de sus crispados músculos.

No cabía duda de que la velocidad del auto se aminoraba. Simón apretó su oído contra el techo, y oyó que el príncipe hablaba con impaciencia:

—¡Sigue adelante, zoquete! Ese individuo corre como un demonio, pero debemos estar cerca de él. La carretera de Jenbach.

Simón retorció los dedos de sus pies y de sus manos y se aferró; el coche tomó una curva y corrió veloz hacia el Este.

Nuevamente se dio vuelta en otro trozo recto de carretera, para mirar con curiosidad al príncipe, y lo que vio hizo que se dejase caer desmadejado, presa de un renovado paroxismo de risa.

El príncipe estaba sentado muy tensamente, echado hacia adelante en su asiento, mirando fijamente carretera adelante. Una de sus manos aferraba algo en su bolsillo, en tanto que la otra tamborileaba con monotonía sobre su rodilla izquierda. Aparte de aquel tamborileo regular de sus dedos, hallábase tan inmóvil como una estatua pintada, y su rostro, pálido y finamente modelado, carecía de expresión como siempre; y, sin embargo, el contraste, tal como estaba entonces sentado, y el hombre exquisito e inescrutable, tan bien conocido por El Santo, era una transfiguración tan inconsistente como jamás la había visto este. No era una cosa realmente curiosa..., era quizá el recordatorio más ominoso posible de las duras realidades que habían sido comentadas tan suavemente, con el lustre de una burla ligera..., pero era únicamente la fantástica trivialidad de toda la ejecución lo que le interesaba.

Y le gritó:

—¡Oh, Moisés, date prisa! Eso es lo que hay que darse, prisa. Métele a la gasolina, Adolphus..., ¡no le dejes que se escape!

Fue tal su emoción, que tuvo dificultad en dominarse, y se puso a meditar en el asombroso despertar de Monty Hayward.

Monty se había conducido como un viejo zorro, pero las quiebras habían andado contra él. A pesar de todo cuanto había hecho, una chiripa maliciosa había arañado el brillo de su coartada. Sus reputaciones estaban empañadas sin reparación posible. La animosidad retorcida de toda la Policía austríaca se sumaría a la mala corriente internacional que soplabá tras ellos. La justa cólera de un país más, pediría sedienta su sangre... A pesar de lo cual, El Santo volvió a reírse.

Miró su reloj e hizo un cálculo mental rápido. Si Monty no había invertido minutos innecesarios, debería de estar a menos de un cuarto de hora de ellos..., como no fuese que el auto que él hubiese elegido se decidiese por destrozarse. Con suerte y un motor caliente, podría estar incluso más cerca. Era esencial para El Santo estar esperándole cuando lo alcanzase. Simón contempló a uno y otro lado la carretera, que corría por debajo de él a ciento diez kilómetros por hora, y decidió que era absurdo todo intento de saltar fuera tranquilamente, enviándole sus cumplidos al príncipe por correo. Pero pasó junto a una piedra miliar que indicaba que solo faltaban dos kilómetros

hasta Jenbach; y comprendió que, por mucho que estuviese disfrutando el pequeño juego, había llegado la hora de compartir sus bellezas con el príncipe.

Sacó la pistola del bolsillo, se retorció hasta el borde del techo, y apuntó cómodamente al centro del guardabarros trasero más próximo. El ruido del disparo se ahogó en la explosiva deshinchazón del neumático, y el coche se inclinó y perdió rápidamente velocidad.

Simón se dejó caer con ligereza detrás, antes que se detuviese. Se escondió en la sombra del cercado, a dos metros de distancia, y vio cómo el chófer corría y miraba al neumático desinflado. Lo palpó, y lo pinchó, y volvió para describir al príncipe su devastador desinflamiento. El príncipe saltó fuera. Miró también el neumático y lo pinchó. Estaba indudablemente desinflado.

El chófer dijo:

—Debió de ser un clavo en la carretera, *Hoheit*.

El príncipe permaneció absolutamente tranquilo, mirando carretera adelante, a lo largo del rayo brillante de los faros delanteros. Durante algún tiempo, no dijo nada. Un hombre de menor categoría se habría impacientado y maldecido con impotencia, pero se hubiera dicho que el príncipe era un hombre tallado en piedra. Su inmovilidad inhumana tenía algo de terrible.

Cuando habló, su voz era perfectamente uniforme..., tanto como una corriente de lava fundida.

—Cambie la rueda.

Las palabras cayeron por el aire lo mismo que brillantes glóbulos de ácido. El Santo juzgó que unas pocas líneas de alegre chachareo podrían aliviar la tiesura del diálogo.

Salió al débil brillo de la luz de cola, mostrando ostentosamente su pistola, y carraspeó.

Los dos hombres que estaban junto al coche se volvieron como si les hubiesen metido agujas eléctricas. Y El Santo se sonrió con su más acogedora sonrisa, murmurando:

—¡Santo Dios! ¿No es extraño cómo nos perseguimos el uno al otro? Si continuamos de esta forma, empezarás a creer que te estoy siguiendo.

El príncipe se fue relajando lentamente. Hasta sus nervios templados debieron sentir la sacudida de la extraña prontitud del regreso de El Santo.

Pero, incluso en tanto que aflojaba su tensión, conservaba su cara convertida en una máscara de piedra, en la que únicamente los ojos parecían conservar vida.

—Mi querido míster Templar, no se me ocurre cómo pudimos perderlo de vista. ¿También sufrió su auto algún accidente?

—Mi auto era el tuyo —dijo El Santo con generosidad. Sonrió gentilmente al ver la inmovible perplejidad del príncipe—. Para decirte la verdad, querido, siempre lo fue. Y ya que estamos tratando del asunto, por si en alguna otra ocasión se te ocurriese conducirme, desearía que realizases algunos cambios en ese techo. Un par de buenos y fuertes agarraderos de los de caja de muerto supondrían una enorme diferencia; y, si después de hacer esa modificación, aún te quedase dinero, colócame un cojín de aire...

—¿Eso también? —apareció en los ojos estrechados del príncipe algo así como el brillo de un metal calentado al rojo, y en su suave manera de hablar la misma brillante malignidad de su pregunta—. ¿Debo de comprender que lo hemos tenido sobre el techo en todo momento?

Simón asintió:

—Cariñito, así lo espero —sonriose de nuevo con suavidad cautivadora—. Bueno, bueno, bueno..., parece que ninguno de los dos nos hacemos más jóvenes, ¿no es así? ¡Pero, cómo hará chacharear esto a los viejos muchachos de Borstal! Date vuelta, Rudolf, y permítame que te quite la pistola..., veo en tu mirada una expresión fea que me hace pensar que en cualquier momento pudieras cometer una locura.

Extrajo limpiamente del bolsillo del príncipe la pistola, y procedió a desarmar de la misma forma al chófer. Transferida su artillería a su propia persona, se apoyó en el panel lateral de la limusine, y miró cariñosamente a los dos hombres.

Y los dijo, tartajeando:

—Hemos pasado lo que yo llamo una linda noche. Me imagino que todos hemos perdido cierta cantidad de sueño, pero no es posible tenerlo todo —dio unos golpecitos a la caja fuerte que llevaba debajo de su brazo izquierdo—. ¿Desea usted que le envíe un catálogo con precios del botín cuando haya tenido tiempo de repasarlo? ¿Quizá desee comprar uno de estos artículos como recuerdo?

El príncipe le miró en silencio durante un rato.

Y acabó también por sonreírse:

—Usted gana, mi querido míster Templar. Acepte mis felicitaciones —después de un momento de vacilación, extrajo del bolsillo del pecho de la chaqueta una caja de piel de cocodrilo, y le dijo como excusándose—. Si no temiera que usted se riese de mí, le pediría que aceptase un cigarrillo.

El Santo le contestó amablemente:

—No me tientes, Rudolf. Ya conoces mi sentido del humorismo.

El príncipe se echó a reír, y dijo:

—En todo caso, desearía que usted pudiese creer que existen profundidades de infantilismo a las que todavía no he bajado —alargó la caja con desconfianza—. Tal como están las cosas, este es el único gesto deportivo que me es posible hacer.

Simón miró la caja con menosprecio.

En ese instante, antes que pudiera hacer el menor movimiento para protegerse, un chorro de amoníaco líquido le dio de golpe entre los ojos, y todo desapareció en una angustiosa intensidad de ceguera. Le cauterizó los glóbulos oculares como si los acariciase con hierros al rojo, y su jadeo de dolor se tragó los humos irritantes que le llegaron hasta los pulmones. Se apartó a un lado, vacilante, e hizo en ese momento dos disparos. Luego le arrebataron la pistola, y se vio lanzado al suelo bajo un peso aplastante.

Apretaron su garganta unos dedos potentes, con una contracción parecida a la de un tornillo. Respondió salvajemente, y forcejeó contra las manos que le apretaban; pero se encontraba medio paralizado de dolor, y su pecho parecía estar lleno de los ahogadores vapores del amoníaco. La sangre le bordeaba fuertemente en las orejas, y tuvo la sensación de que todo retrocedía ante él...

Así las cosas, oyó la voz infinitamente lejana del príncipe:

—Eso bastará, Ludwig.

Le pareció que se aflojaba casi imperceptiblemente la presión de su garganta y volvió a entrar el aire en sus pulmones. El peso que tenía encima del pecho se retiró y él rodó a un lado y otro, cubriéndose los ojos con las manos.

Volvió a escuchar de nuevo la voz del príncipe, que le hablaba desde la estrellada oscuridad:

—Ha sido una necesidad desgraciada, mi querido y joven amigo. Nunca me sentí confortable en una posición como esa en que usted me había colocado. Pero le aseguro que su dolor es únicamente pasajero.

Simón permanecía tumbado, con sus pulmones jadeantes. Les oyó encender una cerilla, y creyó poder distinguir su luz entre las ráfagas pungentes de color que cruzaban a través de sus nervios como caleidoscopios.

—Creo que lo mejor que podría usted hacer es entrar en mi automóvil —dijo el príncipe cortésmente... Simón consiguió visualizarlo con su cigarrillo encendido en la larga boquilla de jade, y sus negros ojos velados

satíricamente—. Me temo que su situación actual pudiera provocar una curiosidad indebida.

Fue el chófer quien puso a Simón en pie, y lo empujó para que se metiese dentro de la limusine.

El Santo no necesitó ayuda para realizar esa operación. Sabía la futilidad de malgastar sus energías en aquel momento, estando aún medio ciego y desarmado. Dejó que lo metiesen con rudeza en un rincón, sintió que el peso del príncipe hundía los almohadones junto a él, y que el morro de su pistola se le metía en las costillas. Entonces El Santo se las arregló para abrir uno de sus ojos escocidos, y vio cómo las luces de un auto venían hacia ellos por el camino.

II

El príncipe murmuró con entonación aterciopelada:

—No hace falta que le diga lo que ocurriría si fuese usted tan temerario que tratase de llamar la atención.

Simón nada contestó.

Los faros delanteros del auto que se acercaban se proyectaron en línea recta hacia la limusine, bañando el cuadro en un tono azul deslumbrante. Desde luego, nada había en ello que despertase el recelo. El príncipe Rudolf y El Santo, huérfanos amistosos en la tormenta, esperaban con paciencia el momento de proseguir su viaje fraternal. Entre tanto el chófer, inclinado con diligencia sobre la parte trasera del coche, trabajaba en reparar el daño que los había retrasado. Era una escena dolorosa y patética, sin duda, pero que no era tan extraña que embetiese al viajero inocente sino de agradecimiento por su mejor suerte... Sin embargo, el otro auto fue deteniendo la marcha cuando se cruzó con ellos, y por la ventanilla posterior de la limusine pudieron verlo que se paraba a un lado de la carretera, pocos metros más allá...

El príncipe Rudolf miró de nuevo a El Santo, y esparció en forma deliberada una pequeña cantidad de ceniza en el cenicero que había a su lado, diciéndole:

—Si ese fuese su amigo, tendría usted que actuar con extraordinaria discreción.

Un hombre salió del otro coche y se dirigió caminando hacia ellos. Cuando estuvo cerca, resplandeció sobre su yelmo un brillo luminoso, que vaciló sobre las prendas de su uniforme. Llegó hasta el costado de la limusine

y abrió la puerta, plantándose con rigidez en la abertura. Su cara se encontraba en la sombra.

—*Entschuldigen Sie mich, mein Herr...*^[9].

El Santo no movió un solo músculo de su cara, aunque todo su interior cantaba. El acento campanudo era impecable, pero la voz era la de Monty Hayward.

—Perdóneme, señor, pero ¿conoce usted a este individuo?

Le hablaba al príncipe, e indicaba a Simón con un breve movimiento de su cabeza.

El príncipe se sonrió débilmente, y contestó:

—No puedo decir que sea amigo mío.

El príncipe sacó su cartera, y extrajo de ella una tarjeta. Monty se la llevó a una de las lámparas laterales, y la examinó. Cuando regresó al lado del príncipe, hizo chasquear sus tacones.

—Pido perdón a su alteza. ¿Quizá su alteza desconoce la identidad de su huésped?

—Me agradecería que me informase de ella.

—Es un criminal desesperado que se hace llamar El Santo. Hay contra él varias acusaciones. Esta misma noche tiró al río a tres detectives.

El príncipe permaneció callado durante la fracción de un segundo.

Luego, encogiéndose de hombros y como disculpándose, dijo:

—No me sorprende. La verdad es que trató también de robarme a mí — puso una mano en la caja fuerte que tenía junto a él en el asiento—. Tengo algunos bienes muebles heredados, capaces de atraer a un ladrón de su talla. Por suerte, entre mi chófer y yo pudimos dominarlo. Íbamos a llevarlo a la Polizeiaint. Quizá usted mismo pueda ahorrarnos ese trabajo.

Simón no pudo menos que admirar la habilidad consumada con que estaba siendo representado el papel. Fue una maravilla de comediante improvisado, que se ganó el aplauso ilimitado de su alma artística. El príncipe era un maestro consumado. Su franqueza sin límites, su modestia insinuante, su oportuna presentación de toda la postura de la realeza, que se ve metida accidentalmente en las sórdidas emociones de la ilegalidad común..., todos los matices fueron irreprochables.

Monty volvió a taconear. El Santo sabía que había estado tres años en Bonn perfeccionando su alemán; pero aquella representación reveló un Monty Hayward desconocido, representando a otro actor consumado que se había perdido el cine.

—Me sentiré muy aliviado de relevar a su alteza de mayores inconvenientes.

Entonces El Santo se echó hacia adelante, protestando con furor:

—¡Todo eso no son más que mentiras! Es su alteza quien está tratando de robarme. Esa caja me pertenece. Puedo conducirlo a usted hasta el castillo de su alteza y enseñarle cosas que le harán que me crea...

El policía tronó magníficamente:

—¡Silencio! Nada sacará usted insultando a una persona noble —se volvió hacia el príncipe—: Su alteza no será molestado más.

El príncipe sacó un par de billetes de banco de su cartera, y dijo:

—Comprenda que no deseo ninguna clase de vulgar publicidad.

El policía se inclinó:

—Comprendido. No será necesario publicar el nombre de su alteza. Estoy orgulloso de haber ayudado a su alteza —se volvió de nuevo hacia El Santo—. ¡Fuera de aquí, escoria!

El Santo gritaba, desesperado:

—¡Escúcheme, por amor de Dios! ¿No es usted capaz de comprender que si deja que su alteza se marche no recuperaré jamás lo que es propiedad mía? Debe usted llevarlo conmigo por lo menos a la Polizeiaint, a fin de que se establezca debidamente la propiedad de la caja...

El policía contestó estoicamente:

—La propiedad de la caja ha quedado establecida a satisfacción mía.

Simón cerró los puños y dijo con un énfasis salvajemente directo:

—¡Lo que pido es únicamente justicia! No puede usted llevarme sin la caja. ¡Lo arriesgué todo para conservarla!

El policía contestó sin dejarse convencer:

—A usted no le servirá de nada en la cárcel. ¿Quiere usted salir fuera o tendré que sacarlo a la fuerza?

—Me niego...

Simón se detuvo en seco. La pistola del policía apuntaba amenazadora a su pecho:

—*Heraus!*

El Santo echó mano a la pistola y tiró hacia atrás al policía de un empujón. Entonces los brazos musculosos del chófer lo rodearon por debajo de los hombros. En tanto que vacilaban de un lado para otro y luchaban en la carretera, sintió en sus muñecas el cierre de dos bandas de acero. Entonces lo soltaron. Permaneció forcejeando con las esposas, en tanto que el policía regresaba hasta la portezuela de la limusine.

—A las órdenes de su alteza.

El policía regresó. Echó mano a El Santo por el hombro y lo empujó con rudeza hacia adelante. El Santo, encolerizado y maldiciendo, se dejó llevar malamente hasta el auto que esperaba. Fue obligado a sentarse en el asiento delantero. El policía se sentó junto a él y tomó el volante. El auto, cuyo motor no se había detenido, engranó y tomó velocidad.

Viajaron un par de kilómetros antes que El Santo hablase, y dijo con amargura:

—Eres un socio elegante en un crimen.

Monty no apartaba la vista del camino, y dijo con acritud:

—Y tú eres un condenado y elegante pillo. Si esta es tu forma habitual de portarte, no comprendo por qué razón han armado jamás el barullo que han armado acerca de ti. Me asombra que no te hayan encerrado desde el día siguiente al que robaste tus primeros seis peniques. Eso es lo que pienso de ti. Te lanzas a la aventura y te metes en los jaleos más desesperados, y esperas que yo te saque de ellos...

Patricia se inclinó sobre el asiento posterior y dijo:

—¿No lo comprendes, muchacho? Teníamos que ponerte en libertad de cualquier manera, y Monty hizo lo único que podía hacer. Creo que se ha desenvuelto de manera maravillosa.

Simón golpeó frenético las esposas encima de la rodilla, y rompió a decir amargamente:

—¡De manera que Monty estuvo maravilloso! ¡De manera que Monty fue el niño prodigio! Realizar la escapatoria de cualquier manera..., eso es lo que Monty hace. Aportar todas las apuestas al juego, menos su propia piel... ¡Enviar al diablo el botín por el que todos hemos arriesgado la cabeza...!

Monty le contestó:

—Eso te hará bien. La próxima vez no tendrás tanta prisa por dejar a tus amigos en la estacada.

—Pero... ¡eres un miope! ¡Teníamos el juego en nuestras manos!

—¿Qué juego? ¿Qué es este botín por el que se arman todas las trapatiestas? Pasaste toda la noche persiguiendo esa maldita cajita, y me imagino que no tienes una idea más exacta que yo de lo que hay dentro de ella. Por lo que yo sé, hay dentro de ella un par de riñones flotantes.

Simón se recostó en su rincón y cerró los ojos.

—Te puedo decir qué es lo que hay dentro de ella, porque lo he visto. Están la mitad de las joyas montenegrinas de la corona. Desaparecieron hace

seis semanas camino de Christie. Yo mismo estaba pensando en lanzarme en su busca. ¡Y habríamos podido tenerlas gratis!

Monty contestó, inmovible:

—A mí no me servirían de nada. He renunciado a llevar una corona — detuvo el auto al salir de una curva, y prosiguió—: Lo que deberías hacer es agradecer a Dios que no te hayan metido en el cuerpo una bala.

Simón suspiró:

—Bueno, si tú no quieres ningún botín, por mí, perfectamente.

Dio vuelta en redondo a sus manos, y alzó la vista con melancolía hacia las estrellas. Y dijo con acento meditativo:

—Es extraordinario lo que la gente que lozanea hace en momentos de crisis. Tomemos, por ejemplo, al querido Rudolf. Cualquiera diría que él tenía que acordarse de que, incluso cuando uno cierra una cerradura de combinación que acaba de ser abierta, es preciso dar una sacudida a las ruedas para que cierre. De otra forma la combinación sigue estando en la palabra clave... Pero no lo recordó, lo que no está mal.

Y Simón Templar sacó sus manos del bolsillo de la chaqueta; y el auto vagó vertiginosamente de un lado al otro de la carretera, en tanto que Monty miraba con fijeza al centelleante revoltijo de piedras que El Santo tenía en sus manos: y desde las manos, le miraba a la cara sonriente.

6

DE COMO MONTY HAYWARD DURMIÓ INTRANQUILO Y SIMÓN TEMPLAR GORGORITEÓ ACERCA DE WORMS

I

El Santo dijo suavemente:

—La próxima a la izquierda es la nuestra. No creo que tomemos la curva hasta que llegemos allí, si a ti te da lo mismo.

Monty enderezó el auto con mala intención a un dedo de distancia de la cuneta, y aflojó la presión de su pie sobre el acelerador. Su mirada se volvió hacia la carretera, permaneció mirando ominosamente y dijo:

—Aclárame bien esto. ¿Quieres decirme que eres dueño todavía de la totalidad del botín?

—Monty, lo soy.

—¿Y, con un poco de suerte, también el camarada sus *schloss* con una caja enteramente vacía?

—Tú lo has dicho.

—De manera que, aparte de que la Policía nos persigue por asalto, agresión, asesinato y por el robo de un auto, tu camarada Rudolf emprenderá el viaje de vuelta para perseguirnos y cortarnos el cuello...

El Santo completó alegremente sus informes:

—Y, con un poco de suerte, también el camarada Krauss estará levantando polvo por el camino de la guerra. Cuando yo lo dejé tenía una escapatoria muy fácil delante de él; y si se despertó en cualquier momento, mientras toda la guarnición estaba atareada en perseguirme, las perspectivas son que aproveché aquella escapatoria. Lo cual debe contribuir a que esta diversión nuestra hierva de veras.

Este tercer tentáculo del dilema era nuevo para Monty y para Patricia. Simón Templar se explicó. Les hizo un relato gráfico y vigoroso desde el momento en que los dejó en Konigshof para que remasen en sus propias canoas, y trazó una descripción desnuda de los deportes medievales y de las diversiones en el castillo del príncipe heredero, que hizo pasar por sus pericráneos un retorcimiento momentáneo de espanto. Le llevó exactamente cinco líneas de interlocución ligar al camarada Krauss con el individuo que había desaparecido del fatal cuarto número doce, que quedaba encima del compartimiento de El Santo; y luego, toda la estructura enrevesada de las circunstancias asombrosas en que se habían visto envueltos se hizo tan visible para los otros dos, como lo era para El Santo mismo. Y este se reía por lo bajo:

—Muchachos y señoritas, aquí tenéis mi idea de unas perfectas vacaciones.

Monty Hayward respondió taciturno:

—Bueno, es posible que sea esa la idea que tú tienes de unas vacaciones sosegadas, pero no es la mía. Tengo en Inglaterra mujer y tres bebés, y me pregunto qué irán a pensar ellos de mí.

El Santo le contestó tranquilo:

—Telefonéales que vengan a juntarse contigo. Quizá nos haga falta toda la ayuda posible.

Monty miró ceñudamente a lo largo de la franja de los faros delanteros, y mantuvo el auto con firmeza siguiendo la ruta del Norte. Atravesaron a toda velocidad Maurach mientras Simón estaba hablando, y ahora corrían por la orilla oriental del Achensee. La luna había aparecido por encima de los montes, y su luz vigorizaba las aguas dormidas del lago con un brillo de azabache pulimentado. Mucho más allá del lago, tras la negra joroba de las cuestas próximas, un pico coronado de nieve alzaba su brillante cabeza lo mismo que un enorme faro, levantándose soberanamente magnífico contra el firmamento de un color de metal vivo, tan brillante y luminoso que las seis luces olvidadas que ardían en Pertisau parecían debajo de él ridículos puntitos amarillos, y sus reflejos, que se alargaban en el agua, simples impertinencias garrapateantes. La noche se había revestido de una belleza sorprendente, de un esplendor que solo llega a los lugares altos de la tierra. Aquella visión llenaba los ojos de El Santo. Era una noche como las que él había visto en los Andes, por encima de la Encantada, o también en la altiplanicie de Alzo, en el corazón de Córcega, donde el aire suele ser tan transparente que montañas situadas a veinte kilómetros de distancia parecen a punto de caer encima de

uno en la ancha serranía que va a conducirlo luego al Grotto des Anges. La extraña veta de paganismo que había en él y que no se preocupaba del momento ni de la ocasión, lo envolvió en su encanto. Patricia estaba soltando las esposas en sus muñecas; cuando aquellas cayeron, se encontró con que sus manos estaban cogidas en una de El Santo, que le dijo:

—La corona del mundo.

Como conocía a su hombre, ella comprendió. Tenía él en sus ojos el claro azul de la noche; la espléndida locura que hacía de él lo que era, vibraba en su tacto. En sus palabras, no parecía que hubiese nada de absurdo, nada de incongruente... Tan solo la despreocupada esencia de santidad que era capaz de detenerse para admirar un panorama, incluso camino de su propio funeral.

Ella se sonrió, y dijo:

—Te amo cuando dices cosas como esa.

Monty Hayward dijo fríamente:

—Yo nunca lo amé; pero quizá le tenga un poco menos de antipatía si deja de abrir la boca delante de los panoramas y nos dice adónde se supone que marchamos.

Simón encendió un cigarrillo y miró su reloj a la luz protegida del freno. Se inclinó hacia adelante, con su cara cincelada de líneas de alegre viveza, y su boca se curvó con una sonrisa. Y dijo:

—A la frontera, desde luego. Es, en todo caso, el primer movimiento, y sean dadas gracias a Dios de que nos quedan tan solo unos kilómetros para llegar hasta allí. Cuando dudes, dirígete siempre a la frontera. Los lectores lo esperan. Además, puede tener la ventaja práctica de mantener un poco atrás a la Policía. No os podéis imaginar cuán devoto soy yo de la Policía, pero en el día de hoy no creo que necesitemos intimar con ella.

En tanto que hablaba, había empezado ya a desembarazarse de las joyas. Con una hoja de su navaja había empezado a soltar las piedras de sus monturas, amontonándolas en un pañuelo extendido en su regazo. Rubíes, perlas, zafiros y brillantes caían en cascada como gotas de fuego helado, amontonándose con descuido en una topinera coruscante de cristales multicolores, que el ojo experto de El Santo valoraba en algo próximo al cuarto del millón de libras. Las esmeraldas Maloresco caían sólidas en el montón, desprendidas sin compasión de su pendiente de filigrana de oro..., cinco losanges verdes, sin un fallo, haciendo juego perfecto, del tamaño de huevos de paloma. Encima de ellos cayeron un par de docenas de brillantes variados y tres zafiros de cincuenta quilates. El diamante azul Ullsteinbach, regalo de boda del emperador Francisco José al archiduque Michel de Presea,

se hundió en el montón con un brillo de llama azúrea. Así marcharon las cosas hasta que el pañuelo se combaba bajo el peso de una pirámide centelleante de riqueza que hacía pestañear incluso a los ojos de Simón Templar. Desprendidas de sus monturas, las piedras parecían tomar un brillo deslumbrador..., el puro fulgor radiante de su propia belleza desnuda.

Pero eso lo apreciaba tan solo de manera pasajera, algo así como un cirujano que aprecia transitoriamente la belleza de una mujer a la que tiene que realizar una operación urgente. Y la misma perfección profesional implacable en la manera como aplicaba su navaja, torciendo y cortando con habilidad los inapreciables trabajos de metal, y tirándolos despreocupado por el costado del auto. Cada montura era una obra de arte, pero esa misma cualidad hacía que resultasen demasiado distintivas para tener confianza en ellas. El tamaño y perfección de las piedras mismas eran contraste más que suficiente para el gusto discreto de El Santo en artículos de arte; además, las monturas eran tres veces más voluminosas que las piedras sin montar. Con la frontera distante solo unos minutos, Simón Templar sentíase de un humor por demás modesto. La rapidez y habilidad con que trabajaba eran asombrosas: acababa apenas su cigarrillo, cuando ya había desaparecido en la oscuridad el último retazo de oro calado, y la acumulación estaba completa.

Al volver los ojos se encontró con que Patricia miraba las piedras por encima de su hombro, y que le cuchicheaba:

—¿Cuál es el valor, muchacho?

El Santo se echó a reír, y contestó:

—Lo bastante para comprarte un par de botas de elásticos, y una gorra de dormir bordada para Monty. Además, podrías escribir dos cheques de seis cifras, y quedarte todavía con cambio suficiente para comprar dos yates de vapor y un Rolls. Eso si se pudiera vender el botín en el mercado abierto. Tal como están las cosas, Van Roeper me rebajará el precio a un cochino par de millones de guilders, lo que significa que tendremos que prescindir de uno de esos cheques y del gorro de dormir de Monty. De todos modos, querida, es Dinero, ¡con mayúscula!

Ató los ángulos de su pañuelo diagonalmente sobre los despojos, probó la dureza del paquete, y lo arrojó al aire con efervescencia. Luego desapareció en su bolsillo, se sirvió otro cigarrillo, y se acomodó en su rincón para gozar de la velocidad.

Monty Hayward era la única persona que parecía haber escapado a la alegría contagiosa de El Santo. Concentró su vista en la tarea de guiar el auto, y pensó que todo aquello era una exhibición bastante mala. Y se lo dijo:

—Si hubieses dejado toda esa joyería tal como estaba, pedazo de zoquete —había pensado en ello por sí mismo—, podríamos contar a la Policía que la habíamos encontrado en la carretera y que llevábamos camino de devolverla.

Simón movió negativamente la cabeza.

—Monty, no podríamos haberles contado eso.

—¿Por qué no?

—Porque no les habríamos dicho la verdad —le respondió El Santo con espantosa solemnidad.

—¡Cállate, contrabandista! —le espetó Monty Hayward, y volvió a caer en su pesadilla.

Era una pesadilla que él tanteaba desde hacía tanto tiempo, que había perdido la facultad de protestar eficazmente contra cualquier cosa que le exigiese hacer. Luego, a petición de El Santo, detuvo un momento el auto mientras se quitaba su uniforme de Policía, arrojándolo al grupo de arbustos más próximo.

Más tarde obedeció cuando le dijo que condujese sin vacilaciones hasta el puesto fronterizo. Lo descubrieron, con el resplandor de sus faros delanteros, unos minutos más tarde; allí aplicó sus frenos y esperó obedientemente, en una especie de resignación muda, mientras los guardias se acercaban y hacían las preguntas de rigor. Todos los instintos suyos le apremiaban a que volviese grupas y volase..., a saltar fuera del auto y meterse, sin que le viesan, en Alemania, aprovechando la oscuridad de los bosques a mano izquierda suya..., e incluso, en un momento de frenesí, a meter otra vez el embrague, atropellar la insignificante barrera que cruzaba la carretera, y a penetrar en lo que parecía inasaltable seguridad de más allá.

El que permaneciese impasible bajo todos aquellos impulsos naturales debía únicamente a la inercia parálitica de la pesadilla que lo tenía aferrado inextricablemente. Parecía no razonar el por qué; parecía que estaba sentado allí, esperando que alguien le diese un golpe en la cabeza... Encontraba difícil imaginar destino más deprimente para quien había pasado sin daño alguno a través de toda la excitación de la última guerra. Se hallaba sentado, mudo, detrás del volante, tratando de hacerse todo lo invisible que le era posible, mientras El Santo enseñaba los pasaportes y contestaba las preguntas habituales. El Santo estaba tan fresco como una lechuga. Charló afablemente a lo largo de toda la espera, con una absoluta impermeabilidad de conciencia, y se sonreía con benignidad bajo la luz que la Policía proyectaba sobre ellos. La eternidad del espinoso suspense que Monty Hayward soportó, pasó como una brisa tranquilizadora por encima de la cabeza serena de El Santo; y

cuando al fin les dieron la señal de que podían seguir adelante, El Santo se recostó en su asiento respirando tranquilamente, y buscó su caja de cigarrillos, su imperturbable serenidad pareció a Monty poco menos que un insulto deliberado. Y le dijo, con toda la tranquilidad que le fue posible:

—Hermano, me imagino que sabes lo que estás haciendo, aunque a mí me parece una chifladura.

—Puedes apostar a que sé lo que me hago —le contestó El Santo, y con gran sorpresa de Monty se lo dijo con tranquilidad igual a la suya—. Se trataba simplemente de hacer una apuesta contra reloj. Si no hubieses golpeado con tanta fuerza al policía aquel del Konigshof, la cosa habría sido más fácil; pero teníamos que esperar que estuviésemos aún a una largura o dos del barullo y las protestas. No hay necesidad de saltarse las alambradas antes que llegues a ellas. Pero puedes creerme que tenía cubierta con mi arma en el bolsillo a esa patrulla en todo momento, y a nadie le importa lo que hubiese podido ocurrir si las cosas se hubiesen torcido.

Monty Hayward reajustó sus impresiones lentamente y a regañadientes. Y, de pronto, lanzó una de sus extraordinarias miradas a la faz tranquila del hombre que estaba a su lado..., una mirada que suavizaba el fantasma de una sonrisa, y le dijo:

—De seguir así en línea recta, guiando sin descansos, podríamos llegar hoy a la frontera holandesa. Pero yo calculo que las cosas no serán tan sencillas en ella.

El Santo asintió bruscamente:

—Salomón lo dijo antes que tú. No nos meteremos por otras fronteras en nuestra excursión, y no creo que tengamos otra charla tan amistosa con la Policía. Esto fue nuestro principio. Pero no habrá para la hora del almuerzo un policía en todo Centro Europa que no esté enterado de nuestras horribles historias. ¡Tú pensabas que habíamos terminado...!, y no hemos hecho más que empezar —El Santo soltó de pronto una carcajada—. Pero ¿te lo diré?

Monty hizo un gesto afirmativo, y El Santo le explicó con prodigalidad:

—Te presentaré un ángulo nuevo de la vida del crimen. Te lo daré gratis, Mont..., el ángulo al que no alcanza nunca la caterva de vuestros majaderos autores. Todos ellos cometen el mismo error, como lo cometiste tú. Por ejemplo: cualquier estúpido puede sacudir a un policía un golpe en la mandíbula. Cualquier otro estúpido puede robar una caja de joyería variada, que le cae simplemente al regazo. Y cualquier majadero es capaz de lanzar una fanfarronada que se sostendrá..., pongamos durante diez minutos. Puedes

creerlo o no. Y pensarás que todo ha terminado, y que solo falta el himno religioso. Pero no es así. La cosa no ha hecho más que empezar.

Monty aceptó la proposición, sin hacer comentarios. Era evidente, después de un momento de consideración, su exactitud inevitable.

Guió en silencio, sacando de la poderosa máquina el último posible kilómetro por hora. De vez en vez dirigía una mirada al espejo retrovisor, esperando ver la oscuridad de la carretera iluminada con el primer débil resplandor de los faros perseguidores. Era una cosa extraña de qué manera la borrachera de la persecución, siguiendo al curso turbulento de las aventuras no buscadas de aquella noche, había minado su buen juicio... Quizá más extraña aún la manera cómo los fundamentos de su precavido sentido común habían sido socavados por su prolongada proximidad al hombre que en tiempos normales había siempre mirado como levemente fastidioso. La velocidad del viento le daba en la cara con gentileza hipnótica; el runruneo del motor y el sentido elevado de la velocidad, ejercían sobre su conciencia el efecto insidioso de una droga. Le pareció, durante un momento vertiginoso, que debía de haber peores momentos que el pasar una noche y los días que le sucedían..., que existían en un mundo desordenado cosas más destructoras del alma que el dar un puñetazo a un policía en la barbilla, y el huir de la múltiple venganza de un centenar de caballos de un moderno bandolero Mercedes Benz. Pensó de esa manera durante un instante de increíble locura; y volvió a pensarlo de nuevo, llegando a la conclusión de que debía de estar muy enfermo.

Pero le quedaba una tintura de ese júbilo desmoralizador, y ella prestaba al viaje un atractivo indefinible, mientras el firmamento empalidecía, preparándose para la aurora, y mientras el auto robado se deslizaba rápido por las largas pendientes de las colinas bávaras, en dirección a Munich. Junto a él, Simón Templar se durmió tranquilamente...

El borde solar aparecía precisamente por encima del horizonte, y la atmósfera estaba rebosante de la inolvidable y suave humedad de la mañana, cuando los primeros suburbios angulares de la ciudad nadaron hacia ellos, saliendo de la desnuda llanura; El Santo despertó y se estiró, y echó mano al inevitable cigarrillo. Empezó a orientarse cuando las calles se estrecharon y se hicieron más lóbregas, y se puso a dirigir hacia oriente su camino. Era ya pleno día cuando se detuvieron delante del Ostbahnhof, y cuando un auto mañanero de la calle arrojaba su carga de viajeros adormilados hacia los portales de la estación. Simón saltó de costado y amontonó en la acera su corto equipaje. Tocó a Monty en el hombro, y le dijo:

—Creo que somos algo visibles en nuestra calidad de trio, pero si subieses de un salto a este coche público te llevaría a Hauptbahnhof y el Metropole está casi en frente. Allí te veremos.

Y nuevamente Monty Hayward encontrose solitario. Se dirigió al hotel, siguiendo las instrucciones que le habían dado, y encontró a Patricia y a El Santo esperándole. Sentíase Monty un tanto cansado para discutir. Si lo hubiesen dejado a sí mismo, habría seguido marchando hasta que no hubiese podido más, con la única idea de poner todos los kilómetros que le fuese posible entre su propio timón y la cólera que había de llegar. Sin embargo, cuando media hora más tarde se metió en la cama, lo hizo con una sensación confortable de que se tenía bien ganado el descanso. En la letargia de la saludable fatiga física hay un algo que, unido a la apreciación de los peligros encarados y sobrevividos, de un sentido de omnipotencia y de temeridad, despierta los resortes de una satisfacción primitiva insondable; algo capaz de dejar estupefactas todas las acusaciones presentes, junto con todas las dudas filosóficas pasadas; algo que es capaz de borrar de la inteligencia humana las tensiones de la complejidad civilizada, y darle la paz de un animal y el sueño de un niño.

Monty Hayward habría dormido como un niño de no haber sido por la corriente inacabable de autos callejeros que retumbaban debajo de su ventana traqueteando en todas sus juntas, haciendo sonar enormes campanas, soplando las bocinas, torturando sus frenos, aplastando, chocando entre sí, lanzando sus piezas de repuesto sobre grandes chapas de hojalata, y forzando todos sus tornillos, a fin de mantener en alto el barullo quebrantanervios de que tan justamente orgulloso se muestra el continente europeo.

Hacia el medio día se dio por vencido en la lucha desigual, y marchó en busca del cuarto de baño. Afeitado y vestido, sintióse un poco mejor; bajó al comedor con la esperanza de encontrar algunas reliquias del desayuno, a fin de completar con ellas la restauración de sus tejidos; apenas había sido ejecutado su mandato apologético, cuando entró El Santo y se reunieron; parecía tan intolerablemente fresco y en forma, que Monty se hubiese peleado con él.

—Querido viejo, métete rápidamente al cuerpo todos esos *Spiegeleier*, porque nos pondremos inmediatamente en camino.

Monty le preguntó, resignado:

—¿Has echado mano a otro auto? Y si es así, ¿qué tenía de malo el último?

Simón se echó a reír.

—No tenía nada de malo. Pero, cuando se roba un auto, los robados dan aviso, y eso no facilita nunca las cosas. Además, no puedes dar todos los días un golpe a un coche completo, con su tríptico y los documentos generales de identidad, y si tú no hubieses echado mano ayer a esa chiripa, no habríamos caminado con él muy lejos desde la frontera. No... me fui a la estación y descubrí un tren, lindo y bueno, y no veo razón de que lo perdamos.

Monty descascarilló un huevo.

—¿Dónde está Pat?

—Se desayunó en cama. Estaba dormida cuando yo salí.

Monty contestó sombríamente:

—Debe de estar sorda como una piedra. Nadie que no lo estuviese podría pegar aquí el ojo durante el día. Fuera de mi cuarto había cuatro mil tranvías, y transformaron a todos ellos en piezas sueltas. Creo que empleaban varios grandes martillos y una sierra circular. Después, tiraron por la ventana todas las piezas de los coches, a una tienda de porcelana, y se reían como unos condenados —Monty Hayward partió en tiras una loncha de tocino y acabó de comer en silencio. Luego preguntó—: ¿Adónde vamos hoy?

—A Colonia —contestó El Santo—. Allí preparan el *agua*.

Estaba encendiendo un cigarrillo y miraba a dos hambres que habían entrado en el salón. Los miraba en el espejo de la pared, por encima de la cabeza de Monty. Eran, a su manera, una pareja de los fenómenos más aturdidores que hacía mucho tiempo había visto; sin embargo, entraron suavemente en el inexorable esquema de las cosas, con una limpieza que parecía casi malvada. Y la cara de El Santo careció totalmente de emoción al aplicar a su anuncio de apertura el calificativo comprensivo que implicaba la llegada de aquellos dos hombres. Porque dijo:

—Si es que conseguimos largarnos.

II

Simón Templar, con el cigarrillo ladeado entre sus labios y hundiendo pensativo en sus pulmones una lenta corriente de humo, se recostó en su sillón y contempló a los dos detectives que se acercaban por detrás.

La superficie convexa del espejo ornamental condensaba sus imponentes figuras, dándoles una vaga semejanza a dos salchichas con pantalones, vistas por el lado falso del telescopio; pero, aun así, el pavoroso secreto de su profesión estaba como gravado, a través de sus pechos, en letras que El Santo

era capaz de leer a quinientos metros de distancia con los ojos cerrados. Esta era la única certidumbre desastrosa que surgía sin discusión del hecho caótico de su llegada.

Ni una sola vez se había permitido El Santo engañarse con ninguna ilusión tranquilizadora sobre ellos, desde el primer instante en que se metieron pesadamente por las puertas del desierto *Speisezimmer*. Cuando uno ha hecho mangas y capirotos con los elementos de la ley por espacio de diez años febriles y, más aún, cuando uno ha estado plenamente atareado en los tres últimos años con el empeño de ser el zorro más buscado de todo el hemisferio occidental, la nariz de uno se habitúa al fastidioso olor de los detectives. Y si El Santo había tomado alguna vez ese olor picante, era en aquel momento... Había percibido una oleada a la altura del pecho, que pasaba espumajeando aromáticamente más allá de sus narices, con viveza suficiente para hacer que una salamandra estornudase.

El cómo aquellos detectives habían llegado hasta allí, quedaba a unos centímetros más allá de El Santo. En las últimas doce horas los alrededores de Innsbruck habían sido lugar de no pequeña emoción; en el transcurso de ellas había sido violentamente barrido de este mundo de miseria un hombrecito completamente innecesario, y una infortunada falta de inteligencia había hecho que los tres policías que habrían debido detenerlo fuesen arrojados dolorosamente a las aguas del Inn..., el apreciable Monty Hayward resultaba también injustamente sospechoso de haber dado un empellón al susodicho hombrecito, y era más exactamente conocido por haber tomado parte en el ataque y en el baño dado a la Policía, y por haber atacado subsiguientemente y por segunda vez a otro de aquellos hombres, habiéndose apropiado de su uniforme, y apoderándose de un gran automóvil... Bueno, unas alteraciones sin importancia del orden público resultaban precio pequeño para el cuarto de millón de libras esterlinas de las auténticas joyas de la corona.

El Santo había puesto en práctica lo mejor de su repertorio a fin de evitar desagrados suplementarios. Su imaginación repasaba los detalles de su escapatoria, y tenía que reconocer que la Policía estaba actuando con rapidez. Se había dado cuenta de su paso, como era natural, así que surgió la alarma; eso era inevitable, pero con posterioridad debía desaparecer el rastro, por lo menos durante algunas horas. Una organización policíaca que, en el breve tiempo de que habían dispuesto, era capaz de descubrir un auto abandonado, y luego, gracias a un sistema esencialmente fatigoso de indagaciones exhaustivas, trazaba a sus fugitivos pasajeros a través de las rutas separadas y tortuosas que habían seguido hasta el hotel, demostraba que había en Munich

unas pocas almas devotas a las que les quedaba no poca energía, después de realizar su ocupación importante de asimilar grandes cantidades de Löwenbräu. Demostraba asimismo una enérgica eficacia que estaba trastornando las ideas que El Santo se había forjado durante muchos años.

Monty Hayward miraba a El Santo a través de la mesa, lleno de confusión; su tenedor encontrábase levantado en el aire con su última carga de huevo y de tocino. De pronto, su mirada se torció por encima del hombro de El Santo, y empezó a comprender.

Los ojos de este se arrancaron de la extraña fascinación del espejo. En la superficie de este se habían hinchado las figuras de los hombres que estaban detrás adquiriendo una distorsión grotesca, por lo que supo que no estaban alejados de él más de un par de metros. Todavía sintió con mayor viveza la presencia de ambos después que hubo dejado de verlos. La sintió con un pequeño estremecimiento gentil que le subió por la espalda, igual que si un par de arañas hubiesen bailado a lo largo de su espina dorsal una rápida polka. Resbalaron fríamente a lo largo de sus ganglios con un hormigueo de diligencia desesperado, y con un instintivo tensarse los nervios, que resultaba imposible de controlar por mucha fuerza que él hiciese.

Se quitó el cigarrillo de la boca y miró fijamente a Monty Hayward. Había surgido de nuevo la amenaza de la Policía a dos metros de distancia, donde estaban sentados los dos individuos, con una rapidez que quitaba el aliento... Era una amenaza que siempre había resultado fatalmente fácil de olvidar, a pesar de que El Santo mismo jamás lo olvidara del todo. Los ojos de El Santo eran tan duros como pedernales, fríos, azules e implacablemente claros; y, sin embargo, en sus torvas profundidades había un minúsculo brillo, como de luz de sol desviada, un minúsculo centelleo de burla, que gustaba de los retorcimientos salvajes del juego, nada más que por amor a este.

El Santo dijo con mucha tranquilidad y muy claramente:

—Monty, durante muchos años he tenido el propósito de contarte la iluminadora historia de Wilbraham, el Gusano Maravilloso. Wilbraham estaba en el momento mismo en que iba a convertirse en el bocado preferido de una perdiz llamada Theobald, cuando la cruel ave fue derribada por un disparo con suerte de cierto míster Hugglesboom, que era, de profesión, adivino-acuoso, y que estaba considerado generalmente como un excéntrico. He dicho un disparo con suerte, porque míster Hugglesboom estaba apuntando a un conejo que mordiscaba sus frescas lechugas. Al hacerse traer la perdiz, míster Hugglesboom descubrió en el pico de esta a Wilbraham. Como era un caballero de buen corazón, soltó al desdichado reptil; y no

hubiera dedicado más pensamientos al mismo si Wilbraham no hubiese tenido otras intenciones. Wilbraham, abrumado de gratitud hacia su libertador, siguió hasta su casa a míster Hugglesboom, y le demostró tales síntomas de devoción que el corazón de este señor se sintió conmovido. Como era un hombre solitario, adoptó a la pequeña criatura, y encontró que le brindaba compañía en el transcurso de sus viajes, en los cuales Wilbraham le seguía lo mismo que un perro fiel. Poco tiempo después Wilbraham creyó que podría ayudar en su trabajo a míster Hugglesboom. Tomó a su cargo la tarea de espiar, horadando incansable los campos que su señor estaba comisionado para vigilar; el resultado fue que, en el transcurso del tiempo, míster Hugglesboom adquirió tal eminencia en su carrera...

La cara de Monty Hayward había pasado por una secuencia de expresiones que habrían hecho brincar de alegría a un director de películas como si fuese un carnero joven; y, de pronto, se quedó inexpresivo. El significado y la finalidad de aquella asombrosa cascada de imbecilidades, Monty no la comprendía. Se le ocurrió la creencia histérica de que Simón Templar había enloquecido de pronto y de manera irrevocable. La tensión de los recientes acontecimientos había sido excesiva para un cerebro que nunca había sido en vida completamente estable.

Miró, sin decir nada, a los dos hombres que se encontraban junto al hombro del despreocupado Santo, y advirtió en sus rostros los principios de una falta de expresión que respondía a la conversación de aquel y que a Monty le sentaba como un puntapié entre los ojos. Era algo tan asombroso, que dudó por un rato de la prueba que le ofrecían sus propios sentidos.

De pronto comprendió que aquellos dos hombres estaban también escuchando, y que pasaban por una escala de emociones parecidas a las suyas. Conforme las frases bellamente articuladas de El Santo llegaban a sus oídos, sus pies pesados y su avance intencionado habían desaparecido. Terminaron, detrás de la silla de El Santo, igual que si caminasen sobre alfileres; y allí se quedaron, con las bocas abiertas y colgando, embebidos en su fatuo discurso. Era tan evidente su asombrada fascinación, que Monty Hayward empezó a preguntarse si todo aquello tenía otra finalidad de demostrar que su propio cerebro había perdido su control.

—El clímax se produjo —dijo El Santo, con su voz clara como de flauta, que hacía todo cuanto estaba en su poder para que sus palabras resultasen comprensibles para aquellos cuyo conocimiento del inglés carecía de la fluidez necesaria— en un garden-party organizado por lady Tigworthy, en el que míster Hugglesboom iba a realizar una demostración de su arte,

descubriendo un recipiente de agua que había sido cuidadosamente ocultado en el jardín. Conservando su habitual lugar de cita detrás de la tienda de refrigerios, un gusano se acercó debidamente a míster Hugglesboom y le dio instrucciones concretas; poco después, este, que era corto de vista, encontró directamente su hallazgo encima de un brillante globo color rosa, que se mostraba a sotavento de una prominencia de hierba. Resultó que lo hallado era la cabeza de lord Tigworthy, que estaba disfrutando de su siesta de la tarde. Míster Hugglesboom fue expulsado vergonzosamente de la fiesta; y tras él fue expulsado el gusano, que se hallaba recostado y borracho debajo de la canilla de una barrica de cerveza suave. Hasta que no estuvo en su casa, míster Hugglesboom no cayó en la cuenta de que aquel gusano no era Wilbraham —El Santo miraba a Monty rígidamente a los ojos— sino el *hermano gemelo de Wilbraham*, que, envidioso de su pariente más afortunado, se había salido fuera de su camino para desacreditar y mancillar el servicio generoso de este. Míster Hugglesboom...

Uno de los detectives carraspeó, como disculpándose, detrás de él, y El Santo se volvió para mirar...

Se volvió para mirar a su comodidad, como si advirtiese por vez primera la presencia de los detectives. Lo hizo como si nada significase en su vida, ni nada pudiera significar..., con una compostura sonrientemente interrogadora, que le costó probablemente un esfuerzo superior a todos los realizados en las últimas veinticuatro horas.

El detective carraspeó, y dijo en un inglés excelente:

—Perdónenme caballeros. Soy un funcionario de Policía y no tengo más remedio que pedirles que me den cuenta de quiénes son ustedes.

A Monty Hayward le entraron unas ganas locas de echarse a reír. Era tan cómico el contraste entre el avance confiado de los detectives a través del salón y el tono casi obsequioso de aquellas primeras palabras suyas, que le hizo olvidar por un momento la estrechez del rincón del que aún tenía que escapar.

El Santo dio vuelta en redondo a su sillón, y agitó una mano solícita, murmurando:

—Siéntese, Sherlock, y cuéntenos todos sus apuros. ¿Qué ocurre? ¿Ha declarado alguien la guerra, o algo por el estilo?

El detective se agachó con alguna incertidumbre, hasta sentarse, y su compañero le imitó después de breve vacilación. Se miraron el uno al otro con expresión de duda, y, al fin, el que tenía la palabra trató de explicarse:

—Se trata, *mein Herr*, de un crimen que la noche pasada se cometió en Innsbruck. Nos fue comunicado que los criminales habían llegado a Munich, y con posterioridad creímos que les habíamos seguido la pista hasta este hotel. Nos telegrafiaron desde Innsbruck la descripción de los mismos. Ustedes me perdonarán, pero la semejanza...

Simón alzó los ojos:

—¡Santo Dios! ¿Quiere usted decir que vamos a ser detenidos?

Estaba fuera de toda duda su sobresaltada inocencia. En su cara y en su voz estaban retratadas todas las líneas de esa inocencia, con un toque de consumado artista. Y el detective se encogió de hombros:

—Antes de hablarles a ustedes, me permití prestar oídos a su conversación. Confiaba aprender algo que me ayudase. Pero, después de lo que he oído...

El Santo dijo intrigado:

—Estaba entreteniéndome el tiempo con un relato altamente moral y elevado acerca de un gusano llamado...

—¿Wilbraham? —apuntó el detective con un leve humorismo en sus facciones vulgares—. Reconozco que no fui capaz de apreciar todo el... el... *die Bedeutung*... ese yo no sé qué del relato —miró a El Santo como si recurriese a él, pero Simón movió negativamente la cabeza—. La cosa no tiene importancia. Pero la experiencia me dice que un hombre que acaba de cometer un crimen y que está esperando a cada momento que lo detengan, no se expresaría de ese modo. Su imaginación se encuentra molesta. Además, usted no me tradujo *die Bedeutung*, lo cual habría sido muy hábil en usted si hubiese sido uno de los criminales, porque ellos hablan el alemán lo mismo que yo.

Simón le miró con admiración, y le dijo con ingenuidad:

—Eso resulta muy astuto por parte de usted, aunque me imagino que una parte debe de ser el oficio —dejó caer el cigarrillo en una taza de café y llamó a un camarero que cruzaba por allí—. Tráiganos un trago de *Schnapps*, y veamos si podemos hacer algo para aclarar la dificultad.

El detective hizo un signo de conformidad.

—¿Tienen ustedes pasaportes?

El Santo extrajo de su bolsillo un folleto azul y lo echó encima de la mesa. El detective se volvió cortésmente hacia Monty Hayward. Algún objeto duro molestó en aquel momento el muslo de Monty: metió con mucha naturalidad la mano debajo de la mesa y lo agarró. Estaba ya completamente despierto; le

resultó de pronto evidente la fanfarronada de doble filo de El Santo, y su cerebro runroneaba con perfecta adaptación.

Deslizó el pasaporte por detrás, y lo exhibió como si lo sacase del bolsillo de la cadera. No tenía idea de dónde le había llegado, y menos aún de los datos que contenía; pero lo miró a través de la mesa en tanto que el detective daba vuelta a las páginas, y se enteraba de que era George Shelston Ingram, arquitecto de la marina, de Lowestoft. La foto era indudablemente la suya... la reconoció inmediatamente como la de su propio pasaporte, y le asombró la inagotable perfección con que actuaba El Santo. Con seguridad que este se había tomado una hora de duro trabajo antes del desayuno realizando aquella tarea, falsificando la parte que faltaba de los relieves del Foreign Office, que servía de unión con la nueva hoja en que había sido pegada.

El examen se realizó en pocos minutos, y el detective devolvió los pasaportes a sus respectivos pretendientes con una ligera inclinación, y les dijo brevemente:

—Habrán observado ustedes que me disculpé por adelantado. Bueno, míster Ingram, ¿tendrá usted la amabilidad de ponerme al tanto de sus recientes movimientos? Uno de nuestros hombres lo vio en el Ostbahnhof esta mañana, además del que lo vio casualmente cuando entraba en este hotel. Cuando se recibieron las descripciones de ustedes, lo recordaron; el auto en que nuestros criminales escaparon fue hallado en las proximidades del Ostbahnhof.

Monty le contestó sin dificultad:

—Creo que puedo explicarlo. He estado paseando por la región en estos alrededores, y la última noche terminé mi excursión en Siegertsbrun. Después de comer recibí un telegrama de mi hermano, pidiéndome que viniese esta mañana a encontrarme con él en Munich. Me decía que era un asunto de vida o muerte. Por esa razón, después de meditar en ello, tomé muy de mañana un tren y vine derecho aquí.

—¿Su hermano?

Se diría que el detective hubiese perdido súbitamente el dominio de sí mismo. Irguióse hacia adelante como si a duras penas pudiese contener su emoción. Monty le hizo un gesto afirmativo:

—Sí. Somos hermanos gemelos. Si usted no captó el intrínquilis del relato de mi amigo, yo puedo decirle que se mostraba extremadamente rudo.

—*Donnerwetter!* ¿Y dónde le encontró usted... *Ihr Herr Bruder?*

—Me anunciaba que lo encontraría aquí a las diez de la mañana; pero no ha aparecido aún...

—¿Tiene usted ese telegrama?

—No. No lo guardé. Pero...

—¿Desde qué población se lo enviaba?

—Desde Jenbach —el resentimiento de Monty había venido fermentando ante el repetido disparo de ávidas preguntas, y al llegar a ese momento, estalló —: ¡Condenación! ¿Sugiere usted la idea de que mi hermano es un pillo?

El detective se encogió de hombros. Bajo los rasgos carnosos y amables de su cara se había deslizado una inexcrutable dureza. Y replicó, con esa dureza deshumanizada de la lógica oficial:

—Es una cuestión de probabilidades. Se parecen ustedes muchísimo. Existe, además, el detalle de que el telegrama fue enviado desde Jenbach, que es el último lugar en que han sido vistos los criminales. Desde luego que para ellos es una cuestión de vida o muerte.

En medio del silencio que siguió a esta declaración, el camarero regresó con las bebidas que habían sido pedidas. Simón echó a la bandeja un billete y lo despidió con un breve gesto. Colocó los vasos delante de los detectives, y miró desde ellos a Monty, volviendo luego a clavar su vista en aquellos. Y dijo:

—Esta es una cosa seria. ¿Están ustedes seguros de que no han cometido un error?

—Esto es lo que hay que descubrir. Desde luego resulta extraño que no haya llegado el hermano de míster Ingram.

La respuesta era por demás cortés. Y de la misma manera era una negativa a dejarla en cuestión abstracta. Cerraba de golpe una circunstancia completa, e invitaba a dar explicaciones que pudieran convencer al jurado... Nada menos que eso.

Simón sacó un nuevo cigarrillo del paquete que estaba encima de la mesa, y se recostó en su sillón contemplando a los dos detectives lo mismo que un halcón. Su postura no tenía ni un átomo de tirantez, ni un movimiento en un solo músculo que sugiriese posibilidades de peligro a un individuo receloso, y sus pestañas caían con un suave nivel horizontal, frente por frente del humo, nada más que pensativamente; pero, detrás de esa caída, había en sus ojos una mirada de acero helado. Su mano derecha estaba perezosamente retorcida alrededor del respaldo del sillón, pero su mano no estaba distanciada del bolsillo de su pistola más de un centímetro.

—Esto parece raro —tartajeó.

La aguda mirada del detective, que había llevado toda la conversación, buscó su rostro.

—¿Viajaba usted con míster Ingram?

—Sí.

El Santo echó mano a la copa e hizo girar su tallo entre sus dedos. La mano que sostenía la copa tenía una rigidez de roca, y devolvió sin un temblor la mirada descarada del detective principal; sin embargo, su corazón latía un par de veces por minuto por encima de su ritmo normal. Conocía que el hilo del que colgaba aún su escapatoria estaba pendiente de la millonésima parte de un centímetro. La crisis de su fanfarronada caía con violencia sobre ellos y solo les quedaban unos segundos que resistir... y El Santo había sabido en todo momento que esa crisis se acercaba a ellos. Había estado en marcha desde la primera palabra, con toda inevitabilidad de una fuerte corriente de la marea. No había esperado otra cosa. Había salido victorioso de los tantos que se habían jugado..., los quince minutos de gracia que se les habían concedido, el despertar de las dudas en las imaginaciones de los detectives, la clave vital que había dado a Monty, y el que los dos funcionarios de la Policía estuviesen cómodamente sentados a la mesa.

—¿Vinieron juntos hasta aquí desde Siegertsbrun?

Los ojos no habían vacilado en ningún momento en su escrutinio. Ni tampoco había vacilado Simón Templar.

El Santo levantó su vaso, y dijo:

—¡A su salud!

Casi mecánicamente el detective buscó a tientas su vaso y se echó la bebida al gaznate. Su colega le imitó. Ambos estaban mirando a El Santo. Este veía las ideas que trabajaban simultáneamente las imaginaciones de ambos. Se habían recobrado de la primera impresión atontadora de la fanfarronada, y ahora pensaban, como reacción, a plena velocidad..., dando vueltas a los razonamientos defensivos y sometiéndoles a los faros de la incredulidad habitual, tanteando implacablemente dentro de su estructura, leyendo más allá en su balance de probabilidades.

Y, sin embargo, bebieron. Prescindieron del habitual chocar de los vasos, y las inclinaciones de sus cabezas fueron tan ligeras que parecieron imperceptibles.

—*Ihre Gesundheit!*^[10].

Simón colocó su vaso en la mesa y aspiró pensativo el humo de su cigarrillo. En aquel instante se habría podido echar a reír. Y dijo gentilmente:

—No, hermano. No nos encontramos en Siegertsbrun. Pero pasamos unas horas magníficas en Innsbruck —se sonrió dulcemente ante los ojos sobresaltados de los detectives, y sus vasos vacíos parecían ponerse de

puntillas para darles una ovación—. Ha sido encantador encontrarse con ustedes, y espero que esta charla no les creará ninguna dificultad en sus cuarteles generales.

El individuo más cercano medio se levantó de su sillón, y El Santo dio unos pasos rápidos y le echó mano en el instante en que se desencajaba.

Simón le estrechó cariñosamente la mano, y le dio unos golpecitos en la espalda. Lo agarró por los hombros y se despidió de él con exuberancia cordial. Lo colocó con gran cuidado de nuevo en el sillón, lo apelonó hacia adelante, le levantó la barbilla con la mano y lo dejó sumido en una postura contemplativa y natural. Y le dijo:

—Sé bueno, hermano, y da mis recuerdos a tu tía. Mi amor a Rudolf —El Santo vio con el rabillo del ojo que Monty había colocado al otro detective en una postura parecida...—, y dile que espero que la satisfacción lo ahogue.

Cruzaron rápidamente el comedor, y se detuvieron en la puerta para echar un vistazo atrás. Los dos detectives seguían en el rincón más alejado de junto a la mesa, vueltos de espaldas al salón y tenían el aspecto de una pareja de Budas bávaros, sumidos en meditaciones inmortales.

Simón volvió a sonreírse y cuchicheó:

—Así es la vida.

Luego se dirigió hacia el vestíbulo. Cuando salían ambos al mismo, El Santo miró casualmente a su alrededor, y esa mirada casual suya descansó un momento en la espalda de un hombre apoyado en el mostrador del encargado de recepción, que estaba junto a las puertas principales. Hablaba con mucho interés con el encargado, y una larga boquilla de jade hallábase inclinada en los dedos de una mano blanca y sensitiva.

DE COMO SIMÓN TEMPLAR PIDIÓ PRESTADO UN AUTOMÓVIL Y PROMETIÓ SER RAZONABLE

I

El largo brazo de Simón se adelantó hacia fuera y agarró a Monty por el hombro, deteniéndolo en su marcha y obligándole a dar media vuelta. La mirada de El Santo estaba alegre.

—¡Firme, viejo explorador! —murmuró jovial—. ¡Ahora es cuando tú vas a casa!

La frente de Monty se arrugó. El Santo se echó a reír. La risa era casi silenciosa; a un metro de distancia no podía escucharse ni una sílaba de lo que le decía.

—Date prisa, recoge a Pat y todo el equipaje. Baja por la escalera de escape... Tienes práctica.

Y te encontraré en la estación —arrancó de su bolsillo una delgada hoja de billetes ya reservados, y lo puso limpiamente en la mano de Monty—. Si quieres saber la razón, echa una ojeada hacia atrás mientras subes por la escalera. Puedes incluso detenerte un momento a escuchar... pero yo no esperaré demasiado. El tren sale dentro de quince minutos. ¡Feliz viaje!

Aquel mismo gesto de agarrar el hombro, sirvió para dar velocidad a Monty. El Santo giró con lentitud sobre sus talones y continuó su paseo a través de la habitación.

Mirando hacia atrás desde un tramo de escalera que estaba en parte oculto por la verja de hierro de la caja del ascensor, pudo Monty echar un vistazo angular a El Santo, que se acercaba por detrás al hombre que seguía en pie junto al mostrador del portero. Las manos de El Santo estaban en sus

bolsillos, y su manera de caminar era airosa. Se detuvo a un paso precisamente del mostrador, y su voz resonó suavemente a través del vestíbulo.

—¡Qué sorpresa! —exclamó El Santo.

El hombre del mostrador se volvió.

Un ejemplo típico del dominio de hierro que ejercía en sí mismo fue el hecho de que, antes de moverse, colocó entre sus dientes la larga boquilla de su cigarrillo. Se volvió en redondo, sin dar ninguna muestra de prisa o de emoción, y su reconocimiento de El Santo consistió únicamente en un simple y breve estremecimiento de unas cejas sombreadas con un lápiz.

—¡Mi querido míster Templar!

La mano de El Santo se hundió más profundamente en su bolsillo.

—¡Mi querido Rudolf! —en la contestación de El Santo había una sugerencia de mimetismo burlón—. ¿Has tomado habitaciones en este hotel?

El cigarrillo brillaba de forma igual en la boquilla de jade.

—Estaba buscando a un amigo —le contestó el príncipe heredero.

Simón le miró con expresión de burla. No había esperado renovar tan pronto sus relaciones con el príncipe; sin embargo, la conversación que había mantenido con los detectives, que dormían ahora pacíficamente en el comedor, había iluminado muchos misterios. Entre otras cosas, le había enseñado que Rudolf era, en su clase, un trabajador rápido..., si es que El Santo necesitaba aclaraciones sobre ese tema. En aquella conversación se habían mencionado determinados hechos que no podrían haber sido conocidos de la Policía sin la ayuda de Rudolf. Y El Santo se preguntaba qué nuevas sutilezas eran destornilladas en el delicado embrollo..., qué nuevas estratagemas se iban soltando detrás de la placidez estatuaría del sonriente caballero que tenía delante. Pero la cara de El Santo no demostraba absolutamente nada.

—¿Tienes amigos? —le preguntó sin malicia.

El príncipe se echó a reír y cogió complacido a El Santo por el brazo.

—Allí tenemos un rincón en el que podemos hablar. Valdría para usted la pena.

—¿Te parece así? —tartajó El Santo.

Se dirigió indulgentemente hacia una habitación adornada con tres mesas revestidas de cristal y un revuelto de viejos periódicos, y el príncipe iba al lado suyo. Mientras caminaba, El Santo echó una mirada de costado a la escalera y vio que Monty había desaparecido. Las manecillas de un reloj que colgaba de la pared aparecieron en la misma mirada dentro de su campo

visual; y la posición de las mismas se grabó en su memoria dentro de un sector de advertencia, libre de remordimiento. Habían pasado dos minutos desde que había dejado el comedor, lo que le concedía seis minutos más para cuando empezasen a pasar los efectos del narcótico, que había lanzado un espeluznante punto y coma dentro del más radiante pasaje de la persecución oficial... aun suponiendo que algún camarero entrometido descubriese antes el engaño. Seis minutos peligrosos en los que tenía que exprimir lo que le faltaba por aprender del cerebro de aquel hombre de mármol pulimentado y seleccionar su propia respuesta... Sintió Simón entonces la mano ligera del príncipe acariciándole el brazo hasta el sobaco y deslizándose hacia atrás con la misma ligereza hasta el codo, y comprendió que había investigado de manera comprensiva los sitios posibles para esconder las joyas en su persona. También Rudolf tenía mucho que aprender. Sería una carrera que terminaría con una corrida final de torbellino, pero El Santo no podía quejarse de aquellos modales. Se rió por lo bajo y se dejó caer en un sillón preguntando con suavidad:

—¿No tienes más remedio que hacer esto? Comprende que yo tengo bastantes cosquillas y podría chillar.

El príncipe se sentó y se cruzó de piernas, diciendo con solicitud:

—Su tiempo debe de ser valioso, y no debe usted permitirme que lo entretenga demasiado.

—¿Tiene usted en verdad algo interesante que decir? —murmuró El Santo bruscamente.

El príncipe le miró.

—Míster Templar, esta es la tercera vez que ha insistido usted en injerirse en mis asuntos. Le he manifestado con anterioridad que su insistencia pudiera obligarme a idear métodos que le quitasen de manera permanente ese deseo. Créame, mi querido amigo, que únicamente su obstinación pudiera obligarme a dar pasos que sería el primero en lamentar sinceramente.

—Entre esos pasos se cuentan..., el entregarme a la venganza de un par de policías superalimentados. No sabes el chasco que me has dado, Rudolf.

—Fue una necesidad desgraciada. Era preciso encontrarlo sin tardanza, y la Policía dispone de medios que están negados a personas como nosotros.

El Santo se sonrió.

—Lo comprendo. Y, mientras tanto, tú te quedas al paio como si hubieras sido el robado. Muy bien, Rudolf —exclamó con acento tolerante—, la idea era bastante acertada, aunque no diré que no hubiese oído hablar antes de ella.

¿Y qué habrías hecho si me hubiesen cogido con el botín encima? ¿Te habrías ido a casa y habrías roto a llorar?

El príncipe lo reconoció con calma:

—Había estudiado semejante posibilidad. En realidad, me había adelantado a ella. No debe usted olvidarse de que el nombre mío tiene en este país bastante peso. No creo que la tarea me hubiese resultado difícil —se encogió de hombros—. Pero usted fue siempre hombre emprendedor, mi querido míster Templar.

—Ese expresarse en tiempo pasado hace que yo me sienta por completo como un Tolstoi —exclamó El Santo quejosamente.

El príncipe se atusó el bigote.

—Usted es siempre la cantidad desconocida, lo que siempre resulta desconcertante —dijo; y Simón lanzó tranquilo dos círculos de humo.

—¿Has perdido tu voz, Rudolf?

—¿Por qué?

—En Munich deben existir algunos policías. Por lo que he visto, no había lugar para muchos, pero siempre podías encontrar uno o dos. Podrías haber intentado cantarles una canción tirolesa.

—No creo que la cosa fuese tan sencilla —dijo el príncipe, sacudiendo de su boquilla un trozo de ceniza...—, ahora que sabemos que las joyas no se encuentran ya en sus manos.

Simón se irguió. Esa noticia era para él una novedad... recién salida de la sombrerería y adornada con cintajos. La captó de sopetón en medio de su complacencia, y le hizo parpadear.

—¿Ah, sí? —contestó automáticamente—. No vi sacar ningún cadáver.

—¿Es ese un corolario?

—Lo sería si alguno de sus pajarracos hubiese andado por mi habitación arañando. No hay en ella solamente dos pistolas..., hay también una joven que sabe darle rápidamente al gatillo y que no se duerme de pie. ¡Piensa, pues, en alguna otra cosa que cure el hipo!

El príncipe dejó ver un brillo de dientes que parecían perlas, y contestó imperturbable:

—En tal caso, debemos estar agradecidos al portero, que es hombre observador y de buena memoria.

—¿Lo que quiere decir...?

—Que salió usted esta mañana a las once con un paquete y que regresó más tarde sin él.

Simón lo escudriñó con sus azules ojos cristalinos. Recordó instantáneamente la escena en que había sorprendido al príncipe, y comprendió al mismo tiempo su sentido. Las palabras mismas que debieron hablarse filtráronse casi al pie de la letra por su imaginación. El querido y joven amigo de su sublime eminencia había prometido entregar un pequeño paquete. Era vitalmente importante que lo enviase antes del mediodía. ¿Había hecho algo con él? El paquete sería tanto así de grueso. Su querido y joven amigo sentíase inclinado a mostrarse olvidadizo. ¿Recordaría el portero haber visto al caballero abandonar el hotel con un paquete como el que él había descrito?... La interrogación sería la simplicidad misma para un hombre de la simpatía magnética del príncipe heredero, una vez que hubiese comprobado que semejante contingencia era previsible. Y si hubiese resultado infructuosa, nada se habría perdido. El Santo se descubrió mentalmente ante aquel esfuerzo de especulación inductiva. Y le dijo:

—No quiero engañarte. Ya no tenemos al bebé.

—También otros lo encontraron peligroso —murmuró el príncipe.

El Santo dijo con ecuanimidad:

—Esa fue también la idea mía. Por eso me deshice de él. Salí y compré tres gruesos paquetes de cigarrillos alemanes. Volví a casa, metí en ellos las joyas y los apreté bien con algodón en rama. Envolví los paquetes en papel color castaño, y les pegué una etiqueta. Luego salí y me llevé todo el fruto de mi trabajo a la oficina de correos que hay al otro lado de la calle... Los despaché como paquetes postales ordinarios, sin registros ni nada que se le parezca. Estarán esperándome cuando me presente a recogerlos —El Santo volvió a meter sus manos en los bolsillos y miró seráficamente al príncipe por entre un velo de humo, y runruneó—: ¿Tienes algo más que decirme?

El reloj que estaba en la pared hizo temblar sus rechinantes muelles y su campana dio el cuarto de hora. El margen de tiempo se estaba terminando. Simón había averiguado casi todo lo que necesitaba saber. Solo faltaba una cosa más..., un atisbo del contraataque de debiera estar tejiendo su rápida tela de araña entre las líneas de aquella pequeña charla. Y El Santo tenía la clave del mismo, igual que tigre agazapado para matar.

El príncipe heredero se inclinó hacia adelante:

—Amigo mío, estamos en peligro de cortarnos el uno al otro el cuello. Usted ha dispuesto temporalmente de las joyas, pero tiene aún la dificultad de recobrarlas. Sería cosa difícil para usted el que fuese detenido..., y reconozco que también para mí sería un inconveniente. Tenemos durante algún tiempo

nuestros intereses en común. Sin embargo, tendrá usted que reconocer que sus probabilidades de escape son una en diez mil.

El Santo dijo:

—La cosa suena bastante desanimadora.

—Es una realidad. En Inglaterra tienen ustedes su Scotland Yard, que es el modelo para todo el mundo. Quizá se sienta usted tentado a considerar nuestras organizaciones policíacas europeas como inferiores. Cometería usted un gran error..., un gran error. Tiene usted que viajar todavía muchos centenares de kilómetros, y en todas las fronteras se mantendrá vigilancia especial para usted. En cada kilómetro, a cada minuto que pase, se le cargarán más y más los dados. Se las arregló para burlarse de los detectives que fueron enviados aquí; no le pregunto cómo se las arregló para conseguirlo, pero le aseguro que eran tan solo un principio. Nuestra Policía no se olvida fácilmente de quiénes la hacen aparecer estúpida. Todos los detectives de Alemania harán una cuestión de honor el detenerlo.

—¿Y qué hay con eso?

Las palabras de El Santo sonaron en el silencio del príncipe lo mismo que la ruptura de una cuerda de violín demasiado tensa.

El príncipe golpeó pensativo la boquilla sobre la uña del pulgar pintada de color rosa. Y encontró la mirada de El Santo con valoración comprensiva.

—Le ofrezco una alianza. Le ofrezco protección, influencia, ocultamiento y seguridad práctica de escape. Le he dicho que en este país soy persona de alguna importancia. Míster Templar, hemos sido enemigos durante bastante tiempo. Le ofrezco la amistad y la seguridad..., y pongo como precio que dividamos los despojos.

Los ojos de El Santo permanecieron impasibles, pero sus labios se sonrieron al preguntar:

—¿Y cómo empezará esta extraña sociedad?

—Mi auto está fuera. Lo pongo a su disposición. Le prometo salvoconducto para salir de Munich... usted y sus amigos.

El Santo contempló durante dos segundos la punta encendida de su cigarrillo, mientras que alrededor de su boca jugueteaba su media sonrisa tentadora.

Y, de pronto, apagó su cigarrillo en un cenicero y se puso en pie, diciendo:

—Creo que me agradecería servirme de su automóvil.

Se dirigió hacia la puerta de la calle con su paso rápido y oscilante, y el príncipe marchó a su lado. Cuando se metían en la brillante luz de sol de

Bayerstrasse, la implacable vigilancia de El Santo revisó la calle a izquierda y derecha, examinando con ojo práctico la apariencia de cuantos estaban a la vista, pasando el tiempo. Los eliminó a todos. Uno de los hombres vendía periódicos, otro barría la calle, otro era un mendigo de un solo brazo que tenía una bandeja de juguetes, y el otro parecía un provinciano que mataba el tiempo delante de un escaparate..., y ninguno de ellos podía ser rodeado, a fuerza de imaginación, con la atmósfera de inocencia que para el observador iniciado se adapta, lo mismo que una mata de buscapíés mojados, alrededor del hombre de ropa corriente, en cualquier rincón del mundo civilizado. El Santo no había esperado todo eso: demostraba que no había sido revelada aún a los flemáticos esbirros de la Policía alemana toda la medida de su iniquidad. En otras circunstancias, se habría dicho que con esa conducta no le hacían ningún cumplido. Se había preparado para una oposición mayor, y su mano derecha no había abandonado en ningún momento la pistola que llevaba en el bolsillo. Había que cargar con el peligro.

—Actúa usted con mucha prudencia —le dijo con suavidad el príncipe.

Simón asintió brevemente, sin volver la cabeza.

Su mirada abarcó el auto que se hallaba aparcado junto al bordillo, con el motor zumbando de manera casi imperceptible... Era un Rolls abierto de color crema, tapizado en cuero carmesí, con el escudo de armas del príncipe heredero luciendo de manera distinguida en la caja del coche. Un chófer de librea mantenía abierta la portezuela... Simón reconoció en él al hombre que durante las horas de aquella madrugada había hecho cuanto estuvo en su mano por ahogarlo, y lo favoreció con un rayo de su ligera y dulce sonrisa.

—Deja que conduzca yo —dijo El Santo.

Arrancó la puerta de la mano del individuo, y la cerró de golpe. Con otro movimiento suave sacudió otra portezuela, la abrió y tomó asiento frente al volante.

En el momento en que iba a meter la palanca en el engranaje, la mano del hombre de librea le agarró por un hombro. Simón soltó un instante el volante. Sus dedos acerados aferraron amorosamente la nariz prominente del individuo, y, ensanchando ligeramente su sonrisa, lo arrojó, tambaleándose hacia atrás, a caer en los brazos del príncipe. Un segundo después, el auto corría por la calle, al costado del tranvía con los ocupantes más sorprendidos de Munich.

II

El viaje que Monty Hayward realizó desde el hotel hasta la estación, lo clasificó más adelante como una serie de incidentes completamente típicos del sistema desagradable que le habían atrapado en sus garras.

Aunque no hubiese ocurrido nada para echarle a perder el desayuno, habría hecho que su pericráneo reptase intranquilo; pero, después de saber con toda seguridad que la descripción que él hizo de ese viaje circuló extensamente, y que fue lo bastante gráfica para que lo identificasen por lo menos tres veces, hizo que toda excursión por las grandes puertas exteriores equivaliese a una larga mortificación de la carne. En todo caso, tenía la sensación de que sería ahorcado, y parecíale dolorosamente innecesario tener que meter la cabeza en una serie de nudos corredizos experimentales, nada más que para conocer a qué sabía aquella operación.

Patricia le miraba, sonriendo tranquila. Sacó una de las navajas de afeitar de El Santo, y le dijo:

—Sin el bigote parecerás completamente otro, y las gafas con cerco de cuerno resultan un disfraz maravilloso.

Monty se rapó resignado aquella señal de su virilidad. Salió al brillo de la calle con muchas de las sensaciones del hombre que sueña que corre por una calle muy concurrida, sin pantalones. Se hubiera dicho que todos los ojos descubrían su culpa y que le seguían con miradas ominosas; todas las voces que sobresalían de un semitono por encima del timbre normal, parecían alaridos delatores. La camisa se le pegaba al cuerpo a fuerza de humedad.

Si no había por todas partes detectives vigilando a lo largo del breve camino que tenían que recorrer, había dos por lo menos a la entrada del andén. Se encontraban junto al inspector de billetes sin hacer ninguna tentativa por ocultarse. Monty entregó a un mozo de cordel, que no los abandonó, las maletas que llevaba, y miró desesperado a la muchacha. Como tenía las manos libres, habrían podido tener una probabilidad rompiendo a correr... Pero la joven respondía con su ceguera de piedra a la súplica muda suya. Echó su maleta a la carretilla del mozo y siguió caminando. Un toque de negro en sus cejas y el hábil empleo de la barra de labios, habían transformado su tipo. Caminó hasta llegar al inspector de billetes y a los dos policías, y se puso ante ellos con un brazo en jarras y las piernas separadas, mirándolos descarada a través de sus gafas de concha, que eran mayores que las de Monty.

—Dígame, ¿llega este tren hasta Heidelberg?

—*In Mainzumsteigen.*

—¿Qué quiere decir eso, Hiram?

Su acento habría tallado huesos de tuétano petrificado. Uno de los policías se brindó a traducirle:

—En Mainz..., cambió de tren.

—*Bitte, die Fahrkarten* —dijo el de los billetes estólidamente.

Monty tragó saliva, y revolvió en su bolsillo buscando los billetes reservados.

Cruzaron sin ningún inconveniente. Monty no podía creer que la cosa fuese tan sencilla. Permaneció a un lado y vio cómo el mozo colocaba divertido sus maletas en el compartimiento. Lo gratificó de manera extravagante y tomó, sin llamar la atención, asiento en un rincón. Se enjugó la frente sudorosa y miró a Patricia con un confuso embrión de sonrisa, preguntándole:

—¿Quieres decirme que este es un ejemplo de tu vida diaria?

La joven le contestó, despreocupada:

—¡Oh, no! Hay ocasiones en que es muy aburrida. Tú has caído en uno de sus momentos interesantes.

—Debes de estar ya acostumbrada.

Patricia se echó a reír y le ofreció su caja de cigarrillos.

—Si quisieses reconocerlo, confesarías que estabas pasando los momentos más interesantes de tu existencia. Tu vida es una vergüenza, Monty... Vives perdido en un despacho. Te bastaría con pedirselo a Simón para que este te admitiese en sociedad. ¿Por qué no te quedas con nosotros?

Monty le contestó:

—Me parece que estoy contigo, y probablemente seguiremos estando juntos..., en la misma cárcel. Sin embargo, estoy siempre dispuesto a escuchar cualquier proposición que tengas que hacerme —encendió una cerilla y la mantuvo así para que ella prendiese su cigarrillo—. ¿Estás tú incluida en la buena reputación del negocio?

Ella sonrió.

—Quizá te permitiese retener mi mano en ocasiones.

—Y supongo que, como concesión especial, se me permitiría besar las puntas de tus dedos cuando haya asesinado a alguien que a ti te parezca mal.

—Quizá puedas también hacer eso.

Monty le dijo definitivamente:

—No creo que eso baste. Tendrás que pensar en algo más sustancial si quieres tentarme.

Los ojos azules de la joven lo desafiaron:

—¿No serás bastante mercenario?

—No. El Santo tiene la culpa, por dejarnos juntos con tanta frecuencia. Te aseguro, Patricia, que no se me puede tener confianza ni por un minuto.

—Consultaremos a Simón —dijo la joven maliciosamente y se puso en pie.

Marchó a la ventanilla y miró de un lado al otro del andén. Su reloj mostraba que faltaba menos de un minuto para el momento en que tendrían que salir: la muchedumbre estaba ya metiéndose en sus compartimientos, se cerraban con fuerza las puertas y los últimos llegados se deslizaban para encontrar sus asientos... Detrás de ella, un viejo clérigo bondadoso, de cara sonrosada y de patillas blancas, se detuvo en la puerta y miró benignamente a su alrededor. Monty le dirigió una mirada horrible de soslayo y el buen clérigo se marchó... Llegó un empleado y comprobó sus billetes sin prestarles la menor atención.

Patricia golpeaba un zapato, hermosamente redondeado, y daba encima del tacón bajo del otro. Se volvió para hablar por encima de su hombro:

—¿No tienes ninguna idea de cuál ha podido ser la causa que lo haya retrasado?

—Se me ocurren varias —dijo Monty, con una insensibilidad que apenas trataba de conservar un tono de verdad—. El muy estúpido debió largarse con nosotros en vez de andar alrededor de Rudolf tratando de hablarle. Personalmente, yo habría preferido conversar antes con una serpiente de cascabel.

—Tenía que averiguar qué juego hacía Rudolf —contestó la joven brevemente.

En ese instante cayó sobre ellos una sombra y ambos se volvieron.

Simón Templar estaba ante ellos... El Santo mismo, sujetándose a la rejilla de equipajes con una mano y asentando los pies para guardarse del traqueteo preliminar del tren al arrancar, mirábales a ellos con una amplia sonrisa temeraria. Aun así tardaron un par de segundos en reconocerlo. Tenía echado hacia atrás, en la cabeza, un sombrero de paja blanca, y un monóculo sobre su ojo derecho completaba la asombrosa transformación que borraba de su cara hasta el último fragmento del tipo y que daba a sus rasgos una simpática variedad. En su solapa germinaba un gran clavel, y su corbata se hallaba fuertemente anudada, saltando vanidosamente hacia adelante, desde su cuello. La verdad era que Patricia había lo visto en el extremo lejano del andén y lo había pasado por alto, sin pensar en él.

—¡Se saluda a Columbia! —dijo El Santo.

Monty Hayward volvió en sí magnífico de su sorpresa. Y le dijo:

—¡Lárgate de aquí! Pensé que te habíamos perdido de vista. Seguíamos pasándolo estupendamente bien.

El Santo le miró con rudeza, y le dijo:

—¡Hola! ¿Qué le ha pasado a tu colador de sopa? Te dije siempre que algo te ocurriría si no guardabas dentro de él bolas contra la polilla.

—Me lo quité por solicitud especial —le contestó Monty con cierta dignidad—. Pat me dijo que cosquilleaba.

—Pero ¿qué estuviste haciendo tú? —le preguntó la joven, perdiendo el aliento.

El Santo se echó a reír y la besó. Metió su sombrero de paja en la rejilla, se aflojó la corbata, metió el monóculo en el bolsillo, se quitó la flor de la solapa y se la ofreció exquisitamente a Monty, dejándose caer en un asiento del rincón, con sus miembros estirados, siempre perturbador y pirata... Quitó a Patricia de la mano su cigarrillo y aspiró entre sus alegres labios el humo del mismo.

—Estuve haciendo rodar la bola y agregando otro acto de felonía a nuestra hoja de acusaciones. Rudolf sabe ahora que el botín está en el correo..., produjo algunas calorías de pensamiento hirviente y consiguió la confirmación de boca del portero principal. Yo no se lo disputé. Bueno, el tiempo se echaba encima y tenía que sacudírmelo de cualquier manera. Me dijo que su automóvil estaba a la puerta y que era mío si me hallaba dispuesto a ir a medias con él en el reparto. Por eso le contesté, de verdad, que me gustaría pedirselo prestado. Yo creo que no debió de comprenderme bien, porque ambos salimos juntos a la calle y él se quedó muy desagradablemente sorprendido al ver que yo me metía dentro y me largaba con el auto. Corrí un par de manzanas y me metí en una calle tranquila, detrás de la estación, y me eché fuera cuando nadie me miraba. Me metí en una tienda y compré este sombrero, y una mujer anciana me vendió el clavel por dos marcos; según me dijo, mi cara indicaba buena suerte. Y..., ¿sabes tú, Monty?... creo que la tengo.

Monty asintió, y agregó muy en serio:

—La necesitarás. Si Rudolf vuelve a echarte el guante, yo creo que te tostará a fuego lento.

El Santo le contestó alegremente:

—Es probable que lo intente. Pero ¿tú sabes de cuánto se trataba? ¡Fíjate en la situación! Hemos prendido a Rudolf, como suele decirse, por los pelos. Es nuestro como en su vida lo había sido. Sabe que el botín no ha salido de Alemania..., era una cosa a la que yo no podía arriesgarme, porque podría ser

que la Aduana abriese el paquete. La única esperanza que ahora tiene es la de seguirme la pista y vigilar cuándo recojo el correo. *¡Y lo peor que podría ocurrirle es que nos meta en mayores líos con la Policía!* Como quiera que hayamos contestado a su proposición, está condenado a mover el cielo y la tierra a fin de alejar de nuestros cuellos las garras de la Policía, porque una vez que nos echen mano el botín se habrá perdido para siempre. Tiene que cargar con todo lo que le demos. Podemos hacer fuego sobre su gente..., pinchar sus autos..., echar platos de sopa por su pechera abajo..., y él no tiene más remedio que abrir su boca de oreja a oreja y decir a todos que está encantado. ¡Que es una broma muy buena! —Simón se dio vuelta y se colocó sobre un codo, golpeando a Monty en el estómago—. Muchachos y muchachas..., ¿verdad que es muy bueno?

Los otros dos fueron comprendiendo gradualmente el sentido, extrayéndolo de aquella jubilosa catarata de palabras. Lo analizaron y acabaron de comprenderlo en tanto que él se reía; y luego, antes que pudieran dar forma a sus pensamientos para contestarle, se puso a armar otra algazara, repartiéndolos con una nueva sacudida de su magia de saltimbanqui.

—A vosotros dos os siguieron hasta la estación. Los compañeros de Rudolf estaban merodeando alrededor del hotel, porque pensaron que era más seguro quedarse en el exterior. Podéis imaginaros que un individuo capaz de deducir toda la idea de meter el botín en correos, tendría sus propias ideas acerca de la escalera de escape para casos de incendio. Aquella personita que la noche pasada dejamos en el Konigshof, se encuentra ahora en el tren, y apostaría que vino pisándoos los talones. La única cosa que yo me pregunto es si habrá tenido tiempo de recibir un mensaje antes que nosotros saliésemos —Simón estaba radiante—. Y ahora haceos cargo de algo más. ¿Habéis oído el nuevo cuento acerca del obispo?

—¿Del obispo? —repitió Monty con voz débil.

—Sí. Y por esta vez no hay en el mismo actriz alguna...

Se cortó cuando una mujer de amplios pechos, cargada con dos mantas de viaje, un pequinés y las obras de Ethel M. Dell, se metió por la puerta y se sentó en el rincón que estaba libre. El Santo miró a Monty y agitó salvajemente sus brazos en el aire. Gritó furioso, no dándose por enterado de la intrusión:

—... y si yo tuviera medios de imponerme, te encerrarían a ti. Debieras haber ido al hospital. Yo creo que si las autoridades supieran que andabas suelto por aquí con una dosis de fiebre escarlata, te meterían de golpe en un

manicomio. ¿Y qué digo de mí? ¿No te dije que quería que se me pegasen todas las enfermedades...?

Salió del rincón, fuerte y callado, un ladrido ahogado, y El Santo se volvió a tiempo de ver unas nalgas de burato negro agitarse vivamente, en tanto que desaparecían de la vista. Simón sosegoose de nuevo en su sitio y volvió a sonreírse.

—¿Dijiste que del obispo? —repitió Monty sin comprender.

La rapidez con que llevaba El Santo la conversación era un poco demasiado rápida para Monty.

—O algo que se le parecía. Pero debieras haberlo visto. Un individuo con la cara como un camarón y una piel blanca alrededor de sus orejas. ¡Si hace nada más que unos minutos que estuvo curioseando por aquí! Yo anduve por todo el tren esquivando encontrarme con él, entrando y saliendo de los retretes, y por esa razón no me junté antes con vosotros... Él y Rudolf están a partir un piñón. Bueno, os diré dónde vi por última vez a ese Cara-de-Camarón, Estaba atado a una silla en el *schloss* del Príncipe Heredero, y tenía en la cabeza un tornillo que se la oprimía..., en tanto que el príncipe le invitaba a abrir la caja fuerte y poner al descubierto las joyas. ¡Ese cura es el camarada Krauss, el pajarraco que echó mano por vez primera a ese paquete de joyas y que inició la estampía!

Patricia volvió a recapturar los restos de su cigarrillo:

—Espera un minuto, muchacho... No pudo habernos reconocido a Monty y a mí. No ha estado junto a nosotros en su vida. Y tú lo esquivaste... Pero ¿cómo vino hasta aquí?

—Se fugó aprovechando la confusión, tal como yo esperaba. Y si hubo hombre que sintiese anhelo de la sangre de Rudolf, es él. Cómo es que él se encuentra en este *schnellzug*, es más de lo que yo sé..., como no sea que disparó por encima de la marca, pensando que nosotros nos encontrábamos más lejos de lo que estamos. No tardaremos en saberlo. Si este viaje nos resulta pacífico, yo habré vivido en vano.

Pareció que le agradaba esa perspectiva. Nada podía ser más seguro para él, que se encontraba en el elemento para el que había nacido. Ese placer se retrataba en aquellos sus ojos azules endiablados..., los ojos de un rey en su propio reino.

—¿Qué hacemos? —preguntó Patricia.

Lo preguntó desde su propio rincón, con las manos metidas en el ancho cinturón de cuero de su traje de *tweed*. Era un ancho cinturón de matasiete, con una gran hebilla de plata; un cinturón insultante, un cinturón que ninguna

dama habría soñado con llevar, y que le daba el aspecto de una Diana picara. Hizo su pregunta con sus largas piernas delgadas extendidas hacia afuera y con su rubia cabeza echada perezosamente hacia atrás sobre los almohadones, apuntando en su voz idéntica pereza... Era quizá la pregunta más obvia que podía hacer, pero que trajo como consecuencia que Monty Hayward se llenase los ojos de ella, con el cinturón y todo. Y El Santo le tiró del pelo.

—¿Que qué hacemos, mujer? —le dijo en tono de desafío—. Bueno, ¿qué hay de malo en una pequeña gira de inspección? Podría hacer que se me abriese el apetito para el almuerzo con un vistazo de los malvados rechinando sus dientes.

Monty le replicó razonablemente:

—¿Qué hay de malo en seguir sentados donde estamos? Siguiendo aquí no nos metemos en diabluras. Tú podrías invertir algunas horas explicando cómo te las vas a arreglar para hacerme cruzar la próxima frontera, sacando al mismo tiempo las joyas. Y, a propósito, ¿dónde están esas maravillas?

—Nos están esperando en el apartado de correos de Colonia... En ese lugar pueden ser comidas por la polilla y pueden enmohecerse, pero a Rudolf le costará mucho trabajo violentar el secreto y robarlas.

Monty se rascó la cabeza, y dijo:

—Estoy todavía tratando de aclarar el asunto. ¿Qué hiciste con ellas?

—Meterlas en el correo, compañerito..., todas envueltas en papel color castaño, con sus trozos de cuerda, sus lacres y todo lo demás. Tal como se lo expliqué a Rudolf. Actualmente se encuentran de camino, pudieran encontrarse en este mismo tren..., pero no hay un policía en el mundo capaz de demostrar que no es la mejor cosa que yo pude hacer con ellas, aunque se le ocurriera ir a buscarlas en el lugar en que se encuentran. La gran cosa en este juego es disponer de cerebro —dijo El Santo modestamente.

Monty dirigió la sentencia con la gravedad que correspondía. Patricia se puso entonces en pie.

—Vamos, muchacho —dijo muy seria.

El Santo se levantó con una risotada.

—¿Y nos regodearemos con el archidiácono o juguetearemos con el artista de la pistola?

Hizo la pregunta en un tono que no exigía contestación, balanceándose con suavidad en el coche cimbreado, con un cigarrillo entre los labios y una mano protegiendo el encendedor... Resultaba tan irresponsable como un torbellino reidor de ojos azules, maliciosos. Ni siquiera pensaba en ese momento en alternativas.

Y entonces vio el agujero que había sido horadado a través del tabique de su izquierda..., nada más que uno o dos centímetros por debajo de la rejilla de los equipajes.

Los ásperos bordes blancos del mismo parecían meterse como una llama en su visión, desde la superficie suave de la obra de madera barnizada, clavándolo donde estaba con un súbito silencio de inmovilidad corrosiva. Luego su mirada bajó hasta la media docena de frescas briznas que había encima del asiento, y la sonrisa de sus ojos se endureció, convirtiéndose en un brillo estrecho de acero.

—¿No queréis que nos sentemos aquí y nos portemos como buenos? —murmuró.

El cambio del tono de su voz formaba tal contraste con el anterior, que sus compañeros se le quedaron mirando.

Monty fue el primero que recobró el uso de su lengua:

—Es la cosa más razonable que te he escuchado desde hace mucho tiempo —dijo, porque dudaba todavía de lo que oía—. No es posible que te sientas bien.

—Pero, Simón...

Patricia pareció acometida de una incredulidad distinta. Y El Santo dejó caer una mano sobre su hombro.

La otra mano hizo un hosco gesto, que viajó derecho hacia el agujero del tabique del compartimiento.

—No perdamos la cabeza, Pat —la sonrisa volvía nuevamente a su voz, pero era tan suave que solo el oído más sensible hubiera podido percibirla—. Monty es la influencia moderadora... y es posible que esté en lo cierto. No precisamos poner las cosas innecesariamente difíciles. Tenemos un largo viaje por delante, y no creo que ponga inconvenientes a un pequeño descanso. No soy ya tan joven como fui.

Se dejó caer profundamente en un rincón, dejando escapar un profundo suspiro; y la parte visible de su auditorio arrancó sus ojos de la perforación reveladora y lo miró a él con una tensa aurora de comprensión.

—Buenas noches, hijos míos —dijo El Santo con voz adormilada.

Pero, al decirlo, volvía a ponerse en pie, y no había rastro de adormilamiento en una pizca de su acto. Era como el enderezamiento de un muelle inclinado. Y en el momento en que se arrimaba derecho al tabique, se oyó un golpe apagado que pareció meterse en él y que resonó claramente por encima del monótono sacudimiento de las ruedas.

—Y que durmáis bien —dijo El Santo, con el más suave de los cuchicheos.

Salió sin hacer el menor ruido al pasillo. Vio, hacia el final del vagón, la espalda de un hombre que daba bandazos de un lado a otro, en una torpe tentativa por correr, e instintivamente El Santo apresuró el paso. Al pasar por el próximo compartimiento miró de reojo... Satisfacía de ese modo simplemente un deseo profesional de ver el otro extremo del agujero de escucha que se había metido de ese modo en su vida privada; pero lo que allí vio hizo que agarrase, con sus dedos enroscados, la puerta corrediza. Sin pensarlo más, la echó hacia atrás, haciéndola deslizarse sobre sus goznes, y se metió dentro. Se metió, tranquilo y sin temor, porque los ojos del hombre que estaba contraído en el rincón más alejado lo miraban, dándole la bienvenida de quien ha visto ya más allá de la cortina. Era José Krauss, con una mano puesta en su costado y con la gris palidez de la muerte en su rostro.

DE COMO SIMÓN TEMPLAR SIGUIÓ SIENDO DISCRETO, Y MONTY HAYWARD MEJORÓ LA HORA RESPLANDECIENTE

I

Simón Templar cerró la puerta tras él y se acercó al moribundo. Se apresuró a desabrocharle los botones del chaleco negro manchado, pero Krauss no hizo más que sonreírse.

—*Lassen Sie es nur* —dijo roncamente—. No pierda tiempo. El viejo zorro ha acabado su jornada.

Simón hizo un ademán de asentimiento. La primera mirada le había dicho que no había nada que hacer. Sentóse al lado del ladrón herido y lo sostuvo pasándole un brazo por los hombros; Krauss le miró con sus ojos tranquilos y pacientes.

—Herr Templar, no lo he visto a usted más que una sola vez antes de ahora. Fue cuando me salvó del tornillo —un estremecimiento recorrió la gruesa figura del individuo—. Si yo hubiese vivido, le habría recompensado de su amabilidad robándole. ¿Sabe usted eso?

—¿Qué importancia tiene? —le preguntó El Santo.

Krauss movió negativamente su cabeza. Había gotitas de sudor que brotaban a través de la pintura grasienta de su cara, y cada respiración le costaba un esfuerzo.

—Ahora queda muy poco tiempo para esas cosas —dijo, Simón lo levantó unos centímetros, colocándolo más cómodamente en el rincón. Sabía que el fin no podía tardar más que unos pocos minutos y podía ahorrar tiempo. El hombre que había hecho el disparo, y cuya espalda había visto dando bandazos por el pasillo adelante, podía esperar esos minutos antes que le

llegase la vez. Cualquier cosa que hiciese el matador para hurtar el cuerpo de momento, lo tendría a su disposición cuando lo necesitase..., como no se decidiese por arrojarse del tren en marcha, matándose. Y El Santo vería cómo el viejo zorro se deslizaba en su última guarida, siguiendo las reglas del juego, tal como él las conocía. Nunca había pensado en rehusar aquella petición silenciosa que le habían dirigido los ojos cansados del hombre moribundo cuando lanzó, de manera casual, su vistazo de costado al interior del compartimiento; pero jamás pensó hacia qué revuelta de la pista iba a conducirlo aquella impensada caballerosidad.

Miró a la confusión de raspaduras de madera que había en el asiento opuesto y luego a lo alto del compartimiento, y le dijo:

—Me imagino que habrá usted escuchado todo lo que haya querido.

La respuesta constituyó para él una sorpresa, y le llegó en una mueca que se abrió camino en el amargo fatalismo de la cara del hombre.

—Yo no oí nada, *mein Freund*. Marcovitch fue quien oyó..., ese cachorro del joven chacal. Si la pistola no se hubiese negado a salir de mi bolsillo, lo habría usted encontrado a él en lugar de encontrarme a mí.

—¿Estaba escuchando aquí cuando usted lo encontró?

—Ja. Y creo que oyó demasiado. Haría usted bien en matarlo rápidamente, Herr Templar... Le será muy molesto.

Krauss tosió dolorosamente, y había sangre en su pañuelo. Luego alzó sus ojos, vio en el pasillo el uniforme de otro revisor y pareció sonreírse cínicamente bajo su disfraz. Cuando la puerta se abrió, hizo un gran esfuerzo de voluntad, incorporándose, que debió de resultarle casi sobrehumano. Era la realización más extraña que El Santo había visto, y lo dejó mudo de asombro ante aquel caso de magnífico valor sardónico.

Krauss se mantuvo casi erguido en su rincón y permaneció allí sentado, sin apoyo, con las manos unidas tranquilamente en su regazo. Tropezó inexpresivo con los ojos de El Santo, y habló con una voz que sonaba extrañamente, con fortaleza de hierro, bien controlada..., una voz en la que no se advertía el más pequeño temblor..., como si estuviese simplemente poniendo un remate trivial en una efímera discusión.

—Después de todo —dijo—, cuando se encuentra uno con una citación, puede aún pagar sus deudas con buena gracia.

Simón tanteó en su bolsillo buscando su billete y lo ofreció para que se lo taladrasen.

Y Josef Krauss hizo lo mismo. Ese fue el único acto sencillo con el que pagó su deuda de la única manera que podía. Lo hizo con la entrega de su

benévola y bastante fatua sonrisa, que correspondía a su disfraz, representando sin una sola falta las últimas líneas de su papel, en tanto que la ardiente puñalada de la muerte destrozaba duramente sus pulmones.

Recibió el billete que el revisor le devolvía, y le preguntó sonriente:

—Llegamos a Colonia a las once y media, ¿no es así?

—A las once y treinta y ocho, *mein Herr*.

—Así es. Me encuentro muy cansado. ¿Quiere usted despertarme en Wurzburg y Mainz?

En su mano crujió un billete, y el inspector lo aceptó agradecido.

—Si me permite conservar su ticket hasta que hayamos pasado Mainz, *hochehrwürdener Herr*, cuidaré de que nadie interrumpa su sueño.

—*Herzlichen Dank!*^[11].

El funcionario se retiró, saludando respetuosamente... Se había embolsado una propina que en cualquier momento habría sido notable, y que constituyó un acontecimiento que hacía época en un momento en que, quien la daba, confesaba responder a una profesión cuyos miembros rara vez pueden competir con los millonarios en la compra de las pequeñas comodidades de viaje. La puerta se cerró tras él, y Simón se volvió lentamente, después de ver marchar al empleado, y vio nuevamente sonreír en la mirada de Krauss el duro fatalismo.

Simón se inclinó hacia adelante y enjugó un delgado chorrito de sangre, en uno de los ángulos de la boca entreabierta. Los ojos vidriosos lo miraron fijamente en plan de burla, mientras Krauss pugnaba por respirar. Habló una vez más, pero su voz era tan escasa que El Santo logró únicamente captar con dificultad las palabras:

—*Sehen Sie gut nach... dem blauen Diamant... Er ist... wirklich... preislos...*^[12].

Y ya no habló más.

Simón Templar se puso calladamente en pie. Extendió su mano firme y oprimió los párpados sobre los ojos burlones, que habían súbitamente enmudecido, quedándose rígidos dentro de sus órbitas; entonces volvió la vista y vio en la puerta a Monty Hayward. Detrás de él se acercaba Patricia Holm.

—¿Sabes, Simón —dijo Monty después de unos momentos de espera elocuente—, que si me muestras unos pocos muertos más creo que empezaré a acostumbrarme por completo a ellos?

—No me sorprendería —dijo El Santo lacónicamente.

Sacó su caja de cigarrillos y se metió gentilmente uno ladeado en la boca, mirando serenamente a los demás, que seguían buscando el significado de su serenidad.

—¿Tuviste alguna dificultad con ese revisor de billetes? —dijo al caso Patricia.

—Absolutamente ninguna —El Santo la miró directamente—. No había razón alguna. Josef se imaginó que tenía que pagar una factura. Le dijo al revisor que quería dormir, y le dio una propina digna de un príncipe para que nadie le molestase hasta que llegásemos a Colonia.

Los otros dos interlocutores dieron pleno sentido en su imaginación a aquella breve explicación, y el único ruido que se oía en el compartimiento era el áspero traqueteo y el rechinamiento que levantaron sobre los metales. Era un silencio que constituía inevitable tributo pagado al código con que el hombre del rincón había dispuesto el hosco momento de su muerte.

—¿Fue Josef el que hizo ese agujero? —preguntó más tarde Monty Hayward.

—No. Fue Marcovitch quien lo hizo..., el joven amigo que os siguió la pista hasta el tren. Josef llegó y se lanzó contra él, pero el otro ganó la ventaja al disparar. La última vez que vi a Marcovitch, batió todos los récords en su fuga hacia el coche de frenos. Y creo que esa será mi próxima parada.

El Santo se metió las manos en los bolsillos de su pantalón y salió al pasillo, cruzando por delante de sus compañeros. Patricia y Monty le siguieron, alineándose del lado de fuera. El Santo dio unas chupadas a su cigarrillo y miró al paisaje que se desenvolvía a través de una ventana.

Y dijo:

—No debemos presentarnos los tres. No estamos exhibiendo nuestra fuerza. Pat..., creo que a ti te toca hacer una exhibición. Puede que haya dificultades; y como esos maleantes pudieran resultar unos individuos tranquilos ante el Señor, me gustaría tenerte a distancia de un coche por detrás de mí. Mantente fuera de la vista..., y ojo al Cristo. Si el grupo parece de gente dura, vuelve tranquilamente hacia atrás, y avisa a Monty.

—Perfectamente, jefe.

—Monty, quédate por aquí hasta que venga Pat a buscarte. Traba conversación con alguien... y *no dejes de hablar*. Luego entrarás en acción. Formas la línea de reserva. Si no volvemos en veinte minutos, ponte en acción y descubre qué es lo que anda mal. ¡Y ten en cuenta tu pistola!

—Hablas bien, viejo sportsman.

—Y acuérdate de tu mujer y de tus hijos —le dijo El Santo piadosamente.

Giró sobre sus talones y marchó curioseando por el tren adelante; tarareaba calladamente un aria de ópera. Las cubiertas se estaban despejando para entrar en acción con nuevo interés, y eso excitaba por completo a El Santo. Sin embargo, allá, en las oscuras circunvoluciones del fondo de su cerebro, empezaba a iniciarse una pequeña sabandija de confusa perplejidad, que mordiscaba en los impenetrables hinterlands de la intuición, como el roce de una minúscula piedra de afilar. Zumbaba caprichosamente sobre los tenues flecos de un nervio profundamente escondido, telegrafando a los oscuros escondites de su conciencia débiles revoloteos de irritación; y cada uno de esos mensajes levantaba una réplica, que se metía en la sinuosa línea de su serenidad, de la misma pequeña cuestión hecha jirones. Diez veces por minuto paliaba esa línea y la ocultaba, y diez veces por minuto idéntica interrogación minuciosa pasaba por ella emborronándola, como si fuese una minúscula tela arrastrada a lo largo de un borde de pintura húmeda.

Tarareando la misma imperturbable aria, llegó al final del coche y se metió cautelosamente por el túnel de unión. Con idéntica precaución pasó por las plataformas ondulantes y salió al salón de descanso del coche siguiente. Vio únicamente, a todo lo largo del pasillo, a una mujercita rubia con sus moñitos de platino y siguió adelante sin aflojar la vigilancia.

Las últimas palabras de Josef Krauss sonaban en su imaginación como una especie de acompañamiento monótono de la melodía que iba cantando satisfecho, al mismo tiempo que caminaba. Se repetían en una docena de lenguajes distintos, palabra por palabra y letra por letra, girando y contramarchando y formando de a cuatro, con una variedad infinita de inquietos dibujos, con toda la eficacia sin objeto de un pelotón de soldados entrenados que hacen una demostración..., y con tanta inteligencia como ellos precisamente. Pasó a través de su repertorio de evoluciones lo mismo que una máquina de reloj; pero no tenía precisamente un sentido. Acababan exactamente donde empezaban: dos simples sentencias habladas con una voz tan débil, que habían resultado incapaces de expresión, no cualificadas por otra cosa que por el sentido de burla enigmática de los ojos del hombre que se moría. Simón veía aún aquellos ojos con tal viveza, que parecía que estuviesen fotografiados a un metro de distancia de su nariz, y la suave burla inexpresiva de los mismos era el acertijo más chasqueante con el que se había encontrado, desde que empezó a preguntarse por qué razón habían de hacerse de manera invariable los corsés de mujer en el mismo tono rosa apagado.

Con las manos metidas flojamente en sus bolsillos, Simón Templar continuó su gentil paseo. Casi todos los compartimientos en que curioseó le

ofrecieron su cuota de ejemplares para observación, pero Marcovitch no estaba entre ellos. Con independencia de esta seria omisión, cualquier filántropo, en el más amplio sentido de la palabra, habría encontrado material suficiente en que poner a prueba el poder de resistencia de su excéntrica virtud. A lo largo del panorama que se descubría ante los ojos curiosos de El Santo, se encaramaban a intervalos regulares, en sus pocilgas tapizadas, otras excrecencias del cosmos, extendiendo cada una su pequeña velita hacia el patronato que Dios ejercía sobre casi toda la raza humana. Simón los miraba a todos, y sentía que le reptaba por debajo de la piel su parte de leche de la bondad humana. Pero seguía sin contestar en su imaginación a la segunda cuestión de máxima importancia. Seguía siendo probable que Marcovitch no estuviese solo. Y, si no estaba solo, seguía siendo una cantidad nebulosa el apoyo que él encontraría. El Santo no había recibido la clave de que pudiera deducir las unidades problemáticas de ese apoyo por el desfile de pequeños bípedos acicalados que habían pasado por delante de sus ojos. Podían existir por docenas, o quizá no hubiese visto aún ni siquiera a una persona. Carecía de pruebas. Era un juego de apuestas desconocidas, y el Señor tendría que proveer.

Así llegó El Santo hasta el final del último coche, sin que hubiese visto aún a Marcovitch. Detúvose un momento, dio la última chupada a su cigarrillo y aplastó la colilla con el pie. Tenía aún muy grabado en su imaginación un episodio de su última aventura en Inglaterra, y ese recuerdo envió, vibrando a través de sus músculos, una súbita oleada de anticipación. Sabía que Marcovitch no se le había perdido. Al contrario... iba a encontrárselo dentro de un momento. Y, con toda seguridad, surgirían molestias...

Apareció en los labios de El Santo un alegre brillo de su santa sonrisa luchadora. Había desaparecido por completo el dolor que le había afligido en el transcurso de su paciente revisión de toda aquella humanidad poco bella. Habíase olvidado hasta de la existencia de aquellos anónimos hervores del universo. Quedaba únicamente al sur de él una sola etapa, que era el coche final. Simón Templar marchó hacia él con un nuevo cigarrillo en la boca y con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta. Estaba a punto de alcanzar el manillar y de darle vuelta, cuando lo vio moverse y doblarse delante de sus ojos; saltó hacia atrás, y se ocultó detrás de la esquina. Tuvo la visión de un hombre que salía dando tropezones... era un individuo que llevaba uniforme de ferrocarriles, sin gorra, con un tajo en la sien, y pintado en la cara un grito de terror. No se necesitaba ser un genio para reconstruir

toda la historia interior de aquella frenética aparición: en todo caso, Simón no tuvo tiempo para pensar en ella, pero adivinó bastante, sin necesidad de pensarlo. En un segundo de acción fulminante, llena de hechos, el ruido de una pistola silenciada fue uno de los diversos incidentes que se produjeron febrilmente; no hubo en realidad tiempo para meditar. Simón cogió por el brazo al hombre de los frenos, en el instante que pasaba por delante de él.

—*Verweile doch... du bist zu schnell*^[13] —díjole El Santo gentilmente. Durante un segundo estuvieron los dos hombres cara a cara, y Simón observó que los ojos del individuo estaban muy abiertos y que le miraban fijamente. Y le dijo—: Paseemos un poco.

Apretó la muñeca que estaba sujetando contra la nuca del hombre de los frenos, y, echándole hacia atrás, le metió en el furgón de equipajes. Al entrar ellos hicieron otro disparo, y el hombre cayó hacia adelante lo mismo que un peso muerto. Simón lo soltó y lo dejó caer de costado. Luego cerró tras él la puerta y se quedó con sus hombros rectos y cuadrados pegados a ella, con sus pies espaciados y con tres cuartas partes de su peso equilibrados sobre los dedos de los pies. El cigarrillo se irguió, formando un ángulo pirata, mientras él se sonreía.

—¡Hola, Uglyvitch! —exclamó.

Marcovitch le enseñó los dientes por encima de una pistola automática. Estaba rodeado de otros cuatro hombres; la ágil mirada de El Santo los recorrió de un lado al otro, trazando un arco de afectuoso saludo. Y tartajeó:

—¿Os sentís bien, muchachos? Es un día magnífico para quemar fuegos artificiales.

Miró tras ellos a los montones que había esparcidos en el piso del vagón postrero. Todas las sacas de correos habían sido rasgadas, y su contenido estaba revuelto por el suelo como las marcas de una megalomaniaca carrera de papel. Muchas cartas habían sido rasgadas y los paquetes, hendidos y puestos de lado, en una búsqueda que había ahechado la carga del vagón pasándolo por una criba de mallas apretadas. El Santo preguntó, interesado:

—¿Se va a casar alguno de vosotros? ¿O es para mí todo este *confetti*?

En el lento levantarse de sus cejas había una invitación que daba dentera y que hacía juego con la inflexión interrogadora de su voz. Se hizo fríamente con la fortaleza de los hombres que tenía ante él, y con la misma frialdad se situó ante ellos a plena luz, para que le devolviesen el cumplido. Y los vio vacilar. Si hubiese sido ciego, podría haber deducido igualmente esa vacilación de la realidad vital de que él estaba vivo. La ancha insolencia sonriente de su ingenuidad, la desvergüenza descarada de su misma

vigilancia, los encerraba dentro de aquella inmovilidad de una forma que solo aquella manera de acercarse podía haberlo hecho. Los mantuvo de ese modo tan eficientemente como un regimiento de ametralladoras Thompson. No podían resolverse a creer que no había allí otra cosa que lo que estaba ante la vista. Los tenía, colgados de escarpas al rojo vivo de la incertidumbre, quemándoles los ojos con el recelo de la trampa que no podían distinguir.

—¿Y bien?

Marcovitch forzó la pregunta fuera de su garganta, en un áspero desafío que marcó su perplejidad hasta el último punto decimal; y El Santo volvió a sonreírse, diciendo amablemente:

—Esta es una ocasión auspiciosa, hermano. Siempre deseé saber qué es lo que se siente siendo una ligera chorretada de agua de hinojo hediondo, una cara de laja con un cuello sucio y sin certificado de nacimiento; y aquí estás tú para contármelo. ¿No podrías confesármelo, encanto?

Marcovitch se pasó la lengua por los labios. Estaba buscando aún la indicación que le diese confianza para apretar el gatillo de su pistola y enviar una onza de muerte, rápida e incontestable, al blanco fácil que tenía delante de él. Su nudillo estaba pálido, dispuesto a apretar el gatillo, y la pistola automática temblaba ligerísimamente en la tensión contenida de su mano.

—¿Qué más tienes que decir, Templar?

—Muchísimas cosas. ¿No has oído contar la del viejo granjero llamado Giles, que padecía agudamente...?

—¿Buscaba usted algo quizá?

La pregunta llegaba con una maligna monotonía, que osaba una respuesta directa. Y El Santo supo que su margen de tiempo para fantasear iba volviéndose tan estrecho como una oblea bajo la impaciente tensión de los nervios sobreexcitados del ruso.

—Naturalmente... Estaba echando un vistazo.

Miró a Marcovitch a los ojos, con su irónica sonrisita, que jugaba despreocupada hasta en la punta de su cigarrillo, mientras que sus dedos se curvaban por igual alrededor de la empuñadura de su propia pistola. En medio de cualquiera de estas sentencias, el respingo de un músculo habría significado para Marcovitch el final; pero Simón Templar sabía cuándo estaba él amenazado de muerte. Sabía que lo estaba entonces, y lo había sabido desde el momento que entró en el vagón. Le habría sido fácil tumbar a gusto suyo a Marcovitch, pero los cuatro hombres restantes representaban otras tantas perspectivas contra toda probabilidad de supervivencia. El Santo no estaba aún cansado de la vida. Hizo frente a la amenaza mortal sin mover un

cabello... la sonrió tranquilamente y la invitó a jugar... porque esa era la única cosa que cabía hacer. Cualquiera otra línea de conducta habría supuesto cantarle el requiem sin mayor debate. Pero sabía que la única manera que tenía de salirse del trance estaba en los precarios pasillos de la paz con honor..., con negra letra redondilla, en todo caso, para la paz. Desde luego, era una desgracia; pero era una de las inmutables verdades de la situación. Se había metido allí dentro para graduar las perspectivas, y allí estaban en todo su matemático platillo. Anunciábase como el orden del día una retirada estratégica hecha con tacto.

—Pensé que podría encontrar aquí algunas de las joyas de la corona —dijo El Santo; y Marcovitch afianzó su pistola automática.

—¿Ah, sí?

Simón asintió. Su mirada serena reptó hacia abajo por la chaqueta del otro, y descubrió en uno de sus bolsillos un abultamiento que significaba todo lo que él deseaba saber.

—Sí. Pero tú viniste el primero —más abajo captó un brillo de luz que subía desde el suelo—. Perdóname..., creo que has perdido algo.

Dio un paso hacia adelante y se agachó como para recoger la piedra preciosa.

Y se precipitó a las rodillas del hombre que estaba más próximo, como una flecha lanzada por un arco. Marcovitch hizo fuego en él mismo instante, pero El Santo siguió teniendo suerte. Su ímpetu lo lanzó limpiamente por encima del cuerpo de su víctima caída a todo lo largo, y dio una vuelta, lo mismo que anguila escaldada, ocultándose detrás de aquel parapeto que luchaba. Su mano izquierda rodeó la cintura del hombre y sujetó la muñeca del mismo, manteniéndolo en posición por la pura fuerza de un brazo.

—Lo siento —dijo El Santo.

Los demás se detuvieron un segundo, y en ese inconmensurable espacio de tiempo El Santo volvió a ponerse en pie, levantando con él a su escudo en un jadeo de esfuerzo eruptivo. Retrocedió de ese modo hacia la puerta, la alcanzó y la abrió; entonces el hombre medio se escapó de su aferramiento en una conmoción de riña maldiciente; Simón lo arrojó al exterior y saltó por la puerta, mientras una bala se estrellaba después de rozar su oreja. Patricia Holm estaba fuera. El Santo la cogió en sus brazos y le hizo volverse antes que ella pudiera explicarse.

—¡Corre en busca suya! —jadeó—. ¡Para estos casos necesitan alas los ángeles!

La envió hacia atrás de un empujón; y entonces sus ojos cayeron sobre el equipo de salvamento que estaba en la pared junto a él en su caja revestida de cristal. Soltó su pistola y metió el codo por este, arrancando de su gancho el hacha ligera, y corrió hacia atrás, blandiéndola en su mano. Todo fue cuestión de milésimas de segundo en aquella escapada extraordinariamente discreta, y nadie supo mejor que Simón Templar que únicamente una exhibición de agilidad, que habría hecho parecer idiotas a los gatos, iba a salvar una vida del nido de avispas, que se había levantado debajo de sus pies. Se había visto sentenciado a muerte desde el instante que había entrado en el vagón asaltado: esa apremiante amenaza había llameado ante él a través de la atmósfera, con tanta claridad como si hubiese estado escrita con greda en la pared. El Santo sentíase con ganas de desaparecer... Cuando el pistolero jefe salió del vagón asaltado, Simón echó hacia atrás la mano y envió silbando el hacha por el pasillo, trazando una parábola larga y asesina. El individuo lanzó un juramento y levantó sus brazos para resguardar el cráneo..., estando a punto de cometer un suicidio, porque no tenía otra opción... y eso dio a El Santo los pocos segundos de ventaja que necesitaba. Echó a correr detrás de la joven, metiéndola en el próximo compartimiento. Su solitaria ocupante alzó la vista del libro de Ethel M. Dell y exhibió un rostro familiar, que inmediatamente quedó helado, apareciendo una mirada de indignado horror. Y chilló:

—¿Pero van a seguirme a todas partes? ¡Usted y sus sucios gérmenes...!

—Señora, estábamos en este momento metidos en una pequeña caza de sabandijas —le dijo El Santo con tono conciliador.

La mujer vio entonces en su mano la pistola y corrió al timbre de alarma, lanzando un grito agudo.

Simón se sonrió débilmente y miró más allá de ella, por la ventanilla. El tren corría por un talud bajo, al pie del cual había un bosque espeso. No lo hubiese arreglado mejor si lo hubiese buscado... Fue la única suerte que había ido hacia él aquel día, sin que tuviese que tirar de ella.

—Nos ahorró la dificultad —murmuró El Santo filosóficamente.

Metió su automática en un ángulo, entre la puerta corrediza y su marco, de modo que apuntaba hacia el pasillo. El tren se detenía rápidamente, y Simón hacía votos porque aquella cuadrilla patilluda se largase tan pronto como tuvieran que detenerse. Tenía también una idea de que la alarma dada por la asustada señora pondría una mosca más peluda en el unguento de los malvados que cualquier otra cosa que pudiera ocurrir.

Miró a su alrededor y vio en la frente de Patricia una sombra de perplejidad.

—¿Anduvo mal alguna cosa, muchacho? —le preguntó ella, y la pregunta se le antojó tan cómica que no pudo menos de reírse. Y le dijo:

—Nada que merezca mencionarse. Nada más que unos cuantos hombres rudos que trataron de matarme, pero antes de ahora hemos tratado ya con tipos que intentaron lo mismo.

—¿Por qué hiciste entonces parar el tren?

—Porque quiero apostar por Bugle Cali en el Derby y no he recibido noticias de quiénes jugaban por él en el cielo. No sé cuándo hemos gozado de tan escasa popularidad. Me parece que es armar demasiado barullo por un pequeño brillante azul, aunque me imagino que Rudolf sabe lo que se hace.

Marchó al otro lado del compartimiento y abrió por completo la ventanilla. El tren estaba deteniéndose, y una vez que se hubiese detenido dispondrían de muy poco tiempo. En el rincón, la apóstol de la fortaleza y del silencio se aferraba a su pekinés y gemía histéricamente a intervalos. Simón tiró de las orejas al perro, se levantó, apoyando las dos manos en las rejillas de equipajes, y pasó sus piernas, de un salto acrobático, umbral afuera.

II

Cuando el tren se detuvo, Monty Hayward encontrábase un par de coches más hacia el Norte.

Uno o dos minutos después que Patricia Holm lo dejó, había empezado a dirigirse pensativo hacia el Sur. Las instrucciones que le había dado El Santo de que conversase con alguna persona llamaron su atención. Tuvo la sensación de que lo que hacía falta era precisamente un poco de alegre solaz. Las órdenes de El Santo parecían dejarle en completa libertad para satisfacer ese deseo. La perspectiva elevó su espíritu lo mismo que a un desterrado el ensoñar con su país.

Cruzó apretujadamente por entre un grupo de charlatanes italianos y se acercó a una joven, que miraba pensativa por una ventanilla próxima al final del pasillo. Se hizo, abstraída, a un lado, para dejarle paso, pero no eran esas las ideas de Monty.

—¿Sabía usted que a los policías se les ponen los pies planos de tanto como están en pie andando de un lado para el otro durante todo el día? —le preguntó en tono de reproche.

La muchacha le miró durante varios segundos con expresión crítica, y Monty sostuvo el escrutinio sin pestañear. De un lado del sombrerito de ella

surgió un rizo dorado, y sus labios esbozaron una suave curva. Y se sonrió.

—¿Puede usted decirme cómo se llama la estación en que acabamos de entrar? —le preguntó ella.

Monty le contestó:

—Ausgang. Vi el nombre escrito.

La joven se echó a reír.

—¡Estúpido! Eso significa «salida».

Monty le contestó con inocencia:

—¿Ah, sí? Entonces es que yo estaba pensando en otro lugar —le ofreció su caja de cigarrillos—. Me parece que no es la primera vez que usted visita estos lugares.

Aceptó cigarrillo y lumbre con completa naturalidad, y ese fue un gesto de lo más consolador y, al mismo tiempo, uno de los más galantes que había visto hacía mucho tiempo.

—Tengo motivos para conocer el idioma —dijo ella—. Mi padre nació en Munich..., no se hizo ciudadano norteamericano hasta que tuvo tres años. Dicen, sin embargo, que es un país joven —hablaba con despreocupada franqueza y con fachenda convencional que iba muy bien a su gracia natural de maneras—. En realidad, acabo de pasar una quincena con su familia. Esa fue la excusa que puse para venir a Europa, de manera que tuve que pechar con ella.

Monty dijo, como recordando:

—Mi padre era uno de los Hermanos de Plymouth. En cierta ocasión pensó en marchar al extranjero para convertir a los paganos, pero mi mamá no le otorgó confianza. Si hubiese sido un bávaro, yo podría haber sido primo de usted... y eso habría sonado de manera completamente distinta.

—¿Por qué?

—Yo me habría negado a dejar que usted anduviese sola sin una «carabina».

—¿Ah, sí?

—En efecto. Luego me habría ofrecido yo para desempeñar ese cargo. No estoy seguro de que aun ahora sea demasiado tarde. ¿Podría interesarle a usted un perro policía muy bueno, que se garantiza como acostumbrado a la casa y muy cariñoso con los niños?

Ella le dirigió una mirada maliciosa.

—Me gustaría que me diese usted sus referencias.

—Señora, en mi último empleo estuve cuatro años.

—Eso es estar mucho tiempo.

—Sí, señora. Se suponía que yo iba a estar siete, pero hubo en casa una pelea y me escapé, trepando por encima de una pared.

Monty quedó confirmado en una de sus primeras impresiones acerca de la joven, a saber, que su risa era como un tintineo de campanitas de cristal. Tenía dientes muy blancos y unos ojos del color de las amatistas, y la juzgó demasiado bonita para viajar sola.

Se recogió la manga y consultó un minúsculo reloj de oro. Y dijo:

—¿Cree usted que acabarán sirviéndonos el té? Tengo una sed espantosa, y Alemania no se preocupa de ella.

Monty experimentó una triste sensación de anticlímax. Empezaba a darse cuenta de las sórdidas desventajas de ser un bucanero. Es posible trabar amistad con una linda señorita, como si dijéramos, por asalto, pero no es posible ofrecerle una taza de té. Tuvo la sensación de que el siglo veinte era muy poco considerado con sus proscritos. Trató de representar al Capitán Kidd en situación parecida. «Me gustaría comprarle un vaso de leche, querida, pero la abuelita pasea por el tablado a las cinco...».

—Mucho me temo que me haya usted vencido —le dijo—. No me está permitido moverme de aquí hasta que regrese Simón.

—¿Y qué está haciendo Simón?

—Pues, la verdad, está tratando de hacerse con algunas joyas de la corona; y, si a él lo matan de un tiro, se supone que yo tengo que avanzar, dejando también que me maten.

La joven lo contempló ligeramente ceñuda, y le dijo:

—Eso resulta un poco profundo para mí.

—Para mí es excesivamente profundo —le confesó Monty—. Pero he renunciado a preocuparme. ¿Verdad que no tengo tipo de desesperado?

Ella lo contempló con la renovada curiosidad con que había apreciado su primer acercamiento. Era posible que sus antecesores fuesen alemanes, pero su tranquilo dominio de sí misma pertenecía por completo a la tradición norteamericana. Monty habría creído que gastaba bien el día, de haberla podido tomar bajo sus alas; pero sus oídos se esforzaban por distinguir, entre el continuo traqueteo del tren, los primeros avisos de los hechos violentos e ilegales que pronto tenían que empezar a ocurrir por alguna parte, y sabía que aquel agradable interludio no podía durar mucho. Le devolvió la mirada sin embarazo, preguntándose qué diría ella si supiese que se le buscaba por asesinato.

—Tiene usted un aspecto muy saludable —dijo ella.

Monty le contestó, divertido:

—Eso es lo que yo pensaba. Pero tengo mis dudas cuando salgo al frente de manera temeraria y me encuentro dando mordiscos en la pantorrilla a los carteros.

—En esos momentos debería usted compartir conmigo el juego.

—Querida, me gustaría compartir con usted muchas cosas. Pero esta de que le hablo no es de mi exclusiva propiedad.

A un hombre de menor importancia le habría deslumbrado el pleno resplandor de su cariño sincero.

—¿No le advirtieron que resulta peligroso bromear con una mujer curiosa?

Monty se echó a reír, y sugirió cariñosamente:

—¿Por qué no se toma, en lugar de eso, la mitad de mi camisa?

En ese momento, el súbito disminuir la velocidad del tren a medida que iba echando frenos, arrojó a la joven literalmente en sus brazos.

Monty le devolvió gentilmente el equilibrio, y se encontró, abstraídamente, tanteando dentro de su bolsillo la culata de su pistola, al mismo tiempo que se disculpaba. Necesitó el recordatorio concreto de aquel contacto metálico para devolverlo al panorama de que había estado tratando de escapar..., la visión de su rincón del mundo, como un lugar en que el asesinato y la muerte súbita eran cosas vulgares, y en que la libertad seguía siendo el premio de una constante vigilancia.

—Esto está perfectamente —dijo como abstraído—. No necesitó servirse usted misma. Si me lo hubiese pedido, yo se la habría entregado.

Mantuvo su mano en el bolsillo y miró por una ventana, buscando el mejor ángulo que pudo encontrar. Solo el instinto le dijo que aquella detención nada tenía que ver con un incidente ordinario del viaje... Era la indicación que él había estado esperando, la señal cero que tensaba sus nervios hasta la más pequeña partícula de expectación.

Al lado de él, la joven decía algo, aunque no tuvo ni la más remota idea de lo que podía ser. Aguardaba una intimación de cómo iba a estallar el tifón, sabiendo como sabía, más allá de toda posibilidad de evadirlo, que el desconcierto era tan inevitable como el colapso de una casa de naipes. Sintióse por un momento como un hombre que acaba de ver hundirse en una barricada de pólvora la cola de una espoleta: el extraño silencio que había seguido a la detención del tren parecía extenderse hasta el borde crujiente de la eternidad. Oyó el siseo silbador de las válvulas Westinghouse, el apagado murmullo de voces de uno docena de compartimientos, el lejano clac de un empalme que recuperaba su equilibrio; pero su cerebro se esforzaba por poner

a tono esos sonidos normales en el primer cuchicheo de lo anormal... especulando en si sería como una babel de gargantas furiosas o el inequívoco tartamudeo de la artillería.

De pronto, se abrió de golpe una puerta en el extremo norte del coche, y el paso pesado de botas, que sonaban a oficiales, hizo que su corazón perdiese un latido. Vio por el rabillo del ojo a dos hombres de uniforme que avanzaban a lo largo del pasillo. Se detuvieron en el primer compartimiento y dirigieron en voz alta una pregunta; el chachareo del grupo de italianos que estaba más arriba cesó bruscamente. Un silencio más profundo envolvió la perspectiva, y, a través del mismo, oyó Monty que repetían la pregunta, y que los pasos de las botas seguían adelante.

Sintió que la muchacha le aferraba su brazo, y la oyó hablar de nuevo:

—Dígame, ¿ustedes los ingleses no se emocionan nunca? Alguien dio un tirón al timbre de alarma. Muchacho, ¿no es esto emocionante?

Monty asintió. Los funcionarios se fueron acercando, interrogando a cada compartimiento a medida que llegaban al mismo. Uno de ellos se volvió de lado para acercarse a él, repitiéndole la misma pregunta habitual, y Monty adaptó los rasgos de su cara a la expresión requerida de repudiación borreguil:

—*Nein... ich habe nichts gehört*^[14].

Los interrogadores siguieron su camino, y el grupo de italianos les siguió con la mirada, boquiabiertos. A lo largo del coche estalló un nuevo runruneo de conversaciones.

Monty vio que la joven le miraba indignada.

—¿Trató usted de engañarme dándome la seguridad de que no hablaba alemán?

Monty la miró con descaro:

—Con seguridad que lo olvidé momentáneamente.

La joven le dijo, afirmando:

—De cualquier manera, voy a ver a qué viene tanto jaleo. Es demasiado bueno para perdérselo.

Monty la miró con firmeza. Se dio cuenta de que había metido su pie en el asunto desde casi todos los aspectos imaginables, pero que era demasiado tarde para echarse atrás.

—Yo, en su caso, me abstendría de meterme —le dijo tranquilamente y hubo algo en el tono de su voz que debió decirle que hablaba en serio, Caminó hacia adelante, sin darle tiempo para contestar, y marchó por el pasillo hasta el pequeño recuadro que había al extremo del coche. También ahora fue una pura intuición la que le dijo que la parada del tren debía de

tener sus consecuencias en el exterior..., cualquiera que fuese quien hubiese dado la alarma. Abrió la puerta de uno de los laterales y miró fuera, pero no logró descubrir señales exteriores de perturbación; luego cruzó al otro lado, y la primera cosa que vio fue a Simón Templar resbalando con elegancia por el talud en dirección a los árboles. Un segundo más tarde vio que Patricia Holm estaba ya al pie de la cuesta: El Santo se tomaba su tiempo, y miraba hacia atrás por encima del hombro.

El Santo buscaba a Monty Hayward, y se sintió considerablemente aliviado viéndole. Y murmuró:

Pat, si te quedases muy atrás, entre los árboles, podrías vivir mucho tiempo. No creo que Marcovitch corra el peligro de dispararnos al buen tuntún, pero lo mejor es quedarse en el lado seguro.

Hizo una señal con la mano a la figura que estaba en la puerta del vagón, y fue paseando a lo largo del pie del talud para salir a su encuentro. No era completamente típico de El Santo que se burlase de su propio consejo y se pusiese a cubierto, pero Simón empezaba a convencerse de que aquel día había hecho una fuerte cantidad de trabajo a favor de viento, y que la postura antiheroica había perdido gran parte de su encanto. Esperó a que Monty descendiese hasta el nivel bajo antes de volverse, llevándolo por un estrecho sendero y poniéndolo a cubierto en el bosque; su conducta temeraria estaba justificada, porque ya se oían disparos. El Santo dijo a modo de explicación:

—Me temo que esto equivalga a despedirnos de nuestros equipajes. Pero pensemos en lo que nos economizamos en derechos de muerte.

—¿Tan mal estaba el asunto? —preguntó Monty, y Simón se echó a reír.

—Creo que todos lo pasamos espléndidamente.

Salieron a un pequeño claro de bosque, alrededor de las raíces de un olmo gigante, y Patricia Holm se abrió camino por un arbustal hacia el lado opuesto, y se reunió con ellos debajo del árbol.

Desde donde estaban pudieron percibir una visión lateral del tren, sin ser vistos. Una colección de viajeros, procedentes de distintos coches, habían saltado fuera del tren y se habían desparramado a lo largo del camino permanente; unos pocos se dislocaban el cuello intentando curiosear en las profundidades del bosque, pero la mayoría se dirigían excitadamente hacia la parte baja del tren, para agregar sus personalidades al grupo de gesticulantes oradores que aporreaban el aire, junto al vagón de cola. Los principales personajes, entre ellos, parecían ser Marcovitch, los dos funcionarios uniformados, y la dama del perrito pekinés. Levantó agitadamente sus brazos hacia los cielos, que permanecían impasibles, en las raras ocasiones en que las

palabras fallaban, dedicándose a gritarse el uno al otro, vociferando incansables, de forma que habría alegrado el corazón de un francés discutidor. Tardaron varios minutos antes que la señora del vestido de burato negro empezase a ponerse de color de púrpura, por falta de aliento; entonces el pekinés, aprovechando su oportunidad, se precipitó en medio de la conferencia con una serie de estridentes ladridos, que mantuvieron dignamente el tipo de barullo. Simón sacó la consecuencia de que Marcovitch hacía su papel con dificultad no demasiado grande. Su voz, cuando se elevaba por encima de las del grupo, hablaba apasionadamente de bandidos, ladrones, piratas, asesinos, batallas, peligros, persecuciones, escapadas y de su propia perspicacia y valor notables; y la magnífica pantomima de sus manos suplía toda la persistencia de los demás oradores, ahogada en el tumulto. De vez en vez, los demás miembros de su grupo vociferaban, corroborando lo que él decía.

El Santo decía, fascinado:

—Ese pequeño mofeta quedará clasificado, antes que termine el juego, para que *le premien* con una medalla. Es el más encantador embustero que ha existido desde Ulises.

—¿Y qué hubo de verdad en ello? —preguntó Monty.

Simón se llevó las manos a las caderas y siguió contemplando el drama que se desarrollaba delante de ellos. Dijo simplemente:

—Que nos echaron fuera. Marcovitch nos hizo correr. No me jacto de ello. Cuando me metí en el último vagón él había hecho la limpieza..., y mi adivinación era exacta. Las alhajas viajaban con nosotros. Había llenado con ellas sus bolsillos y vi el diamante que había dejado caer metido entre las tablas del suelo como una ganga. Y allí mismo, cuando yo le eché mano, se podía elegir entre la muerte o el largarse con la música a otra parte. Nos largamos a otra parte..., con el tiempo justo.

La sonrisa de la boca de El Santo era tan superficial como un reflejo de bronce bruñido. Estaba rodeado de algo como la implacable inmovilidad de un indio que vigila, en el momento en que miraba con sus ojos entornados para defenderse del sol. Las sentencias breves de su sinopsis salieron lo mismo que una melodía interrumpida en medio de un compás, y que dejaba a sus oyentes en el aire; pero el final estaba profundamente grabado en las inolvidables líneas de su cara. No se lamentaba. No decía una sola palabra acerca de cómo corrían las cartas. Ni siquiera elaboraba una sola vaporosa profecía sobre lo que podría ocurrir cuando él y Marcovitch se reuniesen de nuevo, frente a una botella de vodka, para charlar sobre los viejos tiempos.

No precisamente en aquel momento, pero el indomable propósito que lo animaba hallábase dibujado en cada una de las facetas de su conformidad, que no era natural, envolviéndolo como una piel de invisible acero. Y otra vez el acertijo de despedida de Josef Krauss se introducía por el corazón de su tranquilidad, igual que un disco de gramófono que ha metido su aguja dentro de un surco muy gastado...

Y, de pronto, el *picnic* de animación de la línea empezó a diluirse. Uno de los funcionarios se arrancó de aquel centro de retórica y se puso a apremiar a los pasajeros a que volviesen a sus coches. La señora de cara purpurina levantó a su paladín ladrador tiernamente hacia el último coche, y fue a su vez ayudada a subir por su prominente parte posterior. El segundo funcionario, empuñando vagamente en su mano izquierda un gran cuaderno de notas, hizo subir al voluble Marcovitch detrás de ella. El tren volvió a absorber gradualmente sus restos charlatanes, lo mismo que un aspirador de polvo enorme y tranquilo. La locomotora, sucumbiendo finalmente a la fuerza del ejemplo abrumador, soltó una poderosa nube de humo y movió su cola triunfalmente. Alguien hizo sonar un silbato; y el expreso reanudó su viaje interrumpido, rumbo al Norte.

Simón Templar se apartó del panorama que se vaciaba, con un imperceptible movimiento de hombros. No había esperado que se organizase ninguna improvisada expedición de búsqueda. Un trío de bandidos de correo, armados y desesperados, habría resultado poco atractivo como presa para un tren cargado de emocionados turistas, y los expresos trascontinentales no pueden dejarse en la línea en tanto que los viajeros juegan a la liebre y los galgos. En la próxima estación, cuarenta kilómetros más allá, se daría cuenta del incidente, pasando toda la responsabilidad a la Policía. Y la escapatoria sería abandonada a sí misma.

El Santo se tumbó en un ribazo de hierba, y permaneció de espaldas, con la mano detrás de la cabeza, mirando hacia el firmamento a través de la suave tracería verde de las hojas. Y dijo profundamente:

—Después de todo, la vida no es otra cosa que una fuente de cerezas.

Patricia se apoyó en el tronco del gran árbol y pegó un puntapié a una piedra. Y dijo con ansiedad:

—Pudieras haberle pedido la pistola a Monty y metido un balazo a Marcovitch mientras hablaba.

—Desde luego. Y entonces, me imagino que no tendrían que molestarse en darles la vuelta a sus bolsillos. En el momento en que hubiese quedado horizontal se habría convertido en una cascada de diamantes, igual que un

sueño que sale verdadero. No sé cuál será tu opinión, muchacha, pero a mí me daría mucha rabia que esas preciosidades fuesen a caer en manos de la Policía. Nos costaría bastante trabajo establecer nuestro derecho a ellas y hacer que nos las devolviesen.

Monty Hayward sacó una pipa y se puso a limpiarla con su cortaplumas, diciendo:

—En lugar de eso, resultará un juego de niños conseguir que nos las devuelva Marcovitch.

Patricia murmuró suavemente:

—Como dijo Simón, parece mucho jaleo, por un pequeño brillante azul.

Habló casi sin pensarlo; y, después que hubo hablado, se produjo el silencio.

De pronto, El Santo dijo con mucha firmeza y muy claramente.

—*¡Por todos los diablos!...*

—Ya sé cómo te sientes, viejo —dijo Monty Hayward con acento simpático.

Y allí se detuvo, y el resto de su razonamiento se secó en un vacío de asombro mudo. Se había vuelto, apoyándose en un codo, con un salto súbito de volcánica energía, mientras sus ojos echaban llamas.

—Eso es precisamente lo que tú no sabes —exclamó—. Nos han echado de un tren..., nos han dado un tirón de orejas, y podemos darnos por muy felices de haber escapado así. ¿Y por qué? ¡Dios de las batallas! ¿Qué hemos estado pensando en todo este tiempo? ¿Qué es lo que hemos estado soñando con los ojos abiertos acerca de Rudolf?

—Yo pensé que era un pillastre —dijo Monty racionalmente.

—¡Ahora lo comprendo! Es el error que hemos estado cometiendo. Sin embargo, no podrás decir que me hayas oído nunca calificar a Rudolf de pillastre. Nunca necesitó serlo. No hará tanto tiempo que Rudolf podía comprarnos a los dos, todos los días seguidos de una semana, sin fallar nunca. No hace aún mucho tiempo que Rudolf y Rayt Marius se jugaban mayores cosas que unas cuentas piedras de colores. Se jugaban en aquel entonces la guerra, Monty..., los rayos de la muerte y el Servicio Secreto, los espías, los bolcheviques y los asesinatos..., todo el juego de la feria. Naturalmente que había dinero en ello, pero el dinero iba a parar todo a Rayt Marius. Marius era un pillastre, aunque trataba en millones. Pero Rudolf era una cosa que en este tiempo parece más extraña. Un algo enormemente más peligroso.

—¿Qué era?

—Un patriota —respondió El Santo.

Patricia dio otro puntapié a la piedra, que fue a caer fuera de su alcance. Pero apenas lo advirtió.

—De modo que, cuando nos dimos cuenta, estábamos de nuevo luchando contra Rudolf...

—Debíamos estar con los ojos bien abiertos. Y no lo estuvimos. ¡Estuvimos completamente dormidos! Hemos visto que Rudolf movía cielo y tierra para poner sus manos sobre estas joyas..., matando por ellas y torturando..., llegando incluso a rebajarse hasta ofrecernos una participación, mientras que sus hombres tenían órdenes de matarnos en cuanto nos tuviesen a tiro..., y nosotros lo tomamos como cosa del juego. Hemos estado sobre el terreno desde que llevamos a Stanislaus a casa con nosotros. En ese vagón último del tren..., ¡nunca he visto en mi vida cosa tan lisa y llana! Marcovitch fue elegido para que me pusiese, desde el principio, fuera de camino. Lo llevaba escrito en la cara. Después de lo cual habría suprimido a tiros a cualquiera que pudiese aparecer como testigo, y tú y Monty sólo habríais sido para él un postre..., habría acabado con vosotros de un bocado, y habría sido capaz de hacer tabla rasa con toda la lista de muertos —la voz de El Santo era tensa y estaba vitalizada de emoción—. Yo mismo pensé en ello en el primer acto de la faena; pero no parece haber habido mucho tiempo para reflexionar desde entonces. Cuando Rudolf se metió en nuestras habitaciones en el Konigshof, yo me pregunté en qué diablura nos habíamos metido. Me estaba diciendo que en esta aventura había algo que no íbamos a sacar..., y lo que no íbamos a sacar era un botín corriente, de ninguna forma ni manera. Y luego, al ver salir un cuarto del millón de libras de minerales cristalizados fuera de aquella lata de sardinas, se entonteció mi cerebro. Y olvidé todo lo que sabía.

Monty le preguntó con escepticismo:

—¿Y ahora, sabes más?

Simón le clavó la vista en los ojos:

—Sé una cosa más que ahora iba a decirte. Josef Krauss me puso sobre la pista antes de morir, cuando me dijo: «Ten mucho cuidado con el brillante azul. Realmente, no tiene precio». Y en estos últimos minutos, Monty, estuve pensando que, cuando sepamos lo que quiso decirme con eso, sabremos por qué razón Rudolf se convenció de que tú y yo somos demasiado peligrosos para vivir.

DE COMO SIMÓN TEMPLAR TUVO UNA INSPIRACIÓN Y QUEBRANTÓ EL JARDÍN DEL EDEN

I

Monty Hayward examinó su bolsa de tabaco e investigó su contenido con calma. Su inteligencia, deliberadamente práctica, se negó a correr desatada por ninguno de los tramos de la fantasía de El Santo. Y dijo:

—Si de algo te sirve, te diré que Josef trataba de serte útil. Quizá ignoraba que tú eras un hombre práctico en brillantes azules.

—Tal vez —dijo El Santo.

Se puso en pie con la ágil rapidez de un animal, sujetándose con una mano el cinturón y echándose hacia atrás con la otra sus flexibles cabellos. Los fríos vientos de la incredulidad y del sentido común pasaron hacia atrás sobre su cabeza, igual que céfiros de verano. Él tenía su inspiración. La llama de inquebrantable optimismo de sus ojos era una resurrección eléctrica e irresistible de la vieja exaltación santa, que encontraría siempre un nuevo poder y esperanza en medio de los más oscuros truenos de la derrota. Se reía. Había caído de él la inmovilidad lo mismo que una capa..., había caído como si nunca hubiese existido. No tenía preocupaciones.

—Vamos andando —dijo.

Monty Hayward se guardó la pipa con un suspiro.

—¿Adónde crees que podríamos dirigirnos? —le preguntó.

Una vez más le pareció a Patricia Holm que la risa de El Santo sonaba en el aire como el lejano trompeteo que llamaba a una aventura perdida en las últimas fronteras, fuera de la ley.

—Podemos salir de aquí. No tardará ni quince minutos en meterse ese tren en Treuchtlingen, estación esta ante la que habrá todo un cordón de gendarmería, amontonado alrededor de este pueblo más apretadamente que las mujeres gruesas en torno a un mostrador único. Y tengo una cita con Marcovitch, que quizá no le guste a este cumplir.

Sacó hábilmente la automática del bolsillo de Monty y se la metió en el suyo; en ese momento moviose una mancha de color a través de los límites de su visión, y su mirada se disparó súbitamente a través del hombro de Monty.

—¡Santo cielo! ¿Qué es eso? —exclamó El Santo.

Monty giró en redondo.

Puede contarse como asunto de solemne hecho histórico que el momento en que vio el objeto que había provocado la asombrada exclamación de El Santo, fue uno de los instantes más repletos de consecuencia de su vida. Era una ironía de los dioses, que pasó zumbando limpiamente cuando menos lo esperaba, y que lo dejó desprovisto de su facultad de protestar. Era la visión más desagradable para un hombre que había trabajado, durante tanto tiempo y de una manera tan firme, por defender los principios de una vida sobria y virtuosa en presencia de un abatimiento ilimitado.

Se quedó clavado, mirando fijamente al núcleo de su Waterloo, que se aproximaba, con todas las emociones del agitador de una campaña de templanza que descubre que algún bromista experto ha rellenado de pura ginebra el vaso de agua del que acababa de echarse un trago ostentosamente, a fin de lanzarse a la peroración final de su discurso. Tuvo la sensación de que la providencia se había salido del camino para plantar una cáscara de plátano directamente debajo de su tacón inofensivo. Si su ángel guardián le hubiese tocado el codo en ese momento para hacerle algunas consideraciones bobaliconas acerca del tiempo, Monty le habría soltado inmediatamente un directo debajo de la barbilla. Sin embargo, la joven esbelta que caminaba hacia ellos a través del claro de bosque parecía no darse cuenta de que estaba haciendo que Némesis pareciese una lavandera decrepita que se había vuelto loca con dos vasitos de oporto. La verdad era que le sonreía a él; y la desvergüenza descarada de ella puso la última piedra a la derrota espantosa de Monty Hayward.

—Es..., es una persona a la que conocí en el tren —y comprendió que Patricia Holm y El Santo se hallaban con los hombros del uno apoyados en los del otro, atacados de una convulsión de homérico regocijo.

El único consuelo de Monty era que su Waterloo no podía haberle alcanzado de manera más atractiva. La mirada espantosa con que contempló

la llegada de la joven, desencajó casi los músculos de su conciencia, pero a ella la desconcertó menos que la deplorable exhibición que tenía lugar detrás de él.

—Hola, señor bandido —dijo ella con tranquilidad.

El Santo se libertó con inseguridad del abrazo de Patricia, y se colocó, tambaleándose, a lo largo del profeta atónito. Y canturrió:

—¿Nos contentaremos con su dinero o le quitaremos la vida? ¿O es que vas a hacer nuestra presentación?

—Esa sería una idea magnífica —dijo la muchacha; y Monty recurrió a sus reservas tambaleantes de control de sí mismo.

Miró a su alrededor con turbulencia, y dijo:

—Yo soy Monty Hayward. Esta es Patricia Holm y este «porquería» es Simón Templar. Puede usted dar por supuesto que ambos están encantados de conocerla. Y ahora, ¿se nos permite saber quién es usted?

—Soy Nina Walden —la inspección introspectiva de la muchacha estudió con interés a Simón—. ¿No es usted El Santo?

Simón hizo una inclinación.

—Señora, deduzco que usted se mueve en círculos distinguidos.

—Así es. Soy redactora de la sección de crímenes del *Evening Gazette...*, de New York... y, fuera de una cárcel, no hay situación más distinguida. Creía recordar su nombre.

Sacó del bolso un paquete de cigarrillos, colocó uno entre sus labios y alzó impersonalmente las cejas buscando lumbre. El Santo se la suministró.

—¿De modo que la han dejado a usted atrás en medio de la emoción? —dijo, murmurando, El Santo.

—Yo me las arreglé para quedar así. Su amigo me dijo que allí empezaba una historia... No tuvo intención de descubrir ningún secreto, pero cuando el tren se detuvo, sí que dijo alguna palabra de más. Y luego, cuando saltó fuera y me dejó flotando, me fue imposible resistir. Fue como si se cometiese un asesinato en la puerta de la casa de una. Todos los viajeros se lanzaron por este lado del tren, de manera que yo me bajé por el otro lado mientras ellos estaban atareados y ocultos debajo del talud. En cuanto el tren arrancó yo me vine caminando, pero creí que tendría que perseguir a ustedes mucho tiempo. Fueron ustedes simpáticos esperándome —se sonrió con descaro, y sus ojos no mostraron el más leve temblor—. ¡Vaya!... Sabía que iba a informarme de una historia, pero no me imaginé que sería de este modo.

El Santo se metió lentamente el encendedor en el bolsillo. A su izquierda, Monty Hayward hacía lo posible por tragarse aquella somanta reveladora de

un final pulverizador, adoptando una expresión de reproche apenado, mucho más elocuente que cualquier torrente de palabrería; y a su derecha, Patricia Holm se mantenía algo apartada, con las manos metidas dentro del seno de aquel cinturón suyo de matasiete, disfrutando silenciosamente el aroma humorístico de la escena. Pero El Santo se había lanzado mucho más adelante. Una oleada de oportunismo inspirado, incapaz de tolerar que ninguna situación se hiciese estática estando sometida al juego incesante de su imaginación, habíalo levantado hasta un nuevo nivel de audacia, al que los demás no habían llegado aún. La caída de Monty Hayward fue completa. Dejémoslo así. El Santo no vio necesidad de solicitar nuevos detalles..., había arrojado aquel instante supremo al índice de los episodios que más adelante serían motivo de risa, y trabajaba ya en el objetivo que era en aquel momento mucho más urgente e importante. Nina Walden estaba allí, y a El Santo agradábale su nervio.

—¿De modo que es usted una reportera de tomo y lomo? —tartajeó.

La joven asintió con gesto adorable:

—Sí, señor.

—¿Y tendrá usted todos sus documentos..., es decir, todo cuanto necesita para asegurarle las facilidades que un periodista extranjero puede procurarse en este país?

—Así lo creo.

—¿Y usted aspira a tener la más importante historia de toda su vida..., una página delantera a tres columnas con gran subrayado y mayúsculas en negrita?

—Espero que la conseguiré.

El Santo le pagó sonrisa por sonrisa. Y había en la de El Santo una impetuosidad de resolución mercurial que igualaba la rectitud desafiadora de sus hombros.

—Nina, tendrá la historia. He deseado siempre que, antes que yo muera, exponga un periódico los hechos reales sobre mi vida. Pero la historia no está aún terminada, y no lo estará nunca si usted tiene demasiada prisa en que se termine. En este momento estamos empujando para terminarla..., y hemos perdido ya bastante tiempo. Venga con nosotros..., deje las entrevistas para más tarde..., y yo le proporcionaré la sensación del año. No sé aún cómo será, pero estoy seguro de que será una sensación. Borre del mapa todos sus escrúpulos morales..., ayúdeme tanto como yo la ayudaré... Es decir, le concedo un monopolio. ¿Va bien?

La joven se sacó del borde de su roja boca una hojuela suelta de tabaco, y dijo ingenuamente:

—Los reporteros nacen sin escrúpulos morales. ¡Si no es más que eso!

—Vamos a marchar ahora de aquí —dijo El Santo.

Rodeó con su brazo la cintura de Patricia y la volvió hacia un sendero que llevaba fuera del calvero del bosque, alejándose del talud. Era un sendero tapizado de hierba y de anchura suficiente para que pudieran caminar de frente; de haber sido algunos kilos más ligera, la exuberancia de El Santo la habría levantado del suelo.

Aun después de todos aquellos años de aventuras, durante los cuales habían estado juntos, no dejaba nunca de asombrarla: su increíble elasticidad era incapaz de concebir nada más fantástico que la idea de un fracaso definitivo. No reunía en él ninguna de las condiciones de tenacidad aburrida que habrían ocurrido en cualquier persona de fibra más flemática y vulgar; era tan rápida como una hoja de acero, un alegre desafío al desastre que nunca ponía en duda el permanente favor de las estrellas. De haber sido algo menos, nunca habría podido presentarse con una vena tal que llegase al final de esta diversificada historia. Marcovitch se había marchado. Las piedras preciosas habían desaparecido. El príncipe Rudolf habíase convertido en una cantidad incalculable, cuyo contacto con la marcha corriente de los acontecimientos podría tejerse en cualquier parte comprendida entre Munich y el Polo Norte. Y tres bandidos deslucidos, además de un redactor de tapas de revista ilustrada, que habían tenido la suerte de escapar con sus vidas de la última escaramuza, quedaron sin recursos en una zona de un país extraño, que muy pronto abundaría en hostilidad armada. La tarea que les quedaba por delante podría convertir en un torpe pasatiempo para octogenarios ciegos la tarea de encontrar alfileres en un pajar. Pero El Santo veíala únicamente como un camino lateral hacia la victoria.

—Pat, cuando esta partida termine, creo que deberíamos regresar a Inglaterra. No puedes imaginarte cómo echo de menos a Claud Eustace Teal y a los divertidos juegos que acostumbrábamos jugar con la Scotland Yard.

Patricia sabía que El Santo hablaba muy en serio..., tal como él comprendía la seriedad. Nunca había cambiado. No necesitaba mirarle para ver el brillo soleado que tenía en sus ojos, la fe despreocupada en un destino gozosamente manirroto.

Ella le dijo:

—¿Y qué hacemos con Monty?

El Santo miró hacia adelante, por el camino de árboles que se ensanchaba:

—Me habría gustado conservarlo con nosotros, pero me imagino que no es de los nuestros.

A medida que avanzaban hacia Occidente, los árboles iban haciéndose menos tupidos, y abrían grandes escaparates a un panorama de verdes campos y casitas rústicas. La luz dorada del día metíase por encima de sus cabezas a través de las ramas entrelazadas, y salpicaba su sendero sombreado con charcos de luminosidad. Una calandria salía volando de la clara infinitud de azul y caía hacia tierra igual que una hoja de otoño. A lo lejos, en una cuesta lejana, las minúsculas siluetas de un equipo que araba la tierra movíanse plácidamente contra el cielo, y el tintineo de las campanillas y el sacudimiento del látigo del hombre que araba llegaban vivamente a los oídos a través del aire tranquilo. Parecía casi increíble que esta escena pacífica se viese tachada de hombres vestidos de gris, peinando inexorablemente los setos vivos y las hondonadas, en busca del husmillo del irreverente corsario que había dado tirones a sus ilustres barbas; pero El Santo se detuvo súbitamente al doblar una curva del sendero, obligando a hacer alto con él a Patricia, que había visto también la carretera y oído las voces.

—Espera aquí mientras yo echo un vistazo —murmuró.

Se metió por entre los árboles lo mismo que una sombra, y la joven permaneció inmóvil en el escondite de un grupo de arbustos, con el corazón latiéndole un poco más rápido. Monty Hayward y la del *Evening Gazette* cerraban la marcha en un silencio interrogativo; Patricia tenía una sensación atontadora de la magnitud de la hazaña que Simón Templar se había lanzado a realizar. Huir de allí parecía bastante difícil para un hombre solo..., una simple y modesta escapatoria que se daba por satisfecha con el premio de salvar la piel..., pero El Santo estaba comprometido alegremente a otros pasajeros para que hiciesen la expedición, y anunciaba su propósito inquebrantable de hacerse «en route» con un cuarto de millón de libras para gastos de viaje. Eso daba la medida de su genio, la grandeza despilfarradora que creaba sus propios mundos que conquistar.

Retrocedió al cabo de unos momentos, y venía sonriente. Y dijo:

—Hay allá abajo un camión cubierto. Su tripulación está dando cuenta de un té, tomado demasiado temprano. Yo les di a su tiempo órdenes para que saliesen a encontrarnos aquí, y a mí me parecen gente bastante buena. Vamos a hacernos con ellos.

Se dio vuelta, con un retorcimiento de sus miembros ágiles y venturosos; Monty Hayward le siguió de un humor de inusitada ligereza de cascos. Algo reaccionaba dentro de Monty Hayward vengativamente en contra de la

influencia continuada de las circunstancias. Tenía la sensación de que se había dejado intimidar por las circunstancias hasta donde le había sido posible soportar, y estaba ya desapareciendo su capacidad resignada para el largo sufrimiento. Un golpe malicioso del destino había arrojado en su camino un traspiés, nada ceremonioso, de muchacha, a fin de que El Santo lo llamase a él hilarantemente bucanero curtido, y eso fue la última paja de la carga. Sería bucanero... y que la sangre corriese a cubos.

Llegaron hasta una estrecha apertura en el monte bajo, y allí El Santo tocó a Monty en el hombro, señalándole con el dedo la carretera. Un camión de seis ruedas estaba aparcado junto al borde, y dos hombres, maltratados por el tiempo, y vestidos de mono, se hallaban tumbados junto al bajo talud. Cada uno de ellos tenía en una mano un macizo bocadillo de pan y salchicha y en la otra una taza humeante. La mirada de Monty se clavó fascinada en una de aquellas tazas. Pensó que un bucanero del siglo veinte no tenía necesidad de encontrarse tan desventajado como él había creído en cierta ocasión...

—Date prisa —dijo El Santo.

Saltó por encima del talud, y Monty solo se dejó ganar en un segundo. Patricia oyó un grito ahogado, un remolino de esfuerzos, el choque de huesos contra huesos; entonces ella se acercó también por encima del talud y pudo ver cómo Simón empezaba ya a despojar a su víctima del mono. Y Monty estaba desempolvándose los pantalones, sosteniendo en su mano derecha, como una bandera apresada, la taza intacta, que apreciaría siempre como una de las más destacadas presas de su vida. La levantó dramáticamente hacia Nina Walden cuando esta salía de entre los árboles, diciéndola:

—Señora, aquí está su té.

En aquel instante, sentíase él a la altura de todo cuanto había soportado antes; y la muchacha salió sonriente hasta la carretera, y aceptó su triunfo de la misma manera que la reina Isabel pudo haber aceptado a la Armada.

—Ustedes saben trabajar, muchachos —exclamó la joven.

Monty se encogió de hombros, y dijo agresivamente:

—Esta es una cosa de todos los días.

El Santo se echó a reír y dijo:

—Monty, ahora estás metiéndote en el alma del negocio. Si ahora te introdujeses en ese mono antes que venga nadie más, podríamos echar a andar el bote. Pat, echa un vistazo debajo de la lona embreada para ver qué cargamento llevan. ¡A lo mejor llevan algunas joyas más de la corona!

Patricia volvió con el informe:

—Piezas de fundición para máquinas.

—Perfectamente, muchacha. Debe de haber sitio para que vosotras dos quepáis entre ellas. Lamento que no sean edredones; pero, después de todo, el día está caluroso.

El Santo estaba terminando una de sus mutaciones instantáneas, que habían sido siempre la admiración envidiosa de sus selectos auditorios. Las immaculadas prendas de vestir de Savile Row y de Saint James habían desaparecido debajo de un mono azul manchado, como si nunca las hubiese llevado; los zapatos de Lobb fueron metidos en sus bolsillos y sustituidos por botas polvorientas de trabajo; el brillante cabello fue despeinado formando ondas negligentes. Los que lo conocían bien aseguraban que Simón Templar era capaz de ejecutar mayores milagros, en cuestión de disfraz, con unos toques de melaza y un pedazo de cuerda que lo que mucha gente sería capaz de llevar a cabo con la más grande caja de caracterización de Hollywood.

—De lo que tenéis que acordaros ahora y siempre vosotros, muchachos y muchachas, es de que las más tupidas patillas del mundo no os servirán de nada si no sois capaces de aportar el orgullo del hombre de patillas. El pelo tiene que penetrar en vuestra alma.

Mientras hablaba, estaba atareado delante del capó del camión, frotando una juiciosa mezcla de grasa y suciedad en sus manos y uñas y echando artísticamente manchas por toda la cara. Parece una cosa fácil de escribir, pero la verdad es que, cuando se volvió de nuevo, había literalmente borrado a Simón Templar..., era un conductor de camión alemán, con un pasado, un presente y un futuro de conductor, y una tía vieja en Frankfurt, a la que él enviaba fielmente una tarjeta todas las navidades.

Monty Hayward estaba abrochándose el último botón de su mono, y El Santo tiró de él bulliciosamente, y le manchó su immaculada cara y sus manos con media docena de toques, igualmente rápidos, de maestro, diciéndole:

—Estate tranquilo y frótate de vez en vez la nariz en la manga. De esa forma no podemos equivocarnos.

Echó una mirada de halcón a los detalles de la vestimenta de su protegido. Después, sonriole como un muchacho y le aplicó un golpe ruidoso entre los omoplatos.

—¡Bravo! Vamos a poner a estos pajarracos donde no los vean.

Arrastraron a los dos individuos inconscientes al interior del bosque, y los ocultaron entre unos matorrales, después que El Santo los tuvo atados y amordazados con tiras de sus propias ropas. El floreo de despedida de Simón consistió en clavarlos a cada uno un billete de cien marcos en la pechera de la camisa..., el asalto a sus personas había sido una lamentable necesidad, pero

era una de las pequeñas deudas que El Santo no olvidaba jamás. Y en un rincón de cada billete dibujó la pequeña figura con la cabeza redondeada del halo con que había firmado los más divertidos insultos a la Scotland Yard, a los que esta no podía contestar en un lenguaje cortés. Hacía mucho tiempo que El Santo no había empleado aquel divertido símbolo, y la ocasión le solicitó como un agujero junto al cual no podía pasar.

Volvió airoosamente a la carretera y vio que Patricia y la del *Evening Gazette* se habían colocado ya en sus posiciones. Simón le dio al manillar de arranque y saltó al asiento del conductor. Cuando tomaban ruidosamente el próximo recodo, un automóvil que se dirigía hacia ellos trazó una curva perentoria, atravesándose en su camino, y se detuvo en su flanco. Descendió de él un oficial de uniforme gris de campaña, que se puso autoritariamente al costado de El Santo. Todo él estaba marcado con el sello de la comisión que llevaba, la funda de su revólver estaba suelta y vuelta hacia atrás en su cinturón.

—*Woher kommen Sie, bitte?*^[15] —le preguntó concisamente; y El Santo sacó una mano sucia, pasándosela por una frente más sucia todavía.

—*Aus Ingolstadt, Herr Hauptmann*^[16].

—*So. Haben Sie auf diesem Wege nicht zwei Männer und eine Frau gesehen? Der grössere Mann trägt einen Hellgrauen Anzug, die Frau ist ganz hübsch und gut gekleidet...*^[17].

—*Doch!*^[18].

—*Kolossal!* —el oficial sacó un libro de notas, y señaló con vehemencia a sus hombres—. *Welche Richtung haben sie eingeschlagen?*^[19].

Simón sacó una mano del volante y apuntó hacia atrás por encima de los campos.

—*Sie sind soeben dort über die Weisen gegangen. Ich begrieffe es jetzt noch immer nicht, dass ich das Mädchen nicht überfahren habe, denn sie ist mir gerade aus der Hecke unter die Vordarräder gelaufen...*^[20]

—*Ihr Name?*^[21].

—*Franz Scheider.*

—*Adresse?*^[22]

—*Nürnberg, Juliusstrasse, siebzehn*^[23].

El coche de la Policía se retiró, y el oficial puso un pie en él estribo y les gritó una serie de instrucciones. Luego se volvió y gritó a Simón cuando este desembragaba:

—*Wenn wir diese Verbrecher fangen, bekommen Sie vielleicht eine hohe Belohnung!*^[24]

Simón se volvió en su asiento y vio cómo el coche de la Policía se perdía en una nube de polvo.

Entonces, con mucha gravedad, se inclinó hacia adelante y puso en marcha el camión...

No anduvieron más que medio kilómetro por la carretera, y Monty Hayward no pudo contenerse más. Se echó hacia adelante en su percha, imperturbable ciudadano obediente a las leyes, y proyectó hacia el horizonte los fragmentos dañados de su conciencia, con un estentóreo mugido de júbilo que ahogó hasta el barullo ensordecedor de las entrañas del coche de las seis ruedas.

—*Kolossal!* —bramó extático—. ¡Tremendo asunto! Esa gente iba corriendo por los campos y estuvimos a punto de atropellar a uno de ellos. ¡Válgame Dios! Y si les echan el guante, estamos anotados para un premio — Monty dejó escapar otro grito de rapsodia capaz de volver pálido al firmamento—. Bien, querido *sportman* y mareante..., ¿adónde iremos para registrar nuestra pretensión?

—Treuchtlingen es la próxima estación, querido compañero e individuo —contestó El Santo, alzando su voz con mayor modestia por encima del ruido del camión—. Allí han detenido a Marcovitch para tomarle declaración, porque el tren no podía esperarle. Tendrá que aguardar al siguiente..., ¡y quizá tengamos tiempo de comprarle un ramo de flores!

II

El camión retumbó hacia el Noroeste a un sonoro cincuenta kilómetros por hora; Simón Templar se acomodó lo mejor que pudo en el duro asiento, y meditó en el problema de las dos mujeres que iban detrás.

Sabía con exactitud lo que había cargado, aunque se negase a consentir en que ese conocimiento lo deprimiese. Antes de aquella ocasión, había realizado por los campos odiseas, con escapatorias difíciles..., odiseas de hombres desesperados, cuya fortaleza viril superlativa y cuya rapidez y astucia los había llevado en una correría incansable que solo se detuvo cuando fue alcanzado un santuario de refugio. Por mucho que hacía, érale imposible recordar un ejemplo por el estilo en que hubiese tomado parte una mujer. Habíase ensayado con bastante frecuencia, y en todas las ocasiones la mujer había sido siempre la ruina del fugitivo. Había sido siempre la influencia inferior de una mujer lo que había ahogado el chispazo del ímpetu primitivo

implacable, sin el que no era posible salir triunfante de semejante empresa. Era ella la que convertía en negativos todos los recursos de energía y velocidad del hombre, dejándole como única salida la de la astucia; y en todas esas ocasiones, la inteligencia no había conseguido sacar adelante la carga.

Simón Templar considerábase a sí mismo caso único en cuestión de hombres fuera de la ley, y su inquieta imaginación abordada aquella desventaja como si se la hubiesen echado encima jugando amistosamente al escondite. Una cosa por lo menos era segura: Patricia Holm no podía en modo alguno entrar en Treuchtlingen en el camión. Aparte del peligro de que pudieran detenerlos nuevamente y someterlos a una búsqueda, apenas podía escapar a la atención de la gente la salida en medio de la calle, reptando, de debajo de una lona embreada de un camión de seis ruedas, con un vestido de tres piezas de Bond Street. Habría sido un extraño espectáculo. Marcovitch había dado sin duda una descripción fotográfica en que el disfraz de comedia musical norteamericana, con que había pasado las barreras en el Hauptbahnhof de Munich, tenía que recibir el debido crédito. Por todo ello era tiempo de pensar en algo brillante y nuevo, y El Santo conducía el camión, con un ojo en la carretera y el otro en busca de su oportunidad.

De vez en vez, las gentiles ondulaciones del panorama ofrecíanle una vista del Aldmuhl, serpenteando como culebra de plata entre las vegas; veinte kilómetros más adelante, volvió a encontrarse con ese río y le proporcionó la solución. Su mirada correteó a través de una zona de árboles que rodeaban un trecho abrigado del ancho valle. Si no hubiese estado en Alemania, se habría podido creer transportado por parte de magia a algún lugar pastoril de la antigua Grecia. La visión duró menos de un segundo, pero le pareció bastante prometedora. Recorrió con el camión otros cien metros de carretera, lo desembragó, y saltó con ligereza al suelo asfaltado. Y dijo:

—Monty, defiende el fuerte un minuto. Acabo de ver a una muchacha.

Monty Hayward se trasladó de sitio y echó mano al volante. La elevación de sus cejas era ya de por sí una charla de un estadio de largura.

—¿Que has visto un *qué*? —rompió a decir, y El Santo se rió por lo bajo, contestándole:

—Una muchacha. Pero es demasiado linda para una persona casada como tú.

Dirigió a Monty un alegre «hasta luego», y se lanzó esperanzado fuera de la carretera por una cuesta abajo que conducía, a través de muchas vueltas, hacia la hondonada en que había distinguido su visión. Era realmente una pequeña escena encantadora; y en cualquier otra circunstancia, no estando

afligido por un temperamento teutónico, se habría sentido poético durante algún tiempo. Dice mucho de su severa devoción al deber, el que volviese antes de diez minutos, entristecido pensando en que la serpiente del Paraíso habría considerado con repugnancia un vandalismo como el suyo; pero se trajo, sin embargo, con él un gran atado de ropa, y dio las gracias a Dios en consecuencia. El accidente que le había permitido dirigir equivocadamente la persecución, había sido en sí mismo un buen negocio: significaba que la condición de los dos hombres que tripulaban el camión quizá no se descubriese durante varias horas, durante las cuales se esparciría el barullo, formando ángulos rectos en relación con la dirección que tomaba. El último lugar en que ningún policía pudiera esperar verlos era Treuchtlingen..., la ciudad misma desde la que se había corrido a todas partes la alarma. La persecución se desplegaría hacia Occidente, a fin de interceptar su paso en la frontera francesa. Pero Simón Templar no seguiría ese camino.

Faltábale aún a su cigarrillo tres centímetros por arder, cuando Patricia Holm salió del bosquecillo, presentándose a fin de que la inspeccionase.

—Si disponemos de una semana para pasarla aquí —dijo con blandura— creo que no estaría de más un cigarrillo.

Simón le ofreció un paquete. Vestía una breve falda y un blusón de algodón, y tenía las piernas desnudas hasta las sandalias de cuero. Su nariz estaba decididamente lustrosa, y su rubio cabello caía descuidado por la espalda desde la frente, como si el viento hubiese trabajado durante todo el día revolviéndoselo. Se había acordado incluso de despojarse de la pulsera de oro. El Santo observó ese detalle con una lenta sonrisa apreciativa.

—Pocas cosas más necesito enseñarte, Pat querida —dijo.

Nina Walden se reunió con ellos algunos momentos más tarde, estando arreglada más o menos igual. Simón le enseñó cómo tenía que disponer el saco de repuesto; luego la tomó en sus brazos y la besó cordialmente. Permaneció por lo menos durante tres segundos demasiado sorprendida para moverse, y por fin recobró la voz.

—¿Le va a dar de nuevo? —preguntó con voz ronca, y Simón Templar se echó a reír.

—Querida, le estaba quitando el sobrante del lápiz de labios. Actualmente no lo usa nadie entre estas jóvenes de caras abiertas, y me pareció una vergüenza descubrirle su truco.

Se subió expeditivamente a su asiento frente al volante, y desde él dio sus órdenes, apoyando un antebrazo en su rodilla, y bailándole los ojos:

—Vosotras dos tendréis que hacer desde aquí vuestro camino... a pie..., no llega ni con mucho a los siete kilómetros contando por las piedras miliares, y no podríais tener un día mejor para hacerlo a pie. Además, la coartada de este camión no puede durar para siempre, y no necesitamos que vayáis cargados con una cesta de huevos. Meteos en Treuchtlingen y buscad la estación. Pat irá al *Konditorei*^[25] más próximo y pedirá una taza de chocolate, para pasar el tiempo; Nina, tú te meterás en el *Bahnhof* y tomarás un billete de vuelta hasta Ansbach. Métete por la puerta que dice *Damen* y ponte como si estuvieras en tu casa. Vuelve a ponerte tu ropa ordinaria, envuelve las demás cosas en un paquete de papel de estraza, que te lo procurarás en el camino, espera a que oigas llegar el próximo tren, cruza entonces la línea, y sal caminando por el otro lado como si fueses la propietaria del ferrocarril... ¿Comprendido?

—Comprendido —contestó la joven norteamericana lentamente—. ¿Y qué objeto tiene todo eso?

El Santo contestó con firmeza:

—Te tengo reservada una tarea. Querías conocer toda la historia de esas joyas de la corona, y esta es una parte de la misma. A continuación te dirigirás a la Policía de la estación. Eres una periodista norteamericana que está de vacaciones, y a la que ha llegado la noticia de una tentativa de robo hecha en el correo y de un barullo general. Necesitamos saber definitivamente qué es lo que ha ocurrido a Marcovitch y a toda su tropa de gorilas, y solo hay una manera de averiguarlo. Alguien tiene que meterse en la cueva del león... y preguntarlo.

Simón bajó la vista hacia ella tranquilamente; pero aún tenían sus ojos el brillo endiablado, cuando miraban hacia abajo. Sentado junto a él, Monty Hayward empezó a comprender el sortilegio que El Santo debió de tejer en torno de los cínicos jóvenes filibusteros de la muerte, que le habían seguido en los viejos tiempos..., los tiempos que Monty Hayward conocía únicamente de referencia, y que tenían una historia casi legendaria. Empezó a comprender la lealtad fanática que debió de juntar a aquel pequeño grupo, en momentos que lanzaban su quijotesco desafío a la cara de la Policía y del Mundo Subterráneo al mismo tiempo, cuando las manos de todos estaban vueltas contra ellos, y únicamente la inspiración y la diablura de su jefe se interponía entre ellos y la cólera de una civilización ramera. Y a Monty Hayward, hombre flemático e inimpresionable, se le presentó de pronto la idea, en una súbita y absurda luz de ciego rendimiento, que si aquella pequeña banda

volvía a reunirse al sonido de la trompeta, él no pediría un destino más orgulloso que el de encontrarse en su compañía...

El Santo dijo a Nina:

—No te pido que cometas una acción vergonzosa. En tu condición de reporter, tu oficio consiste en conseguir toda clase de noticias; y si te viene bien compartirlas con un amigo... ¿quién va a perder con ello el sueño?

—Yo lo sentiría. Pero ¿cuándo voy a tener el resto de la historia?

—Cuando nosotros mismos lo tengamos. Te he prometido que será para ti, y no me olvidaré de mi promesa. Pero lo primero es que la tengamos. Te dije que yo te ayudaría en la medida que tú me ayudases. No te la jugaría por nada del mundo... No podría hacerlo. Necesitamos, en primer lugar, esa noticia. Es la que nos llevará a todos al único clímax útil. Si perdemos a Marcovitch, pierdo yo mis joyas de la corona..., y tú te quedas sin historia. Eres la única persona que puede salvar el juego. Eres periodista, pues bien..., ¿quieres marchar a hacer periodismo?

Los oyentes se quedaron callados y silenciosos, presas de un momento de revelación que les suspendió un latido del corazón. La absurda consecuencia que había venido llamando a las puertas de su fe, desde que El Santo había empezado a hablar, estalló sobre ellos lo mismo que una realidad eterna. Y con ella llegó la realización de todo cuanto estaba pendiente de la locura de El Santo, y de aquel instante loco de inspiración que le había acometido en un momento posterior, en los bosques inmediatos al ferrocarril.

El Santo no había pensado nunca en salir derrotado. Con la persecución lanzada contra él y un precio puesto a su cabeza, no debería estar pensando en otra cosa sino en escapar. Pero había sido capaz de jugar aún con una idea loca, que la fortuna había arrojado sobre su camino. Había en esa idea algo que apabullaba a la lógica y a todas las cuestiones..., una sensación de cosa agradablemente inevitable, que barría a un lado todo criticismo sano. Removía dentro del corazón algo que estaba fuera del alcance de la razón, lo mismo que los vivos de un millar de gargantas, o el paso de un regimiento moviéndose como un solo hombre..., algo que estaba enraizado en la esencia de todo impulso humano, un ansia primitiva de victoria que levantaba más alta la cabeza y enviaba la sangre hormigueando por las venas... Y El Santo casi se reía.

—¿Quieres intentarlo? —le preguntó.

Y Nina Walden le contestó, clavando en él sus maravillosos ojos color de amatista:

—Lo puedo hacer por ti..., Santo.

El Santo se inclinó hacia ella y le alargó una mano morena:

—Admirable muchacha... Y cuando te hagas con la noticia, no tienes que regresar al *Konditch rei*, donde dejaste a Pat. Monty y yo aparcaremos al auto y estaremos por allí. Os encontraremos en alguna parte. Y todo resultará estupendamente —se sonrió—. Y, gracias, Nina.

La muchacha le devolvió la sonrisa.

El Santo se recostó en su asiento. Acercó a Patricia hasta él y la besó en los labios. La máquina de seis ruedas echó a andar con un ruido de protesta, y el enorme camión saltó carretera adelante.

DE COMO SIMÓN TEMPLAR DISCURSEÓ ACERCA DE LA PROHIBICIÓN Y PATRICIA HOLM CAMINÓ COMO UNA PRINCESA

I

Simón condujo el camión cruzando Treuchtlingen, y más allá. Metiendo duramente el pie a su segundo engranaje elefantino, pasó retumbando por las calles con un estrépito tal, que sacudió la población en su fundamentos. Varias docenas de habitantes abandonaron las tareas en que estaban ocupados con emociones representativas, para verlo pasar. Simón Templar no tenía objeciones que hacer. Aquella parte de su viaje fue uno de sus golpes maestros de estrategia que su fértil inventiva multiplicaba, igual que una colonia de conejos que tienen puesta el alma en su tarea. Disponía de tiempo abundante, y el sistema de tácticas le cosquilleaba el sentido de la diversión. Dos policías se fijaron en su ruidoso paso. Si se descubría prematuramente el robo del camión, las afirmaciones de los dos policías proporcionarían una nueva arrancada por una pista equivocada. Ocurriese lo que ocurriese, Treuchtlingen sería el último lugar del mundo en que los buscasen ruidosamente.

Hizo ocho kilómetros más allá de Treuchtlingen, por la carretera de Ansbach, y abandonó el camión a la vista de un cruce de caminos, cosa que complicaría aún más la persecución. Trazaron una doble vuelta cruzando la región, porque había otros viajeros en la carretera, y la alarma no tardaría en extenderse lo mismo que un fuego en el bosque.

—Esta fuerza de Policía me odia antes que termine mi tarea —dijo El Santo con ligereza, y se echó a reír—. Monty, ¿qué piensas hacer con la parte que te corresponda en el botín?

Jamás se le había ocurrido a Monty Hayward preguntarse si esa parte adquiriría nunca consistencia, y contestó:

—No he tenido tiempo de pensar en ello. Me imagino que tendré que gastármela en pasajes..., tratando de escapar de la cárcel.

La lista de delitos por los que podía ser juzgado, y casi con seguridad condenado, se había desvanecido en los confusos arrabales de su conciencia lo mismo que una cuenta de viejas cicatrices. Idéntico camino habían llevado sus perspectivas para el futuro, como si fueran una cita lejana con el dentista. Sabía, sin embargo, por la mirada rápida y de costado que contestó a su impensada observación, que El Santo no se había olvidado. Aún en aquel momento, El Santo estaba pensando en ello.

Monty cayó en una especie de ensueño mientras caminaba. Sabía que El Santo estaba buscando un plan que desenredase el lío, y que permitiese por lo menos a Monty Hayward marchar en libertad. Durante algún tiempo se permitió a sí mismo imaginarse que, incluso una cosa tan desesperada como aquella, podría llevarla a cabo un hombre para el que no parecía haber ninguna cosa imposible... ¿Y si el milagro se realizase, y el barullo pasase espumajante por su lado, lo mismo que una marea que vuelve, dejándolo a él muy arriba en la playa para secarse sus alas?... Entonces se imaginaba el silencio que durante una semana, o cosa así, reinaría, roto por fin por un característico mensaje de salutación que le anunciase que una buena parte del botín, misteriosamente convertido en libras esterlinas, le había sido acreditado por medio de su Banco..., «y dile a Ana que prepare una gran fuente de pasteles recién sacados del horno, para mi próxima visita». Ese sería el método de El Santo..., una terminante participación, regalada, que impidiese toda posibilidad de negativa. Y una carta a retazos, en la que toda línea vigorosa recordaría el retintín de un ridículo embrujamiento... ¿Y entonces, qué? La Consolidated Press, el cómodo despacho, las horas regulares de trabajo, los respetables fines de semana, la eterna discusión de complots absurdos con autores de cuello de cisne, la mirada barométrica a las hojas de circulación todos los lunes, o un retiro más mortífero aún, con un auto *sport* y un yate de juguete, veraneos mediterráneos, cruceros de lujo, y la charla bromídica de otros parásitos dulcemente inambiciosos, que disponían de todo el mundo como lugar de juego y que solo podían verlo como una pista de carreras o como una cancha de tenis. En cualquiera de las dos alternativas, la misma búsqueda inacabable de un sentido de la vida que él había estado ya a punto de captar durante una disparatada conducción por las colinas bávaras.

Le había producido una extraña sensación de vacío y de futilidad. Y fue poco más lo que dijo durante el paseo de vuelta hacia la ciudad.

Simón Templar también permaneció silencioso. Hubo momentos en que deliberadamente intentó apartar de su imaginación la responsabilidad que le atañía por la difícil situación de Monty Hayward, y, sin embargo, esta circunstancia nunca permaneció muy escondida en sus pensamientos. Había tratado de ignorarla, había hecho burla de ella, la había desechado: ahora, no obstante, con el cerco estrechándose en torno de ellos, se le presentó la convicción de que era otra deuda que aún le quedaba por pagar.

Eligió con instinto infalible la ruta que debían llevar. A Monty le parecía casi inconcebible que pudiese hacerse tal viaje en pleno día sin que fuesen advertidos por algún observador fortuito, pero El Santo lo consiguió. Había una elasticidad en su caminar y un gesto belicoso en su boca que hablaban por sí solos. Para él, la historia no podía tener más que un desenlace; pero los minutos preciosos transcurrían en contra de ellos, y los avatares del destino le tenían marcados conciso y apremiante el tiempo de que podía disponer. Podía, tal vez, conceder tres horas a la Gendarmería local para que se divirtiesen con sus coches patrulleros y sus sabuesos, pero dentro de ese margen el alto mando conseguiría poner su tinglado en marcha. El alto mando, desprovistos de sus chaquetas y con los hechos pasados de Löwenbräu brotándoles de todos sus poros, pondría en circulación avisos telefónicos en todas las direcciones con la coordinación por vía terrestre de un cordón capaz de exigir papeles de identidad a un gusano nómada. El alto mando, con sus indescriptibles bigotes hirsutos por las afrentas que se les había inferido, se ocuparía de cribar toda el área acordonada en una redada gigantesca que comprendería a todos y cada uno de los ciudadanos de tan pacífica comarca. En resumen, el alto mando se tomaba un interés personal en la fiesta, haciéndola suya. Cuando llegase ese momento, Simón Templar no deseaba encontrarse en tal lugar.

Eran las seis cuando Treuchtlingen los recibió de nuevo, y se introdujeron en sus calles traseras a través de un paso estrecho entre dos casas, todo esto acaecía en menos de catorce horas desde el momento en que Monty Hayward, cuando se encontraban cerca del puente de Innsbruck, les había lanzado inadvertidamente a aquella carrera desenfrenada.

La población parecía encontrarse muy tranquila. Como el centro de un ciclón, era paradójicamente un oasis de tranquilidad dentro del cinturón de furia oficial de que tuvo necesariamente que haber estado rodeada. El Santo y Monty se lanzaron dentro como si el alcalde fuese amigo personal de ellos, y

nadie les hizo el menor caso; pero El Santo ya contaba con esta impunidad. Sin duda, los periódicos del día siguiente le advertirían que sus hazañas habían provocado la indignación de la vecindad, pero habría sufrido una desilusión si esperaba regalarse con el magnífico espectáculo de ver a los concejales de Treuchtlingen atropellándose arriba y abajo por las calles principales con sus corbatas colgándose de las orejas y las venas hinchadas detrás de sus pescuezos, porque Treuchtlingen continuó su vida ordinaria, y dejó todo atropellamiento que hubiere que hacerse a las autoridades a las que pagaban para actuar en tales ocasiones. Un sistema social cuya particularidad consistía en que transmitía sus emociones a un puñado de esbirros asalariados había favorecido a El Santo en casos anteriores, Sin embargo, solo El Santo conocía bien cuán frágil era la lámina de apatía en que se basaba su *bluff*.

Pero una vez que estuvieron dentro de la población, no había posibilidad de pasar inadvertido, y la única manera de actuar era haciendo uso de ese ímpetu arrollador en que el temple de El Santo jamás le había fallado. Localizaron la estación de Policía sin ninguna dificultad, y pasaron de largo frente a la misma. Más adelante, se tropezaron con una «Weinstube» llovida del cielo, y entonces Monty Hayward vino a caer en la cuenta de que tenía la garganta seca hacía horas. Con ojos desencajados contemplaba esa tentación igual que un rabí hambriento se resiste a una loncha de jamón, pero El Santo no vio inconveniente alguno en entrar.

—¿Y por qué no vamos a entrar? —objetó El Santo perezosamente. No es conveniente que deambulemos por las calles. No podemos entrar en un «Konditorei» —añadió—. Creerían que nos ocurría algo grave.

Cambiaron su ruta y pasaron por las puertas. Le tocó a Simón pedir cerveza y salchichas, y además sacó un paquetillo de malolientes cigarrillos de dentro de su mono. Monty empezaba a pensar que hubiera sido mejor callarse lo de su sed y sufrirla en silencio: había sorprendido una sonrisa en la mirada de El Santo que barruntaba más jaleo.

—He estado pensando —dijo El Santo.

Se abstuvo de hacer más comentarios mientras colocaban su pedido en la mesa de madera que tenían enfrente. Para entretener esa espera sonrió con simpatía a la *barmaid*. Esta le sonrió a él mostrándole al mismo tiempo una cara, que toda era dientes que sobresalían por encima de su labio superior como si fuesen un helado Niágara de marfil.

El Santo observó cómo se alejaba no sin cierta emoción: después se volvió a Monty y elevó su vaso. Se encontraban en un rincón apartado del salón donde su conversación no podía ser oída.

—¡Qué grandes ideas se me ocurren, Monty! —dijo El Santo.

—Supongo que piensas alguna vez —admitió Monty, descorazonado y sin mostrar deseo de ahondar más en el tema. Saboreó un poco de Nürnberger con gran satisfacción—. ¿Por qué no podrán fabricar cerveza como esta en Inglaterra? —inquirió, al mismo tiempo que extraía el arenque ahumado mayor que pudo encontrar.

—Por culpa de tu tía Emilia —dijo El Santo, cuya paciencia era inagotable cuando tomaba una decisión—. En América hay prohibición total, y la cerveza es asquerosa. En Inglaterra hay una semiprohibición, representada por las leyes prohibitorias de tu tía Emilia, y la cerveza es nada más que basura. Este es un país libre donde están verdaderamente orgullosos de su cerveza, y si intentases mezclarle cualquier inmundo producto químico te encontrarías metido en la cárcel. Tu tía Emilia tiene la idea de que todos los bebedores de cerveza son unos depravados y por eso cree que cualquier veneno que les ponga es bueno para sus estómagos; lo demás es solo cuestión de más o menos grados. Ahora vamos a hablar en serio. Se me han ocurrido algunas ideas.

Monty suspiró.

—Dime lo peor que se te ocurra.

—Se me ha ocurrido —dijo El Santo, manteniendo la boca llena de salchichas— que debemos dedicarnos a hacer un trabajito.

Tomó otro trago de su vaso, y prosiguió, sin compasión.

—Nos encontramos disfrazados de obreros, Monty —dijo El Santo—, y por tanto debemos trabajar. No nos es posible quedarnos aquí indefinidamente y además Nina habrá acabado ya su interrogatorio. Me parecía que la Comisaría de Policía estaba muy solitaria y me sentiría más tranquilo si nos encontramos cerca del lugar.

—Pero ¿qué piensas hacer? —preguntó Monty descorazonado—. No puedes presentarte en la puerta y pedir que te den unas sillas para componer.

El Santo se echó a reír:

—No creo que sería capaz de componer una silla —dijo—. Pero sé de otra cosa que puedo hacer desde luego y que siempre he querido emprender. Precisamente he observado que hay un sitio magnífico justamente enfrente de esa Comisaría de Policía. Tan pronto como tú estés listo nos vamos a situar en ese sitio.

Monty Hayward terminó su cerveza con algo menos de entusiasmo que la había comenzado, y mientras tanto Simón arrojó unas monedas que

tintinearón sobre la mesa y se dio el gusto de contemplar otro metro de los dientes de la camarera.

Monty tenía en la punta de la lengua hacer nuevas protestas más o menos enérgicas —se proponía decir que ya se encontraban en situación bastante apurada tal como estaban para que tuviesen que encontrarse con otras más—; pero le vino otra idea a la imaginación y se abstuvo. También sabía al mismo tiempo que nada habría que impidiese a El Santo de actuar. Sorprendió esa sonrisa en la cara de El Santo otra vez, pero en esta ocasión estaba dirigida directamente a él y llevaba cierta burla, que cortaba como una espada hasta penetrar en sus más íntimos pensamientos. Le desposeyó de ese espíritu crítico sin fundamento, llevando a su ánimo esas anteriores catorce horas tan agitadas que últimamente le habían venido a la imaginación con satisfacción tan inexplicable que no podía traducirse en palabras. Se enfrentó con un ser que todavía permaneció desconocido para él; pero que, sin embargo, nunca más volvería a serle ajeno. En ese instante de completo conocimiento de sí mismo sintió como si se hubiera librado de una servidumbre a que estuviese sometido: en efecto, por primera vez en la vida se sintió que era un hombre libre de nuevo.

—O. K. —contestó.

Salieron otra vez a la calle y la encontraron sumida en las primeras sombras de la tarde. Monty seguía extrañado sobre el nuevo género de locura que se había fraguado en la mente de El Santo, pero no le hizo más preguntas sobre el particular.

Pasaban hombres y mujeres junto a ellos en las aceras y no se molestaban en dirigirles más que alguna mirada vacua que daba la sensación de no fijarse en nada. Monty empezó a experimentar la emoción de tener mayor confianza. Después de todo, nada de su persona podía inducir a un público corriente a pararse y quedársele mirando fijamente. De nuevo miró hacia El Santo y observó un cambio súbito en su jefe que contribuyó a aumentar esa confianza. El Santo caminaba ligeramente inclinado, apoyándose duramente sobre los talones, los hombros caídos y el cigarrillo a medio fumar colgándole negligentemente de la boca: era la auténtica estampa del sencillo artesano con ideas socialistas y familia exigente. Nuevamente llevaba su papel a la perfección, y Monty sabía que si él fuese capaz de representar el suyo la mitad de bien, podría pasar sin llamar la atención en cualquier muchedumbre.

Al otro lado de la calle había un almacén de quincalla que tenía colocada su mercancía en banquetas situadas en la acera. Simón cruzó la calle y se adentró en su oscuro y oloroso interior. Volvió a salir provisto de una gran

maleta usada y en mal estado, con la que volvieron a continuar su recorrido. Su próxima parada fue en una ferretería, donde Simón procedió a adquirir un juego de herramientas. El motivo de esta compra puso al límite su disponibilidad del idioma alemán, pues el que es lego en la materia de tecnicismos tiene solamente para expresarse el suyo propio, sin tener que entrar en las complicaciones de un idioma extranjero. El Santo podía llevar una conversación en media docena de idiomas diferentes y, sin embargo, no podía arreglarse para pedir una herramienta o un pico determinados y le era igual de difícil que si tuviese que confeccionarse un traje de punto.

Él se las arregló diciendo que le habían robado su equipo y con ese *bluff* se adentró en la tienda paseando por ella y seleccionando instrumentos que pareciesen idóneos acá y allá mientras entretenía al propietario con torrentes de verbosidad lo suficientemente ordinario como para divertir durante horas enteras a cualquier alemán que fuese propenso a la risa. Por fin terminó y salieron a la acera dejando al propietario del almacén todavía regocijándose sobre la última ocurrencia de El Santo.

—Bueno, ¿qué pretendemos ser? —preguntó Monty Hayward con gran interés, mientras volvían sus pasos atrás hacia la Comisaría de Policía y El Santo se le encogía de hombros.

—No tengo la menor idea, querido. Ahora que no será mía la culpa si no tenemos un aspecto de lo más decidido.

Se pararon directamente enfrente de la Comisaría y Simón depositó su maleta cuidadosamente sobre la calzada. Paseando la mirada distraídamente alrededor, Monty observó por vez primera que había una plancha rectangular de metal incrustada entre el empedrado y sus pies. Simón recogió un gancho de dentro de su maleta, lo introdujo en una cerradura y tiró hacia arriba de la plancha. Pusieron sus dedos debajo del borde y la levantaron y colocaron en la carretera junto al agujero que dejaba al descubierto. Sin mover un párpado, El Santo con toda diligencia extendió una impresionante colección de herramientas a su alrededor, se sentó en la carretera colgando sus pies dentro del agujero, y se puso a contemplar el laberinto de tubos de plomo y cables aislantes que quedaron al descubierto, manteniendo una expresión de búho inteligente que le iluminaba la cara.

II

—Si por error abres un colector es posible que no resulte tan satisfactorio —comentó Simón con calma—, ahora que este parece que está bien.

Izó un trozo de alambre e inspeccionó su extremo roto con la misma fijeza que un mono cuando descubre un bicho en el cráneo de un semejante suyo. Dio un golpecito en el hombro de Monty y le rogó que examinara los hilos deshilachados de cobre, señalando para ellos uno por uno con una mímica que era acompañada por un *crescendo* wagneriano de desaliento y desaprobación. Monty se arrodilló junto al agujero y movió la cabeza en señal de simpatía. Incorporándose de su postura quejumbrosa, recogió El Santo un martillo y se lanzó a un ataque desenfrenado contra la parte más próxima de tubería de plomo. Esto duró la mayor parte de un minuto: entonces se incorporó El Santo y contempló las hendiduras que había hecho, mostrándose satisfecho de su trabajo profesional.

—Dame esa lima —gruñó.

Monty se la alcanzó, y El Santo inclinó la cabeza y empezó a serrar furiosamente en los ángulos de una juntura que había percibido en un lugar más abajo del pozo.

Si hubiese habido algún verdadero experto en la materia en lugar cercano, tal ejecución no hubiera tenido aprobación ni por diez segundos: sin embargo, nadie se interesaba lo suficiente para efectuar un detenido estudio de los originales métodos empleados por El Santo. Casi nadie volvía a echarles una segunda mirada. Situados justamente allí en ese tramo despejado de la calle, se podían considerar escondidos con tan buenos resultados como si se hubiesen enterrado bajo tierra. De igual manera no había peligro para los cuellos de los de Treuchtlingen de que fuesen atropellados. Solamente de cuando en cuando algún automóvil solitario daba vuelta alrededor de donde se encontraban, y un carromato dio marcha atrás cerca de Monty y aparcó allí mientras el conductor se fue a tomar un bocadillo. Aparte de algunos ruidos poco frecuentes de botas pisando o máquinas que pasaban cerca de ellos, podrían tratarse igual un par de viejas luces vista la poca sensación que causaban. Mientras no se electrocutase, o perforase una conducción de gas y que pudiese hacer volar las ventanas de la calle, El Santo se hacía la ilusión de encontrarse sobre terciopelo.

Y si lo que se proponía era encontrarse cerca del lugar de la acción, no lo podría haber hecho mejor salvo que entrar y presentarse.

Según se inclinaba desarrollando su programa improvisado de dar servicios gratuitos a la Municipalidad de Treuchtlingen, le era fácil estudiar toda la arquitectura de la Comisaría de Policía que podía percibir mirando por

debajo del brazo y se trataba de un edificio de dos pisos, oscuro, carente de misterio alguno aún en la oscuridad de la noche. Se erguía, achatado y sin trascendencia, a semejanza de las leyes que albergaba: era un monumento de prosaica modernidad incrustado entre casas de edades más antiguas. Simón miró hacia las ventanas que formaban cuadros regulares colocados en una sombría fachada de simetría geométrica, y observó que la primera de ellas se encendía.

—Las seis y media —dijo a Monty—. Nina debe de estar poniéndolos al rojo vivo.

Monty manipuló con una llave inglesa.

—¿No dará la casualidad de que se haya marchado antes que nosotros? Es posible que obtuviera lo que pretendía antes de lo que nosotros nos esperábamos.

—Ni aquí ni en ninguna parte, en una casa como esa. No existe empleado gubernativo en ninguna parte del mundo que pueda ser capaz de hacer una cosa en menos de setenta y nueve veces más tiempo que seamos nosotros capaces de realizarla. Todos tienen moho debajo de sus pies; esa es una de sus principales cualidades. Me tropecé una vez con un metalúrgico que se ganaba la vida proporcionando informes sobre los grafitos obtenidos de los lápices de los candidatos a empleos del Gobierno. Me dijo que se les habían agotado los lápices en el Ministerio de Hacienda y todo lo que se les ocurrió hacer fue sentarse sobre sus libros de contabilidad y bailar, y aun así y todo resultó que el presupuesto cuadró, por haber salido bien las cuentas.

El Santo arrancó aun otro trozo de cable y lo golpeó ferozmente con un cincel. Bajo sus palabras triviales se adivinaba un ligero atisbo de preocupación. Monty lo oyó entonces por vez primera y comprobó cómo la voz de Simón se endurecía. No había signo de debilidad en ella, ni tampoco señales de miedo: era el sonido emitido por un hombre cuyas facultades se estaban creciendo para ponerse alerta: era la fría espera del boxeador antes de entrar en el *ring*. Les mostró algo que a Monty solamente le había pasado inadvertido durante aquellas catorce horas que duró su aventura. El mismo optimismo que El Santo demostraba le hacía aparentar ser tan sencillo aún cuando giraba vertiginosamente: sin embargo, esa calma aparente provenía del corazón acerado de una actitud inflexible que tenía por causa la mirada penetrante de esos dos ojos azules escrutadores que llegaban a convertirse en dos hilitos de acero. La historia tenía que ser llevada a un final, a su único final lógico.

Simón quebró el cable por la mitad, ató los pedazos otra vez, envolvió una tira de cinta aisladora alrededor de la unión, y machacó todo para hacerlo plano. Sus movimientos daban la sensación de impaciencia contenida. Dentro de esa fortaleza que se le presentaba como un dolor agudo, el verdadero trabajo lo estaba verificando para él una muchacha, y según transcurría el tiempo llegó a comprender que hubiese preferido verificarlo él a su manera: sencillamente lanzarse dentro de la Comisaría de Policía en persona y sacar la información a punta de su pistola Webley. Cualquier cosa era preferible antes que soportar aquella inactividad desconcertante. Le constaba que sus pensamientos eran absurdos, pues el tomar tal partido representaba ir a un suicidio seguro, pero aun así y todo no podía remediar pensarlo. El *suspense* le tenía contraídos los músculos del estómago y le había embotado los sentidos, cuando tenía que conservar la lucidez suficiente para concentrarse en el cometido que le esperaba tan pronto como obtuviese la información. Parecía como si estuviese escrutando la profundidad de una laguna de agua clara, pero que de cuando en cuando algún misterioso objeto en las profundidades removiese el fondo envolviendo su objeto en turbio remolino.

En algún lugar de ese remolino se le representaban las facciones de Marcovitch haciéndole burla, huyendo más y más fuera de su alcance. Una helada gota les resbaló por su lado y El Santo pudo comprobar con gran sorpresa que provenía de su propio sudor. Los claros ojos de Josef Krauss se le aparecieron nuevamente: le miraban con su inconfundible y mordaz burla. Simón apretó los labios. No podía comprender lo que le pasaba. Físicamente se sentía igual que siempre y como él deseaba: Su pulso era firme, su vista clara, el latir de su corazón llevaba ritmo normal. Sentía la sensación de poseer un perfecto estado físico, entrenado hasta el límite, al llevar el ritmo del martillo en su manejo sin objeto definitivo. A pesar de todo, se estaba conduciendo como un colegial asustado y perdía control de su mente justo en el momento cuando más a punto tenía que estar para empezar el jaleo.

Procuró hilvanar sus pensamientos y se preguntaba cuánta tierra habría Marcovitch puesto por medio durante las tres horas transcurridas desde el último encuentro en el vagón. Simón trataba de calcularlo otra vez. Media hora hasta llegar a Treuchtlingen; por lo menos otra media hora para llegar a la jefatura de la Comisaría de Policía, y una hora más para dedicarla a diversiones y cosas intrascendentales. Aún podía conceder otra hora más durante la cual podía ocurrir cualquier cosa. Y mientras tanto, ¿qué había sido de Rudolf?

El Rolls que había robado ya habría sido recuperado, una vez que el robo fue avisado, y todo esto antes de la salida del próximo expreso de las cinco y media que salía para el Norte, y, por consiguiente, Rudolf habría elegido seguir por carretera. Probablemente tendría que tomar nuevamente contacto con Marcovitch en algún sitio determinado, pero con este nunca se sabía si podía contarse con él.

El Santo hacía esfuerzos para situarse en el lugar de sus enemigos. ¿Qué haría él si fuese Rudolf? Se preocuparía de que se controlasen todas las carreteras que partían de Munich y en todas ellas pondría puntos de comunicación. Si Marcovitch llegó a conseguir recibir un mensaje de la estación antes de la salida del tren, lo cual era lo más probable, sabría a qué atenerse en cuanto a qué camino tomar tan pronto como encontrase medio de locomoción, y en cuanto a lo demás, era sencillamente cuestión de hacer averiguaciones en los sitios señalados de antemano a lo largo de la ruta a los que se tendría prevenidos por teléfono cuando se precisase. Más tarde o más temprano ese sistema les pondrá en relación nuevamente, y en virtud de la hora de más que El Santo concedía a Marcovitch en sus cálculos, su opinión se inclinaba a que sería «más temprano». Marcovitch habría hecho vibrar los cables con la descripción de sus hazañas tan pronto como le fuese posible, y todo el relato estaría a la disposición de Rudolf.

Sería probable que el siguiente paso fuera ir a Ingolstadt... Y todo esto significaría que tal vez Rudolf se pondría en camino hacia Treuchtlingen para hacerse cargo del mando... Y quizá estuviese Marcovitch y toda su jauría de presidiarios aguantando en Treuchtlingen esperando la llegada de Rudolf para reunirse con ellos allí...

El Santo procuró dominarse con firmeza. De nuevo, al llegar a esa conclusión, se le había escapado el hilo de sus pensamientos, como le había ocurrido en ocasiones anteriores. Las nieblas de la incertidumbre le envolvían otra vez, borrando todo en un torbellino desesperante. Luchaba contra este estado con salvaje frialdad, pero con el resultado de que aún volvían a hacerse más densas. El hilo se le perdió definitivamente, y sus propios esfuerzos para recuperarlo solamente servían para conseguir que la extremidad se disipase en la más profunda oscuridad. Tenía la sensación de que su mente había elegido el momento para empezar un juego a los despropósitos consigo misma; era como si una parte de ella se hubiese sublevado contra la otra y quisiese tomar sus propias iniciativas descabelladas. Fueron semanas más tarde, al recordar este lapsus de desconocida impotencia, cuando empezó a comprender que

había en esta actitud una intervención de un oculto poder psíquico que era inexplicable para él.

Miró hacia arriba dirigiendo su vista a la fachada de cemento de la Comisaría de Policía. Según la oscuridad les iba envolviendo, se iban iluminando otras ventanas, proyectando sus cuadros de luminosidad matemáticamente por fuera de la pared. El rectángulo formado por la puerta de entrada aún permanecía oscuro, semejante a una cuneiforme madriguera de alguna rata.

Simón se pasó la mano por los ojos.

—Si siquiera supiésemos cuáles de estos hilos son los del teléfono, nos sería posible cortarlos —dijo, sin alterar el tono sereno de su voz—. No estoy muy convencido de que no hayamos estropeado algo, pues esos dos trozos de hilos parecían cumplir funciones de trabajo continuo antes de maniobrar con ellos.

Eso fue todo lo que dijo, pues dejó de hablar en forma tan natural que Monty no sospechó nada de lo que había ocurrido.

Sin embargo, antes que sus últimas palabras hubiesen salido de su garganta, había visto Simón una cosa que hizo desvanecer todo otro pensamiento de su mente. Irrumpió en sus sentidos con la fuerza de una bomba que explotase, aferrándose a su imaginación con fría tenacidad próxima a la parálisis, lo que le daba la impresión de que todo el mundo a su alrededor se había quedado paralizado en un segundo. Y entonces fue cuando un inmenso torrente de comprensión invadió sus sentidos como un alud rompiendo la apacible quietud que parecía haber estado sostenida como en una gigantesca burbuja de cristal, proyectando los destrozados fragmentos de su pequeño mundo en un torbellino de incoherencias, haciendo que la sangre le zumbara en los oídos tal como el ruido de cien dínamos a un tiempo.

Había empezado con tanto sigilo y quietud que contempló su llegada sin el menor asomo de sospecha. Penetraron en su mirada igual que lo hacen los detalles de las casas circundantes, o como si mirase hacia una de las piedras de entre la multitud del empedrado que le rodeaba: en fin, tal como si fuese un detalle sin importancia en el panorama normal de la calle donde se encontraba. Así permaneció sentado entregándose totalmente a ello, como un recién nacido que inocentemente balbuciese hacia las fauces amenazadoras de una cobra.

Tres personas llegaban por la calle abajo.

El Santo miraba hacia ellas sencillamente porque daba la casualidad de que miraba en esa dirección. Se encontraban unos sesenta o setenta metros

calle arriba cuando primero las vio, pero estaban demasiado lejos para que pudiese distinguir sino que eran unas sombras en la creciente oscuridad, y, por tanto, no significaban para él más que si fuesen una de tantas como habían pasado una vez y otra durante el tiempo que estuvo sentado en aquel sitio. Las miraba sin verlas mientras su imaginación estaba entretenida en otras cosas. El hilo de sus deducciones todavía se le resistía en el nudo vital, envolviéndole en ese fangoso remolino de vagos pensamientos que desviaba la limpia trayectoria en sus ideas, y se esforzaba en vencer una resistencia interior que su imaginación no llegaba a dominar. *¡Si Marcovitch estuviese esperando a Rudolf en Treuchtlingen!* Las personas seguían aproximándose: pudo comprobar que una de ellas era una mujer, y advirtió que detrás de ella había el brillo de algo metálico, pero aun entonces no pensó más sobre este particular.

La niebla le defraudó una vez más. Miró hacia la Comisaría de Policía y comenzó a hablar con Monty, sin darle cuenta alguna de su lucha interior...

Y fue entonces cuando se encendieron las luces de la calle, saltando en pequeños satélites de incandescencia que punzaron la oscuridad con multitud de lunas. Los rayos de una de las luces descendieron con toda nitidez sobre las tres personas que ya se encontraban a menos de veinte metros de distancia, dando de lleno en el pálido y orgulloso semblante de la muchacha situada en el centro del grupo: y Simón pudo comprobar que se trataba de Patricia Holm.

El Santo enmudeció súbitamente. Vagamente distinguía las caras de los dos hombres: el policía se encontraba a un lado, y Marcovitch en el otro, demostrando un salvaje regocijo. Lo inesperado del acontecimiento le dejó anonadado. Se sentía como si su destino le hubiera cerrado las puertas en la cara, dándole a la llave y pasando todos los cerrojos, uno por uno, sin poder hacer nada para remediarlo. Fue un acontecimiento que no se le había pasado siquiera por la imaginación. Trataba estúpidamente de encontrar un motivo de justificación por si una explicación fuese lo bastante lógica como para dar verosimilitud a lo que estaba viendo. El cabo del hilo que había estado persiguiendo en su imaginación pasó por su mente en viaje fugaz como si fuese una inyección de ardiente mercurio. *¡Si Marcovitch estuviese esperando a Rudolf en Treuchtlingen!* Ahí quebró el hilo violentamente cual un cable sobrecargado, deshaciéndose en pedazos bajo el peso de una abrumadora realidad. Ahí estaban los hechos. Patricia había sido capturada, desarmada, cogida por las férreas garras de la ley con tanta seguridad como si las puertas de una celda ya se hubiesen cerrado tras ella, y Marcovitch iba con ella hacia la Comisaría de Policía para hacer buena la denuncia. El mecanismo estaba en

funcionamiento, envolviéndola con sus tenazas y atrayéndola irremisiblemente hacia el interior del engranaje. La burbuja de cristal había reventado.

Vagamente se dio cuenta Monty Hayward de que a su lado se había producido un terrible silencio, y levantó la vista. El Santo se encontraba rígido de arriba abajo, mirando fijamente a través de la calle como hombre en trance. Volviéndose para ver el objeto de esa mirada, Monty Hayward en el mismo instante también comprendió lo que ocurría. El Santo entonces volvió de su ensimismamiento. Una roja ráfaga cruzó por su mirada, y el desánimo contenido en su forzada quietud explotó en una furiosa ansia de venganza. Su mano derecha saltó hacia su bolsillo posterior: fue entonces cuando Monty Hayward se precipitó en un alarde de fuerza que él mismo desconocía que tuviese, y se aferró a su muñeca.

—¡Simón, esto no te va a servir de nada!

Durante unos segundos creyó que El Santo iba a disparar contra él cuando le hablaba. Los ojos de El Santo le atravesaban sin verle, como si se tratase de un desconocido; centelleaban sus ojos entre rayos azulados y puntitos de fuego. No se advertía vestigio alguno de inteligencia o de humanidad en ellos, solamente reflejaban el estallido atolondrado de una salvaje venganza que se hubiera enfrentado contra todo un ejército únicamente con sus manos. Durante aquel segundo, El Santo estuvo loco, frenético, ciego y sordo, con una locura que jamás había visto antes Monty Hayward en su vida. Monty se enfrentó con la muerte cara a cara, pero se mantuvo firme sin titubear. Se aferró a la muñeca de El Santo como una tenaza, y atravesando con sus palabras la barrera de la total locura de El Santo, le fue trayendo lentamente a la razón. La muñeca de El Santo fue cediendo lentamente, muy poco a poco, y el centelleo rojo de su mirada fue desapareciendo en la profundidad de los mismos.

Sus ojos se desviaron de donde se habían clavado.

—Puede ser que tengas razón.

La voz de El Santo era casi un murmullo: sin embargo, Monty veía que su boca componía las frases, y pudo observar cómo empezaba a volver el color a los labios que antes habían estado blancos como dos delgadas piezas de mármol. Fue entonces cuando soltó la muñeca de El Santo, y este recogió un alambre y continuó en su tarea de retorcerlo mecánicamente.

La calle seguía tranquila. En todos esos momentos de tensión solamente se produjeron dos movimientos de violencia y ninguno de ellos habría podido ser notado más que por alguno que se fijase mucho, dada la escasez de luz. Y

en cuanto a las aceras, estas estaban prácticamente desiertas a excepción de las tres personas que pasaban bajo una de las farolas a media docena de metros de distancia de la Comisaría de Policía. Las miradas de curiosidad de los pocos peatones que había a la vista se centraban exclusivamente en la muchacha: ninguno de ellos se molestaba en prestar la menor atención a un par de obreros que, agachados sobre un agujero de la calle, se ocupaban de manipular en los cables. Marcovitch no sabía cuán cerca se había encontrado de la muerte. Se regocijaba de su triunfo, ajeno a todo lo que le rodeaba, marchando directamente hacia la entrada de la Comisaría de Policía sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Fue a él a quien tocó subir primero los escalones: entonces fue cuando Simón pudo tener otra visión de la muchacha, una visión que no olvidaría mientras viviera, pues llevaba la rubia cabeza desafiante y un porte de princesa en su paso firme. Y entonces también ella desapareció, y tras ella la puerta cerrose, envuelta en resplandor.

—Creo que Marcovitch tendrá que morir —dijo El Santo.

El alambre se rompió al retorcimiento de sus dedos como si fuese un trozo de hilo podrido, y ni siquiera se dio cuenta de que se había roto cuando lo dejó caer.

Se puso a mirar fijamente hacia arriba y abajo de la calle. La gente se iba disipando y ocupando de sus asuntos como si nada hubiese ocurrido pero a ambos extremos de la calle podía distinguir que había más personas, deambulando en grupos bajo farolas y ventanas iluminadas. Monty había tenido razón ¡era una amarga verdad! No hubiera podido escapar. No había ni un solo vehículo a la vista, nada que hubieran podido requisar para la clase de fuga que hubieran tenido que emprender. Al primer tiro se habrían encontrado enfrentados a una muralla humana. Simón sintió como si un viento frío le hubiese atravesado de parte a parte, convirtiendo su estómago en hielo. Se sentó con sus puños cerrados en un espasmo que hacían dolerle los brazos, su mirada no se posaba en nada en particular, y sufría la amargura de la humillación.

Fue entonces cuando vio un nuevo haz de luz posándose alrededor de la calle. Hacía destacar la línea de las casas, proyectándolas en óvalos de alumbrado y dejándolas pasar más tarde nuevamente a la oscuridad. Por un momento el haz de luz cogió a El Santo de lleno, pero él instintivamente había inclinado la cabeza y comenzó a manipular en los cables. Entonces fue cuando el foco de luz pasó veloz y se posó rectamente a lo largo de la calle y convertía a las piedras del empedrado en pequeños montes con negras profundidades detrás de cada una. El coche pasó rápido hacia abajo al lado

opuesto de la calle con el suave runruneo de su motor perfectamente equilibrado, y frenó sin esfuerzo delante de la Comisaría de Policía. Entonces, una ola de oscuridad le envolvió al apagar los faros, y El Santo miró hacia él por encima de su hombro con asombro y excitación. El chófer corría para abrir la puerta, al ponerse el pasajero en pie. Simón vio su perfil recortado limpiamente en la luz de la puerta de la Comisaría. Era el príncipe heredero Rudolf.

DE COMO MONTY HAYWARD RECITÓ POESÍAS, Y SIMÓN TEMPLAR SE REGALO CON UN LAVADO.

I

El príncipe heredero se sacudió la manga y ascendió por los peldaños de la Comisaría de Policía, tan exquisito e imperturbable como de costumbre. Desapareció en el interior del severo edificio. Simón le vio cómo se iba.

Y entonces algo en la mente de El Santo pareció querer estallar. Era algo que forzosamente tenía que ceder bajo el impacto destructor de la desesperación que le embargaba, y lo que dio de sí fue esa misma desesperación. Un gran peso se le quitó de los hombros y sus pulmones se ensancharon bajo una gran aspiración de vida. La tierra trepidante se quedó quieta bajo sus pies. Se sentía como un potente nadador, prendido en una espesa maraña de algas, y que hubiera luchado para librarse de la asfixiante oscuridad para salir al resplandeciente sol y bendito aire tan necesitado. La terrible impresión de impotencia empezó a disiparse de su cabeza, y sintió las ruedas giratorias de su mente marchar suavemente y bien de nuevo, sin que la explosión de la bomba que las había puesto fuera de combate fuese nueva causa de perturbación. No le hubiera sido posible explicarse este extraño despertar: solo sabía que su antiguo valor combativo le había vuelto, enviando su sangre circulando caliente por sus venas y llenando sus músculos con esa antigua sensación de poder imbatible. Se desperezó como un gato en la triunfante acumulación de la llamada de fuerza indomable. Y entonces supo de antemano cómo iba a terminar la historia.

Monty Hayward miró hacia él y se quedó maravillado. El Santo aún conservaba la frialdad en la mirada, pero de repente sus ojos adquirieron un

brillo como si el sol hubiese reflejado sus rayos sobre dos puntos de hielo azulado. Una ligera sonrisa se dibujó en los labios de El Santo; una sonrisa a la que todavía quedaba el privilegio de llegar a la gloria de ser puramente de El Santo, y, sin embargo, seguía siendo la sonrisa que aún no había poseído anteriormente. Y El Santo habló en una voz que solo era comparable a su sonrisa.

—¿Podría algo resultar mejor?

Monty se apartó ligeramente de aquella voz como si un rayo hubiera caído delante de él. No podía creer que viniese del hombre a quien había visto tratar de usar su pistola momentos antes. ¡Era regocijante, decididamente regocijante!

—No me puedo explicar a qué te refieres, querido —dijo, algo perplejo.

—Pero ¡caramba! ¿No ves lo que ha ocurrido?

El regocijo reflejado en la voz de El Santo aumentaba, y, sin embargo, El Santo aún seguía sonriéndole.

—¡Marcovitch estaba esperando a Rudolf en Treuchtlingen! Vio a Pat en alguna parte, no sabemos dónde, y puso al policía en su pista. Entonces cuando vino aquí con ella tuvo que dejar un mensaje en el sitio de la cita para hacer saber dónde se encontraba. Rudolf ha debido de llegar unos minutos más tarde, y, naturalmente siguió derecho a donde estaban. *¡Y aquí se encuentran ahora!*

Otra vez Monty Hayward tuvo la impresión igual que cuando estaban en el hotel en Munich, de que El Santo se había trastornado debido a la tensión experimentada. Solamente que esta vez esta impresión rayaba en certeza absoluta.

—¿Bueno y qué? —dijo con suavidad.

El Santo se echó a reír para sus adentros.

—¡Esto es lo que hay! ¡Se encuentran aquí —Pat, Rudolf, Marcovitch— toda la constelación de estrellas de la representación! Y las joyas de la corona se encuentran muy cerca de ellos, me apuesto un millón de dólares. Marcovitch no se atrevería a perderlas de vista. Toda la gama de trucos, Monty, empaquetada y sellada para la entrega en ese sitio abominable de *¡Polizeaint!* Justamente parecería que les hubiéramos reunido a propio intento. Y, además, ten en cuenta que solo hay un personal exiguo dentro. Todo hombre capacitado de que pueden disponer se encuentra en campo abierto siguiendo nuestra pista a través de las flores de primavera. Y mientras, aquí estamos tan campantes, gastándonos las posaderas en este campo de

ladrillo, mientras los condenados están a nuestra disposición a veinte pasos de nosotros. ¡Los tenemos cogidos a nuestras anchas!

Monty se le quedó mirando fijamente.

—¿Qué idea se te ocurre? —acertó a expresarse con lentitud, y El Santo contestó con cuatro palabras que le llegaban como balas.

—¡Entrar y cogerlos!

Una pareja de obreritas pasaron al lado de ellos, riéndose con el cuchicheo en que cotilleaban en igual forma que otras obreritas en cualquier parte del mundo suelen hacer, y Monty Hayward escudriñó en los fríos ojos de El Santo, pues sabía qué era lo que encontraría en ellos antes de mirar. Es que El Santo se refería en serio ce por be a todo lo que había manifestado. Monty tuvo el consuelo de comprobar que su diagnóstico había dado en la diana. El Santo había perdido la razón en igual forma que una liebre de marzo. No era, sin embargo, su locura la homicida y feroz que había podido ver momentos antes, sino la locura del puente en Innsbruck y la de la entrada de Treuchtlingen, y, por tanto, era una cuestión contra la cual Monty ya nada podía hacer, ni argumentar.

—Voy contigo —dijo.

Ni siquiera pasó por su imaginación preguntarse por qué lo dijo. ¡Diablos! Ya estaba bastante fastidiado de todos modos. ¿Por qué entonces preocuparse más? A última hora les esperaba una buena pelea, y su recompensa la tendría seguidamente. Habíase encontrado a sí mismo solamente hacía poco tiempo y ahora no iba a desperdiciar esta ocasión que se le brindaba.

Escuchó la voz de la tentación hablándole. Simón se encontraba inclinado hacia él, mientras con un cincel rascaba entre los tubos.

—Es lo único que podemos hacer, Monty. No se nos presentará una ocasión como esta nunca más. Y tendremos que realizarlo en este mismo momento, mientras ellos se encuentran ocupados. ¡La gloria o la muerte sea con nosotros, Monty!

—Adelante, querido hijo y hermano.

El Santo se echó a reír ampliamente.

Inspeccionó la calle de un lado y de otro por debajo de su brazo. El chófer se encontraba paseando como ensimismado arriba y abajo de la calle junto al Rolls de color crema, haciendo alarde de la indiferencia propia de los chóferes, pero Simón reconoció en él al hombre de cuya nariz tuvo el privilegio de tirar varias horas antes.

—Tendremos que quitar de en medio a esa bola de grasa —observó—. Podré precisar su coche. Y a ti te toca sacarle de en medio, Monty, porque a

mí me conoce.

Siguió dando nuevas instrucciones.

Y en aquel preciso instante comenzó una serie de notables experiencias que alegraron la vida de herr Bruno Pelz, chófer extraordinario de Su Indescriptible y Pulcra Alteza el príncipe heredero Rudolf.

Se iniciaron las mismas aparentemente con la mayor inocencia al producirse el incidente de que un obrero que llevaba un mono de trabajo se levantara por fuera del agujero de la calle donde se encontraba trabajando, y se dirigiera hacia él. Proseguía en la misma forma casual la tal experiencia al aproximarse el obrero a herr Pelz y con mucha cortesía rogarle que le diese una cerilla para encender el cigarrillo. Continuaron con la acción por parte de herr Pelz al proveer el fuego que se le pedía, lo cual era también lo más corriente que ocurriese, ya que herr Pelz no había llegado al estado de ruindad en rebelarse contra costumbres de un país donde el fuego se consideraba tan libre como el aire. Pero al llegar a ese período en el historial de herr Pelz, lo corriente del caso daba a su fin para siempre.

Encendió una cerilla y la acercó al cigarrillo del obrero, mirándole casualmente a la cara mientras hacía esto. Y esa mirada casual le hizo sufrir el susto mayor de su vida. Por encima de la tenue llama, el obrero le estaba guiñando con el más horrible estrabismo que jamás había visto. Los ojos saltones le contemplaban con intención malévolamente que resultaba de una repugnancia parecida al semblante que podría poner una arpía inflada con el delirio de la lascivia. Herr Pelz retrocedió en un gesto involuntario de aversión. Sintió cómo sus cabellos se le erizaban en el cuello, como si esos ojos bizcos se hubieran salido de sus órbitas y se hubieran posado sobre su carne. Pero el obrero parecía estar ajeno a la repugnancia que había provocado. Dio las gracias entre dientes y se volvió, no sin antes hacer otro guiño que torció sus facciones en un horrible conjunto de repelentes surcos.

La cabeza de herr Pelz se movía de un lado a otro con disgusto al observarle renquear calle abajo. No podía adaptar su mirada de la espalda del hombre mientras le durase la impresión de aquel repelente guiño. Y así fue como herr Pelz vio lo que de otra manera no le hubiera sido posible notar: que, al mismo tiempo que el obrero pasaba por debajo de una de las farolas de la calle, sacó un pañuelo mugriento de su bolsillo, y un pedazo de papel, que venía pegado al pañuelo, cayó volando sobre la acera.

Le hubiera costado a herr Pelz más trabajo resistirse a coger aquel papel que si hubiese tenido que hacer votos perpetuos de ingreso en un monasterio. Sin dudarlo más se dirigió hacia él, impelido por la malsana curiosidad que la

experiencia le había creado. De esta manera, al aproximarse, vio que el papel no era ni más ni menos que un billete de cien marcos.

Lo recogió, y lo volvió y revolvió a la luz de la farola, no sin cierta desconfianza. Indudablemente, el billete era auténtico sin duda alguna.

Con lo acontecido, la curiosidad daba paso a la avaricia ya latente en herr Pelz. Este lanzó una recelosa mirada alrededor de él para comprobar si alguien había observado el incidente. Sin embargo, nadie parecía que hubiese hecho el menor caso de él, y el otro obrero seguía dando martillazos en sus tuberías con vigor ininterrumpido. Herr Pelz desvió su mirada nuevamente a la persona en retirada, y esta vez con mucha menos repugnancia.

Y según miraba herr Pelz, el ogro bienhechor restituía el pañuelo al bolsillo, y esta vez otro billete de cien marcos resbaló hacia la acera.

Si herr Pelz hubiera rezado alguna vez para que la Providencia le hiciese el don de que una avalancha de billetes de cien marcos se posase a sus pies, este prodigio se estaba produciendo en estos momentos. Mientras se le iban los ojos en dirección del obrero calle arriba, vio que un nuevo trozo de papel le cayó del bolsillo y que empezaba a flotar hacia la alcantarilla, e inmediatamente otro, que hacía el cuarto, le siguió. Con increíble rapidez le siguieron un quinto, sexto y séptimo. El obrero estaba regando billetes por toda la calle igual que si fuese él una fábrica de moneda ambulante. Y mientras doblaba la esquina para entrar en un callejón lateral, otro billete que hacía el total de ochocientos marcos caía sobre el pavimento.

Herr Pelz no lo pensó más. Se metió en la ratonera, donde encontraría su perdición, con la boca abierta, y a todo correr. Como quiera que el príncipe Rudolf se encontraba todavía en la Comisaría de Policía, aunque regresase inesperadamente, se podría encontrar una excusa por no hallarse en su puesto.

Mientras, el cuerno de la fortuna se abría con la mayor prodigalidad, y hubiera sido un verdadero pecado no haber aprovechado tan magnífica oportunidad. Si el obrero era un ladrón, o un loco en fuga, o quizá fuese un millonario excéntrico, todo ello hacía desear a herr Pelz cogerlo en el callejón oscuro... Los negros ojos de herr Pelz brillaron como bolas de mármol. En días no lejanos había sido mandarrias en un mundo de los bajos fondos y conocía todos los trucos de su antiguo oficio. Sabía que lo arreglaría todo en un santiamén y en cuestión de unos pocos segundos lo terminaría sin el menor ruido.

Apresuró el paso por la acera abajo, y al mismo tiempo iba recogiendo billetes de cien marcos. Sus dedos cogieron el último al mismo tiempo de

torcer hacia el callejón, y todavía unos metros más adelante, dentro ya del callejón, vio otro billete. Se inclinó para recogerlo...

Y fue entonces cuando un objeto pesado de hierro, manejado con maestría, le fue descargado en la parte posterior de la cabeza. Durante unos momentos se le aparecieron fuegos artificiales comparables a las demostraciones del cuatro de julio: seguidamente, una oscuridad total y acogedora le envolvía a él y sus sueños.

Monty Hayward regresó como un triunfador lo haría de las guerras.

Se dejó caer sobre las piernas que rodeaban el agujero de la calle, y miró a El Santo con ojos que ya no mostraban estrabismo. Había en ellos la semilla de una sonrisa, la semilla que solamente un golpe dado en honor del desorden podría conseguir. El Santo le sonrió.

—¿O. K.? —le preguntó.

—Sí, O. K. —contestó Monty Hayward—. Me escondí en un portal y le solté un cachiporrazo. Como había cerca una especie de furgoneta, y había un tipo poniéndola en marcha, le oí decir que tenían prisa pues debían llegar a Nürenberg antes de la hora de comer, y entonces cogí al amigo y lo zampé entre las verduras.

Miró para atrás al tiempo que un viejo Ford desembocaba en la calle y pasaba de largo.

—¡Y ahora ahí va!

Simón Templar asintió y este asentimiento significaba multitud de cosas. Se incorporó y estiró las piernas.

—Pues entonces no nos va a molestar durante algún tiempo —exclamó—. Ya me figuro que podemos dar comienzo a nuestra tarea.

—Completamente de acuerdo, Santo.

El Santo se le quedó mirando fijamente. En menos años de los que tenía el otro hombre, se había acostumbrado a conocer su oficio desde todos los puntos de vista, y estaba acostumbrado asimismo a todas las intrigas que llevaba consigo. No era que los encantos seductores de ese juego no le atrayesen en la misma forma que era habitual en él, pero conocía muy bien lo peligroso del asunto. Por ello, tenía dudas de aprovecharse de la entrega total que Monty hacía.

—No hay necesidad de que tú entres conmigo —exclama—. Esto no es ni por asomo como otros líos anteriores. Tal vez estemos metiéndonos en una trampa. Si quieres quédate aquí algún rato...

—¿Por qué no empezamos ya? —respondió Monty Hayward brevemente—. Yo no me perdería un jaleo como este ni por mil libras esterlinas.

El Santo sonrió con alguna tristeza.

—Caiga sobre tu cabeza lo que pueda ocurrir —contestó: sin embargo, su mano se posó sobre el hombro de Monty durante un instante.

Y entonces se volvió y caminó a través de la calle.

No se hacía ilusión alguna sobre lo que trataba de conseguir. Antes que terminase tal vez habría una pequeña guerra en pleno desarrollo en aquella pacífica calle. Tendría que tomar el riesgo consiguiente. Y si fuese necesario, tendría que hacer la guerra total. Era el único camino que le quedaba. Patricia estaba dentro de esa Comisaría de Policía, irremisiblemente cogida en las poderosas tenazas de la ley, y aun si hubiese sido un hombre libre el caso seguiría siendo desesperado, pues eso de tener que preparar planes a base de abogados, ocuparse de los engorrosos recursos de las finanzas y aplazamientos de vistas, y enfrentarse a base de los escasos testimonios de que pudiera disponer, contra los montones acumulados de intrigas e influencias del príncipe Rudolf, todo ello con perfecto conocimiento de causa de que las circunstancias serían desfavorables a él desde el comienzo.

No se podía pensar en tomar partido de la índole descrita teniendo a la Policía ofreciendo recompensas para su captura. Por ello, se decidió a tomar la única oportunidad que se le ofrecía, que era ganar la pelea en la misma forma que lo había hecho desde el principio, como siempre había ganado tales escaramuzas, con el acero de una pistola firmemente agarrada en sus manos, con lo que conseguía limpiar el tablero de ajedrez en desafío con la muerte.

Echó a correr escalera arriba de la Comisaría de Policía y entró en el solitario vestíbulo. A su izquierda había un corredor, y más abajo halló una puerta de cristal que daba entrada a una estancia pequeñísima, donde el ciudadano corriente tenía que permanecer en pie e inclinarse sobre el mostrador para conversar con el representante de la ley. Detrás del mostrador había una especie de oficina en desorden en la que encontró a un policía calvo escribiendo muy atareado en una mesa y otro se entretenía cuidadosamente en hurgarse en los dientes.

Simón irrumpió en la estancia sin más ceremonia, echando una mirada rápida atrás para cerciorarse de que Monty le seguía. El golpe debía darse con rapidez, realizado con un ataque que no diera al enemigo tiempo para pensar en soluciones o verle muy de cerca su muy encantador semblante. Cayó sobre el mostrador fatigosamente llevando en la cara señales de excitación bajo la capa mugrienta que la cubría.

—*Machen Sie schnell!* —acertó a balbucir— *Ein Kinci ist von einem Motorrad angefahren worden!*^[26].

El funcionario que se hurgaba en los dientes tal vez no se sintiese muy sentimental por la noticia de que un chiquillo había sido atropellado por una motocicleta, pero no obstante tenía una devoción muy loable por el cumplimiento del deber.

Recogió su gorra y cruzó una compuerta del mostrador, abrochándose al mismo tiempo el cuello de su guerrera. Simón le hizo sitio para que pasase. Al tiempo que el policía pasaba fuera de la vista de su colega que se encontraba en la oficina, Simón le golpeó dos veces en la nuca; fueron dos golpes mortíferos de *jiu-jitsu* dados con el filo de la mano. El policía se derrumbó hacia adelante silenciosamente y derecho en los brazos de Monty.

—Sostenle y habla con él —ordenó vivamente El Santo—. Te pueden ver desde fuera. Ahora voy por el otro...

Monty apoyó al policía contra la pared y se agarró a él nerviosamente.

Nunca se había encontrado en el caso de tener que hacer una cosa parecida ni aun en los locos días de aventuras. Pero era que las luces proyectadas desde el vestíbulo, que parecía de día, le daban de lleno y le constaba que para cualquiera que mirase hacia él desde fuera le hacía destacar igual que si fuese el personaje central en una escena teatral. Simulando una especie de excitación escénica empezó a recitar *El Naufragio del Hesperia*, acompañándose al mismo tiempo de gestos violentos.

Simón volvió corriendo a la oficina, y el policía-oficinista levantó su mirada. El Santo no le dio más tiempo para pensar que el que dio al primer hombre.

—*Wollen Sie hinauskommen, bitte? Der andere Schupo bedarf Hilfe...*^[27].

El escribiente se levantó de la silla al mismo tiempo que emitía gruñidos. Simón le sorprendió con idéntico golpe al cruzar el mostrador, y le dejó en el mismo sitio donde cayó.

Regresó a donde estaba Monty y lo encontró dedicándose muy atareado con la primera estrofa, ya que no le venía a la memoria una vez que hubo recitado tres versos.

—«Y el capitán ha conseguido que su hija pequeña le traiga...».

—Todo está ya arreglado —dijo El Santo.

Atacó por el otro lado del que Monty tenían enfrente. Los dos juntos levantaron al hombre que permanecía sin sentido introduciéndole en la oficina y le dejaron sobre el suelo, arrastrando al oficinista más adentro, junto al otro. Simón rebuscó y descubrió unas esposas con las que juntaron las muñecas y tobillos de los policías, asegurándolas; entonces improvisaron unas mordazas con sus pañuelos y bolas de papel secante. Todo lo hicieron con rapidez

asombrosa y en un silencio absoluto. El Santo movió la cabeza en dirección de una puerta que se encontraba al lado opuesto de la oficina, a través de la cual llegan murmullos de voces.

—Creo que ese debe de ser el cuarto de las denuncias —susurró en el oído de Monty—. No hagas el menor ruido, pues no estamos todavía en condiciones de dar la alarma.

Un ligero zumbido interrumpió sus palabras y se volvió rápidamente para ver de qué se trataba. Provenía de una centralita telefónica privada que había en un rincón, donde una pequeña bombilla roja se apagaba y encendía emitiendo llamadas.

El Santo se dejó caer en el banco del operador y enchufó el circuito de llamada. Monty, mientras tanto, escuchaba rígidamente, con la pretensión de poder discernir las breves palabras que se estaban recibiendo por el diafragma. No se cambiaron más que un par de frases, y entonces vio cómo El Santo se sonreía y contestaba con una sola palabra.

—*Sofort!*

El Santo se levantó del banco y empezó a buscar el cable principal del teléfono. Lo encontró y de un golpe rápido lo desconectó. Entonces, por segunda vez, habló en el oído de Monty.

—El Gran Mandamás se encuentra en alguna parte de arriba. Se trataba de él pidiendo que le llevaran a Pat y a los testigos a su despacho. Ten todo en la mayor quietud posible mientras voy a buscarle, hay pistolas que llevan esos tipos, las que puedes tomar, y seguramente existirá salida del cuarto de denuncias que deberás tener muy en cuenta. Si es posible, no dispaes. Yo volveré cuanto antes.

Desapareció dentro del vestíbulo y torció al pasillo que había visto anteriormente. Después de unos pasos a la largo del mismo se encontró una puerta a la derecha, a través de la cual oía las mismas voces que charlaban: se trataba de la segunda entrada al cuarto de denuncias que había adivinado que existiese. Simón hubiera dado cualquier cosa por ponerse a escuchar allí lo que hablaban, pero los minutos transcurrían y debía aprovecharlos. La noche ya estaba muy avanzada, y en cualquier momento los coches patrulla que habían dejado a la Comisaría desprovista de personal y reducida a la mínima expresión volverían zumbando calle arriba con el relato de su fracasada persecución.

Y si eso ocurría, los tipos se encontrarían metidos en el fregado... El Santo apretó los labios y fue de puntillas hacia la puerta sin volver la vista atrás. La atravesó, saliendo a una escalera de piedra y subiendo por ella.

En el descansillo habían puertas todo alrededor. Se puso de rodillas y pasó la mirada por el suelo para ver señales de la habitación de donde había venido la llamada telefónica. Solamente una puerta proyectaba un hilillo delatador de luz cerca del suelo. Parecía que la suerte se le daba magníficamente. Se aproximó a la puerta y llamó con los nudillos, recibiendo al instante la orden de pasar.

Un hombre de pelo blanco con mandíbulas cuadradas y hombros de porte militar, así como un hombre de edad mediana con cabeza típica de forma de bala, los dos en trajes de paisano, apartaron su mirada de un pupitre donde contemplaban mapas y papeles en el momento de entrar El Santo.

Simón les mostró la pistola y al mismo tiempo les sonreía, y se expresó en el más perfecto alemán.

—Creo que ustedes andaban buscándome —dijo sencillamente.

II

Los dos hombres se quedaron petrificados en el mismo sitio donde estaban, mirándole fijamente y palideciendo por lo inesperado de su llegada.

Si la puerta se hubiese abierto para dejar paso a una manada de hipopótamos verde esmeralda no se hubieran quedado tan atónitos. Pero aparte de la involuntaria hinchazón que se les entraba en la vista y la caída de las mandíbulas, no hicieron más movimiento. Por muy carentes que fuesen de virtudes como mantenedores de la ley, lo cierto era que no carecían de valor personal.

Transcurrieron varios segundos antes que hablase el de más edad de los dos.

—¿Qué desea usted? —preguntó con calma.

—Tener una pequeña conversación —dijo El Santo. Hizo un movimiento con la automática dirigido a la mano derecha del jefe, que iba llevando la mano subrepticamente por encima de la carpeta hacia una hilera de botones de llamada—. Se puede usted evitar la molestia de llamar; todos los hilos han sido desconectados, y en todo caso nadie contestaría la llamada.

El Santo estaba exagerando en lo que decía, pero el jefe no lo sabía. Y además, la advertencia fue hecha con tal aire de sinceridad, que dio en el blanco con la misma efectividad que si hubiese sido un tiro de la pistola que con toda serenidad apuntaba El Santo. El jefe retiró la mano.

—¿Cómo se las ha arreglado para entrar?

—Simplemente pasé dentro. La puerta estaba abierta.

Los dos permanecieron inmóviles, y siguieron mirando fijamente hacia él. Era la pistola de El Santo y la sonrisa del mismo lo que les había dejado paralizados; su primera idea fue la de que se trataba de un loco, y El Santo calculaba que después de la primera impresión de su llegada se dedicaría a medir las posibilidades de que diese al gatillo si cualquiera de los dos hacía un movimiento involuntario. Contra esta circunstancia medían la eventualidad de presentarse sumisos a él con mucho tacto hasta el momento en que pudieran atraer la atención de esos incommovibles ojos azules.

Entonces Simón pudo observar que el más joven estudiaba sus facciones con curiosidad: se percató de que la mente del hombre iba comprendiendo lo que le parecía increíble, y se adelantó alegremente a confirmárselo:

—Yo soy Simón Templar, El Santo.

Los dos hombres permanecieron inmóviles, y en esta ocasión el motivo de su forzada quietud se concentraba exclusivamente en la mano que portaba el arma. El Santo se daba cuenta de cada fase de la lucha interior que había en sus mentes. El hombre más buscado de Europa, el hombre a quien toda la fuerza policial alemana buscaba insistentemente por todo el país, el hombre que tenía puestos precios elevados sobre su cabeza, este hombre estaba sereno ante ellos en aquel cuarto. La recompensa por la que cada hombre del Cuerpo hubiera dado su mano derecha, se encontraba ahora ante ellos como una gran tentación a solo una distancia de cuatro metros. Y la pistola automática que portaba en la mano no temblaba al agarrarla firmemente cual un robot de acero.

La escueta información que acababan de recibir tomaba cuerpo en sus mentes agrandándose en forma fabulosa. Cualquiera de ellos que hiciese el primer movimiento sospechoso estaría perdido; el otro tal vez pudiera sobrevivir para ganarse la gloria. El ambiente les oprimía con la terrible presión de sus luchas interiores.

—Tendré necesidad de ponerles las esposas —dijo El Santo con calma—. Se volverán ustedes de espaldas y pondrán las manos atrás. Manténganlas bien separadas de sus cuerpos.

A medida que sus palabras les hacían ver el verdadero significado de su orden, notó que sus miembros se les endurecían; entonces repitió con rapidez en una voz apremiante y amenazadora:

—Creen ustedes que cualquier riesgo sería preferible a la vergüenza de haber sido hechos prisioneros en su propia fortaleza. Pues cometen ustedes un

error de apreciación. Ambos morirían antes que dieran un paso hacia mí. Ustedes probablemente ya han oído cómo las gasto. Yo les doy mi palabra de que ningún mal les acaecerá.

Fue una lucha de voluntades la que se libraba en aquel pequeño espacio ante las miradas punzantes de sus vistas respectivas. El Santo no tenía deseos de disparar. Y, sin embargo, si se le hubiera obligado, no hubiera vacilado en tumbar a los dos hombres aunque empleando la mayor misericordia que le fuera posible. Para él existía un motivo más poderoso en juego que las vidas de dos mártires inocentes del deber.

Tal vez los dos hombres, por una extraña telepatía de dos voluntades que se encontraban en oposición, se daban cuenta de los sentimientos de El Santo. Pero el hombre de más edad inclinó la cabeza y lentamente se volvió. Su subordinado hizo una pausa durante un momento antes de seguir su ejemplo, y se volvió por fin con mirada desafiante. Simón sentía toda la amargura de su rendición mientras aseguraba las esposas en sus muñecas y ligaba los dos tobillos de igual manera, pero dio de nuevo un respiro. Puso la pistola en su bolsillo y les consintió que diesen la vuelta nuevamente para ocupar sus anteriores posiciones. En otro rincón de la habitación vio un enorme armario de hierro, con suficiente espacio para que dos hombres cupiesen en pie entre las estanterías de documentos que llenaban los laterales. Fue allí y la examinó más detenidamente. Como se temía, la gran puerta, al cerrar, lo hacía herméticamente.

Otra vez se enfrentó a sus prisioneros.

—Yo no deseo hacerles su situación más dolorosa que lo que mi propia seguridad pida —les dijo—. Si me dan ustedes su palabra de caballeros de que no harán ninguna intención para escaparse, o de atraer la atención en manera alguna, pase lo que pasare, me será posible ahorrarles más incomodidad.

El jefe miraba hacia él de forma sombría.

—No le sería posible más daño del que ha hecho —comentó con un leve dejo de ironía—, y parece que ha tomado medidas efectivas para protegerse. ¿Qué más quiere?

—Todavía tengo que disfrutar de un ratito de conversación con ustedes —dijo El Santo—. Pero por parte de ustedes tiene que haber silencio. No puedo permitirles que me interrumpen. Les aseguro, me daría mucha pena tener que dejarles sin sentido estando ustedes sin medios de defenderse, después amordazarlos, y más tarde colocarlos dentro del armario. La solución está en sus propias manos. Les conmino para que se estén en pie dentro del armario

durante mi conversación. Ustedes no deberán hacer nada por dar señales de su existencia, oigan lo que oyeren, hasta pasados cinco minutos después que yo haya dejado finalmente la habitación.

—¿Puedo saber cuál es su propósito?

—Pronto lo van a conocer.

El policía de pelo blanco vaciló, y en esta vacilación suya el más joven dio rienda suelta a una serie de protestas indignadas.

El jefe le cortó en seco con un movimiento de la cabeza.

—No nos estamos haciendo ningún favor al provocar que se nos haga daño, inspector —dijo—. Yo voy a dar mi palabra de honor.

El Santo le inclinó la cabeza. Reconocía en aquel jefe de Policía de pelo blanco las cualidades de hombría que corrientemente le gustaba apreciar en las personas.

—Le estoy en deuda, herr Oberst —le dijo—. ¿Y usted inspector?

El hombre más joven se estiró.

—Puesto que me lo mandan —contestó secamente—, no tengo otra opción. Tiene usted mi palabra de honor.

—Es usted muy juicioso —murmuró el jefe.

Simón sonrió. Abrió la puerta del armario de par en par, y empujó a los dos hombres dentro. Tan pronto como se hubieron acomodado la cerró nuevamente, dejando solo una abertura de cinco centímetros que diese paso al suficiente aire para que pudieran respirar. Les dejó con una última advertencia:

—Acuérdense que han dado ustedes su palabra. Regresaré dentro de unos momentos. Pase lo que pase, deben ustedes permanecer ocultos.

Entonces dejó la habitación y se fue por la escalera abajo para relevar a Monty Hayward. Sus arterias le zumbaban con sinfonía angelical, y tenía una nueva brillantez en sus ojos. Tal vez después de todo, la pelea empezada a la carrera bien podía terminar en un triunfo. De momento no tenía quejas. Los dioses estaban derramando Eldorados sobre él a manos llenas.

Si siquiera resistieran los frenos... Se trataría de haber conseguido una feliz terminación a una historia y alegres comienzos de muchas más. Decididamente había un precio que pagar por todo ello, y esos minutos perdidos hubieran hecho ascender la cuenta que contra él había a alturas insospechadas y que solo pensar en ellas harían temblar a muchos hombres, pero tenía la experiencia de que en el género de vida que había elegido no existían gangas para él. Era vino bueno mientras durase. Y, en realidad, consideraba que nunca había intentado ser bueno de verdad. Fue hacia Monty

Hayward con paso elástico y ancha sonrisa del tipo Santo en sus labios. Daba vueltas a la pistola con el dedo índice.

—He hecho una limpia, Monty —dijo—. Vamos a celebrarlo.

Rebuscó por entre los pliegues de su mono y sacó su pitillera. Mientras la abría, observaba su propia cara reflejada en su pulido interior.

Se echó a reír y cerró la tapa nuevamente.

—En la parte de atrás, hacia el pasillo —manifestó—, he creído oír el ruido del chorro de un lavabo de caballeros. Me molestaría mucho que Rudy nos viera de esta guisa, y todavía podríamos mantener nuestro oído atento al cuarto de denuncias desde allí.

Si algo hubo que finalmente emergía en los recuerdos de Monty Hayward, fueron siempre el lavado y la limpieza que El Santo se impuso a sí mismo en aquel momento. Monty no se había aprestado a presenciar una cosa tan espeluznante como aquella. La batalla, el asesinato, la misma muerte repentina eran cosas inalterables de por sí: pero constituirse en dueño absoluto de unos lavabos de una Comisaría de Policía, de la que aún había un número desconocido de personal que faltaba, requería tener unos nervios muy bien templados y solo Simón Templar podía realizarlo. Para El Santo era un placer con su gusto a picante por añadidura. Se despojó de su grasiento mono, lo tiró en un rincón, y se entregó con fruición a las delicias de un baño caliente y jabón amarillo, como si se encontrase en su propia casa. Por lo que a él atañía, daba la impresión de que lo único que le recordaba los acontecimientos que le esperaban detrás de los muros, era la pistola automática que cuidadosamente había colocado sobre el mármol del lavabo que tenía a su lado.

Monty suspiró, y se conformó como mejor pudo. Ahora que se veía en un espejo, por primera vez, empezó a comprender cómo le fue posible viajar desde tan lejos sin haber sido reconocido. Era muy grato poder desvestirse el mugriento mono azul y sentirse más confortable en su atuendo habitual: aún era mejor poder restregar el aceite y la mugre de cara y brazos y encontrarse limpio y aseado. Momentos más tarde miró hacia arriba con optimismo infinito, y vio a El Santo haciéndose la manicura de las uñas, con la mayor tranquilidad.

—Qué, Monty, ¿estás listo para más?

Los ojos de pirata de El Santo le miraban con fino humorismo. Monty asintió.

—Desde luego.

Regresaron a la oficina. Los dos policías aún seguían durmiendo. Simón suponía que estarían en el mejor de los mundos todavía unos diez minutos

más; para eso, las esposas y las mordazas consistían en una medida de precaución adicional. Ya sabía él demasiado bien el resultado que daría el empleo de los cantos de su mano al atacar con destreza con aquellos golpes.

Sacó nuevamente su pitillera, la ofreció a Monty, y se sirvió él también. Su encendedor hizo arder una llamita en la mecha. Él siguió en pie allí durante un momento, aspirando el suave humo hasta llegar a sus pulmones, lo que disipaba el mal sabor de boca que le quedaba del último papel que le tocó representar. Monty contempló cómo soltaba el humo nuevamente por labios y nariz al mismo tiempo que su boca se ensanchaba con esa sonrisa nueva de El Santo. Los curtidos contornos que formaban sus delgadas facciones, una vez que estuvieron limpios de la capa de polvo y suciedad, destacaban más que nunca. El negro pelo estaba peinado hacia atrás en una suave ondulación. No había nadie en el mundo que fuese tan templado de nervios y pareciese tan tranquilo, tan aseado y atildado después de haber tenido el traje tan sucio, y ahora estaba regocijante ante el próximo peligro, sin muestras de preocupación. El Santo se dirigía hacia su destino.

—Tú vete por el pasillo —dijo—. Quédate en pie fuera de la puerta y escucha. Entra tan pronto como oigas mi voz.

—Muy bien.

Monty se retiró.

Simón Templar dio una chupada de nuevo a su cigarrillo, mirando para atrás hacia el sitio por donde Monty se había marchado. Aún seguía sonriendo.

Entonces regresó a la oficina, y la recorrió con una última mirada por todos los rincones para comprobar que todo estaba en orden, los policías firmemente atados, los teléfonos desconectados, las ventanas atrancadas. Pasó revista rápidamente a los cajones de las mesas, haciéndose cargo de un manojito de llaves y una pareja adicional de pistolas automáticas. Fue entonces cuando se dirigió a la puerta del cuarto de denuncias.

Con los oídos pegados a las puertas, le era fácil averiguar el significado del murmullo que había percibido anteriormente. La conversación era llevada en el idioma inglés, lo había distinguido en la voz del príncipe Rudolf con su perfecto y suave acento, que hacía de intérprete en dicha escena.

—¿No le parecería muy extraño, miss Holm, que su amigo no demostrara interés en conocer su paradero?

Entonces se oyó la respuesta imperturbable de Patricia:

—La verdad es que no sé nada.

—Y, sin embargo, usted insiste en que él no había tomado ninguna determinación en cuanto a encontrarse con usted una vez más.

—Es que él no es ninguna niñera.

—Pero ¡querida señora! Usted no debe dejar de saber muy bien que nos conocemos. Yo ya conozco por experiencia en cuánta estima le tiene a usted mister Templar. ¿Es que, por casualidad, hemos de hacer la suposición de que sus afectos han ido por otros derroteros? Debo confesarle que algunos rumores han llegado a mí acerca del particular...

—Pues si le digo la verdad —contestó Patricia con calma—, en realidad hemos tenido una riña.

—¡Ah, entendido! ¿Y fue por causa de otra mujer?

—No.

—¿Podría usted indicarnos las razones de ese desvío?

—Pues desde luego. Es que dijo que usted era un mono asqueroso, y yo le dije que a mí no me hacía gracia que insultase a los monos.

Una voz gutural interrumpió emitiendo una retahíla de frases en alemán. El príncipe Rudolf contestó suavemente, y entonces habló otra vez en inglés, imperturbable como de costumbre, pero con una mala intención que cortaba como una navaja barbera en los timbres de su voz.

—Miss Holm, no obra usted juiciosamente imitando a su amigo en sus conocidas inclinaciones a dar respuestas burlonas. Usted, quizá, no se ha percatado todavía de lo serio de la situación en que se encuentra. Se la acusa de ser cómplice de tres crímenes. Sería una verdadera pena que consumiese su belleza en las mazmorras de una prisión.

—¿Qué me dice? —contestó burlonamente.

—Se me encarga que ponga en su conocimiento que hay dos maneras de conseguir un testigo de cargo, y una de ellas es, naturalmente, por su propia voluntad. La otra es, cómo lo diría..., ¡por persuasión!

Hubo un silencio corto: entonces intervino en la discusión otra voz que denotaba confianza en su propia personalidad. Era la de Nina Walden.

—Ahora es cuando se está usted poniendo interesante, príncipe —comentó—, esto proporcionará un magnífico tema en el juicio. Será digno de que salga en las primeras planas de los periódicos: ¡El príncipe heredero aplicando el tercer grado! ¡La verdadera personalidad de la Mujer Asesino! ¡El Exiliado Real utiliza la Cámara de las torturas! Esperad, dejadme que tome nota de todo esto rápidamente.

—Miss Walden, me permitiría aconsejarle... —intervino Rudolf.

—No he pedido consejos —contestó la muchacha americana con sequedad—, yo estoy aquí como reporter que soy. Si todo el trabajo de usted consiste en haber encontrado tres hombres que coaccionan a una mujer, mi obligación es hacerlo saber al mundo.

Hubo otro momento de silencio.

Entonces fue cuando el oficial alemán murmuró algunas palabras malhumoradas, demostrando impaciencia. Simón oyó una exclamación de sorpresa, y siguió a la misma el ruido de una bofetada dada con la palma de una mano y una palabra gruesa.

Se aferró al picaporte de la puerta y la abrió violentamente.

Las personas en aquella habitación de denuncias se grabaron en sus ojos una por una en unos segundos de ininterrumpida quietud; al mismo tiempo su propia imagen quedó estampada en las memorias de ellos eternamente. Todos a una se volvieron al ruido de su inesperada entrada, y se quedaron súbitamente como petrificados sobre sus pies. Recorrió con su vista a todos igual que una máquina fotográfica tratando de agrupar a todos los de un conjunto. El sargento en pie ante un alto pupitre al final de la habitación. El policía que había conducido a Patricia al interior, con su mano oprimiéndole todavía la muñeca, mientras que con la otra se acariciaba la marca roja de unos dedos en su mejilla. Nina Walden permanecía junto a él, tal como le cogió acabado de golpearle. Marcovitch estaba en el fondo, sorprendido en el momento de empezar a regocijarse de la escena anterior, y el príncipe heredero, con su porte elegante, con sus pálidas facciones tan serenas como una máscara de alabastro, levantando su boquilla de jade en unos largos y puntiagudos dedos que permanecían tan firmes como los de una estatua. Y, por último, a Patricia Holm con ojos atónitos, y en ellos la mirada de esperanza que también iban a expresar sus labios...

—Muy buenas noches, queridos chicos y chicas —dijo El Santo con suavidad.

Miraron todos hacia él, mudos de sorpresa, procurando acostumbrar sus inteligencias al hecho sorprendente de su presencia física. Y El Santo les dio el tiempo suficiente para reponerse, pues se recostó contra el quicio de la puerta, sonriéndoles, y balanceando su pistola en círculos por encima de ellos. Estaba gozando plenamente del momento. Instantes como ese eran los que daban alegría y brillo a su extraordinaria carrera; eran el caviar que hacía que el resto del festín valiera la pena comerlo. Se complacía en hacerles esperar pues le proporcionaban una rara satisfacción al tenerlos así. Cuando

empezaran a declinar sus años, siempre llevaría en su memoria la escena que de tal forma le quedaba impresa en ella.

Y entonces fue cuando Patricia Holm interrumpió el silencio al pronunciar su nombre.

—¡Simón!

El Santo le hizo un saludo, al mismo tiempo que la miraba. Aún llevaba en su imaginación la conversación que había oído antes de atravesar la puerta. Observó la completa felicidad reflejada en su semblante, la confianza en sus ojos, el valor de su esbelto cuerpo: comprobaba una vez más, que ocurriese lo que ocurriese, no obstante el precio que por ello hubiese que pagar, lo mejor que podía proporcionarle la vida era de su pertenencia.

—Aquí me encuentro, chiquilla —fue todo lo que dijo.

El hombre que la tenía sujeta pareció como si se hubiese recuperado de su sorpresa. Soltó la muñeca de la muchacha y atropelladamente fue a coger la Luger que llevaba en el cinturón...

¡Crack!

La pistola automática de Simón escupió su carga con un sonido como el de dos tablas de madera chocando de plano, y la Luger cayó con un ruido sordo al suelo de piedra. El policía, con un brazo averiado, miraba como un tonto a un hilillo de sangre que corría por su manga bajándole por el dorso de la mano.

El Santo miró a su lado y pudo comprobar que Monty avanzaba por la otra puerta. Siguió entonces enfrentándose con el grupo.

—Mientras todos ustedes se porten como es debido —les advirtió—, todo les irá bien. ¡Rudolf, le he estado buscando por todas partes!

DE COMO NINA WALDEN HABLÓ, Y MONTY HAYWARD MIRÓ POR LA VENTANA

I

Comparado con el silencio que antes había existido, la taciturnidad con que se había recibido la interrupción de la entrada casi afectuosa de El Santo llegó a sus máximas proporciones. Ni por asomo se le hubiera ocurrido a ninguno de los presentes adelantarse y dar rienda suelta a sus manifestaciones de bienvenida. Una aureola de timidez se esparció por el ambiente cubriéndolo como un velo que colgase de la punta de la pistola de El Santo, cuyos bordes quedarán teñidos del rojo de la sangre vertida por la mano del policía herido. Quedó impresionado el sargento de forma tan manifiesta por ese único disparo, que hasta la punta de su nariz enrojecía, al mismo tiempo que su cuello adquiría una hinchazón reveladora de su impotencia, y no hizo el más leve movimiento.

Marcovitch trató de ocultarse sigilosamente detrás de él. Incluso el príncipe no pronunció palabra alguna. Y mientras tanto, los ojos azules de El Santo los envolvían burlonamente.

—Pat, lo mejor es que te apoderes de esa Luger y apártate de la línea de fuego.

Patricia recogió el arma, que había caído al suelo, y vino hacia donde él estaba. Su brazo izquierdo rodeó los hombros de ella, y por un momento la retuvo junto a sí. Entonces la apartó con dulzura.

—Marcovitch, usted no ponga esa cara de bacalao y manténgase bien a la vista. No es que me guste tener que contemplarle, pero es que no me encuentro seguro ni tranquilo si no le veo. ¡Ande más vivo!... ¡Ponga las manos sobre su cabeza, y manténgalas ahí hasta que se rompa la espina

dorsal!... Vaya, así está mejor. Monty, tú puedes acercarte por detrás de ellos y aliviarlos del peso de toda su artillería. Pat y yo nos cuidaremos de cualquier acrobacia que se les ocurra hacer.

Monty Hayward metió sus pistolas en sus bolsillos laterales y empezó a verificar la inspección ordenada. Simón miró hacia la muchacha americana.

—Oí a Rudy llamarle a usted miss Walden —le dijo—, y usted indicaba que era una periodista. ¿Son exactos esos datos?

Nina Walden comprendió. Se trataba de que él no la estaba considerando como parte de ellos. Admitió con prontitud lo que le preguntaban.

—Eso es exactamente.

—¿Cuál es el trabajo que la trae aquí?

—Vine para hacer la información del robo efectuado por usted en el correo, míster Templar. Tal vez usted mismo podrá dar más detalles de ello.

—Hermana, ha venido usted en el momento oportuno —dijo El Santo haciéndole una reverencia—. Va usted a llevarse las noticias más sensacionales que jamás soñó usted. Pero no están esas noticias disponibles todavía. Para conseguirlo, puede usted quedarse si me da su palabra de no intervenir y de no hacer cualquier cosa que pudiera molestarme.

La chica le sonrió, contestando:

—Supongo que no tengo otra opción.

Simón la envió un saludo con su mano izquierda. Aún le quedaban tiempo y humor de hacer el Claude Duval con la más encantadora periodista que jamás había conocido, pero mientras hacía esto pensaba para sus adentros si los dioses le reservarían la gracia de poder llevar a efecto sus designios. Su mirada se trasladó al reloj que había sobre el pupitre del sargento. Ya eran las siete y veinte de la tarde, y fuera había oscurecido casi completamente... A pesar de ello no pasó por su imaginación poner en duda que el tiempo que había perdido en darse aquel lavado para hacer destacar su elegancia, fuera o no bien empleado. El poder, que era condición de su personalidad, de prevenir las cosas con intuición trayendo a su mente el conocimiento de las más remotas posibilidades, que le permitía prepararse para afrontarlas, era un don de la naturaleza que los grandes capitostes de la Justicia habían tratado de vencer durante años y años sin conseguirlo. Y era ese poder el que aquella noche le hacía falta en toda su pujanza.

El cuadro permaneció inmóvil mientras Monty hacía su recorrido de un hombre al otro, haciendo la recogida concienzuda de todas sus armas. El sargento no las tenía. Marcovitch cedió una pistola automática y un cuchillo de larga y delgada hoja. El príncipe heredero tenía una diminuta pistola

niquelada. Simón quedó ligeramente perplejo, pues había esperado que hubiera algo más. Esperó hasta que Monty se había retirado nuevamente a su puesto, con sus bolsillos sobrecargados con el peso de tanto armamento, y entonces señaló con un dedo formando gancho.

—¡Marcovitch, pequeño, ven acá! Te cuidas bastante y queremos conocer los secretos de tu ropa interior.

El ruso se adelantó temerosamente. Monty Hayward y Patricia se ocupaban de tener a los otros hombres a raya, y la pistola automática de El Santo pudo ser rápidamente apuntada exclusivamente a él. Su redondo cañón reluciente se había alzado y puesto en línea recta a la altura de la nariz, de manera que miraba derecho dentro de ese túnel negro del que podía salir la repentina muerte para él con un simple toque.

—Aquí mismo, querido, aquí juntito a tu papi.

La voz de El Santo le llegaba como si cada sílaba fuese un golpe que recibía, por su tono enérgico y decidido. Y Marcovitch vino hacia él. Se apreciaba que le costaba aproximarse cada centímetro que avanzaba, con los labios temblando, pero vino al fin. El único agujero negro de la pistola le hacía venir implacablemente, paso a paso, y desde luego era eso, ayudado por la aguda mirada que la dirigía. Hizo una parada a un metro de El Santo, y los ojos azules de este le miraron de arriba abajo lentamente.

Entonces, con increíble rapidez, la mano de El Santo se dirigió hacia él. Marcovitch se encogió para evitar el golpe que esperaba, pero se equivocó, pues el golpe no llegó a realizarse, ya que Simón consumó la faena antes que Marcovitch se diera cuenta de lo que le estaba ocurriendo. Hubo el chirrido agudo de tela rasgada, y la mitad de la chaqueta de Marcovitch le quedó colgando hasta el codo. En cuestión de otro segundo la otra mitad fue a tomar el mismo camino. Entonces El Santo sonrió amablemente.

—¿De manera que lo que llevas es la lana pegada a la carne, verdad, Feovitch? —murmuró—. ¡Vaya por Dios, y yo creía que eras tú un tipo duro!

Había otra cosa que quedaba al descubierto bajo la camiseta de lana, y era una banda de cinta adhesiva que cruzaba el pecho del hombre y desaparecía debajo del brazo. Allí colgaba un paquetito bien arregladito, envuelto en un pañuelo de algodón algo sucio que a su vez colgaba de la banda desde el hombro opuesto.

Simón lo arrancó todo. Bajo el brazo izquierdo del hombre había otro paquete semejante escondido.

—Este truco es muy conocido, pero debías haberlo previsto, Monty —dijo El Santo—. Porque podía ocultar una pistola en ese sitio. En cuanto, a ti,

puedes retirarte a tu sitio, camarada.

Empujó a Marcovitch hacia atrás. La cara del hombre estaba lívida de furia, pero Simón Templar estaba acostumbrado a esa clase de situaciones más o menos duras. Los dos pañuelos atados entre sí, llenaban su mano abierta, y su contenido crujió muy apetitosamente cuando lo estrujó entre sus dedos.

Favoreció al príncipe heredero con una de sus más beatíficas sonrisas.

—¡Querido amigo Rudolf! —masculló lentamente—. Así es como sencillamente termina toda una gama de jaleos. ¡Bien, bien, bien! Desde luego, nos hacemos todos viejos, como nos hemos estado contando el uno al otro diferentes veces hoy.

—¿No tendría inconveniente en que le felicitara? —murmuró, y El Santo soltó una carcajada.

—Quizá, pero... cuando hayamos terminado.

Simón se volvió hacia Monty.

—Si quieres hacerme otro favor, querido —le dijo—, podrías ver de encontrar más esposas. Necesitaremos seis pares, si en la Comisaría existen tantas. Habrá que ponerlas en las manos solamente a Rudolf y Marcovitch, pues ellos tienen que andar. Para los de la Justicia tenemos que utilizarlas para los pies y manos, pues no nos es conveniente que ni siquiera puedan andar. Y ten cuidado cómo las manipulas al ponerlas al sargento ese, pues parece que va a reventar de un momento a otro y no querrás que te salpique con la cena.

Monty buscó a su alrededor. Pasados unos momentos descubrió una alacena que tenía un *stock* muy abastecido de esposas para pies y manos: entonces regresó arrastrando las cadenas. Siguiendo las instrucciones de El Santo, los dos policías fueron maniatados convenientemente el uno al otro, y, finalmente, con otro par de esposas, pudieron sujetarlos a una argolla de la pared, que evidentemente se encontraba allí para el uso contra prisioneros rebeldes.

El príncipe fumaba tranquilamente mientras le llegaba su turno, y cuando este llegó, quitó la punta del cigarrillo de la boquilla de jade, colocó esta con mucha calma en el bolsillo interior, y extendió las manos para que le pusiesen las esposas.

—Esta es una experiencia única —manifestó, mientras Monty sujetaba las esposas en sus muñecas—. ¿Podría saberse qué va a hacer con nosotros?

—Pues, de momento, arriba —dijo El Santo fríamente—. Tenemos que charlar un poco, y el aire es más puro allí.

El príncipe alzó sus ojos, enarcando las cejas, pero no contestó nada. Se fueron todos escalera arriba en una extraña procesión: Patricia y Nina Walden abrían el camino, y El Santo las seguía subiendo de espalda para poder apuntar al cortejo, y más abajo el príncipe Rudolf y Marcovitch los seguían, siendo el último Monty Hayward cubriendo la retirada. Simón sabía que la inmutabilidad demostrada por el príncipe no era precisamente que lo que su mente sin conciencia estaba tramando le favorecía en modo alguno, pero el príncipe y Marcovitch estaban firmemente emparedados entre dos fuegos, y nada podían hacer por el momento. Y, por tanto, a El Santo no le importaba gran cosa. El príncipe seguramente debía saberlo de la misma manera que lo sabían los dos hombres que se encontraban en la habitación. Era muy significativo que Rudolf permaneciese silencioso, desde el momento en que aquella escena acaecida en el cuarto de denuncias fue interrumpida violentamente.

—Por aquí, muchachos.

Simón abrió la puerta de la oficina del jefe de la Policía y dejó que la caravana pasara de largo ante él. Entró el último, cerró la puerta, y se apoyó en ella.

—Siéntense.

El príncipe Rudolf se dejó caer en una silla. Monty apoyó su pistola contra Marcovitch y así le empujó hacia otra. Y El Santo hizo sitio sobre el pupitre y se sentó allí, tirando los dos pañuelos, que seguían atados uno al otro, y los dejó a su lado. Se separó un momento de la pistola y abrió los bultos, echando el contenido de los dos a un solo pañuelo, que al caer formaron unos destellos de llamas como si viniesen de un arco iris e iluminaban toda la sombría habitación.

—Ha llegado el momento, Rudolf, para que hiciésemos un poco las cuentas —le dijo.

Y una vez más, por razones que los otros no se podían explicar empezó a hablar en alemán. Y, sin embargo, para Monty Hayward no existía diferencia, pues el hombre que hablaba seguía siendo El Santo, y para él ese difícil lenguaje le resultaba tan fácil y descriptivo como el suyo propio.

—Tenemos unas cuantas cosas que aprender, y pueden ustedes decirnos cuáles son. Para que vea, sacaré todas las joyas para darle a usted ánimo, y llénesse la vista con ellas, Rudolf. Usted tenía fama de rico. Sin embargo, para obtener las piedras estas que valen un cuarto de millón de libras esterlinas, estaba usted decidido a asesinar y a torturar a las personas. Usted se disponía a cometer crímenes en número tal que hubieran hecho colgar a cualquiera que

lo hiciese tres veces, y a pesar de ello quería usted cargar la culpa sobre Monty y sobre mí. Todo lo cual era muy ingrato que viniese de usted, Rudy, después de los días de alegría que hemos disfrutado juntos en los buenos tiempos. No se atreverá usted a negar todo esto, ¿verdad?

El príncipe se encogió de hombros.

—¿Y por qué voy a negarlo? Era muy de lamentar que personalmente fuese usted la víctima, pero...

—Alteza.

Marcovitch saltó de su silla, y al mismo tiempo El Santo se levantó de la mesa con la velocidad del relámpago. Su puño se hundió en la boca del ruso y le envió hacia atrás, mientras procuraba guardar el equilibrio.

—Nunca me gustó tu voz, Feovitch —dijo El Santo con mucha ecuanimidad—, y es de lo más ordinario interrumpir de la forma como lo has hecho. Amordázale, Monty.

Simón encendió otro cigarrillo mientras su orden era cumplida. Había sido un peligro momentáneo el que acababa de pasar, pero su cara no mostraba señales de ello. Desde el principio había estado observando a Marcovitch. Era raro cómo una mentalidad inferior podía a veces dar sensación de suspicacia bruta antes que les llegara el turno a las inteligencias despejadas.

Se sentó en la silla del jefe de Policía detrás del pupitre y colocó su pistola automática sobre los papeles que tenía frente a él.

—Como dice usted, era muy lamentable que se me hubiera elegido a mí como víctima —comentó, sin dar importancia a lo ocurrido—. Yo nunca he sido una víctima de resultados positivos, y supongo que es difícil acabar con las costumbres. Pero hay otros que no han sido tan afortunados. A usted, al fin y al cabo, parece haberle dado lo mismo.

—Mi querido amiguito, no hemos estado haciendo un juego de niños...

—No, decididamente. Estamos jugando un juego de salvajes. Hemos descendido a la tierra. Hubo una época en que se trataba de un juego entre soldados, eso era en los viejos tiempos. Yo le tenía simpatía porque usted era un patriota, y un deportista, aunque estábamos peleando en lados opuestos. Ahora solo estamos haciendo un juego de cazar para obtener beneficios que pudiésemos colocar en nuestra cuenta bancaria —los ojos de El Santo eran fríos y centelleaban como dos rayos azules por encima de la mesa—. Dos hombres murieron porque se interpusieron entre usted y esas joyas. Un agente de usted —me parece aludía usted a él llamándole «el egregio Emilio»— asesinó a Heinrich Weismann en la habitación de mi hotel en Innsbruck después de que le liberé de los tres detectives a quienes habíamos tomado por

bandidos. Se encontraba llevando a efecto la tarea de pasarle las joyas a Josef Krauss, quien a usted le sacó las castañas del fuego. Anoche torturó usted a Krauss, y hoy, cuando este se escapaba, Marcovitch le asesinó en el tren entre Munich y aquí. Y Marcovitch también nos hubiera asesinado a nosotros tres si le hubiéramos dado esa oportunidad.

—Mi querido míster Templar...

—Todavía no he concluido —dijo El Santo con calma—. Marcovitch era el hombre que efectuó un registro del vagón-correo de aquel tren, acompañado de cuatro más de los tipos a sueldo de usted, con el fin de recuperar las joyas después que hube de quitárselas a usted. Y cuando tuvimos que saltar para salvar nuestras vidas, dijo a los empleados que era yo quien había robado el correo. Eso tampoco significa nada para usted que estaba dispuesto a lograr que todos sus crímenes fuesen atribuidos a nosotros, de la misma forma que estaba usted dispuesto a hacerlos cometer por sus compinches a sueldo. Usted no tenía ni siquiera el valor de hacer el trabajo, usted mismo, antes de atribuírmelo a mí, pero solamente hace unos cuantos minutos que estaba usted dispuesto a aplicar sus métodos de tortura a una muchacha, para así conseguir su propósito de que caiga más sangre sobre esas joyas antes que acabara usted de disponer de ellas. ¡Son indudablemente los métodos de un patriota y un caballero!

Por primera vez vio Simón cómo el semblante que tenía frente a sí, normalmente pálido, se enrojecía con furia contenida. Parecía como si las acusaciones hubieran dado en el blanco.

—¡Mi querido míster Templar! —el príncipe todavía controlaba su voz, pero había desaparecido un poco de la dulzura corriente en él—. Puesto que tiene usted sus propios métodos, ¿desde cuándo pueden ser estos considerados exentos de censura?

—Yo no estoy pensando en mí mismo —contestó El Santo fríamente—. Solo estoy acusado de haber robado un tren. Monty Hayward, aquí presente, está además acusado de haber asesinado a Weissmann, cuando es el más inocente de todos nosotros. La única cosa que hizo fue ayudarme a rescatar a Weissmann, en primer lugar, debido a un error que a cualquiera le hubiera ocurrido.

Y desde entonces, como es natural, me ha estado ayudando a tener a raya a esta Comisaría de Policía para conseguir que se haga justicia, y por ayudar en esto nadie puede acusarle. Pero sabe usted igual que yo que no es ningún criminal.

—No me interesa para nada conocer las circunstancias de su carácter.

—Pero sabe usted que lo que he dicho es la verdad.

—¿Lo he negado yo acaso?

El Santo se inclinó sobre la mesa.

—¿Va usted a negar que Weissmann fue asesinado por un agente de usted y que estaba a sus órdenes; va usted a negar igualmente que Josef Kraus murió de la misma forma, y que Marcovitch y otros agentes de usted robaron el correo?

El príncipe enarcó la ceja. Estaba recuperando su compostura otra vez. Su cara estaba en calma y denotaba ironía.

—Creo que en algún tiempo usted capitaneaba una organización que pretendía administrar justicia al margen de la ley —dijo—. ¿Debo suponer que en estos momentos estoy asistiendo a un resurgimiento de la misma?

—¿Es que usted niega los cargos que le hago?

—¿Y suponiendo que los confiese?

—Yo le estoy preguntando concretamente —dijo El Santo, con una cara que parecía la de una estatua—. *¿Niega usted esta acusación?*

Un silencio, largo, invadió el ambiente de la habitación. Marcovitch se movió un poco otra vez, y la mano de Monty le cogió por el cuello. El significado de todo cuanto estaba aconteciendo no alcanzaba a comprenderlo Monty Hayward; sin embargo, le dejaba atónito lo dramático de la escena. También era víctima del error que sufría el príncipe heredero. La cara de El Santo era tan impasible como la de un juez. Él sentido del humor y la humanidad habían desaparecido, dejando que los surcos destacasen en un semblante en el que los ojos eran como dos delgados hilos de acero. Miraron por encima de la mesa para tratar de profundizar en él alma del príncipe, reteniéndolo en sus miradas despiadadas como una mariposa cogida en un alfiler. Entonces la tensión que se establecía entre ellos enrareció el aire haciéndolo tomar un calor creciente y pesado.

—*¿Niega usted la acusación?*

Una vez más esas cuatro palabras se desparramaban por la habitación como si fueran partículas de metal al rojo, introduciéndose una detrás de otra en la misma celda del cerebro del príncipe. Conservaban con ellos la misma paciencia que la magnitud de tan gran condena requería. Pues el príncipe debía saber que aquella pregunta iba a merecer una respuesta directamente aunque tuviese que esperar al fin del mundo. Se había enfrentado a una fuerza contra la cual no podía luchar, y era como si luchase contra los cambios de mareas, pues se trataba de una fuerza que minaba su resistencia como la caída continua de una gota taladra una roca.

Y entonces El Santo movió una mano, cogiendo, con calma su pistola.

—¿Niega usted la acusación?

El príncipe hizo un ligero movimiento.

—No.

Contestó sin demostración de emoción, sin volver sus ojos ni una fracción de la mirada implacable que tenía enfrente. Se trataba del desafío estoico de un mandarín chino en el movimiento imperceptible de la cabeza.

—¿Es que su señoría se propone pronunciar su sentencia? —preguntó burlón.

La boca de El Santo tomó la suavidad de una sonrisa.

Cada palabra había sido registrada en los oídos de los dos policías cautivos a quienes había escondido en el armario del rincón. Los dioses luchaban a su favor, y la estrella del príncipe heredero por fin cayó. Pues de otra forma la presa no hubiera caído fácilmente en tan vieja trampa. Marcovitch se había percatado de ello, pero tuvieron que anular a Marcovitch, y ahora se encontraba pálido y quieto. El príncipe había sido demasiado listo. Y Monty Hayward era libre de...

—Su castigo no está en mis manos —dijo El Santo—. La justicia, por sus vías legales, se ocupará de ello, y yo no tengo necesidad de intervenir.

Pasó sus dedos otra vez entre el montón de perlas y joyas, dejándolas correr entre ellos en pequeños riachuelos de color espléndido que recibían la luz en cien caprichosas facetas.

—Bonitos juguetes —dijo El Santo—, pero fueron su tentación, y podía usted haberlos comprado. Podría usted haberlos adquirido sin tomarse más trabajo que el que le diese el extender un cheque. Siempre me extrañaré de por qué lo hizo usted. ¿Era una superstición suya acaso, Rudolf, que le dictaba que no podía usted disfrutar de ellos a menos que estuviesen manchados de sangre? Las esmeraldas Maloresco, el brillante azul Ullsteinbach...

—¿A qué se está usted refiriendo?

Esta pregunta fue hecha por Nina Walden, que se inclinó rápidamente hacia adelante desde el lugar que ocupaba atrás.

Simón miró hacia ella con curiosidad. Recogió la gran piedra azul y la puso a la luz.

—El brillante azul Ullsteinbach —dijo—. El regalo de bodas del difunto Franz Josef al archiduque Miguel de Prese, esto es según la información aparecida en *The Times*. Josef Krauss trató de explicármelo todo antes de morir, pero no pudo llegar muy lejos. ¿Sabe usted algo más sobre este asunto?

La muchacha americana tomó la piedra de sus dedos y la miró y remiró toda alrededor. Entonces miró hacia El Santo y exclamó:

—Lo que sé es lo siguiente —prosiguió—. Es la...

—¡Cuidado! —gritó Monty.

Había sorprendido la mano del príncipe pasar disimuladamente a su manga, como si estuviese buscando un pañuelo, y de momento no le había dado mayor importancia. Fue entonces cuando la mano salió con violencia y el cuchillo que había sacado fue raudo por encima de la mesa describiendo una mortal estela de plata. El Santo se lanzó de lado, y le pasó rozando el cuello y se estrelló contra la pared. El príncipe se lanzó detrás como un loco, tratando de atezar la pistola de El Santo. Simón se incorporó y le atacó con un directo con la izquierda que hizo brotar sangre de sus contraídas facciones y envió al hombre hacia atrás contra la silla, mientras guardaba difícilmente el equilibrio.

—Mantén tu pistola metida en su costado, Monty —ordenó El Santo con acritud—. Esto se está poniendo muy interesante. ¿Qué es lo que intentaba usted explicarme, miss Walden?

La muchacha le devolvió la piedra.

—Sencillamente que es un trozo de vidrio de color —contestó ella.

II

Simón Templar se dejó caer sobre el pupitre dando la impresión de que sus piernas no le sostenían. La habitación le daba vueltas en un tango de borrachera. Y una vez más llegaba a sus oídos las palabras que pronunciaba Josef Krauss al expirar:

—*Sehen sie gut nach... dem blauen diamant... er ist... Wirklich... Preislos...*

Y al mismo tiempo veía los ojos de amargura del hombre...

—El brillante Ullstfcinbach está en América —Nina Walden continuó explicando sin conceder una sola mirada al príncipe—. Fue vendido a Wilbur G. Tully, el millonario de los sombreros de paja, un poco antes de la guerra. Los propietarios estaban en situación apurada, y tenían que conseguir dinero de alguna manera: sus financiadores no querían darles más, así que tuvieron que echar mano a las joyas de la corona. Fue hecha esta imitación, y la piedra verdadera fue vendida a Tully, bajo juramento de guardar el secreto. La conserva en su colección privada. Yo creo que nadie en el mundo conoce la

historia salvo Tully y yo misma. Pero mi abuelo fue el que hizo la imitación. Yo lo he sabido durante muchos años, pero he estado guardando el notición para una buena ocasión como esta. El archiduque Miguel fue el responsable de todo ello cuando iba a cumplir los cincuenta años, y él es el padre del príncipe Rudolf, que actualmente es Rey de...

—¡Santo Dios del cielo!

Saltó El Santo otra vez sobre su sitio. Es que había comprendido lo ocurrido. El misterio se resolvía en un relámpago que casi le dejaba ciego. Se maldijo por no haberlo visto antes. Y al mismo tiempo se reía, con los temblores propios del que conoce la perfección de la verdad.

—¡Vamos a conocer mejor los detalles! —exclamó con ansiedad—. Por lo visto no eran las otras joyas de la corona las que Rudolf quería, pues le tenían sin cuidado. Solamente eran por casualidad parte del botín. Lo que quería era el brillante azul Ullsteinbach. ¡No es que lo quisiera porque tenía cierto valor, sino precisamente porque no lo tenía, sencillamente porque era literalmente carente de valor alguno! No podía dejar que las joyas llegasen a cualquier mercado corriente, porque cualquiera hubiera descubierto con toda seguridad la superchería, y todo el engaño se hubiera comprobado desde el mismo principio. El viejo archiduque con toda probabilidad hubiera sido echado del trono, y detrás hubiera ido Rudolf. Por eso él tenía que dejar que Josef Krauss robara las joyas, y entonces se las quitó él a Josef. Josef había descubierto el secreto cuando anduvo con las joyas, así que tuvieron que eliminarle.

Y entonces yo me apoderé de ellas por una chiripa, y probablemente lo habría descubierto también, así que yo era un hombre predestinado a morir. Y todo aquel que estuviese conmigo en el ajo correría la misma suerte. ¡Demonios!...

El Santo extendió los brazos.

—¡Yo ya decía que no era un lío cualquiera, y no lo es! Es la más valiosa colección de líos todos puestos juntos. Morían hombres y torturaban a otros sencillamente por él; se rompían coches correo, sudaban los policías, se tambaleaban tronos, ¡y todo porque el motivo central de ello no valía más de lo que una botella de cerveza vacía! Dios mío, ¿por qué no me enteraría yo de esa broma ya hace tiempo? ¿Por qué no me lo han dicho hasta ahora?

Abrazó a Nina Walden débilmente.

Monty tragó saliva. No sabía qué decir. Se dio cuenta vagamente que acababa de oír la historia más extravagante de su vida, pero era todo

terriblemente sencillo. Por el momento su cerebro no era capaz de absorber la elemental enormidad de todo ello.

Durante esa misma ofuscación que padecía veía a Simón Templar recoger el reluciente cristal azul de la alfombra donde había caído, y avanzar solemnemente hacia el príncipe heredero. La voz de El Santo se expresaba de esta forma:

—Rudolf —mi querubín— puede usted quedárselo como el recuerdo que le he prometido.

Monty vio que la cara del príncipe se ponía lívida...

Y entonces un nuevo ruido estalló en la habitación, tenue y distante al principio, aumentando gradualmente hasta que parecía introducirse en los tímpanos como agujas oxidadas. El Santo se enderezó y quedó quieto. Y de nuevo lo oyó; la llamada semejando una lamentación de una sirena de la Policía. Zumbaba en sus oídos entrando en su cerebro, elevándose a su máximo como el grito de un alma perdida, dando vueltas por la habitación como si fuesen los alaridos de un fantasma atormentado. Era tan claro que parecía lo tenía, desde luego, debajo de sus pies.

Simón se lanzó a la ventana y la abrió violentamente. Abajo, en la calle, vio dos coches patrulleros de la Policía aparcando junto al bordillo de la acera, escupiendo sus cargamentos de hombres en uniforme. Entre ellos, bajo la luz de la farola, reconoció al oficial a quien había hecho equivocar de camino. El escuadrón de persecución había llegado a casa.

El Santo se volvió y se puso de frente dentro de la habitación. En su fuero interno no esperaba menos. Conservaba la calma totalmente.

—¿Quieres hacerte cargo de la fortaleza de nuevo, Monty? —exclamó.

Bajó corriendo la escalera y recorrió de esa forma el pasillo que daba al vestíbulo. Al tiempo que salía al pasillo vio al oficial subiendo los escalones de la entrada, y por un instante se miraron el uno al otro a través de la puerta.

Entonces Simón dio un portazo en la cara del oficial, y echó los barrotes de detrás de la puerta.

Oyó unos gritos apagados que venían de fuera, y entonces siguieron los golpes dados con los puños y culatas de las pistolas en las macizas maderas, pero él se encontraba en el acto de arrojarse dentro de otra habitación que tenía una ventana que daba a la calle. Miró desde ella y vio otro coche patrullero que estaba llegando: entonces una bala atravesó el cristal de su lado y peinó sus cabellos con los trocitos que este despidió. Se agachó, y forcejeó con la pesada persiana de hierro que estaba arrollada a un lado de la ventana. La desenrolló y la fijó en su sitio, y se fue a la siguiente ventana. Una lluvia

de balas ponía los cristales hechos añicos cuando él llegaba pero al llegar la segunda descarga, esta ya se estrelló contra las planchas blindadas de hierro, que él ya había colocado en su sitio. Tenía él razón en su apreciación de lo que era aquella Comisaría de Policía: estaba construida igual que una fortaleza.

Simón corrió de una habitación a otra como un demonio, poniendo barricadas en una ventana tras otra hasta que todo el piso bajo del lado que daba a la calle era tan impenetrable y sólido como los muros donde estaban asentadas las ventanas.

Entonces atravesó el edificio para ir a la parte de atrás. Una sección de hombres armados que se había destacado del cuerpo principal, ya se encontraba allí y casi le hubiera desplazado: había una puerta trasera que daba a un pequeño patio interior, y uno de ellos tenía ya su pierna por encima del montante cuando entró El Santo. Simón apuntó su Luger: el tiro fue a rozar el brazo del hombre antes que este saltase, el cual cayó hacia atrás y la puerta quedó cerrada tras él. Las otras ventanas de atrás estaban atrancadas, y Simón podía ver de una sola mirada que las barras podían aguantar cualquier asalto por lo menos media hora. Una cara apareció en una de las ventanas cuando El Santo efectuaba su reconocimiento, le dio apenas tiempo de tirarse al suelo antes que la pistola automática del hombre le escupiera plomo como si fuera una ametralladora.

¡Rat-tat-tat-tat-tat!

Simón quedó tumbado sobre su panza y contemplaba las balas describiendo una línea recta de agujeros en el tabique de la pared que tenía encima de su cabeza. Se arrastró sobre el estómago y fue hacia arriba otra vez, y cuando llegó al despacho del jefe de Policía llevaba bajo cada brazo un rifle automático Luger.

Puso uno de ellos en las manos de Patricia.

—Vete por encima del descansillo y toma cualquiera de las habitaciones que tienes enfrente. Algunos de ellos están tratando de irrumpir por la parte de atrás. Mantenlos apartados de la puerta. ¡Si lo puedes buenamente evitar, no hagas blanco en ninguna, y tú misma no vayas a recibir algún tiro!

Se arrojó por la ventana que acababa de abrir momentos antes. Algunos de los policías trataban de contener al grupo de personas que habían aparecido sin saberse de dónde: otros en pie enfrente de la Comisaría de Policía, contemplándola, y en el momento de aparecer El Santo parecía como si fuese la señal para el comienzo de un nutrido tiroteo. Otro hombre corría atravesando la calle con un hacha en la mano.

A medida que El Santo apuntaba, las balas arrancaban trocitos de los marcos de las ventanas y hacían caer chaparrones de cal del techo. Tumbó al hombre del hacha dejándole herido en la parte carnosa de la pierna: otro hombre recogió el hacha y salió escapado hacia las puertas principales. Simón dejó caer una cortina de plomo que retumbaba en las piedras delante de los pies del hombre que contuvieron su ataque. Significaba cometer un suicidio el que diera un paso adelante en aquella lluvia de muerte que los esperaba. El oficial dio unas voces estentóreas de mando y el hombre corrió hacia atrás siguiéndole las balas de El Santo alrededor de sus pies. La Policía se retiró detrás del refugio de sus coches, y se hizo una pausa. Simón vio cómo la visera de la gorra del oficial se alzaba por detrás de su refugio, y le envió una bala bien dirigida que la hizo volar por los aires. El hombre se agachó nuevamente y Simón procedió metódicamente a agujerear los neumáticos de los coches de la Policía.

Un par de voluntarios estaban llevándose al hombre que había sido herido, y El Santo consintió en que continuasen con su trabajo.

Una calma descendió en la parte de la calle que fue escena de la batalla. Y debido a ello pudo oír cómo el rifle de Patricia vomitaba su sincronizado traqueteo de desafío. Esperó, poniendo un nuevo cargador de municiones en la recámara. Entonces se oyó otra voz de mando, y la Policía saltó como un solo hombre a dar un segundo y mejor organizado ataque.

Una patrulla cargó contra la puerta, al mando del hombre que portaba el hacha. Los otros cubrieron su avance con un fuego granizado que iba silbando por encima de la cabeza de El Santo como una nube de moscones enfurecidos. Simón hizo que su Luger escupiera plomo hasta que el cañón quemaba en sus manos. Era de verdadero milagro que no le hubiesen herido a él; mientras seguía rociando balazos todo alrededor de los blindajes de los coches de Policía y enviaba ráfagas silbando sobre las piedras. Una bala cercenó un trozo de su oreja y le hizo sangre: movió la cabeza y amontonó el contenido de una nueva carga de municiones en la hambrienta recámara del Luger.

De pronto vio a Monty Hayward a su lado, con la pistola automática apuntando, dispuesto a disparar. El Santo le agarró la muñeca y le arrastró fuera de allí.

—¡Tú mantente apartado de todo esto! —le dijo refunfuñando—. Yo no me he tomado todo este trabajo para que tú vengas a que una bala te dé en la misma cabeza, y no me he preocupado de librarte de una serie de cargos contra ti para que ahora te puedan detener por matar a un policía.

Monty Hayward le miró fijamente a los ojos.

—Eso como cuento no está mal...

—Y tú tampoco estás mal como buen tonto que eres. Tu misión es cuidarte de Rudolf. ¿Qué estás haciendo para ocuparte de él?

—Le dejé sin sentido —dijo Monty con toda calma.

El Santo miró a su alrededor. Vio al príncipe descansando hacia atrás en su silla con la cara vuelta hacia arriba mirando vaciamente al techo, y también vio que el jefe de Policía y su inspector estaban de pie en la habitación.

—¿Qué quieres decir? ¿Tú has conseguido que no haya acusación contra mí? —Simón le agarró los hombros y le dio la vuelta.

—Oyeron a Rudolf confesar sus delitos. Yo me las arreglé para que así fuese, por eso le hacía que me contestase y en el procedimiento que empleé hasta me puse algo teatral. Pero todo salió bien. Tú ya puedes considerarte libre, Monty, y si ahora haces cualquier tontería estos mismos hombres podrán acusarte.

Monty miró hacia el jefe de pelo blanco y luego trasladó su mirada al Santo. Su boca se cerró en una línea de firmeza y determinación.

—Te dije que yo me quedaría contigo hasta el final —dijo.

Se sacudió la mano del Santo y volvió hacia la ventana. Entonces es cuando sintió el cañón del rifle del Santo metido en su espalda.

—Voy en serio en lo que digo, Monty. Si no te apartas de esto, no tendré más remedio que agujerearte. O por lo menos te dejaré sin sentido en la misma forma que tú has hecho con Rudolf. No seas tonto.

Se miraron el uno al otro con fijeza, mientras los rifles del exterior retumbaban y repiqueteaban sin cesar. El golpeteo regular del hacha en la puerta delantera resonaba en el edificio. Y la cara del Santo tomó un gesto de dulzura.

—Monty, ha sido magnífico tenerte. Pero tú has hecho todo lo que te correspondía. Déjame arreglar esto a mí.

Saltó otra vez hacia la ventana con el rifle dispuesto a la altura del hombro. Otra vez el traqueteo histérico del Luger retumbó por la habitación, como si fuese un bote de lata amarrado a una rueda de engranaje. Simón dejó caer una rociada de balas alrededor del grupo de hombres que estaba acumulado en la puerta, haciendo saltar pequeñas lenguas de polvo y piedra pulverizada del empedrado. La furia de sus disparos les hizo retroceder un momento, y entonces un disparo de la ráfaga que entraba por la ventana dio en el costado de su rifle, dejando sus manos insensibles y derribándole hacia atrás por el impacto.

Cuando trató de poner un nuevo cartucho en la recámara vio que el cerrojo se le había atrancado.

Tiró el arma inservible a través de la habitación y corrió hacia la puerta. Fuera, en el descansillo, los golpes del ataque y maderas que se rompían eran cada vez mayores y sabía que eran contados los minutos para que la resistencia de la puerta cediese. No hizo gran caso. En un momento estaba de vuelta, arrastrando una ametralladora Nordenfeld tras él.

—Tendrán todo menos el sumidero de la cocina —dijo, y Monty vio que estaba sonriéndose.

Monty quedó en pie y contempló cómo arrastraba el pesado rifle hacia la ventana y lo ponía apuntando hacia abajo, al coche más próximo. Un cinturón completo de cartuchos estaban colocados en los peines, y El Santo tiró del gatillo para comprobar que funcionaba suavemente. Soltó una ráfaga a lo largo de la calle: y entonces se estiró.

—Ha sido un gran día, Monty —dijo.

Paseó su mirada por la habitación.

El príncipe Rudolf estaba despertándose, mirando como hipnotizado al jefe de Policía y al inspector que a su vez le estaban mirando fijamente. El significado de su presencia lo escribían en su cerebro con letras de fuego. Entonces volvió su cabeza y vio al Santo.

Trabajosamente se puso en pie. Una de las cosas que Simón recordaba era el príncipe heredero con su encantadora sonrisa, y el gesto elocuente de sus manos.

—Después de todo, mi querido amiguito —dijo el príncipe con dulzura— no me ha defraudado usted.

El Santo le miró sin contestarle.

Entonces se volvió hacia el pupitre y recogió de allí una regla plana de ébano. Con ella se dirigió a la ametralladora y la introdujo en las manillas de tiro, manteniendo fijo el botón del gatillo, y la Nordenfeld comenzó un traqueteo constante a medida que el cañón iba alimentándose del largo cinturón de municiones.

Simón lo dejó así y habló con Monty otra vez.

—Mucha suerte, querido amigo —le dijo.

El Santo tendió resueltamente la mano, y sus ojos azules sonrieron. Monty Hayward no podía pronunciar palabra de la emoción, aunque aún seguían engendrándose muchas más preguntas en su imaginación. Pero cogió la mano del Santo en un fuerte apretón.

De nuevo se sintió cogido cariñosamente por el hombro, y El Santo soltó una carcajada al hacerlo. Entonces Simón Templar partió. Aún le oyó Monty Hayward más allá del descansillo llamando a Patricia y cómo los disparos que se hacían desde la otra habitación cesaban simultáneamente. Las pisadas de ambos se oyeron bajando la escalera. Monty quedó pensativo donde estaba. Lo que seguía preocupándole era saber si esos dos magníficos filibusteros habían tomado la decisión de hacer una salida en la misma forma en que habían vivido hasta ahora: en una espléndida demostración de su propia gloria y las punzantes llamas de las armas rodeándolos por todas partes, haciendo un último esfuerzo por conseguir la libertad. Y seguía intrigado, porque su cerebro no le funcionaba normalmente.

Vio cómo el príncipe heredero jugaba con un botón de su solapa y seguidamente llevaba la mano a la boca: sin embargo, no dio voz alguna de alarma, ni siquiera se preocupó cuando Nina Walden gritó, y momentos después el príncipe se sentó tranquilamente como si se tratase sencillamente de un hombre cansado...

Mientras tanto, estaban derribando la puerta. Podía oír cada golpe que daban retumbando en el corazón del mismo roble, y las voces roncas de los hombres atareados en su empeño. Iba remitiendo el fuego hecho desde fuera, pero, no obstante, la Nordenfeld, con el gatillo funcionando, seguía tableteando como si quisiese corear el mensaje del hombre que había partido.

Mucho tiempo después —y parecía que eran siglos los transcurridos, cuando no eran más—, Monty Hayward se fue hacia la ventana y permaneció junto a la ametralladora, posando su mirada en lo que transcurría fuera.

Pudo comprobar cómo cedían las puertas, y los hombres de guerreras grises entraban atropelladamente. Oía cómo sus botas pisaban fuertemente escaleras arriba, siguió oyéndolos golpear la puerta de la habitación donde él se encontraba, dando gritos ordenando que les abrieran. Incluso una bala atravesó los tableros y se incrustó en la pared a un metro de donde él se encontraba. Aun así, él no hizo el más leve movimiento. El Santo había cerrado la puerta con llave cuando escapó, y se había llevado esta.

Se advertía que el jefe de Policía daba órdenes refiriéndose a esa circunstancia y que por tanto iban a derribar la puerta, y unos doce hombres arrancaron materialmente la puerta de sus goznes. Los policías invadieron la habitación.

Monty comprobaba cómo el arma que tenía a su lado daba fin a su trabajo tosiendo su último disparo, y quedó silenciosa: comprobó cómo en la habitación las voces la asemejaban a una nueva Babel: que Nina Walden

estaba en pie junto a él y también miraba para afuera: que había hombres zarandeándole, aullándole materialmente multitud de preguntas en su oído. Sabía todas estas cosas, pero no consistían más que en vagas impresiones que le quedaban en la niebla de sus recuerdos. Lo que vio, y claramente lo pudo observar, fue una persona vestida con uniforme gris que salía por la puerta principal con el cuerpo sin sentido de una muchacha rubia caído sobre su hombro. Monty vio a la multitud arremolinarse alrededor de ellos, oyó cómo las cortas explicaciones dadas por el hombre de uniforme se comentaban de boca en boca entre la multitud, y oyó la palabra *verwundet* en todas esas conversaciones. Vio cómo abrían un camino por entre la gente, y que llevaban a la muchacha sobre el hombro del gris uniforme hacia el Rolls del príncipe heredero. Advirtió que el coche amarillo empezaba a moverse despacio por entre la apretada multitud, adquiriendo velocidad a medida que iba pasando de las partes más densas, con el del uniforme gris al volante y la muchacha en el asiento delantero junto a él. Y comprobó, como podía jurarlo que así fue, que al llegar el coche amarillo a las calles despejadas, el conductor levantaba una mano en un gesto elegante y alegre de despedida. Todo esto aun momentos antes que otro hombre apareciera en los escalones de la Comisaría de Policía dando furiosos gritos reveladores de la verdad, coreados con indignación momentos después por mil gargantas amenazadoras.

* * *

Aún continuó allí Monty Hayward, en pie, sin oír las voces de impaciencia que le rodeaban, y sin hacerles el menor caso: él era un hombre libre, él quería imaginarse nuevamente las horas inolvidables de su aventura, y comprendía que tenía toda una vida brillante por delante. Por tanto, regresaría a su propio estilo de vida. Y El Santo seguiría el suyo. Porque era así como les llevaban sus senderos respectivos. Habría una encarnizada persecución, pero los coches de la Policía habían sido puestos fuera de combate. Habría cordones que establecerían para cogerle, pero El Santo los atravesaría.

En cada frontera se encontrarían con hombres armados que los buscaban, pero esos dos conseguirían escapar. Él sabía perfectamente que se escaparían.

Auf wiedersehen!



LESLIE CHARTERIS (1907-1993), nacido Leslie Charles Bowyer Yin, fue un autor británico principalmente de los géneros de misterio y ficción, así como guionista. Es conocido sobre todo por sus muchos libros en los que hacía crónica de las aventuras de Simón Templar, alias «El Santo».

La biografía personal de Charteris parece sacada de una de sus novelas o colecciones de cuentos cortos. Su padre era un médico chino de rancia ascendencia noble, descendiente directo de la dinastía de emperadores Chang, y su madre una bella mujer inglesa. Antes de aprender inglés, ya hablaba malayo y algunos dialectos chinos. Durante su larga vida, Charteris desempeñó los más variados oficios, como pescador de perlas, buscador de oro, plantador de caucho, minero, conductor de autobuses, policía, camarero, jugador profesional de cartas y en los años treinta, guionista en Hollywood. Sus novelas están traducidas a más de 15 lenguas.

Notas

[1] No entiendo nada. <<

[2] ¿Adónde marchabas? <<

[3] No le diré nada. <<

[4] No nos ha comprendido usted bien. ¿Habla usted esperanto? <<

[5] No le diré nada. <<

[6] Innsbruck 28-9-13 <<

[7] ¿Quién está ahí? <<

[8] ¡Dios del cielo! Los ingleses, que me tiraron al río... <<

[9] ¡Excúseme usted, señor! <<

[10] ¡A su salud! <<

[11] Gracias de todo corazón. <<

[12] Fíjese usted bien... en el brillante azul... Es... verdaderamente... algo que no tiene precio... <<

[13] Espera... no seas tan rápido. <<

[14] No..., no he oído nada. <<

[15] ¿De dónde viene usted, por favor? <<

[16] De Ingolstadt, señor capitán. <<

[17] Bien. ¿No ha visto usted en esta carretera a dos hombres y una mujer? El hombre más alto lleva un traje color gris claro y la mujer es muy guapa y va bien vestida... <<

[18] Sí. <<

[19] ¡Colosal!... ¿Qué dirección han tomado? <<

[20] Acaban de marcharse hacia el otro lado del prado. Todavía sigo sin comprender cómo no he atropellado a la muchacha, porque se metió literalmente entre las ruedas delanteras. <<

[21] ¿Su nombre? <<

[22] ¿Dirección? <<

[23] Nürnberg, Juliusstrasse, diecisiete. <<

[24] Si capturamos al criminal, acaso reciba usted una fuerte recompensa. <<

[25] Bar, cafetería. <<

[26] ¡Vamos, de prisa! Un chiquillo ha sido atropellado por una motocicleta.
<<

[27] ¿Quiere usted salir, por favor? El otro agente necesita ayuda... <<